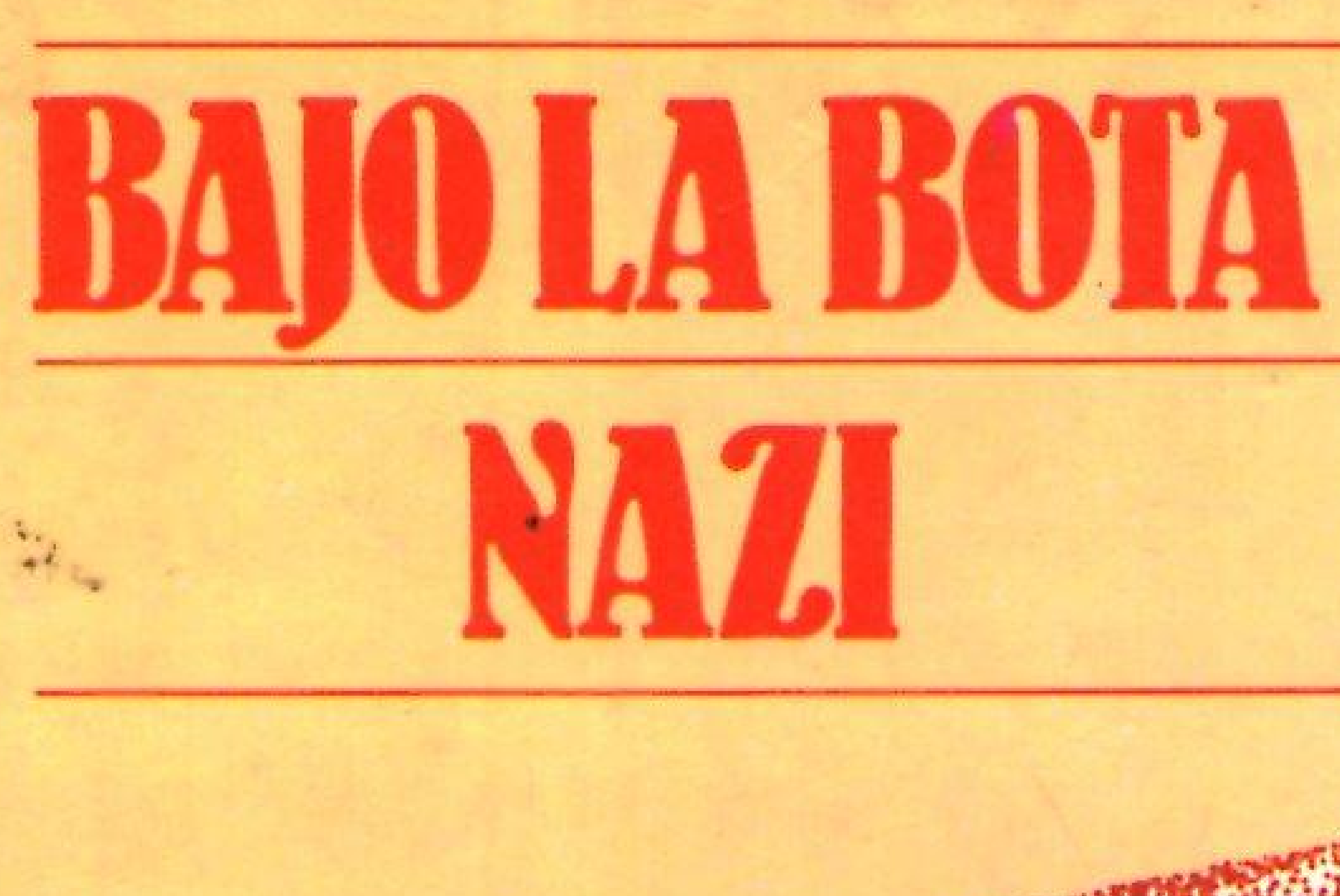
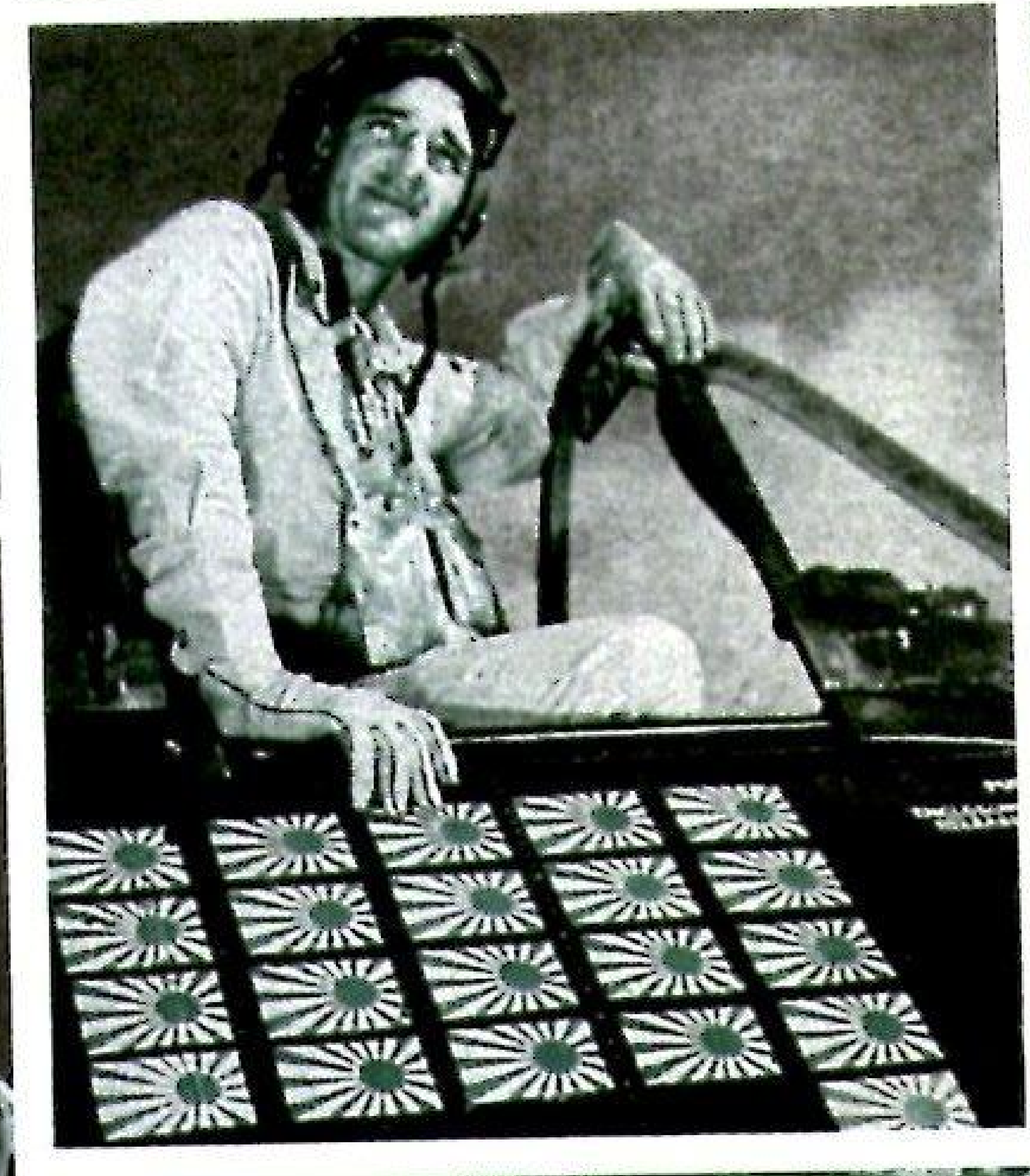


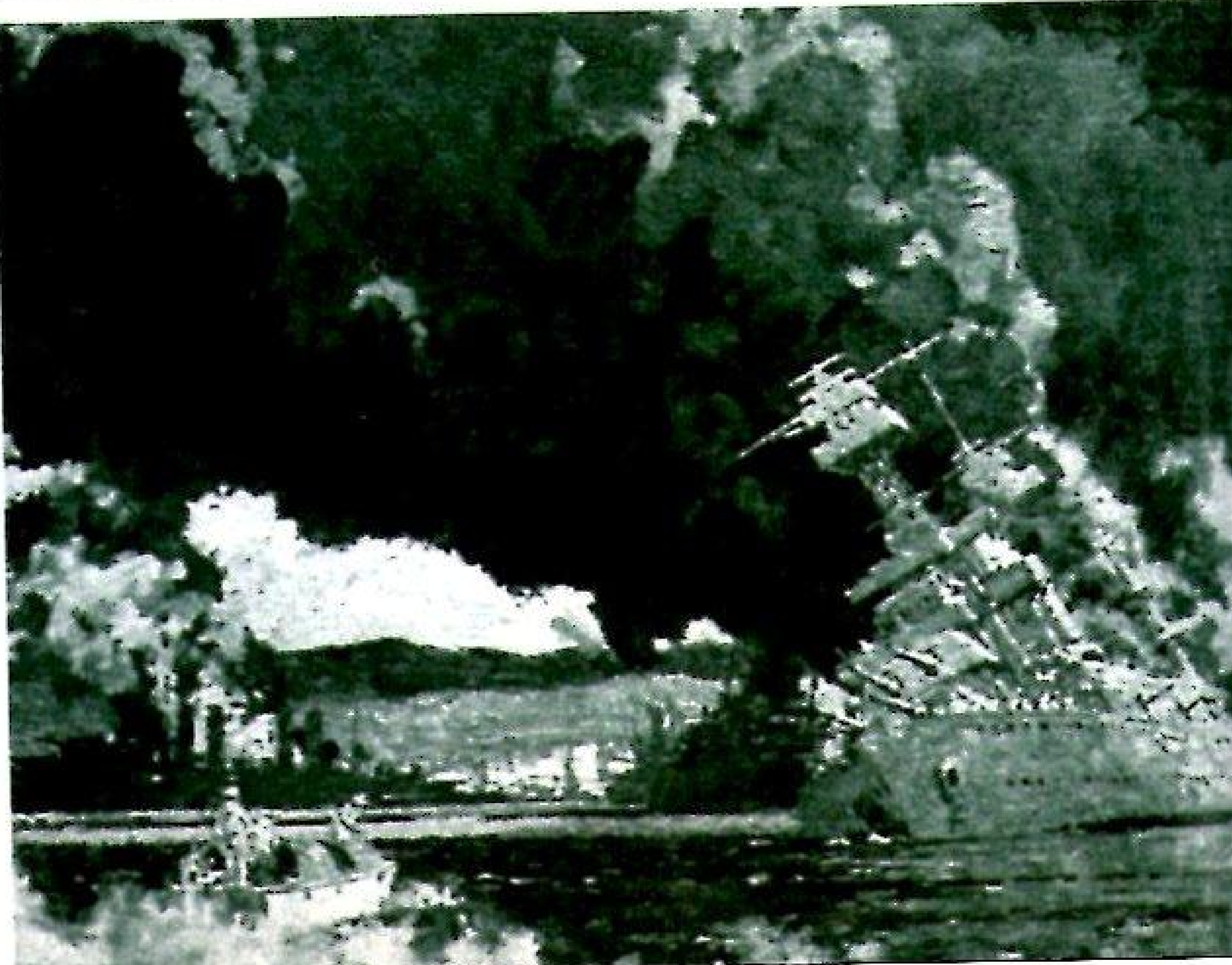
BAJO LA BOTA NAZI

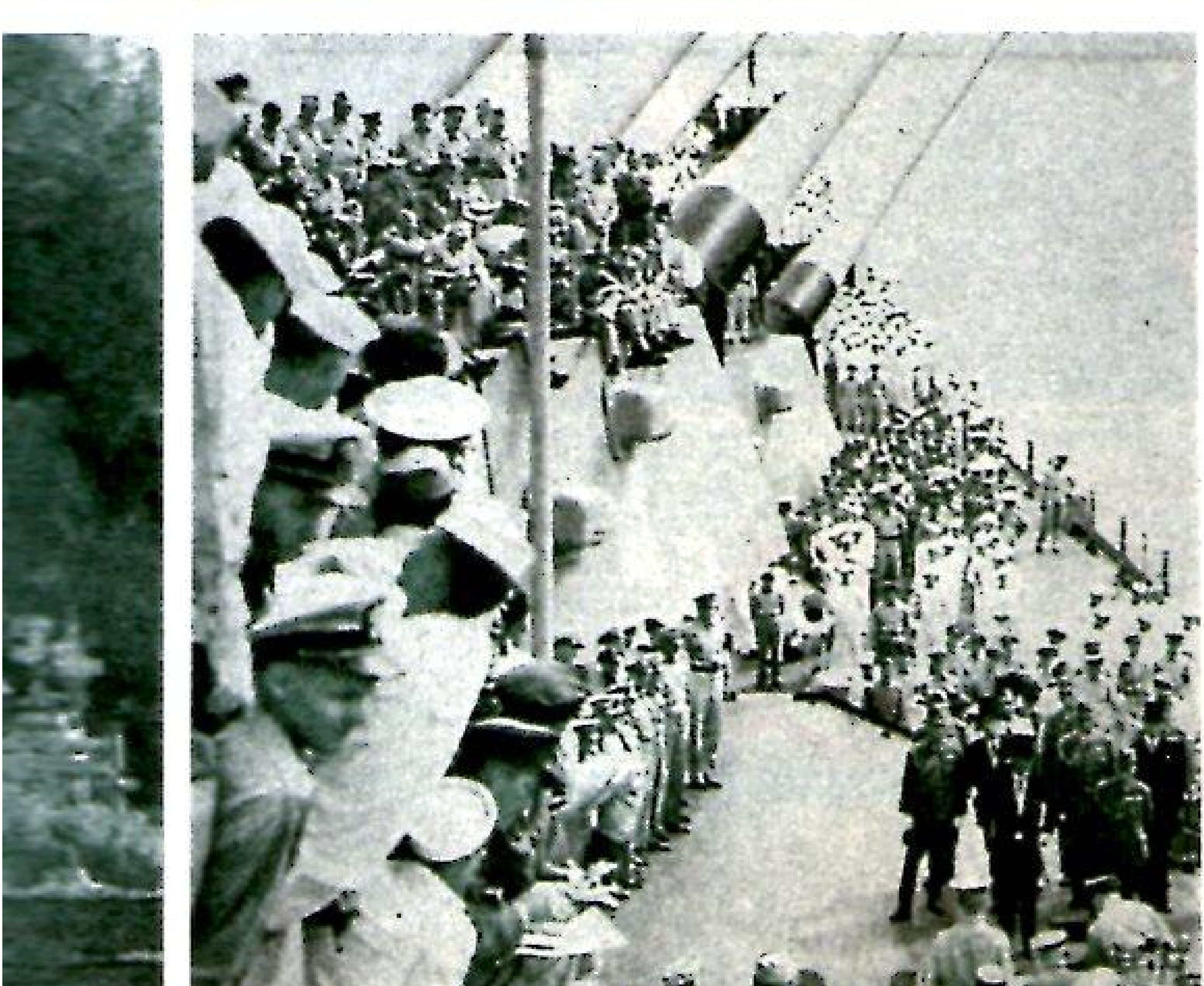
REVISION HISTORICA DEL SIGLO XX

LA II GUERRA MUNDIAL









BAJO LA BOTA NAZI



EDICIONES IBEROAMERICANAS, S. A.

AUTORES

RAFAEL ABELLA
Historiador
JULIO AROSTEGUI
Catedrático de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.
ANGEL BAHAMONDE
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.
NICHOLAS BETHELL
Historiador.
GABRIEL CARDONA
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Central de Barcelona.
CARLO A. CARANCI
Historiador.
FERNANDO CLAUDIN
Escritor. Director de la Fundación
Pablo Iglesias de Madrid.
IVES DURAND
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad de Orléans.
MANUEL ESPADAS BURGOS
Director del Instituto de Historia del C.S.I.C.
SENEN FLORENSA
Profesor de Estructura Económica.
Universidad Complutense de Madrid.
MARC FERRO
Historiador. Escuela Práctica de Altos
Estudios de París.
MIGUEL G. OROZCO
Periodista.
JULIO GIL PECHARROMAN
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.
ELENA HERNANDEZ SANDOICA
Profesora de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.
PABLO IRAZAZABAL
Periodista.
SANTOS JULIA
Profesor de Sociología.
U.N.E.D.
JUAN MARIA LABOA
Historiador.
Universidad Pontificia de Comillas.
VICTORIA LOPEZ CORDON
Profesora de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.
ANTONIO MARQUINA BARRIO
Profesor de Estudios Internacionales.
Universidad Complutense de Madrid.
JOSE MARIA MARTINEZ
Periodista.
JOSE U. MARTINEZ CARRERAS
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.
NELSON MARTINEZ DIAZ
Historiador.
AGUSTIN MARTINEZ DE LAS HERAS
Profesor de Historia del Periodismo.
Universidad Complutense de Madrid.
TOMAS MESTRE
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.
ALEJANDRO MUÑOZ ALONSO
Catedrático de Opinión Pública.
Universidad Complutense de Madrid.
JUAN PANDO DESPIERTO
Historiador.
LUIS PASAMAR
Periodista.
DOMINGO PASTOR PETIT
Escritor.
JOSE LUIS PESET
Historiador. Investigador del C.S.I.C.
ALEJANDRO PIZARROSO
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.
MIGUEL PLATON
Periodista.
EDUARDO PONS PRADES
Escritor.
MONTSERRAT ROIG
Escritora.
JOSE MIGUEL ROMAÑA
Historiador.
J. SANCHEZ JIMENEZ
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.
DAVID SOLAR
Periodista.
JOSE MARIA SOLE MARIÑO
Historiador.
ROSARIO DE LA TORRE
Profesora de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.
MANUEL TUÑON DE LARA
Catedrático de Historia Contemporánea.
Universidad del País Vasco.
JAVIER TUSELL
Catedrático de Historia Contemporánea.
U.N.E.D.
ANGEL VIÑAS
Catedrático de Estructura Económica.
U.N.E.D.
PEDRO A. VIVES
Profesor de Historia de América.
Universidad Complutense de Madrid.

Edita: EDICIONES IBEROAMERICANAS QUORUM S.A.

Director Editorial: JOSE ANTONIO VALVERDE

Director Gerente: MANUEL GASCH

Director de la Obra: DAVID SOLAR

Coordinación General: JAVIER VILLALBA, JOSE M.ª SOLE MARIÑO

Confección: GUILLERMO LLORENTE

Diseño Portadas: LUIS DE MIGUEL

Servicio de Documentación: ARCHIVO HISTORIA 16

Departamento de Suscripciones: PEDRO VALVERDE

Redacción y Administración: Avda. Alfonso XIII, 118. Tels.: 413 54 94 y 413 55 43 - 28016 Madrid.

Distribuidores:

España: COEDIS, S.A. **Argentina: Capital:** AYERBE Interior: DGP. **Colombia:** DIXUNIDAS, Ltda. **Chile:** ALFA, Ltda. **Ecuador:** MUÑOZ HERMANOS, S.A. **México:** INTERMEX, S.A. **Paraguay:** SELECCIONES SAC **Perú:** DISELPESA. **Puerto Rico:** AGENCIA DE PUBLICACIONES DE PUERTO RICO, INc. **Uruguay:** LEDIAN, S.A. **Venezuela:** CONTINENTAL **Importador exclusivo Cono Sur:** CADE, SRL. **Pasaje Sud América, 1532. Buenos Aires 1290, Argentina. Editor para Chile:** EDITORIAL ANDINA, S.A. **La Concepción, 311.** SANTIAGO-9

Fotomecánica: OCHOA, Ricardo Ortiz, 74. **Fotocomposición:** VIERNA, S. A. Drácena, 38. **Impresión:** GRAFICAS REUNIDAS, S.A. Avda. Aragón, 56. **ISBN de la obra:** 84-7701-001-3 **ISBN del tomo:** 84-7701-003-X **Depósito legal:** M-27690-1986 **Printed in Spain.**
SEPTIEMBRE 1986

SUMARIO

Presentación

El mundo asistió estupefacto el hundimiento aliado en Francia. Los observadores internacionales lucubraron en los primeros días del ataque alemán sobre Francia basándose en las experiencias de la Gran Guerra y, asombrosamente, nada fue igual. Ni el Marne ni el Somme fueron barreras. Francia hubo de rendirse, mientras Gran Bretaña salvaba a buena parte de sus soldados, aunque perdiera casi todo el equipo, en la bolsa de Dunkerque.

En esa situación despedíamos el tomo anterior. Este tenía que abordar obligatoriamente la situación en Francia, Gran Bretaña, los nuevos frentes abiertos por la guerra y la situación en los territorios ocupados, vista desde diversos aspectos.

Así pues, tratamos la Francia de Vichy. Podía tratarse el asunto por años o subdividirlo por fases; pero hemos preferido asumir el tema completo, aunque cronológicamente vayamos mucho más lejos del verano de 1941, época que aproximadamente trata de comprender el tomo que el lector tiene en sus manos. Y hemos tomado esta opción porque el desmembramiento del tema causaría lagunas en la narración y dificultades en su comprensión. Nuestros lectores encajarán mentalmente el tema completo en las diversas secuencias de la guerra.

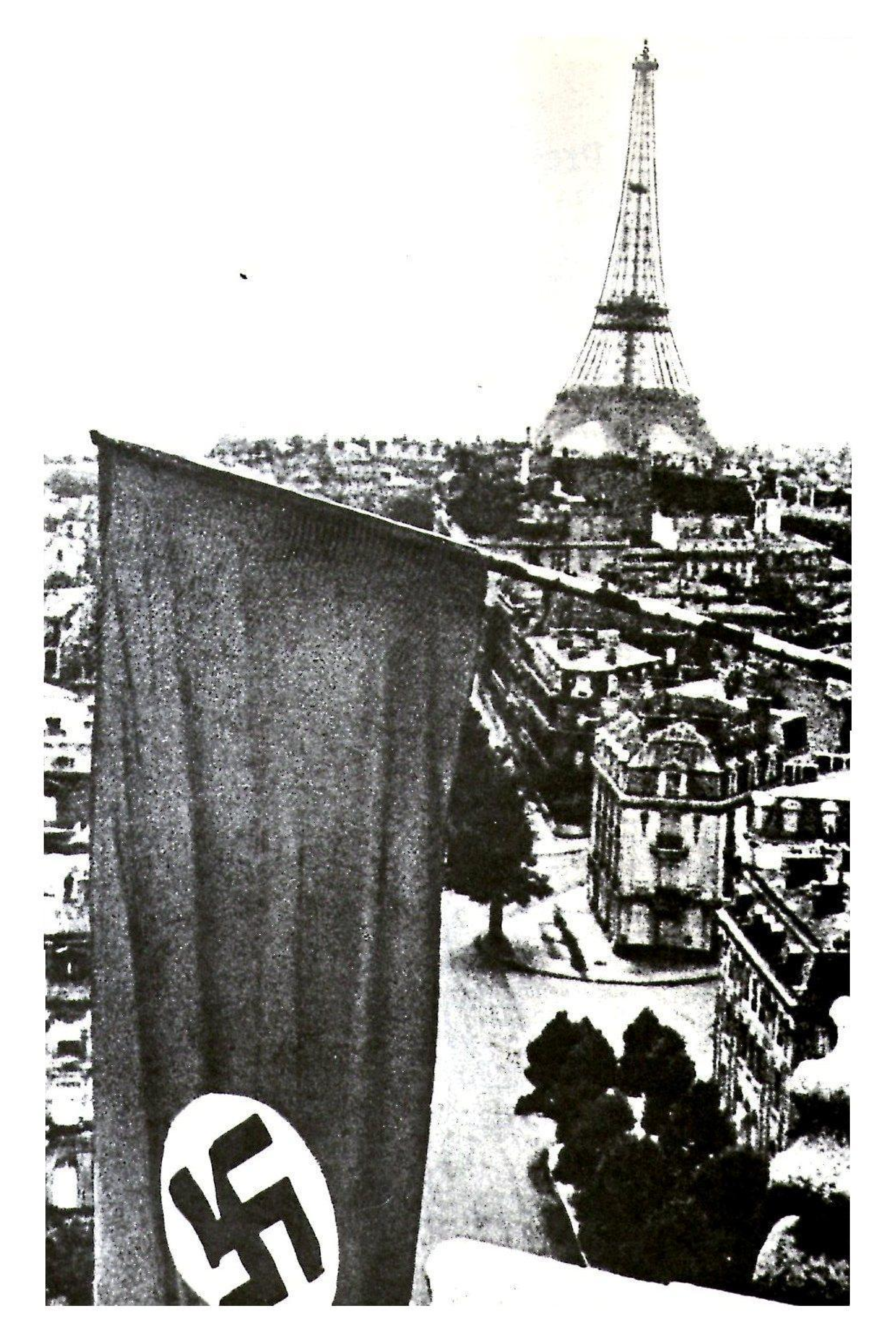
El asunto central, incluido a continuación es, sin duda, la resistencia británica en solitario ante el acoso nazi-fascista. Este amplio capítulo se compone de varias subdivisiones. La primera será la batalla de Inglaterra, *de predominante confrontación aérea. En segundo lugar irá un capítulo diplomático poco conocido: las negociaciones secretas existentes entre Londres y Berlín y que explicarían algunas* delicadezas *de Hitler con el Reino Unido, como la extraña pasividad de las divisiones acorazadas alemanas ante Dunkerque. Después, uno de los temas más rocambolescos del conflicto: el asombroso viaje de Rudolf Hess, lugarteniente de Hitler, a Gran Bretaña. Luego, la dura batalla del Atlántico hasta el verano de 1941, cuando los submarinos y los corsarios de Hitler amenazaron con estrangular la economía británica, sus aprovisionamientos de materias primas y sometieron a las islas a un severo racionamiento. Derivado de esta cuestión, un episodio singular: la corta y apasionante carrera del acorazado* Bismarck.

La tercera parte de la historia contenida en este tomo afecta a la continuidad del desarrollo militar y político del EJE. Efectivamente, en septiembre de 1940, se firmaba el Pacto Tripartito o pacto de acero, *entre Alemania, Italia y Japón. Tres semanas más tarde, Mussolini iniciaba* su guerra paralela *en los Balcanes, que forzaría la intervención alemana ante la impotencia del Duce por salir de aquel avispero.*

Finalmente, la cuarta parte, que da nombre al tomo es la Europa ocupada, Europa bajo la bota nazi. *Tiene cuatro epígrafes:* el nuevo orden alemán, el espacio vital, la situación en la retaguardia y la propaganda nazi, *con un ejemplo típico de lo que fue la ocupación alemana: el caso de Heydrich en Checoslovaquia.*

Evidentemente, estos temas generales se extienden a toda la guerra y, lo mismo que han sido aquí incluidos, pudieron ir en otro volumen. Sin embargo, hemos hecho esta elección porque a mediados de 1941 ya estaba en marcha toda la maquinaria que se ocupa de estos temas: ya el III Reich controlaba Europa, ya había establecido sus centros de dominación, ya había formulado sus teorías expansionistas y ya machacaba con su propaganda la amplia geografía dominada.

El período observado en este tomo —verano de 1940, verano de 1941— fue el más esperanzador para los ejércitos alemanes, hasta el punto de que Hitler redujo la producción de algunos tipos de armas y municiones. Y, consecuentemente, fue trágico para la Europa antifascista, aprisionada bajo la bota nazi. Sólo quedaba en pie una esperanza: la obstinada resistencia británica, dominadora del mar y con suficientes recursos aéreos como para imponerse en una batalla sobre su propio suelo.



Vichy y la resistencia

En junio de 1940 vive Francia una de las mayores tragedias de su historia: la *catástrofe* de la invasión alemana desarbola al Ejército galo y arroja a millones de civiles al desamparo del éxodo. Un armisticio coloca a Francia a disposición de la Alemania nazi durante cuatro años, y para normalizar esa prolongada dependencia del vencedor se forma un Gobierno francés dirigido por uno de sus militares más prestigiosos, que ratifica esa prolongada dependencia del vencedor.

Ese Gobierno *colaborará* con el régimen hitleriano en la lucha contra la democracia. En 1942 pondrá a su servicio al proletariado galo mediante el *relevo* y el *servicio de trabajo obligatorio* (STO), y en 1943 le ofrecerá su *milicia* como fuerza represiva —supletoria de la Gestapo— para combatir a los *terroristas* de la resistencia.

Aquella III República de setenta y cinco años de edad se había derrumbado como castillo de naipes al impacto de la *catástrofe*. Pero Vichy sólo fue una capital provisional, y el *Estado francés* creado por el mariscal Pétain duró lo que la presencia germana en territorio galo.

La *Revolución nacional* no pasó de ser un proyecto. En cuanto se concibió resultó inviable. Pero no fue obra de unos pocos. Buena parte de la población la recibió favorablemente; instituciones como la Iglesia católica la sostuvieron y aún hoy despierta ciertas nostalgias.

¿Cómo era el régimen que pretendieron montar Pétain y su Gobierno? ¿Por qué contó con el apoyo inicial de las fuerzas sociopolíticas dominantes en la sociedad francesa y por qué los franceses acabaron dándole la espalda para adherirse, en su mayoría, a la resistencia en 1944?

Precisamente, la resistencia, que desempeñó un papel esencial al lado de los aliados en el momento de la liberación, es el otro hito de la historia de Francia en la Segunda Guerra Mundial. Los hombres y el espíritu de la resistencia han marcado a una generación entera y la vida misma de su país.

En junio de 1940, un puñado de franceses rechazan el armisticio y el régimen títere de Vichy. El 18 de ese mes, el general De Gaulle convoca desde Londres a los soldados franceses a que peleen junto a los ingleses. En Francia se sabotearán instalaciones germanas y se redactarán octavillas contra el ocupante y sus aliados de Vichy.

Habían nacido simultáneamente dos corrientes de resistencia: una exterior, aglutinada por De Gaulle, que creaba en Inglaterra las *Fuerzas Francesas Libres* y el *Comité Nacional Francés*. Y otra interior, organizada en *redes* y *movimientos* antes de crearse los *maquis* en 1943.

En 1943, ambas corrientes se agrupan en torno a De Gaulle para frenar el propósito de prolongar el régimen de Vichy con el general Giraud y el dominio americano en vez del alemán. La formación de un *Consejo Nacional de la Resistencia* responde a esta voluntad común a las dos principales fuerzas de la resistencia: gaullistas y comunistas.

Los comunistas habían desempeñado un papel relevante en la resistencia por su número y por los problemas que planteó su presencia a los demás resistentes. Los comunistas influyeron decisivamente en el rumbo de la resistencia y de las fuerzas políticas que tomaron el poder tras la liberación de Francia.

La acción de la resistencia se intensifica a partir de 1943. La mayoría de la población gala engrosa sus filas, harta de la ocupación y de las requisitorias para el *servicio de trabajo obligatorio*. Entonces se constituyen los *maquis* y se multiplican los sabotajes

mientras el triunfo aliado se dibuja en el horizonte.

De este modo, cuando los aliados desembarcan en Francia, en 1944, encuentran el apoyo de unas *fuerzas francesas del interior*. Gran parte del territorio queda liberado sin intervención de las tropas anglosajonas. París —dice De Gaulle— es *liberado por sí mismo, liberado por su pueblo,* por los soldados franceses de la División Leclerc.

Además de las diversas formas que adoptó la resistencia, ahora interesa medir su participación en la guerra y en la liberación de Francia. ¿Fue una actividad minoritaria o de masas? ¿Debió su eficacia a sus aciertos militares o a sus componentes políticos y psicológicos?

Pétain, el jefe

El régimen de Vichy nace de la *catástrofe,* toma de ésta sus principales características y evoluciona de acuerdo con la situación de Alemania en la contienda.

La construcción del nuevo régimen depende de su *colaboración* con los alemanes. Se inspira, por tanto, en el modelo nazi y pretende insertar a Francia en una Europa germanizada.

Esta proclividad hacia el fascismo es compartida por los dirigentes de Vichy y refleja tendencias de la sociedad francesa de los años treinta. Porque, en efecto, el régimen de Vichy no es invención exclusiva del vencedor de 1940 ni un paréntesis extraño en la historia contemporánea de Francia.

Tras la *catástrofe,* la mayor parte del territorio galo queda ocupada por los alemanes. Pese a ello, Pétain y el Gobierno de Vichy deciden implantar un *Estado francés* que sustituya a la III República, y ponen en marcha unas reformas bautizadas como *Revolución nacional.*

Este nuevo régimen será personalista, autoritario y antidemocrático. La personalización del poder emparenta a Vichy con los fascismos coetáneos y difiere radicalmente de las concepciones republicanas predominantes en Francia desde el principio de la III República, aunque ésta, al final, con el Gobierno Daladier, impusiera cierta forma de autoridad personal.

Nos, Philippe Pétain, mariscal de Francia, jefe del Estado. Con esta fórmula digna de Luis XIV encabeza las *actas* el que ostenta el poder supremo. El principio del jefe preside el edificio sociopolítico erigido febrilmente en Vichy en el otoño de 1940. *Toda comunidad necesita un jefe,* proclama uno de los eslóganes del sentencioso mariscal.

En todas las esferas de la actividad pública, un hombre ejerce el poder y es responsable del mismo. Mas no ante sus administrados que se lo encomendaron, sino ante el superior que le designó para el cargo. Ya sólo hay elecciones en los pequeños municipios de menos de dos mil habitantes. El poder viene de arriba y *baja de uno en uno hasta la base del Estado y de la nación.*

En la cima está el jefe supremo con todo el poder en sus manos: jefe de Estado y del Gobierno, desempeña simultáneamente el poder ejecutivo y el legislativo. Tampoco rehúsa el judicial, por ejemplo, cuando prejuzga la culpabilidad de los acusados en el proceso de Riom. Designa incluso a su sucesor.

Queda abolida la separación de poderes —básica desde Montesquieu para definir un régimen de libertades— y el fundamento electivo del poder. La autoridad del nuevo jefe es carismática: no la recibió de las urnas ni de otra fórmula de expresión ciudadana. Pero el pueblo la reconocerá por sus manifestaciones.

El mariscal jefe de Estado se sitúa por encima de su pueblo. No precisa intermediarios para comunicarse, natural y directamente, con sus súbditos. El jefe es el guía. Y el pueblo, si no le engañan los *malos pastores,* se reconoce en él.

Esto no quiere decir que Pétain sea el único que decide en Vichy. Esta concepción personalista del poder se expresa a través del Gobierno y del Gabinete personal del jefe de Estado. Pero, antes que decidir, corresponde al jefe carismático la misión de representar el poder, servir de puente entre gobernantes y gobernados para que éstos acepten de buen grado las decisiones de aquéllos.

Esta imagen tutelar encubre las disensiones internas del poder y las divisiones de la opinión pública. Y lo hace en nombre de esa unanimidad que el jefe encarna y que se proclama como principio fundamental.

Piensa Pétain y vivirás francés. Esta consigna totalitaria emitida por los servicios de propaganda del mariscal no sólo ayuda a las clases dirigentes francesas a eludir la *lucha de clases,* sino a los ocupantes germanos, que utilizan a Pétain para aplastar



Mariscal Philippe Pétain



Cartel de propaganda del régimen de Vichy

Pétain pasa revista a mandos de las Juventudes de Vichy

cualquier germen de resistencia gala a su dominio.

Ideología

La *Revolución nacional* se impregna de moralidad: *Les invito preferentemente a una regeneración intelectual y moral*, afirma el mariscal en uno de sus primeros discursos. Y en la primavera de 1941 señala el ministro de Economía y Finanzas, Yves Bouthilier: *La fe que anima nuestra política económica se basa en el sacrificio y la fraternidad*. La gestión de los bienes materiales se confía, por tanto, a sentimientos y valores de honda resonancia religiosa.

Para Pétain, su misión consiste en *salvar el alma de Francia*. Y los petainistas convocan a sus compatriotas vencidos en 1940 al *sufrimiento redentor*.

Un socialista adicto a Vichy, Charles Spinasse, ex ministro del Gobierno frentepopulista de Léon Blum, da la nota el 10 de julio de 1940 al exclamar en la sesión de las Asambleas que liquida la III República: *El Parlamento se encargará de las faltas colectivas. Esta crucifixión es necesaria para impedir que el país sucumba en la violencia y la anarquía.*

En la Navidad de ese mismo año, el mariscal se dirige a los franceses: *Una nueva Francia ha nacido. La han hecho vuestras penas, vuestros remordimientos, vuestros sacrificios.*

Sufrimientos, penas, remordimientos, sacrificios, crucifixión: esta terminología, extraída del catecismo católico para definir una política, muestra claramente el sentir clerical del régimen.

Es una característica combinada con la voluntad reaccionaria de retorno al pasado. Retorno a valores considerados a la vez *eternos* y *franceses*, lo que el mariscal llama *las reglas simples que en cualquier época han garantizado la vida, la salud y la prosperidad de las naciones.*

En esta consideración, merece lugar preferente el *retorno a la tierra*, la exaltación del trabajo campesino y del artesano. Y el *retorno a la familia, depositaria de un largo pasado de honor* y encargada de *mantener a través de las generaciones las antiguas virtudes que hacen fuertes a los pueblos.*

Se trata de un régimen elitista, basado en una concepción no igualitaria y pesimista del hombre. A éste se le considera naturalmente inclinado al mal, *porque el corazón humano no tiende naturalmente a la bondad*, dice el mariscal.

Por ello hay que proteger al hombre de sí mismo y a la sociedad de los embates del individualismo. Este será el papel de la escuela —*prolongación de la familia*— y también el de la Iglesia, *donde sólo se enseñan cosas buenas*, según manifiesta a un niño el mariscal, que siempre fue indiferente en materia religiosa.



PHILIPPE PETAIN

Philippe Pétain (Cauchy-à-la-Tour, 1856-Isla de Yêu, 1951). Militar y estadista francés. Estudió en la Academia de Saint-Cyr. Profesor de la Escuela de Guerra (1901-1910), durante la Primera Guerra Mundial mandó el II Ejército y se distinguió en la ofensiva de Champaña y, sobre todo, en la defensa de Verdún (1916). Nombrado comandante en jefe del Ejército galo, fue designado luego adjunto de Foch y ascendido a mariscal.

Partidario de una estrategia defensiva, apoyó la construcción de la línea Maginot. En 1934 fue ministro de la Guerra. Embajador ante el Gobierno de Franco (1939-1940), regresó a Francia a comienzos de la Segunda Guerra Mundial. Nombrado vicepresidente del Gobierno por Reynaud, favoreció la capitulación y asumió la presidencia del Gabinete que negoció el armisticio con los alemanes (junio de 1940). Establecido en Vichy, se convirtió en cabeza de un régimen autoritario y colaboracionista. Desde finales de 1942 fue un virtual prisionero de los nazis. Trasladado a Sigmaringen al final de la guerra, se refugió en Suiza y pasó luegos a Francia. Condenado a muerte, De Gaulle le conmutó la pena por la de cadena perpetua.

La sociedad debe fundarse, no en la igualdad de los ciudadanos, sino en la distinción, considerada como *natural,* entre *responsables* e *irresponsables.* Será una sociedad jerarquizada: *haremos una Francia organizada, donde la disciplina de los subordinados responda a la autoridad de los jefes en la justicia para todos.* Y, *en todos los órdenes, nos aplicaremos en crear élites y conferirles el mando.* Estos son algunos aforismos de la *Revolución nacional.*

Como los demás Estados fascistas, Vichy participa de la ideología corporativista. Pretende devolver a las *comunidades naturales y morales* el poder que un siglo de República les había arrebatado. De éstas, al igual que la familia, forma parte la *comunidad de empresa.*

Se trata, en efecto, de que jueguen las *solidaridades* llamadas naturales en la sociedad y en el trabajo, contra la lucha de clases y contra la *tenebrosa alianza* que, después de fascistas y nazis, los guardianes de Vichy creen haber descubierto entre capitalismo y comunismo. Así que a la *comunidad natural organizada* alrededor de un jefe se le encomendará gestionar los asuntos comunes, sin distinción de clases sociales.

Paralelamente, la *comunidad* regional edificada en un largo proceso histórico se emancipará de las tutelas estatales y de la burocracia. El regionalismo encontrará explicación en esa unanimidad patriótica ya mencionada.

La patria encarna, para Vichy, el *valor* supremo. Despierta el apego natural, irreflexivo e incondicional del hombre por el terruño donde ha nacido.

La tierra no miente, proclama el mariscal, *es nuestro recurso y la patria misma.* Es la tesis más reccionaria del patriotismo, la de afinidad al suelo y no a una comunidad humana ni a un ideal compartido. Por ello, *si el jefe que ha salvado a Francia del abismo lo manda, los franceses deben obedecer sin discutir.* Es la consigna que lanza un ministro técnico, Berthelot, en la primavera de 1941.

Contradicciones

Pero Vichy no lleva a la práctica esta ideología. Es una diferencia del dicho al hecho típica en regímenes de estas características.

En materia económica y social, el *retorno a la tierra* no se traduce en realizaciones concretas. Durante el período de Vichy, la estructura de la población activa francesa permanece inalterable.

En diciembre de 1940 se pone en marcha un *gremio campesino.* Pero éste no confiere la gestión autónoma de sus asuntos a los pequeños agricultores, sólo otorga poder en este terreno a los representantes del Estado y a los grandes agricultores. Y con las cortapisas que inciden en el abastecimiento, el



PIERRE LAVAL

Pierre Laval (Châteldon, 1883-Fresnes, 1945). Político francés. Abogado especializado en temas laborales, se afilió al Partido Socialista en 1903 y fue diputado a partir de 1914. Diez años después abandonó el SFIO, y en 1923 volvió al Parlamento como diputado independiente. Próximo a los radicales, en el período de entreguerras se convirtió en una de las grandes figuras de la política francesa. Fue ministro de Obras Públicas (1925), Justicia (1926), Trabajo (1930 y 1932), de Colonias (1932-34) y de Asuntos Exteriores (1934-36). También presidió dos Gobiernos, en 1931-32 y en 1935-36. Representante de la política pacifista, buscó la amistad de Italia y suscribió una alianza defensiva con Checoslovaquia y la URSS. Al producirse la derrota francesa, en junio de 1940, Pétain le designó vicepresidente de su Gobierno, pero meses después fue destituido y arrestado por su política pronazi. Liberado por presiones alemanas, sustituyó al almirante Darlan al frente del Gobierno de Vichy (abril 1942-enero 1944), e impulsó el colaboracionismo con Alemania. Refugiado en España al terminar la guerra, fue entregado a sus compatriotas, que le condenaron a muerte.

gremio campesino se convierte en un intermediario entre el Estado y los productores que impone restricciones a éstos.

La Carta del Trabajo, que debía plasmar los principios del corporativismo y de la cooperación entre las clases en las ramas industriales y comerciales de la economía, tarda en promulgarse. Su gestación levanta rocambolescas intrigas en el mundillo cerrado de Vichy entre los partidarios de un corporativismo sindical y los representantes de las grandes empresas y de los pequeños patronos.

La Carta no se promulga hasta finales de 1941, cuando ya pierde aliento la *Revolución nacional* e importa poco a los obreros, absorbidos por preocupaciones más acuciantes como la alimentación o sus salarios. La Carta, desde luego, delega la discusión de las cuestiones económicas profesionales a los representantes de las grandes empresas y del Estado dentro de los *comités de organización*.

Estos comités constituyen una pieza clave en la legislación de Vichy. Se crean en agosto de 1940 para distribuir los recursos energéticos y de materias primas y organizar la producción y comercialización por grandes ramas profesionales.

Sin embargo, sólo mandan en ellos los representantes de las firmas monopolistas —que dominan cada una de esas ramas— y los representantes del Estado, en el que precisamente se integran hombres procedentes de los mismos ámbitos de la gran patronal.

Estamos lejos, pues, no sólo de esa revisión del capitalismo que postulaba el régimen, sino de las esperanzas puestas en el corporativismo por la pequeña y mediana empresa para huir de las garras de los grandes monopolios y de los bancos.

La revuelta de esos pequeños patronos anima la crónica de Vichy en la primavera de 1941. Los dirigentes de Vichy, en realidad, se ponen al servicio del gran capital, al igual que los demás regímenes fascistas o fascistoides, que nunca se propusieron demoler las estructuras capitalistas y el poder de las clases dominantes.

Idéntica contradicción entre las palabras y los hechos marca la acción política y administrativa del régimen. Así, escudándose en las dificultades de los tiempos de guerra, el discurso sobre la *regionalización* conduce a un reforzamiento del poder central sobre las colectividades territoriales y las poblaciones, exactamente lo contrario de lo que se proclamaba.

En esto desemboca la creación de las *prefecturas regionales*, conjunto de departamentos que abarcan lo relativo al abastecimiento, la policía y la propaganda. Se trata de un escalón suplementario del poder estatal que se superpone al vigente de los prefectos departamentales.

El control sobre las instituciones locales y regionales queda paralelamente asegurado por la subordinación de los ayuntamientos y de los consejos departamentales, cuyo carácter se suprime en favor de la designación por el poder central y sus agentes.

No podía esperarse otro sistema de un régimen tan antidemocrático: ni regionalización, ni siquiera descentralización, sino desconcentración del poder en beneficio de los agentes del Estado y en detrimento de los electores e incluso de los notables locales, entre los que, sin embargo, cuenta el régimen con sus principales panegiristas.

Técnicos

La composición sociopolítica del poder en Vichy prima, por lo general, la aparición de *técnicos*, sobre los cargos electivos o los notables.

Políticamente, Vichy reúne a un amplio espectro de figuras procedentes de las diversas corrientes de preguerra. Están representadas todas las derechas, incluso las más extremas, a las que las elecciones mantuvieron alejadas del poder.

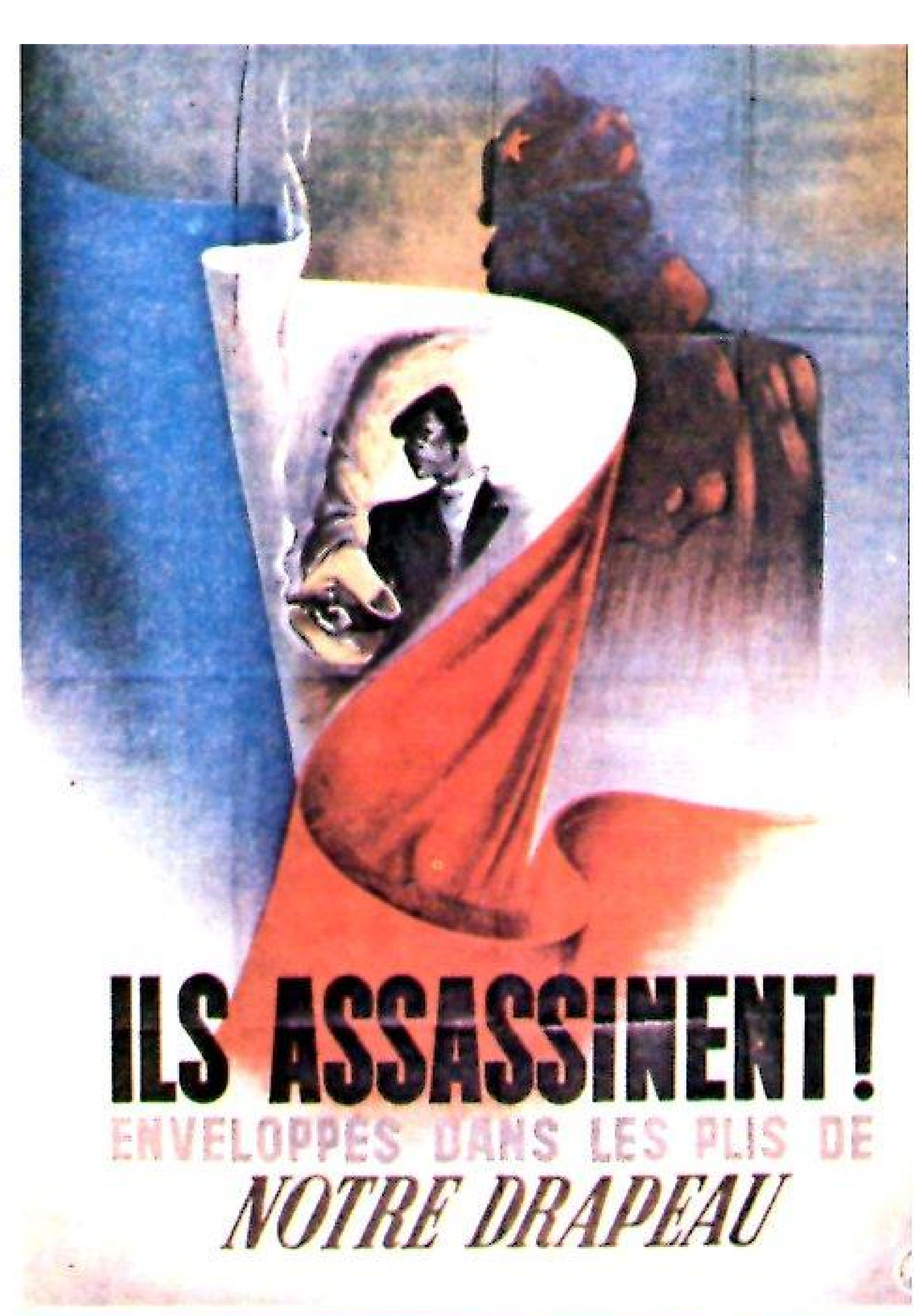
Derecha autoritaria y derecha liberal, derecha humanista y trabajadora y derecha laica y clerical forman la ideología y los Gobiernos de Vichy.

No está ausente del panorama la izquierda radical, socialista o sindicalista, pese a los ataques al Frente Popular o a la masonería. Esos ataques no impiden las alianzas de izquierda —hasta del sindicalista Belin o del socialista Paul Faure—, a excepción de los comunistas, únicos parias denunciados sin descanso ni desánimo por el nuevo régimen.

Especialmente significativo es el ascenso de quienes no se llamaban todavía *tecnócratas*: altos funcionarios civiles y militares, ejecutivos de grandes empresas y representantes directos de la gran patronal y de la gran banca.

Su presencia masiva en el Gobierno Dar-

Propaganda alemana contra el maquis francés



Cartel alemán editado en Francia denunciando como criminales a miembros del movimiento de resistencia antinazi



General Charles de Gaulle



lan de 1941 hará sospechar en un auténtico complot para apoderarse del Estado, en una *sinarquía*. Pero no se trata de otra cosa que de esa típica característica del capitalismo del siglo XX para estrechar la asociación entre monopolios y Estado.

Mas lo que da a Vichy un toque peculiar es la alianza de representantes de las pequeñas y medianas empresas con prebostes del gran capital. Es la variante francesa de esa *constelación fascista* de que habla Joachim Fest a propósito del régimen hitleriano.

No debemos olvidar que, al menos en un principio, el régimen de Vichy obtuvo amplio apoyo en la opinión pública y en los principales grupos organizados y medios sociales galos. No cabe duda de que el mariscal Pétain deseaba complacer a la inmensa mayoría de sus compatriotas cuando consideraba inevitable el cese de las hostilidades, en junio de 1940.

Una gran mayoría, desde luego, aceptó someterse a él para paliar los efectos de la derrota. Y es indudable que entonces el jefe del Estado fue objeto de un espontáneo movimiento de gratitud.

Este sentimiento generalizado fue inmediatamente explotado por Vichy para forjar una intensa campaña de propaganda, un verdadero *mito* Pétain y alimentar el culto al mariscal. Radio, periódicos, libros, imágenes, la escuela y la Iglesia se movilizaron en esta empresa política destinada a potenciar el carácter personal del régimen.

En la amplia adhesión lograda cabe distinguir entre un petainismo pasivo y otro activo. Aquél, único extendido entre las masas, se basó en un sentimiento de confianza hacia el mariscal, símbolo de la patria. El activo, por el contrario, suponía un compromiso con la *Revolución nacional* y la adhesión militante a sus postulados.

El petainismo activo indudablemente arrastraba a menos personas; pero éstas se reclutaron, a principios del régimen, en medios bastante extensos. Fueron sin embargo los jerarcas y las clases medias tradicionales las que proporcionaron mayor número: propietarios, comerciantes, artesanos y miembros de profesiones liberales.

La Iglesia y los judíos

Los campesinos, especialmente halagados por la propaganda del mariscal, también fueron sensibles a Pétain. Por el contrario, el eco resultó más reducido en la clase obrera, mal captada por esta propaganda y mejor armada por sus propias tradiciones y referencias para rechazar las sirenas de la unanimidad conservadora.

Este es también un rasgo típico de los regímenes fascistas de mediados de siglo, como lo demuestran los estudios de sociología política realizados en Alemania o Italia.

Entre los grupos de opinión conservadora debe resaltarse el papel jugado en el concierto petainista por la Iglesia católica.

Pétain es Francia y Francia es Pétain, proclamó durante el otoño en fórmula célebre el cardenal Gerlier, arzobispo de Lyon y primado de las Galias. Y todos los obispos rubricaron esta sentencia, incluso los que denunciaron después la ocupación germana y la colaboración.

Los *scouts* fueron soporte activo del espíritu petainista entre la juventud. El lenguaje ambiguo de la *Revolución nacional*, tan parecido a veces al eclesiástico, favoreció la adhesión al mariscal y a sus obras. La Iglesia, además, recibió del régimen satisfacciones materiales —especialmente a favor de las escuelas confesionales—, a las que siempre se mostró sensible.

Por el contrario, los *laicos*, tan influyentes en Francia como los católicos, aunque participaron al principio en la corriente de simpatía hacia el mariscal, fueron pronto relegados a la oposición con motivo de los ataques a la escuela pública, a sus maestros y al libre pensamiento, objeto directo de la inquina de Vichy.

Porque Vichy fue, naturalmente, un régimen depurador: prescindió de los elegidos de la izquierda que se negaban a alinearse; procesó a los dirigentes del Frente Popular; prohibió la masonería, y, sobre todo, persiguió a comunistas y judíos.

Se sabe que el Gobierno de Pétain se enfrentó a los judíos con una serie de medidas discriminatorias contenidas en dos estatutos. También se conoce su implicación en la detención y arresto de los que serían trasladados a los campos de la muerte y exterminados por los nazis.

También los comunistas sufrieron persecución prolongada. Vichy y los nazis ya estaban de acuerdo en otoño de 1940 en luchar contra los que ambos consideraban su principal enemigo. Detenidos, encarcelados o recluidos en campos por la policía de Vichy, fueron los comunistas el contingente

más numeroso de los rehenes entregados al ocupante, antes que éste se encargase directamente de reprimirlos cuando la resistencia.

Estas persecuciones contribuyeron a alejar del régimen de Vichy a los que en un principio le prestaron su apoyo. A ello se sumó la ineficacia del Gobierno de Vichy en cumplir lo que la mayoría de los franceses le habían encomendado: protegerles del ocupante y de los efectos de la ocupación.

Pese a las reiteradas ofertas de colaboración —en octubre de 1940, en Montoire, y en la primavera de 1941—, Vichy no obtuvo de los alemanes las concesiones que esperaba: ni el retorno de los prisioneros de guerra —que seguirían siendo casi un millón en 1945—, ni una rebaja en los gastos de ocupación, ni el levantamiento del embargo de productos franceses.

El continuo deterioro del nivel de vida y las crecientes exigencias del ocupante, agobiado por las necesidades de la guerra *total*, fueron factores en la evolución negativa de la opinión.

A finales de otoño de 1940, los informes de los prefectos revelaban que la opinión francesa era hostil a los alemanes y a la colaboración. El primer fracaso en la colaboración, en la primavera siguiente, provocó la primera reticencia hacia el Gobierno de Vichy. Esta se incrementó cuando el ataque de Hitler a la URSS hacía presumir futuras dificultades.

En agosto, el mismo mariscal confesaba: *un mal viento de opinión hostil se ha levantado en Francia*. Intensificaría a partir de entonces el tinte autoritario de su régimen y lo extremaría conforme le abandonaba la opinión. Así, en 1944, era Vichy un Estado policíaco que, al poner su *milicia* a disposición del ocupante, se granjeó el odio de la población.

Afectadas por la penuria y las exigencias germanas de mano de obra a través del *servicio de trabajo obligatorio*, todas las clases francesas, en mayor o menor medida, retiraron su apoyo a Vichy para entregarlo a la resistencia. La lucha de ésta contra el régimen acabó identificándose como dirigida contra el ocupante, arrastrando a la opinión pública, mientras se dibujaba la victoria aliada.

La resistencia

No todos los franceses eran petainistas en 1940. Nada más iniciarse la ocupación comenzó la resistencia, aunque se considera el 18 de junio de 1940, fecha de la convocatoria realizada por De Gaulle en Londres, como principio de la misma.

Paralelamente, diversas formas anónimas de hostilidad hacia el ocupante y Vichy sucedían en suelo francés. La resistencia surgía por doquier, en un primer momento como reacción espontánea, nacida de la rebel-

Pétain con los miembros del Gobierno Laval, julio de 1940





CHARLES DE GAULLE

Charles De Gaulle (Lille, 1890-Colombey-les-deux-Eglises, 1970). Militar y político francés. Ingresó en la Academia de Saint-Cyr en 1910. Herido dos veces por los alemanes y hecho prisionero en Verdún, al terminar la Primera Guerra Mundial fue destinado a Polonia como miembro del Estado Mayor de Weygand durante la guerra rusopolaca (1919-20). Tras un período en la Escuela de Guerra, pasó en 1925 al Consejo Superior de Guerra y luego al Secretariado General de la Defensa. Al producirse la invasión alemana recibió el mando de una división acorazada. Ascendido a general, fue subsecretario de Defensa en el Gobierno Reynaud.

Refugiado en Londres, lanzó un llamamiento a la resistencia contra los alemanes. En diciembre de 1940 creó el movimiento de la Francia Libre. Apoyado por los aliados, en junio de 1943 asumió la presidencia del Comité de Liberación Nacional, y en mayo de 1944, la jefatura del Gobierno provisional.

Primer jefe del Gobierno de la posguerra, la oposición de los partidos le llevó a dimitir (1946). Creó su propio partido, el Rassemblement du Peuple Français (RPF). En mayo de 1958 fue llamado de nuevo al poder. Vencedor en las elecciones de noviembre, fue elegido presidente en enero de 1959 e instauró la V República.

Durante su largo mandato resolvió la cuestión de Argelia, inició el deshielo con los países del Este y retiró a Francia del aparato militar de la OTAN. Derrotado en un referéndum sobre cuestiones administrativas, abandonó la Presidencia (abril de 1969) y se retiró a la vida privada.

día o de la decisión de unos pocos que no requería la llamada de un jefe o de un partido para producirse. Luego, más extendida y organizada, recibiendo órdenes, transmitiendo mensajes, coordinando su acción y desembocando al final, en 1944, en una animadversión colectiva hacia la ocupación nazi.

Hubo al principio dos corrientes de resistencia. Una *exterior*, fuera del territorio galo, aglutinada en torno a De Gaulle. Este quería formar un ejército de tipo clásico. Fueron las *Fuerzas Francesas Combatientes*, que más tarde se denominaron *Fuerzas Francesas Libres* (FFL). Nacidas en precario, se conviertieron progresivamente en un verdadero ejército gracias a las aportaciones de los territorios coloniales de Africa: Africa Ecuatorial francesa, Madagascar y, posteriormente, Africa del Norte.

Al mismo tiempo, se emprendía una acción política que cobraría importancia creciente en las actividades del general De Gaulle. El *Comité Nacional Francés de Londres*, formado en 1940, fue luego *Comité Francés de Liberación Nacional* y, en 1944, *Gobierno provisional de la República francesa*.

Este organismo político creado por la resistencia exterior debía representar ante los aliados a la Francia resistente y defender los intereses galos. Paulatinamente, acabó representando a toda la resistencia francesa, exterior e interior.

Porque, independientemente de la acción inicial del general De Gaulle, hubo una *resistencia interior* que adoptó progresivamente formas organizadas de actuación.

Muy pronto creó redes de evasión a través de la línea fronteriza para prisioneros de guerra fugados, judíos perseguidos y aviadores aliados abatidos. Por una de estas redes llegaron a España, rumbo hacia Inglaterra o Africa del Norte, franceses deseosos de continuar la lucha. También circularon agentes de información al servicio de los aliados que comunicaban a éstos particularidades militares del enemigo.

En breve, sin embargo, la resistencia amplió sus objetivos. La dimensión política, en el noble sentido del término, le proporcionó consistencia y le permitió expresarse dentro de los *movimientos*, organizaciones dedicadas no sólo a la información, sino al sabotaje, la acción armada, la propaganda contra el ocupante y contra Vichy y a preparar la toma del poder por la Liberación.

Antes de que se constituyeran los grandes *movimientos* de la resistencia, el aspecto político de la lucha se planteó en 1940 con la puesta en marcha del Partido Comunista clandestino. Los comunistas fueron la primera fuerza política en recuperarse de la *catástrofe* de la ocupación.

Los comunistas

Las condiciones en que se desenvolvió la negociación con las autoridades de ocupación para que autorizaran la publicación de *L'Humanité,* órgano de prensa del partido, permanecen turbias. En cualquier caso, esta autorización no se concedió.

Por el contrario, a partir de otoño de 1940, Vichy y el ocupante comenzaron la persecución de los comunistas —que habían reemprendido la difusión de propaganda clandestina—. Entre los numerosos detenidos, escogería la Wehrmacht a aquellos rehenes que luego serían fusilados en represalia a



Parisinos celebrando la liberación de París

Barricadas en París poco antes de la entrada de los aliados

los ataques contra las tropas germanas, iniciados durante el verano de 1941. Entre ellos, los de Chateubriant, fusilados en octubre de 1941.

La gran huelga de los mineros del norte, en mayo de 1941, es organizada por los comunistas de la zona. Ese mismo mes, el Partido Comunista anuncia la creación del primer gran *movimiento* de resistencia, el más numeroso y persistente: el *Frente Nacional.*

Ningún historiador discute, por tanto, que el Partido Comunista clandestino entró en la resistencia antes del 22 de junio de 1941 sin saber que la Alemania nazi iba a atacar a la Unión Soviética. Pero no es menos cierto que desde entonces la acción comunista cobró renovado vigor y nuevas formas.

En verano de 1941, los comunistas empezaron a realizar atentados contra los soldados alemanes. El hecho no dejó de suscitar problemas de conciencia en los resistentes, incluso entre los comunistas, por las represalias que esos atentados desencadenaban. Posteriormente, el *Frente Nacional* crearía sus propios grupos armados, los *francotiradores* y *partisanos franceses,* encargados de combatir al ejército de ocupación.

Continuamente, los comunistas se situarán en primera línea de la lucha, rehusando cómodas retaguardias. Por eso se cebará en ellos la represión. Pero a la vez suscitarán controversia en la propia resistencia y, a partir de 1943, jugarán un papel señero en las altas esferas de la resistencia nacional.

Otros franceses de otros credos políticos y de todos los medios sociales, movidos a menudo por puro patriotismo, constituyeron también, más o menos pronto, *movimientos* de resistencia y lucha —militar y política— contra el ocupante y Vichy. Varios extendieron su influencia por la mayor parte del territorio y sus periódicos difundieron a veces más de 100.000 ejemplares.

Además del *Frente Nacional,* los *movimientos* más importantes fueron *Combat,* dirigido por Henri Frenay; *Libération,* con Emmanuel d'Astier de la Vigerie, y *Libération-nord,* ambos inspirados por socialistas y sindicalistas socializantes; *Franc-Tireur* y, a menor escala, *Organización civil y militar,* y el periódico clandestino de los cristianos resistentes, *Témoignage chrétien.*

El año 1943 será decisivo en la evolución de la resistencia interior y exterior, porque ambas se unificarán en torno al jefe de la Francia libre, Charles De Gaulle.

Los americanos habían desembarcado en

Colaboracionistas

Además de la colaboración entre Estados, entre Vichy y los dirigentes alemanes hubo otras formas de colaboración. Así, la económica, voluntaria o forzosa, llevó a numerosas empresas francesas a trabajar para la economía alemana.

Pero hubo también movimientos políticos franceses comprometidos estrechamente con el ocupante por ideología y adhesión al fascismo. Fueron los partidos autorizados *(por el invasor germano). Entre ellos, el* Partido Popular Francés *(PPF), cuyo jefe era Jacques Doriot, un tránsfuga comunista. El* Rassemblement National Populaire *(RNP), de Marcel Déat, un tránsfuga del Partido Socialista, y el* Francismo, *de Marcel Bucard, miembro de la Internacional Fascista ya antes de la guerra.*

Diversos organismos alemanes de ocupación —Wehrmacht, embajada *Abetz, SS— sostuvieron, incluso económicamente, a estos partidos colaboracionistas a cambio de su labor entre la población y las autoridades galas. Los miembros de estos partidos fueron a menudo agentes del ocupante al perseguir a los resistentes y a los refractarios al* servicio de trabajo obligatorio.

Hubo también una asociación más mundana *de apoyo a la colaboración bajo el nombre de* grupo de colaboración. *Contaba entre sus filas al rector del Instituto Católico de París, monseñor Baudrillart, al escritor Alfonso de Chateaubriant y el científico Georges Claude.*

Por otra parte, los colaboracionistas de París crearon la Legión de voluntarios franceses contra el bolchevismo, *un equivalente de la* División Azul, *que buscaba alistar a los franceses bajo uniforme alemán para luchar en el frente ruso. Después, también se reclutaron en Francia a miembros de la Waffen-SS.*

A todos estos grupos colaboracionistas, la gran masa de franceses les mantuvo sistemáticamente aparte. Sus afiliados nunca rebasaron el 1 por 100 de la población y, según todos los documentos, su influencia ideológica sobre el resto del país alcanzó aproximadamente ese porcentaje.

noviembre de 1942 en Africa del Norte y, tras entenderse con el almirante Darlan, uno de los principales dirigentes de Vichy, confiaron el mando francés de la zona liberada al general Giraud.

Unificación

Aunque prisionero de guerra evadido de la fortaleza de Königstein, en Alemania, y hostil al ocupante, Giraud era partidario de Pétain y de la *Revolución nacional*, por lo que mantuvo en el territorio bajo su mando las leyes de Vichy, incluso las contrarias a los judíos y los comunistas.

Los americanos tuvieron alejado de las operaciones africanas a De Gaulle e ignoraron completamente la resistencia interior. Entonces ésta decidió apoyarle para que De Gaulle pisara Africa del Norte, quitase el mando a Giraud y asumiera en solitario la dirección del *Comité Francés de Liberación Nacional*.

El general De Gaulle encomendó a Jean Moulin la tarea de agrupar a las diversas fuerzas comprometidas en la resistencia interior. Estas se constituyeron en abril de 1943 en un órgano de dirección común: el *Consejo Nacional de la Resistencia*.

Ni De Gaulle ni la resistencia interior —ni por supuesto la comunista— querían que en la Francia liberada del ocupante alemán se perpetuase el régimen de Vichy sostenido por Giraud. Tampoco aspiraban a que Francia cayese en la dependencia de los libertadores anglosajones ni de los americanos, cuyo hombre de paja parecía ser Giraud.

Además, en ese año 1943, los resistentes del interior y el general De Gaulle acababan de granjearse las simpatías de la gran mayoría de franceses, ya despegados de Vichy y cada vez más hostiles al ocupante.

Evidentemente, los franceses comprometidos con la resistencia desde el principio habían sido pocos y de limitada influencia. Igualmente siguieron minoritarios los resistentes activos. Pero en contra de lo escrito por algunos buenos historiadores, estas minorías no eran exclusivamente las fuerzas de la resistencia.

Ya en 1943 se enrolaron en la resistencia un número importante de jóvenes amenazados por el *servicio de trabajo obligatorio* en Alemania. Esto permitió formar *maquis* armados en el campo, en los Alpes y el Macizo Central, donde intervinieron en los últimos combates contra el ocupante.

Estos jóvenes procedían de todas las cla-

Miembros de un maquis en su base alpina



ses sociales y su compromiso con la resistencia nacía de la opresión que el ocupante ejercía —con exigencias crecientes— sobre el conjunto de la población. Esta, por tanto, se sentía progresivamente implicada en la lucha contra el ocupante y cada vez más próxima a los resistentes.

Pero, además, es evidente que si los resistentes pudieron actuar y evitar la destrucción de su organización a manos del enemigo, fue por su perfecta conexión con el medio en que operaban.

Los resistentes se beneficiaron del apoyo de la población. Esta les procuró escondite y alimentos. Y cuando caían en poder de la Gestapo los jefes o los mandos de un *movimiento*, otros hombres les sustituían automáticamente.

En cambio, el ocupante se veía abocado a una situación de permanente inseguridad por el carácter multiforme y difuso de la resistencia y por la hostilidad que respiraba por doquier, e iba tejiendo un cerco de animadversión en torno suyo.

En esto, la resistencia fue una resistencia de masas. La guerra de partisanos no resultó en Francia tan virulenta y mortífera para el Ejército alemán como en los países de la Europa del Este: URSS, Polonia y Yugoslavia. Porque, más que por las repercusiones de los combates, sabotajes y emboscadas —multiplicadas, sin embargo, en 1944—, la resistencia francesa tuvo incidencia en la desmoralización del adversario.

Gracias a su honda implantación en las masas populares, rurales y urbanas, las fuerzas de la resistencia pudieron desempeñar un papel activo y espectacular en la liberación de su país. Tras el desembarco de Normandía, el 6 de junio de 1944, desplegaron sus tentáculos por doquier.

Ellas solas liberaron, sin intervención del Ejército aliado, toda la parte de Francia situada al sur y oeste del Loira y del Ródano, después de haber reconquistado Córcega en 1943. Participaron, asimismo, en otros frentes junto a los ejércitos angloamericanos para liquidar los últimos rescoldos de la resistencia enemiga.

París, en fin, fue liberado en agosto de 1944 por las fuerzas insurgentes de la capital, apoyadas por la huelga de todas las fuerzas vivas del casco urbano y por un destacamento de la segunda división blindada de la Francia libre desembarcada en Normandía junto a los americanos.

Un ejército francés regular formado en Africa del Norte (primer ejército) contribuyó a la liberación del corredor del Ródano y luego del este de Francia. Reforzadas estas fuerzas por otras del interior —constituidas por agentes que habían participado en la liberación del territorio—, estos ejércitos franceses regulares invadirán Alemania.

Un grupo se apoderará de Bechtesgaden, *nido de águila* de Hitler. Otro seguirá hasta el Tirol austriaco. Esto permitirá a Francia participar en la derrota y ocupación de Alemania y en la decisión sobre su futura suerte.

Mientras tanto, en Francia, el carácter masivo logrado por la resistencia permitirá a sus miembros instalarse en el poder tan pronto como los alemanes lo abandonen, sin que los representantes de Vichy, privados del apoyo germano, osen oponerse y sin que logren los americanos montar sus servicios administrativos (Amgot) en el territorio liberado, como era su propósito.

Vichy había transigido con la humillación de Francia y su inserción en una Europa germana, dominada por el nazismo. Con la resistencia, Francia volvió a encontrarse al lado de americanos, ingleses y soviéticos con un lugar definido en el futuro de Europa.

Bibliografía

Libération de la France, actas del coloquio organizado por el Comité de Historia de la Segunda Guerra Mundial, París, 1976. Jean Pierre Azema, ***De Munich à la Libération***, Paris, 1979. R. Bourderon y G. Willard, ***La France dans la tourmente***, Paris, 1972. ***Libération des Pays de Loire***, Paris, 1974. ***La captivité, histoire des prisionniers de guerre français, 1939-1945***, Paris, 1980. ***Le Loiret dans la guerre, 1939-1945***, Roanne, 1983. A. Guerin, ***La Résistance***, 5 vols., Paris, 1972-1976. E. Jackel, ***Frankreich in Hitler's Europa***, Stuttgart, 1966. H. Michel, ***Histoire de la Résistance en France***, 1958. ***Histoire de la France libre***, Paris, 1978. H. Nogueres, ***Histoire de la Résistance en France***, 5 vols., Paris, 1967-1981. R. Paxton, ***Vichy France: old guard and new order, 1940-1944***, 1972.

INGLATERRA RESISTE SOLA

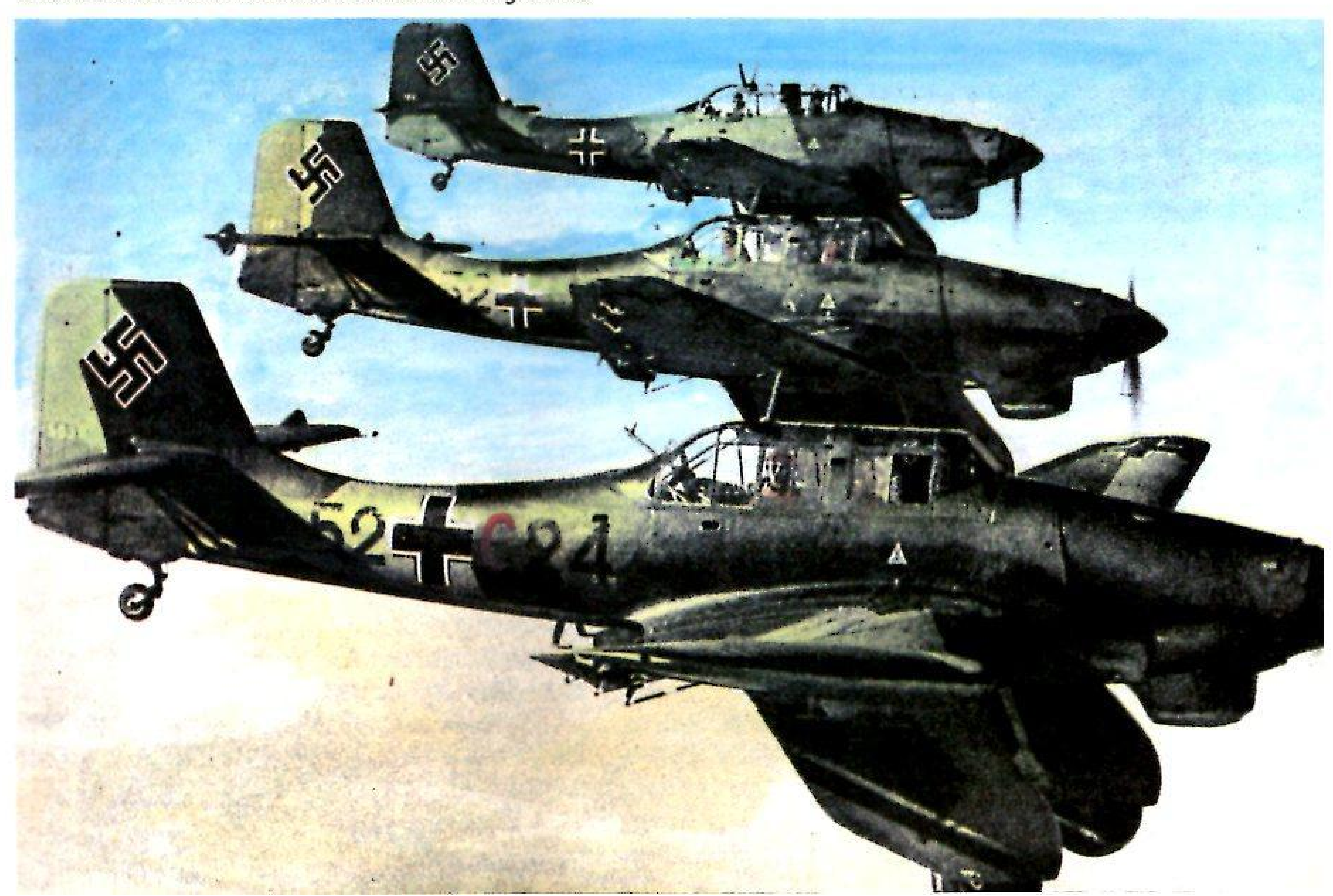
Tras la derrota aliada en Francia, Gran Bretaña se dispuso a continuar la guerra en solitario. Su situación era angustiosa: no tenía un ejército organizado, ni armamento para dotarlo; apenas disponía de artillería de campaña y eran muy escasos sus carros de combate. Sin embargo, protegida por el mar y por su poderosa escuadra, disuadió a Hitler de intentar un desembarco.

En este amplio capítulo, que abarca desde el verano de 1940 al del 41, se tratan los diversos aspectos de *la batalla de Inglaterra:* los preparativos alemanes para una invasión de las islas; las disposiciones británicas para impedirlo; la política de los Estados Unidos, que va desde el *cash and Carry* a la *Ley de préstamos y arriendos;* la formidable batalla aérea que entablaron el III Reich y el Reino Unido durante casi medio año y que costó a ambos contendientes —sobre todo a los alemanes— más de tres mil aparatos; la rocambolesca aventura de Rudolf Hess, lugarteniente de Hitler, que viajó a Gran Bretaña para pedir que se rindiera... o asuntos tan poco conocidos como las negociaciones entre Berlín y Londres para llegar a una paz negociada.

Simultáneamente —y dentro del mismo contexto— Alemania trataba de rendir a Gran Bretaña por hambre y carencia de materias primas, interrumpiendo su tráfico marítimo. Fue la batalla del Atlántico la que produjo a Churchill más quebraderos de cabeza que las destrucciones aéreas.

Y, finalmente, el Pacto Tripartito, popularmente conocido como *Pacto de acero,* entre Alemania, Italia y Japón, que de haber surtido plenos efectos, de haberse realizado en todas sus posibilidades, hubiese podido cambiar drásticamente el curso de los acontecimientos.

Formación de Stukas durante la batalla de Inglaterra



La batalla de Inglaterra

Nueve siglos antes, Inglaterra había sufrido su última invasión y, ante la marea alemana, se preparó para resistir. Quizá el mejor ejemplo del espíritu de aquellos días lo expresaba la oratoria de Churchill, primer ministro desde mayo: *Lucharemos en las playas, lucharemos en los lugares de aterrizaje, lucharemos en los campos y las calles, lucharemos en las montañas. Jamás nos rendiremos.*

El categórico rechazo a cualquier trato con Hitler y a cualquier claudicación coincidió con un deseo de continuar la lucha, apelando a los recursos de las colonias. Sin saberlo, los alemanes que habían iniciado una guerra europea, se vieron en un conflicto mundial para el que no estaban preparados.

Hitler y los generales habían planeado una conflagración continental, en el teatro de la expansión alemana del siglo XIX y Primera Guerra Mundial. La actitud inglesa desbordó ese marco y los alemanes se vieron enfrentados al reto de dominar el mundo.

Ese era, para ellos, un objetivo imposible. Para los ingleses, un pacto habría supuesto la devolución a Alemania de las colonias perdidas en 1918 y su entrada en el universo colonial que la política imperial no estaba dispuesta a consentir.

Pero a corto plazo, la guerra parecía ser sólo europea y los ingleses estaban convencidos de que la invasión se intentaría por vía marítima, que era la más fácil.

La flota alemana había salido quebrantada de la campaña escandinava y el Almirantazgo no temía ese reto. Había un buen programa de construcciones aéreas en marcha, y aunque la Aviación era todavía deficitaria, unida a la Marina se mostraba capaz de detener cualquier aventura naval enemiga. Y como los efectivos terrestres eran los trescientos y pico mil soldados evacuados de Francia, con sólo 500 cañones y 200 carros, se complementaron con la *Home Guard*, una reunión heterogénea de ciudadanos, armados y encuadrados a toda prisa, pero con seriedad.

Las fuerzas navales organizaron una *Striking Force* de 36 destructores para oponerse a la primera fuerza de invasión, y la *Auxiliary Patrol* para vigilar directamente las costas, porque la *Home Fleet*, la verdadera fuerza de batalla, necesitaba veinticuatro horas para entrar en acción.

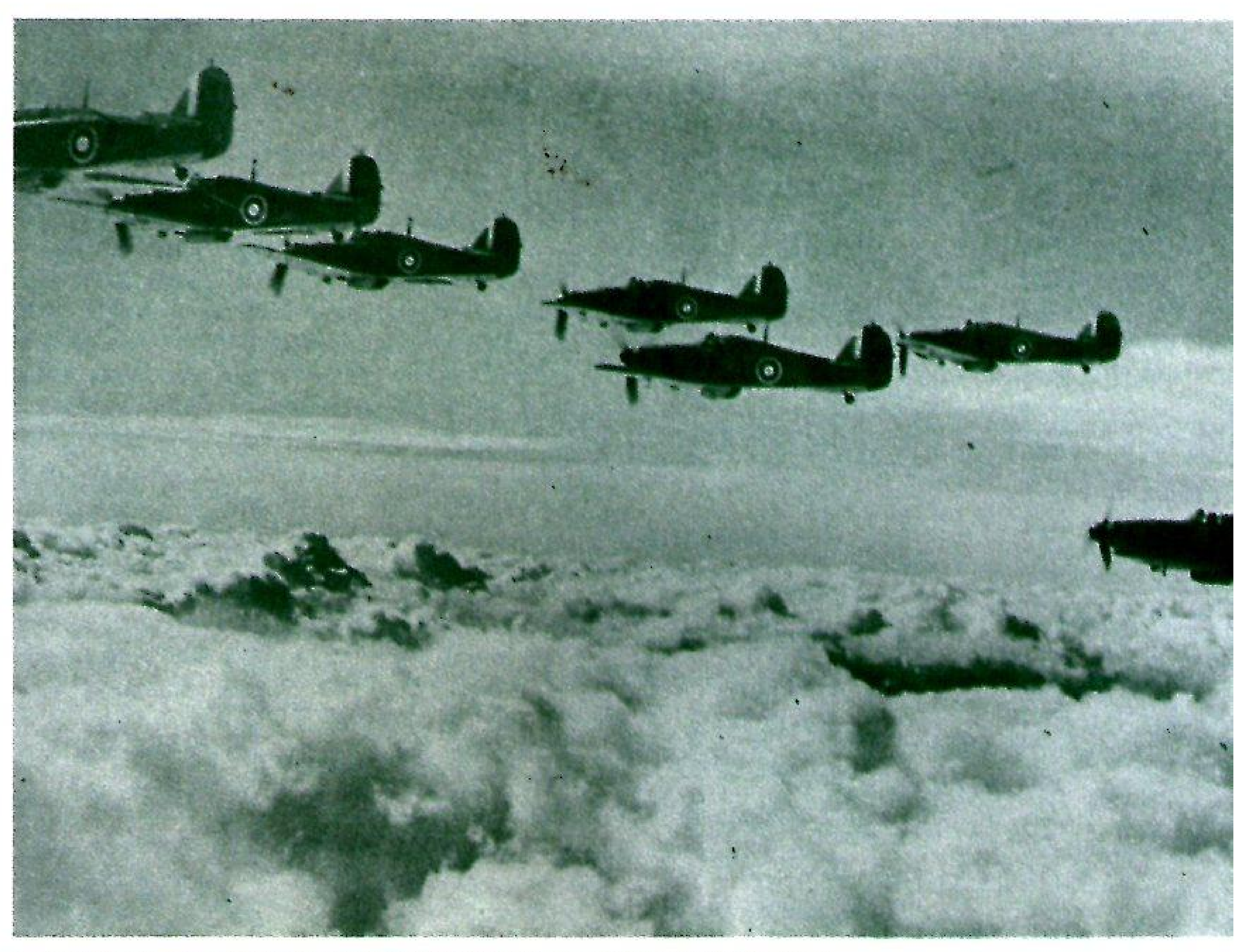
El peligro no era tan inmediato como parecía. Los alemanes carecían de planes de desembarco y Hitler esperaba que la derrota continental conduciría a los ingleses a pactar.

Hasta el 2 de julio de 1940 no ordenó iniciar el estudio de un plan de invasión que se llamó *Operación León Marino*. Su preparación fue tan ligera que, el 15 del mismo mes, Hitler dispuso que todo estuviera listo para mediados de agosto.

El plan preveía dos oleadas sucesivas sobre cuatro playas entre Folkestone y Selsey, con 3.500 embarcaciones de todo tipo que era imposible reunir en tan poco tiempo. Es difícil creer que el meticuloso mando militar alemán creyera seriamente en una operación así improvisada, que más bien parecía un gigantesco gesto teatral de Hitler para atemorizar a los ingleses y obligarles a pactar.

Los almirantes alemanes hicieron ver la imposibilidad de cruzar el Canal sin tener superioridad aérea y *León Marino* se retrasó. Cuando, a mediados de septiembre, se comprobó que el cielo estaba dominado por los ingleses, se pospuso nuevamente.

Hitler decidió entonces que lo primordial era invadir Rusia y sólo se lucharía contra Inglaterra mediante submarinos y aviones para destruir su moral y su economía. Al pensamiento estratégico prusiano le era más familiar una campaña continental contra Rusia que la complicada invasión marítima ajena a sus tradiciones. De modo que el objetivo principal pasó a ser el futuro frente del Este.



Los cazas británicos impidieron el triunfo alemán en la batalla de Inglaterra

La fecha de *León Marino* estaba marcada para el 3 de septiembre. Se dilató hasta el 29 y, por fin, fue *aplazada indefinidamente*. El *León Marino* se ahogó sin tocar el mar.

Preliminares navales

El 17 de agosto de 1940 Hitler declaró el bloqueo total a Inglaterra, como un recuerdo de la estrategia que ya había fallado en la Primera Guerra Mundial. A principios de septiembre se hundieron buques de todas las marinas beligerantes, mientras Hitler pensaba en un bloqueo con tres procedimientos: la acción submarina, las incursiones de la flota de superficie y el bombardeo con aviones que se adentraran en el mar.

El hundimiento, sin previo aviso del paquebote *Athenia* con 1.400 pasajeros a bordo hizo recordar el asunto del *Lusitania* en la guerra anterior. El submarino alemán U-30 lo había torpedeado y 28 pasajeros norteamericanos encontraron la muerte.

Ante la protesta diplomática, la Marina alemana negó el hecho. La propaganda de Göbbels llegó a decir que el Almirantazgo inglés había hundido el *Athenia* para acusar al Reich.

En estas primeras escaramuzas los alemanes lograron una baza que habían intentado en vano durante la Primera Guerra Mundial. Scapa Flow era una de las principales bases de la flota inglesa. Situada en las Orcadas, estaba defendida por un completo sistema de minas y redes metálicas.

Un espía, instalado años atrás en la zona, había descubierto un punto débil en la defensa, cuando una red antisubmarina fue levantada para reparaciones. Guiado por sus noticias, el *U-47*, mandado por el *oberleutenant* Prien, penetró en la rada y torpedeó al acorazado *Royal Oak*, el crucero *Repulse* los hundió y abandonó la base entre el desconcierto de las defensas.

En el aparato propagandístico del Reich había lugar para la nostalgia. Durante la Primera Guerra Mundial, buques corsarios alemanes atacaron las comunicaciones imperiales inglesas y se intentó recordarlos.

Cuando la guerra estalló, el *acorazado de bolsillo Admiral Graf Spee* navegaba, con guardiamarinas a bordo, en un viaje de prácticas. Situado en el Atlántico sur, inició una campaña devastadora para el comercio británico que, en dos meses hundió 9 buques y casi 50.000 toneladas.

A principios de diciembre necesitó aproximarse a la costa uruguaya en busca de petróleo y suministros, porque sus buques auxiliares estaban controlados por los ingleses. El día 13 tomó contacto con tres cruceros enemigos, *Exeter*, *Achilles* y *Ajax*, y trabó combate.

Obligado a refugiarse en Montevideo, con poco combustible y dañado por dos impactos del *Exeter*, el comandante alemán pidió quince días de asilo para reparar. Por presiones inglesas sólo consiguió uno y prefirió volar el buque, tras salvar a la tripulación, antes que ser capturado.

Más tiempo pudo operar el *Atlantis*, un buque mercante, dotado de cañones, torpedos, minas y hasta un pequeño hidroavión. Había sido preparado expresamente para actuar como corsario, al mando de un marino de guerra y con todos los medios precisos para hacerse pasar por otros barcos.

Desde su base de Noruega iniciaba viajes programados para unos veinte meses, cortando la ruta del cabo de Buena Esperanza. El abastecimiento se hacía mediante submarinos en alta mar, y el *Atlantis* navegó y cobró 22 presas hasta ser interceptado por los ingleses en septiembre de 1941.

La lucha por las comunicaciones marítimas inglesas vino determinada por el estado inicial de ambas flotas. Cuando la guerra estalló, Alemania contaba con 50 submarinos costeros y 65 oceánicos e Inglaterra con 38 submarinos y 66 buques de escolta.

Mientras en la Primera Guerra Mundial, la construcción submarina alemana fue lenta, desde 1939 se aceleró. Los ingleses, por su parte, planificaron concienzudamente la defensa.

A principios de 1940 se estableció que los buques autónomos y rápidos se desviaran al norte para evitar a los aviones alemanes. Los convoyes se aproximaron a la costa por un canal delimitado y controlado por la Aviación británica. Además se instalaron armas antiaéreas a bordo de los mercantes.

La flota alemana de superficie carecía de potencia para intentar un dominio efectivo y la verdadera *batalla del Atlántico* no se inició hasta que, en marzo de 1941, la construcción naval alemana botó gran número de nuevos submarinos que compensaron las pérdidas sufridas hasta entonces.

El duelo naval se concretó entre británicos e italianos. Estos contaban con una gran flota compuesta por 8 acorazados, 26 cruceros ligeros, 61 destructores, 120 submarinos y muchas embarcaciones menores. Pero ni su voluntad ni sus medios técnicos podían compararse a los ingleses.



WINSTON CHURCHILL

Winston Leonard Spencer Churchill (Blenheim, 1874-Londres, 1965). Político británico. Estudió en Harrow y en la Academia Militar de Sandhurst. Luchó en Cuba, India y Sudán. En 1898 renunció a la carrera militar para dedicarse a la política, ingresando en el Partido Conservador.

Lord del Almirantazgo, fue siempre partidario de reforzar la Marina. Tras el fracaso de la expedición a los Dardanelos y la posterior crisis política, fue destituido de su cargo. Ministro de Armamento en 1917, fue decidido impulsor del tanque como instrumento bélico. Canciller del Exchequer en el Gobierno Baldwin (1924-29). Churchill siempre se opuso a la autonomía india y al acuerdo de Munich, que calificó de total y desmesurada derrota. Al estallar la Segunda Guerra Mundial volvió al Gobierno como lord del Almirantazgo, siendo nombrado primer ministro en mayo de 1940. Su contribución a la victoria fue absolutamente decisiva. Asistió a las conferencias de Teherán, Yalta y Postdam, siendo derrotado en las elecciones de 1945, aunque volvería a ocupar el cargo de primer ministro en 1951. En 1955 se retiró definitivamente de la política. Dos años antes había recibido el premio Nobel de Literatura.

Las batallas de Punto Stilo (julio) y Cabo Taulada (noviembre) demostraron, antes de finalizar 1940, que Italia no contaba como potencia naval. En lo sucesivo, sus buques se dedicaron a tareas menores como mantener precariamente las rutas de Sicilia a Libia, y a atacar, con poco éxito, los convoyes de Gibraltar.

El verano de 1940 estrenó una denodada lucha en el aire. Su origen no fue un plan previsto, sino la necesidad de preparar la operación *León Marino.*

El servicio nacional te necesita
(cartel británico)



Sala de operaciones del cuartel de la defensa antiaérea británica

El Mando alemán pensaba que el dominio del aire era una condición precisa para cualquier operación naval, sobre todo desde que la campaña noruega había demostrado la vulnerabilidad aérea de los grandes barcos. En principio, la Luftwaffe parecía muy superior a la RAF, y el mando alemán actuó confiado.

La batalla de Inglaterra

Su intención era escalonar sus objetivos. Primero se aplastaría la aviación inglesa; después se atacarían los puertos y todo el sistema de aprovisionamiento, hasta dejar inerme la isla. De acuerdo con los resultados, al cabo de una o dos semanas, se decidiría si *León Marino* era posible.

El 28 de mayo se enfrentaron sobre Inglaterra los primeros *Dornier 17* y *Spitfire,* y, desde entonces, la guerra en el aire fue un cotidiano espectáculo.

Los alemanes dispusieron tres flotas aéreas contra la isla. La *II Luftflotten* (Kesselrig) tenía su cuartel general en Bruselas y la *III Luftflotten* (Sperrle) en París. Ambas eran fuerzas completas e independientes, pensadas para apoyar grandes unidades de tierra. Pero no se articuló un plan conjunto para que sus efectivos —que se aproximaban a los 2.000 aparatos— actuaran sobre Inglaterra.

Con base en Noruega y Dinamarca, se situó la *V Luftflotten* (Stumff), mucho más pequeña. Actuó sólo el día 15 de agosto, con tantas bajas que no volvió a emplearse en un objetivo tan lejano. Pero su presencia amenazante hizo entretener parte de los efectivos ingleses en el nordeste.

La batalla se encarnizó a principios de agosto, con la intención alemana de destruir a la RAF en el aire. Casi un millar de cazas, en su mayoría *Messerschmitt 109* de un solo motor y con una tercera parte de *Messerschmitt 110* bimotores, se enfrentaron a

los 900 *Hurricane*, *Spitfire* y 1.700 cañones antiaéreos.

Los aviones ingleses eran más lentos que los alemanes y ascendían más despacio; en cambio, giraban y maniobraban con más facilidad.

Los alemanes tropezaban con un radio de acción escaso para su objetivo. Una vez adentrados en Inglaterra, los *Me-109* tenían poco tiempo para combatir, y los *Me-110*, que habían sido pensados para vertebrar la caza, fracasaron técnicamente y quedaron en un mal segundo término. Ni los *Me-109* ni los *110* llevaban una radio bastante potente para ser informados, dirigidos o apoyados en el combate por los servicios de tierra.

En general, el armamento británico era inferior. Sus aviones estaban dotados de ametralladoras, mientras los alemanes habían probado los cañones de 20 milímetros en la guerra civil española y los incorporaron a bordo.

Con la derrota en Francia, Inglaterra perdió unos 400 cazas que fueron una grave carencia. Pero se realizó un considerable esfuerzo industrial de modo que, en 1940, Inglaterra era capaz de fabricar 9.924 aparatos y Alemania 8.070.

La verdadera escasez inglesa no fue de aviones, sino de pilotos de caza. Su entrenamiento y formación eran lentos, concienzudos y cada baja tardaba en cubrirse.

Las escuelas alemanas trabajaban en mayor ritmo y, en un principio, los pilotos superaban a las necesidades. Las grandes pérdidas alemanas en bombarderos obligaron a transferir muchos pilotos de caza y el desgaste de los aviadores fue mayor, porque Göring se opuso frecuentemente a que contaran con descansos regulares y su fatiga se agravaba por la práctica de dos, tres y hasta cinco salidas diarias.

El gran éxito británico fue su servicio de alarma y control. El mariscal Dowding contaba con un sistema centralizado de alerta y varios controles tácticos descentralizados. Así, cualquier incursión sobre territorio era conocida y *encargada* al mando local más adecuado. Veinte estaciones de radar costero detectaban a los alemanes mucho antes de llegar a la isla.

Sorprendido por el invento, el Alto Mando de Hitler no se decidió a bombardear los radares hasta que perdió gran número de aparatos. Y no es que los ingleses guardaran el secreto. Antes de la guerra, los espías alemanes habían podido fijarse en la estación experimental de Bawdsey y, en mayo de 1940, un radar móvil inglés fue capturado en la playa de Boulogne. Pero ningún jefe alemán hizo caso, ni siquiera al comprobar que los cazas ingleses actuaban con grandes márgenes de aviso. Ese menosprecio dio a la RAF una ventaja fundamental.

El día del águila

El día tres de agosto, las dos fuerzas en presencia ya han establecido sus objetivos de forma concreta; la ventaja numérica se sitúa del lado de Alemania, que ha pasado de contar con 587 aparatos de caza el día 30 de junio a disponer de 708. El número de pilotos germanos se ha incrementado durante el mismo tiempo desde 1.253 a un total de 1.434. Sin embargo, la escasa actividad de los bombarderos que se manifiesta durante los siguientes días ha producido un descenso en la tensión reinante entre la población británica, a pesar de que la radio de Berlín anuncia una inminente ofensiva.

En la mañana del día ocho, un convoy británico es atacado en aguas del Canal por una escuadrilla alemana, siendo respondida a su vez por la aviación procedente de la isla. Llegada la noche, pueden contabilizarse los efectos del enfrentamiento: cuatro barcos hundidos, y diecinueve aviones ingleses y treinta y uno alemanes derribados. Este había sido el combate más duro hasta el momento, y serviría como inmediato prólogo a la ofensiva conocia como *Día del Aguila*.

Esta operación —*Adlertag*, en lengua alemana— estaba dirigida a doblegar de forma definitiva la tenaz resistencia inglesa. En ella habían sido puestas muchas esperanzas por parte del mariscal Göring y los demás altos jefes de la *Luftwaffe*, que imaginaban poder terminar rápidamente con el problema planteado por medio de una acción de gran envergadura. De la importancia de la misión habla por sí misma la cifra de aparatos empleados, que suponía un setenta y cinco por ciento del total de los efectivos dispuestos desde Cherburgo hasta Noruega. Hasta aquel momento, la aviación alemana no había empleado en sus ataques más que un diez por ciento de sus efectivos. Ahora, contaba con este espacio con un total de 3.358 aviones, de los cuales 2.250 se hallan en perfecto estado y dispuestos para su utilización.

La superioridad alemana en cuanto al nú-

mero de aparatos no había impedido sin embargo que, hasta aquel momento, la cifra de bajas británicas hubiera sido solamente de 96 frente a las 277 sufridas por su adversario. Esta desventaja no disminuía de hecho la amenaza que se cernía sobre Inglaterra aquel día diez de agosto, fecha elegida para lanzar el ataque. Sin embargo, las condiciones climatológicas aconsejarían aquel día un aplazamiento del ataque. A lo largo de la siguiente jornada, los aviones alemanes lanzaron repetidos ataques sobre la zona de Do-

da en la ocupada isla británica de Guernesey. A lo largo de esa jornada, en la que los daños materiales sufridos por el territorio bombardeado son especialmente graves, se batirá el récord de salidas por ambas partes. Así, mientras la *RAF* efectúa un total de setecientas cincuenta y ocho, la *Luftwaffe* realiza cuatrocientas cuarenta.

Poblaciones y convoyes marítimos sufren las consecuencias de esta acción. Por vez primera, las instalaciones de radar situadas en la costa son objeto de los ataques alemanes,





Hermann Göring estudia la invasión de Inglaterra



Pilotos británicos preparando una misión

ver, con el fin de obligar a sus contricantes a agrupar allí a sus escuadrillas, desguarneciendo la costa centro-occidental, verdadero objetivo de la ofensiva.

Sobre esta zona, centrándose en la ciudad de Portland, se establece un duro duelo entre las dos formaciones. Los resultados son en este caso bien expresivos: treinta y ocho aparatos alemanes derribados frente a treinta y dos británicos. Al día siguiente, doce de agosto, los alemanes lanzan fuertes ataques sobre la desembocadura del Támesis, protegidos por cazas procedentes de la base situa-

ya que se ha comprendido la importancia que tiene en la lucha iniciada. Los resultados del enfrentamiento son conocidos esa misma noche, y aportan cifras que sitúan en veintidós los aviones perdidos por la *RAF* frente a los treinta y dos de la *Luftwaffe*. En este punto, la batalla de Inglaterra adquiere rasgos de gran dureza, y ya nadie es capaz de imaginar una marcha atrás en el camino emprendido. Sin embargo, la población inglesa todavía no conoce de forma clara los efectos de la batalla emprendida.

En la misma mañana del día trece de agos-

Winston Churchill, primer ministro británico, ante los micrófonos de la BBC en 1940

Habla Churchill

Siempre que las condiciones meteorológicas son favorables, oleadas de bombarderos alemanes protegidos por cazas, con frecuencia tres o cuatrocientos cada vez, se arrojan contra nuestra isla, especialmente sobre el promontorio de Kent, con la esperanza de atacar objetivos militares o no militares en las horas diurnas. Pero son interceptados por nuestras escuadrillas de cazas y casi siempre dispersados, y la media de sus bajas se calcula de tres a uno en aparatos, y de seis a uno en lo que respecta a pilotos.
Este esfuerzo por parte alemana para conseguir la dominación de los cielos ingleses durante el día es, naturalmente, el punto crucial de toda la guerra. Hasta este momento, tal esfuerzo ha fracasado notablemente. Ha costado muy caro al enemigo, y nosotros nos sentimos más fuertes, y de hecho somos relativamente mucho más fuertes que cuando estos duros combates aéreos tuvieron comienzo en julio. No hay duda de que Hitler usa su aviación de caza con mucha intensidad, y que si continuara así durante muchas semanas más, sólo podrá desgastar y destruir esta parte vital de sus fuerzas aéreas.

to, elegido definitivamente para la realización del plan, los partes meteorológicos referentes al sur de Inglaterra muestran la presencia de acumulaciones de nubes y nieblas. Con todo, Göring decide que la fecha del ataque no debe ser aplazada más y lo fija para las catorce horas, a pesar de que el tiempo lluvioso no ayuda en absoluto a una óptima realización del mismo. Dado que la víspera han sido destruidos importantes estaciones de radar, los alemanes confían en poder penetrar impunemente en el cielo británico, encabezados por los *Messerschmitt 110* procedentes de la base de Caen.

Los ingleses, sin embargo, han puesto en funcionamiento otras instalaciones y este ariete es detectado de forma inmediata. Este primer enfrentamiento costará a los atacantes un total de cinco aparatos derribados, además de ver acribillados por las balas de ametralladora a gran número de los que han podido regresar. El balance final del *Día del Aguila* se establece, llegada la noche, de la siguiente forma: tres mil cuatrocientos ochenta incursiones, los alemanes han perdido cuarenta aparatos, mientras que los ingleses han visto derribar a trece de sus aviones a lo largo de sus setecientas salidas. La *Luftwaffe*, a pesar de todo, ha inflingido fuertes daños sobre varios aeródromos y centros de población de tamaño reducido.

Aquella noche, aviones alemanes lanzan sobre las regiones del centro de Inglaterra y sur de Escocia materiales que pretenden hacer pensar en un desembarco de paracaidistas sobre las mismas. A la misma hora, una autotitulada «nueva estación británica de radiodifusión» situada en Berlín lanza una serie de fuertes amenazas dirigidas contra la población de la isla, asegurando este desembarco de soldados provistos de armas de fulminante efectividad. El día siguiente, catorce de agosto, la *Luftwaffe* presenta evidentes signos de agotamiento debido al esfuerzo realizado durante las cuarenta y ocho horas precedentes. Debido a ello, realiza solamente un total de cuatrocientas ochenta y nueve salidas, atacando aeródromos y poblaciones de la costa. Mientras la zona del Canal sigue cubierta por las nubes, los comandantes de los cuarteles generales alemanes, Kesselring y Sperrle, son convocados por el mariscal del Reich.

A pesar de los informes que recibe del ge-

Esto nos es de gran ventaja. Por otra parte, sería empresa muy arriesgada para él tratar de invadir nuestro país sin haberse asegurado previamente la supremacía aérea. Con todo, sus preparativos de invasión a gran escala siguen en marcha.
Muchos centenares de barcazas a motor bajan por las costas europeas desde puertos alemanes y holandeses a los del norte de Francia, de Dunkerque a Brest, y más a allá de Brest a los puertos franceses del Golfo de Vizcaya. Además, convoyes de mercantes en grupos de diez y doce se encaminan al Canal por el paso de Calais, tocando de puerto en puerto bajo la protección de las baterías que los alemanes han emplazado en la costa francesa. Hay considerables concentraciones de barcos mercantes en puertos alemanes, holandeses, belgas y franceses a lo largo de todo el rumbo de Hamburgo a Brest. Finalmente, se han preparado los planes para que otros barcos puedan transportar fuerzas de invasión desde los puertos noruegos.
Tras esta concentración de vapores y barcazas, fuertes contingentes de tropas alemanas esperan la orden de embarcarse y de zarpar para su peligrosísima e incierta travesía. No podemos decir cuándo tratarán de llegar a nosotros; ni siquiera estamos seguros de que llegarán a intentarlo; pero nadie debe cerrar los ojos ante la realidad actual de que una gran invasión a enorme escala se está preparando contra esta isla con toda la acostumbrada meticulosidad de los alemanes, y que podría desencadenarse en este mismo instante sobre Inglaterra, o Escocia, o Irlanda, o las tres juntas. Si se va a intentar esta invasión, las demoras no podrán ya durar mucho. El tiempo puede serenarse en cualquier momento. Además, es difícil para el enemigo mantener esta concentración de barcos en espera indefinida, sometida como está cada noche al ataque de nuestros bombarderos, y más frecuentemente al cañoneo de nuestros barcos de guerra que les esperan al acecho.
Debemos, pues, considerar la próxima semana como un período particularmente importante de nuestra historia. Es semejante a los días en que la Armada *española se acercaba al Canal y Drake estaba acabando su partida de bochas; o a los días en que Nelson se hallaba entre nosotros y la* Grande Armée *de Napoleón en Boulogne. Hemos leído todo esto en los libros de Historia, pero lo que ahora viene es de proporciones mucho mayores, e infinitamente más importantes para la vida y el porvenir del mundo y de su civilización, que en aquellos heroicos tiempos antiguos.*

Texto del discurso radiado de Winston Churchill el día 11 de Septiembre de 1940

neral Halder, Göring sabe que el *Día del Aguila* no ha obtenido siquiera mínimamente los resultados perseguidos mediante su puesta en práctica. El mal tiempo reinante se había unido a las deficiencias sufridas por la realización de la operación. Por tanto, decide la continuación de los ataques, centrándose ahora sobre dos objetivos bien definidos en exclusiva: las fuerzas aéreas enemigas y las factorías aeronáuticas situadas en suelo inglés. Al mismo tiempo, decide suspender todo ataque sobre las instalaciones de radar, dado que ninguna de las afectadas había sido puesta fuera de servicio a pesar de los desperfectos sufridos.

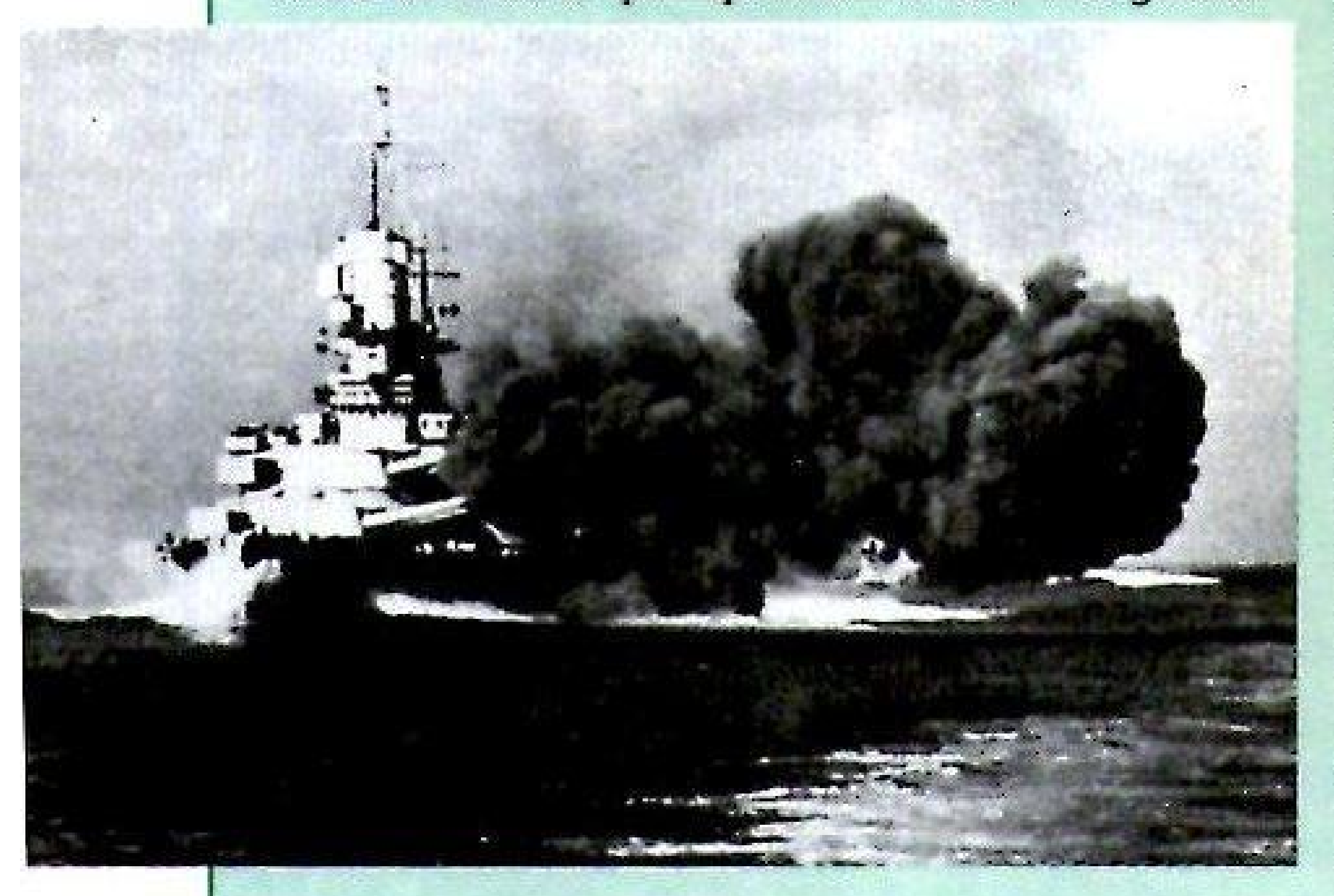
El jueves, día quince de agosto la totalidad de las bases situadas sobre las costas de la Europa ocupada se encuentran en estado de alerta. Incluso las localizadas en Noruega van a entrar en funcionamiento por vez primera. Las fuentes informativas de la *Luftwaffe* han asegurado que Gran Bretaña cuenta solamente con un total de trescientos cazas, aunque en realidad el número de estos aviones de que dispone el país es de prácticamente el doble. El territorio de la isla ha quedado dividido en tres zonas, dependientes del Mando de la Aviación de Caza. Todas ellas van a recibir en esta ocasión, en grado diferente los efectos del ataque nazi, que en este caso pretendía hacerse presente sobre la totalidad del espacio británico.

La primera oleada de aviones produce un enfrentamiento a las diez de la mañana, del que resultan derribados tres aparatos británicos y dos alemanes. En esta jornada, junto a los duros ataques realizados en el aire, varias ciudades e instalaciones industriales, y sobre todo el aeropuerto londinense de Croydon, sufren importantes destrozos. Alrededor de ochenta personas resultan ese día muertas o heridas por las bombas. Durante la noche, los bombarderos alemanes actúan eficazmente sobre Birmingham, Southampton, Bristol y otras poblaciones. En conjunto, durante el día quince la *Luftwaffe* ha realizado un total de mil setecientas ochenta y seis salidas, frente a las novecientas sesenta y cuatro de la *RAF*. Dentro de este balance, debe citarse el desastre sufrido por la Quinta Flota Aérea alemana situada en Noruega, que pierde la octava parte de sus bombarderos y un quinto de sus efectivos de caza. Los aviadores alema-

La guerra naval en el Mediterráneo

Cuando comenzó la guerra, el Mediterráneo era un mar dominado por tres potencias: Gran Bretaña, desde Egipto, controlaba el Mediterráneo Oriental; Italia, el centro del Mare Nostrum y Francia, la zona occidental. Tras la derrota de Francia quedaba en el aire la incógnita de la valia real de la escuadra italiana.

De momento, cuando todo estaba a su favor, la falta de planes italianos para una guerra impidió a sus militares ver la conveniencia de la inmediata toma de Malta, que apenas contaba con guarnición (un batallón de infanteria por cada 30 kilómetros de costa), que no disponia de defensa aérea ni antiaérea significativa y que apenas hubiera podido contar con el apoyo de la flota ante una decidida ofensiva italiana.



El acorazado italiano Julio César abre fuego contra la escuadra británica

Pasado el verano, ya nada seria igual. Malta fue reforzada y se convirtió en una agresiva fortaleza capaz de defenderse y de atacar y, sobre todo, en una formidable base intermedia entre las dos bocas del Mediterráneo dominadas por Gran Bretaña: Gibraltar y Egipto.

Evidentemente, Londres no se planteó seriamente nunca la posibilidad de una invasión alemana de las islas. La mejor demostración de esto es que reforzó poderosamente sus medios navales de combate en el Mediterráneo, en vez de retirar hacia las costas del Canal los que alli tenia. Londres se garantizó en todo momento una flota superior a la italiana en potencia de fuego y además, dotó a sus grupos de combate de uno o dos portaaviones, con los que contrarrestar la teórica superioridad italiana en medios aéreos con base en sus aeropuertos de tierra, casi siempre próximos a los escenarios de combate.

¡Qué fatuas sonaban en el otoño de 1940 las baladronadas de Mussolini! El Duce *decia pocos años antes, cuando rechazada el plan de construir portaaviones;* ¿para qué los queremos? ¡Italia es un gran portaaviones anclado en el centro del Mediterráneo! *Pues bien, la falta de portaaviones, la mala organización militar, la descoordinación entre marina y aviación convirtieron a la gran flota italiana en poco más que un objeto decorativo que habia que cuidar constantemente para que no fuera mandada a pique.*

En efecto: la flota británica metió cuantos convoyes quiso en el Mediterráneo y los hizo pasar desde Gibraltar a Alejandría con pérdidas minimas, reforzó Malta, acudió en ayuda de Grecia, causó graves pérdidas a los convoyes italianos que suministraban al ejército de Africa y, de paso, humillaron a los italianos en cuantos encuentros tuvieron, atraviéndose a golpear a la Supermarina *incluso en sus bases.*

Las cosas comenzaron a quedar claras desde el primer choque importante, que tuvo lugar en Punta Stilo el 9 de julio de 1940. Con fuerzas parejas se enfrentaron británicos e italianos; resultó tocado el acorazado Giulio Cesare, *nave insignia del almirante Campioni, que ordenó la retirada. Le persiguieron los navios del almirante Cunningham hasta 40 kilómetros de la costa italiana... cuando quisieron enterarse en Roma, lanzaron contra los británicos a la aviación, que con más de un millar de bombas sólo logró un ligero blanco.*

Los marinos italianos se alegraron de la mala punteria de sus aviadores, pues la preparación de los pilotos era tan mala que parte del ataque lo realizaron contra sus propios buques. El Conde Ciano escribia en su diario La verdadera polémica en matertia naval no se produce entre los británicos y nosotros, sino entre nuestra Marina y nuestra Aviación.

Cuando Italia atacó a Grecia, demostrando una vez más su ínfima preparación para la guerra, la marina tuvo que cumplir la dura tarea de suministrar a buena parte del ejército expedicionario y lo hizo con notable eficacia, pero sufrió en aquellas negras fechas un duro y humillante descalabro. El 11 de noviembre, a 170 millas de la gran base naval de Tarento, donde se hallaban fondeados fondeados 6 acorazados y 3 cruceros pesados, el

portaaviones Illustrious *puso en el aire 20 aviones* Swordfish *—lentos biplanos próximos a su jubilación— contra la flota italiana. Más de 500 cañones y ametralladoras antiaéreos no fueron capaces de rechazar a los británicos, que lanzaron sus torpedos y consiguieron 6 blancos: el acorazado* Cavour *nunca volvió al mar, el* Duilio *y el* Littorio *estuvieron 6 meses en reparación. Dos* Swordfish *no regresaron al* Illustrious.

Ante los descalabros italianos en Grecia, Africa y el mar, Hitler decidió intervenir en el Mediterráneo. Envió a Sicilia unos 400 aviones (reconocimiento, caza y bombardeo en picado) al mando del general Geisler, cuya primera intervención, los días 10 y 11 de enero, consiguió averiar gravemente al Illustrious *—que tuvo que entrar en grada y estuvo inactivo medio año— y hundir al crucero* Southampton.

El golpe alargó a los británicos, que suspendieron sus convoyes por el Mediterráneo hasta el 6 de mayo. En los meses siguientes se convertiría en crítica la situación de Malta, sometida a fuertes bombardeos y privada de suministros. Simultáneamente, mejorarían las comunicaciones de Italia con Africa.

Las cosas cambiarían de signo a partir del mes de abril. La aviación de Geisler empleó sus bombarderos y cazas de largo radio de acción (Me-110) *en apoyo de Rommel, en Africa, dando un respiro a Malta y a las comunicaciones británicas. El almirante Cunninghan reforzó la marina de la isla con 4 modernos destructores, que en unión de los submarinos ya establecidos en Malta hundieron 15 mercantes durante la primavera-verano de 1941, poniendo al ejército del* Eje *en grandes apuros por falta de suministros en Africa.*

No es cuestión en tan somero resumen reseñar aquí las docenas de acciones navales en el Mediterráneo. Sólo hacer constar que la marina italiana se desangró en el apoyo a sus ejércitos en Africa. Pero fueron solamente sus pequeñas unidades, sus torpederos, submarinos, destructores y lanchas las que hicieron el terrible trabajo y las que sucumbieron causando graves daños a la flota británica. Los grandes buques fueron un lastre.

Sobre los marinos italianos, sumamente denostados por su derrota en el Mediterráneo, escribió el almirante alemán Fiedrich Ruge «La oficialidad era en general buena, tal vez demasiado teórica. Mandaba excelentemente y podía disparar, pero estaba insuficientemente preparada para el combate nocturno y, en parte, sujeta a las oscilaciones del temperamento latino. La fuerte arma submarina no estaba a la altura debida, ni técnica ni militarmente. En cambio, los medios pequeños de combate eran inesperadamente buenos. Un inconveniente decisivo fue el complejo de inferioridad frente a la flota británica. Un éxito inicial hubiera podido variar esta situación.»

nes llamarán a este día *schwarze Donnerstag*, es decir, *jueves sombrío*.

En Inglaterra se respira un ambiente de victoria, a pesar de que durante el día 16 los alemanes realizan varias incursiones sobre los condados de Kent, Hampshire y Surrey. Estaciones de radar, aeródromos e instalaciones industriales, además de viviendas de poblaciones civiles, son destruidas en gran cantidad. La noche siguiente observará asimismo los efectos del ataque en multitud de puntos de la costa sur de la isla. El 17, cuando ya han amainado los bombardeos de forma manifiesta, el ministro de Información anuncia a través de la *BBC* la definitiva derrota de la *Luftwaffe*.

Sin embargo, al día siguiente varios oleadas de *Dornier* se lanzan sobre Inglaterra con ámino de proceder ante todo a la destrucción de sus sistemas de radar. Esta rápida e inesperada incursión consigue dañar algunas instalaciones, pero muy pronto los atacantes deben volver a sus bases francesas, regresando en esta caso tan sólo cinco aparatos. Más adelante, los alemanes volverán a la carga, pero se enfrentarán con una decidida *RAF*, ahora estimulada por el triunfo obtenido horas antes. En ese día 18, el balance es el siguiente: las fuerzas británicas han perdido siete aviones, mientras que la *Luftwaffe* ha visto derribar a un total de setenta y uno de sus aparatos. Una desproporción que no se había visto hasta entonces a lo largo de la guerra.

Considerando que se había llegado al punto final de este episodio de la lucha, el Ministerio del Aire británico estableció un recuento de las pérdidas sufridas entre los días que mediaron entre el ocho y el dieciocho de agosto. Durante este lapso de tiempo, habían muerto o desaparecido noventa y cuatro pilotos; de forma paralela, doscientos cuarenta aparatos habían sido irremisiblemente dañados en el aire y otros treinta sobre sus propios campos de aterrizaje. A partir de entonces, el mando de la *RAF* impondrá la consigna general que trata de conseguir una *economía de pilotos*, imprescindibles para proseguir la lucha. De hecho, el destino de decenas de millones de personas se encontraba en manos de un reducido número de hombres.

Winston Churchill formuló su agradecimiento de forma bien expresiva: *La gratitud de todos los hogares, en nuestra isla, en nuestro Imperio, y hasta en el mundo —con excepción de los culpables—, va a los pilotos británicos que, intrépidos por la desproporción de las fuerzas en acción e infatigables en sus ince-*

santes combates en lo peor del peligro, están en vías de ganar la guerra a cuenta de proezas y de abnegación. Jamás, en la historia de los conflictos humanos, una deuda tan grande ha sido contraída por tan gran número de hombres hacia tan pocos.

Lo que por parte de los agresores se había pretendido que constituyese un rápido y definitivo triunfo habría de volverse en su contra de la forma más absoluta. Las instalaciones de radar, fundamentales para la supervivencia de Inglaterra, se mantenían prácticamente intactas. Y, algo mucho más importante, se elevó la moral de la población, y no disminuyó ya durante los próximos años de la querra.

Sobre la población civil

A finales de septiembre los alemanes reanudaron los ataques. Mejor orientados, habían aprendido a luchar contra el radar y llegaron más fácilmente al objetivo. Los aeródromos avanzados sufrieron daños muy serios y las instalaciones de la RAF, cercanas a Londres, se bombardearon a conciencia.

La batalla tomó un nuevo sesgo. El mando alemán enviaba cazas durante el día y bombarderos durante la noche.

En la del 24 de agosto llegó lo inevitable. Un grupo de aviones alemanes se extravió y, en lugar de bombardear instalaciones militares, lanzó su carga sobre el centro de Londres.

Nadie creyó en un error. En la noche siguiente, 80 bombarderos británicos atacaron Berlín. Comenzaba la acción de represalias aéreas sobre la población civil.

Durante el mes de agosto, los alemanes emplearon mejor sus cazas. Los aproximaron a la costa, para llegar antes, y la RAF sufrió un serio quebranto: 338 cazas derribados, frente a 177 bajas alemanas. De hecho, la cuarta parte de las tripulaciones británicas se habían perdido y la RAF estaba al borde del colapso.

Un cambio de táctica alemana la salvó. Desde septiembre, la Luftwaffe decidió rematar la operación. Además de los aviones e instalaciones de la RAF, atacó las fábricas de aviones. Así, las tripulaciones inglesas estuvieron menos acosadas.

La batalla de desgaste comenzó a inclinarse contra los alemanes. Al cabo de dos meses, la Luftwaffe había perdido 800 aparatos y difícilmente podría sostener su increíble ritmo de salidas diarias. Entonces optó por el bombardeo sistemático de las ciudades.

A raíz de la Primera Guerra Mundial, un aviador militar italiano puso las bases para la nueva estrategia. Giulio Douhet escribió, en 1921, *Il dominio dell'aria* y se ganó las maldiciones de sus propios mandos.

Según él, la aviación futura sería un arma independiente, no un mero auxiliar del Ejército; el pavor desatado por sus lejanos ataques sobre la retaguardia rival quebrantaría la moral enemiga y resolvería las guerras.

Aunque perseguido por los generales, Douhet consiguió discípulos en el extranjero y fue rehabilitado en su propia patria en 1928. De algún modo, esa fe en la capacidad de la aviación para quebrar la resistencia de un pueblo penetró en los mandos alemanes desde el mes de septiembre.

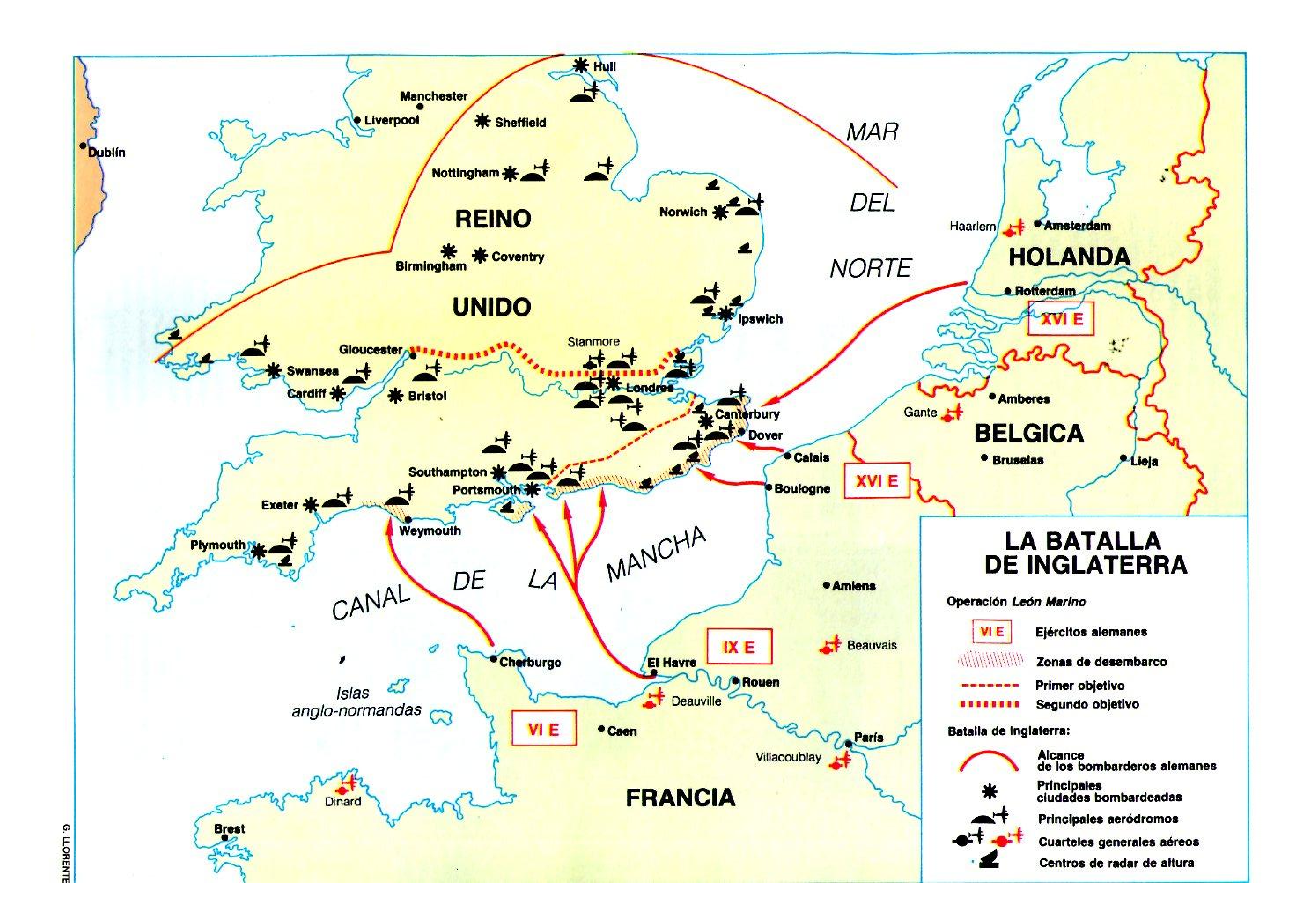
El día 7 se puso en marcha la nueva táctica. Los bombarderos alemanes atacaron Londres en masa, de día y protegidos por los cazas. Murieron 300 civiles y 1.300 fueron heridos.

Alumbrado por las llamas de los incendios diurnos, se desarrolló otro ataque devastador durante toda la noche. Cuando, días después, se repitió el bombardeo de Londres a plena luz, los cazas estaban advertidos y sólo muy pocos bombarderos llegaron al objetivo.

Un infierno de forcejeos, interrumpidos por las treguas del mal tiempo, desangró Londres durante todo el mes. El día 30 se llevó a cabo el último, y ya casi inútil, bombardeo nocturno. Los cazas ingleses habían contenido la amenaza.

Los alemanes adoptaron otros métodos: el bombardeo nocturno y el ataque con cazabombarderos. La tercera parte de los *Messerschmitts* fueron equipados con bombas, con pocos resultados, porque los pilotos, sin costumbre de bombardear, las dejaban caer un poco en todos lados.

Desde noviembre, la aviación alemana se concentró en el bombardeo nocturno de ciudades, industrias y puertos. El día 14 se estrenó con el ataque a Coventry, que fue arrasado. En noches siguientes Birming-



LA BATALLA DE INGLATERRA
Operación León Marino
VI E
Ejércitos alemanes
Zonas de desembarco
Primer objetivo
Segundo objetivo
Batalla de Inglaterra:
Alcance de los bombarderos alemanes
Principales ciudades bombardeadas
Principales aeródromos
Cuarteles generales aéreos
Centros de radar de altura
REINO UNIDO
HOLANDA
BELGICA
FRANCIA
MAR DEL NORTE
CANAL DE LA MANCHA
Islas anglo-normandas
Dublín
Liverpool
Manchester
Hull
Sheffield
Nottingham
Norwich
Birmingham
Coventry
Ipswich
Gloucester
Stanmore
Swansea
Cardiff
Bristol
Londres
Canterbury
Dover
Southampton
Portsmouth
Exeter
Weymouth
Plymouth
Haarlem
Amsterdam
Rotterdam
XVI E
Amberes
Gante
Bruselas
Lieja
Calais
Boulogne
XVI E
Amiens
Beauvais
IX E
El Havre
Rouen
Cherburgo
Deauville
VI E
Caen
París
Villacoublay
Dinard
Brest
G. LLORENTE

ham, Southampton, Bristol, Plymouth, Liverpool y Londres recibieron castigos durísimos.

Hitler ordenó que los bombardeos nocturnos mantuvieran la intensidad, mientras se preparaba la invasión de Rusia, a fin de mantener neutralizados a los ingleses.

A finales de mayo de 1941 terminó la época de ataques masivos y la escuadra aérea de Kesselring fue trasladada al Este para la inmediata invasión de la URSS. La batalla de Inglaterra había perdido prioridad.



HERMANN GÖRING

Hermann Wilhelm Göring (Rosenheim, 1893-Nuremberg, 1946). Militar y político alemán. Comenzó su carrera como oficial de Infantería, pero en 1915 pasó a la aviación y se convirtió en uno de los ases de la caza alemana.
En 1918 sucedió a Richthofen al frente de su famosa escuadrilla. Establecido en Suecia al acabar la guerra, a su vuelta a Alemania, en 1922, se adhirió al nazismo y se convirtió en uno de los principales colaboradores de Hitler. Diputado en 1929, tres años después fue elegido presidente del Reichstag. Al subir los nazis al poder se convirtió en primer ministro de Prusia y ministro del Aire del Reich. Fue uno de los principales organizadores de la noche de los cuchillos largos, *en 1934. En 1936 asumió la coordinación de la economía alemana, para la que trazó un plan cuatrienal. Nombrado mariscal de campo y mariscal del Reich (1940), fue considerado virtual, sucesor de Hitler, pese al desprestigio que le acarrearon los fracasos de la Luftwaffe. Detenido en 1945 por los americanos, fue condenado a muerte en Nuremberg, pero se suicidó antes de la ejecución.*

De algún modo, la tenacidad de Winston Churchill había personalizado la voluntad inglesa de pelear sin desmayo. Llegó al poder, con un Gobierno de coalición, el 10 de mayo de 1940, mientras los alemanes invadían los Países Bajos.

Toda la Europa que se veía arrollada por los nazis recobró su ilusión al escuchar a Churchill en la radio inglesa: aquello no era el *Reich del Milenio,* sino una tiranía que se podía y se debía vencer. *Estamos seguros de que, al final, todo saldrá bien.*

Y a Londres, cuartel y corazón contra el nazismo, llegaron los exiliados. Marinos, soldados, aviadores y civiles de todos los Ejércitos, marinas y pueblos. Los reyes y Gobierno de Noruega, Holanda y Luxemburgo; los Gobiernos de Polonia y Bélgica; el presidente de Checoslovaquia y el rey Zogú de Albania; De Gaulle, cuya influencia aumentaba en el Africa Ecuatorial Francesa; hasta las flotas danesas, noruega y holandesa estaban refugiadas en puertos ingleses.

En el invierno de 1940-41 Londres contó un nuevo aliado: Roosevelt había sido reelegido presidente de los Estados Unidos y declaró que América sería el *arsenal de la democracia,* porque suministrar armas a los ingleses era el mejor modo de defender los Estados Unidos.

La ley de préstamo y arriendo

El día ocho de marzo de 1941, la Cámara Alta de los Estados Unidos aprobaba, por sesenta votos contra treinta y uno, el texto de la denominada *Ley de Préstamo y Arriendo.* Por ella se facultaba al Presidente Roosevelt para una actividad discrecional que iba mucho más allá que cualquier otro grado de poder de disposición había podido tener ninguno de sus predecesores en el cargo. Mediante la puesta en práctica de la misma, Norteameri-

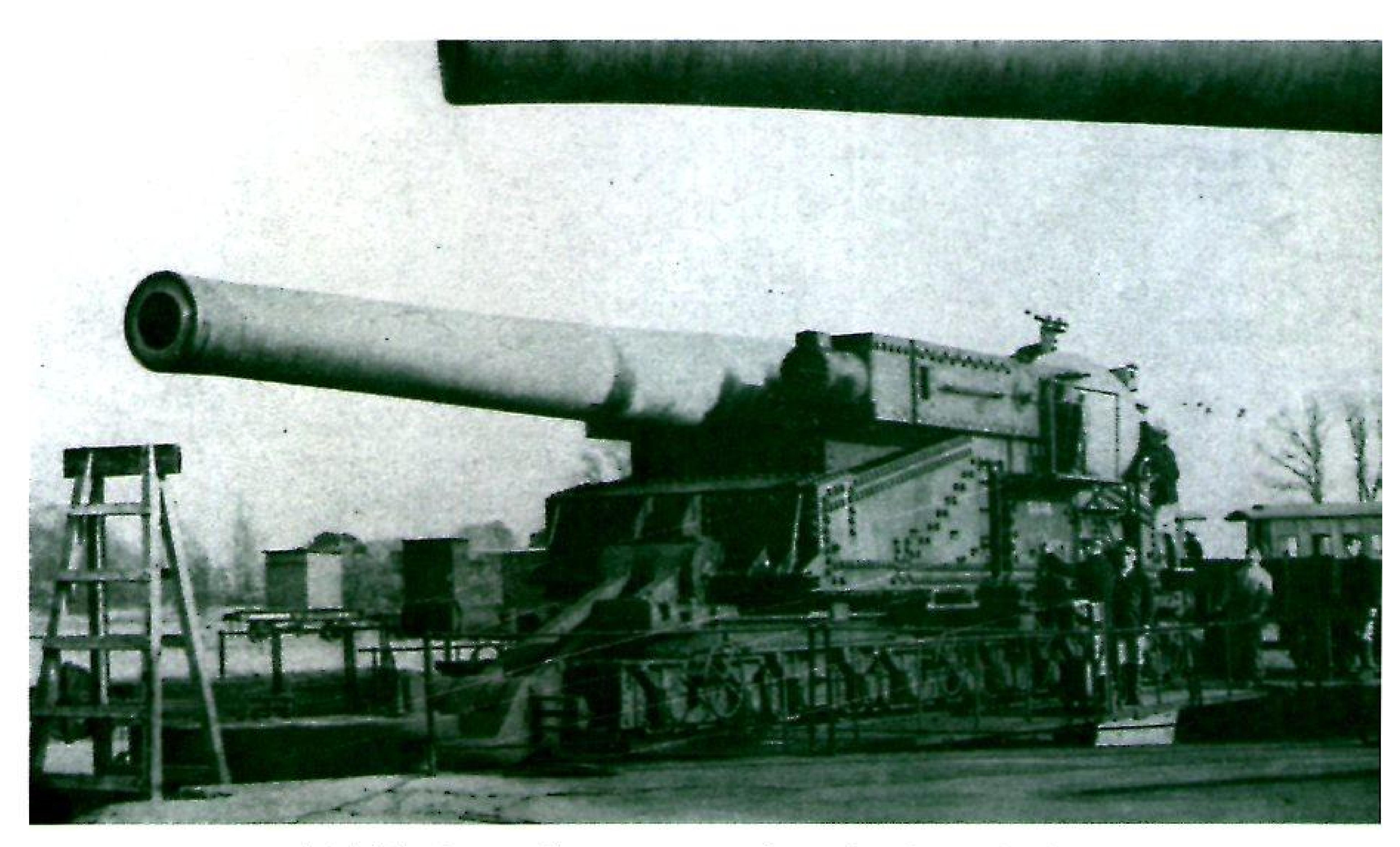
(*) De hecho, tras los feroces ataques alemanes del mes de mayo de 1941 el cielo británico se vio libre casi por completo de aparatos enemigos. La calma duraría tres años, justo hasta el 13 de junio de 1944, cuando las V-1 comenzaron a caer sobre las islas.

El balance de la Batalla de Inglaterra, *desde el verano de 1940 hasta junio de 1941, en lo que a pérdidas humanas se refiere, asciende a 43.380 muertos y 50.856 heridos.*

ca entraba en virtual situación de guerra con Alemania y sus aliados. Así culminaba un proceso iniciado con la demostración de la amenaza que el Reich suponía para la libertad de los países europeos (*).

Esta disposición legal convertía a los Estados Unidos en un verdadero *arsenal de la democracia*, en expresión de su Presidente, quien podía decidir con absoluta libertad sobre una serie de planos que, sintetizados, eran los siguientes: selección de los países beneficiarios; fabricación y entrega de armas y municiones; venta, transferencia, cambio, préstamo y arriendo de cuantos artículos desease; reparación y acondicionamiento de los mismos una vez en poder de los gobiernos favorecidos; comunicación con dichos gobiernos acerca de cuanta información considerase necesaria; y, finalmente, determinación de los plazos de entrega y pago. Podía, en definitiva, obrar con entera libertad en este amplio campo, sin interferencias de ninguna clase.

Esta nueva realidad introducía de nuevo a los Estados Unidos en el bando democrático empeñado en su lucha contra el totalitarismo agresor, en la misma forma en que lo había hecho en 1917. Hasta ese momento, el país había prestado mucho más que su proclamada *ayuda moral* a una Gran Bretaña situada en posición de progresivo debilitamiento. A finales del año 1940, la isla se encontraba exangüe debido al alto costo de la guerra que, si bien se libraba con éxito tanto en el Canal como en el Mediterráneo, había agotado prácticamente la totalidad de sus reservas económicas.



Artillería británica de costa dispuesta para repeler un desembarco alemán

---

(*) Hasta ese momento los Estados Unidos habían mantenido el sistema denominado cash and carry, *es decir, de pago al contado de los materiales adquiridos y de transporte a cargo del comprador. Esta forma de venta de material armamentístico estaba organizada abiertamente para favorecer a Gran Bretaña dentro de la política de expreso apoyo a la misma que mantenía el Presidente Roosevelt. A pesar de que el sitema permitía en teoría la adquisición de armamento por otros países, incluida la misma Alemania, era un hecho cierto que cualquier intento por efectuar operaciones en este sentido por las potencias del* Eje *no tenía posibilidades en ningún caso.*

La flota británica impediría en el Océano Atlántico que su adversaria pudiese incrementar sus efectivos sirviéndose de los mecanismos que permitían la supervivencia de Inglaterra en aquellos momentos.

Acerca de esto, escribiría Winston Churchill en sus memorias: *Habíamos pagado más de 4.500.000.000 de dólares en dinero efectivo. Sólo nos quedaban mil millones, la mayor parte en inversiones, muchas de las cuales no eran negociables. Resultaba evidente que no podíamos continuar de aquel modo. Aunque nos despojásemos de todo nuestro oro y divisas extranjeras no podríamos pagar ni la mitad de lo pedido y la extensión de la guerra hacía necesario poseer diez veces más.* Estos párrafos ilustran a la perfección la transcendencia que tendría para Inglaterra la aplicación de dicha ley de ayuda. Hasta entonces, el sistema denominado de *cash and carry*, basado en la práctica de pagar el material y llevárselo, había supuesto un costo excesivamente elevado y que no podía seguir manteniendo por más tiempo.

En el interior de Estados Unidos se cerraba, por su parte, un período que en algunos momentos había alcanzado elevados grados

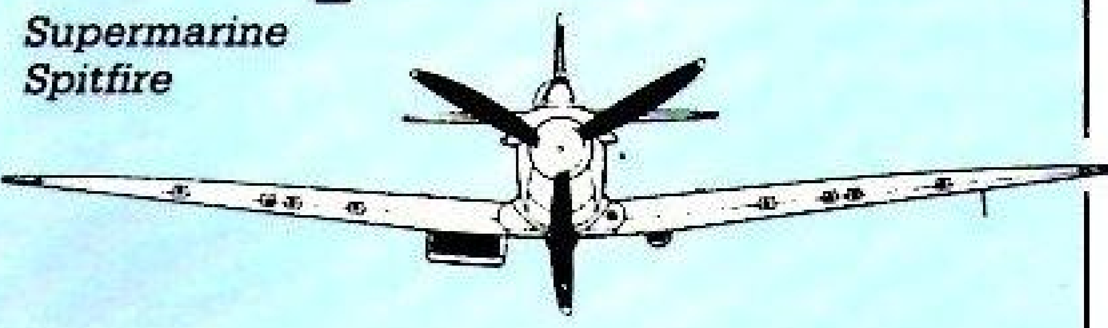
ME-109 contra Spitfire

Aún se discute qué aparato de caza fue mejor: el Messerschmitt BF-109 *o el* Supermarine Spitfire. *Hay partidarios de uno y otro aparato, pero nadie duda de que fueron los dos grandes protagonistas de la lucha en los cielos europeos durante los cuatro primeros años de la guerra mundial y que ambos representaron el poderío aéreo de Alemania y Gran Bretaña.*

El Me-109 *era un monomotor, monoplaza, de ala baja. Su peso varió mucho en las múltiples series que de él se fabricaron entre 1937 y 1945, oscilando entre los 2.100 y los 3.400 kilos. Su velocidad también varió de 460 a 727 km/h. y su armamento corrió similar suerte: de tres ametralladoras de 7,9 mm., a dos de 7,9 y dos cañones de 20 mm. o, finalmente: dos ametralladoras de 15 mm. y un cañón de 30 mm.*

Este avión, que hizo su debut en la guerra civil española, fue el modelo más avanzado y poderoso que combatió en ella. Pero, en 1944, todavía podía medirse a los más poderosos, modernos y sofisticados; tanto es así que se fabricó sin interrupción durante todo el conflicto, alcanzando las 35.000 unidades, récord absoluto en la historia de la aviación. Sin embargo, su vida fue difícil.

Al mismo tiempo que él nació en Gran Bretaña el Supermarine Spitfire. *También era un monomotor, monoplaza, de ala baja, que entró en guerra con velocidades parecidas al anterior, alcanzando sus modelos más avanzados los 721 km/h. Su armamento varió de ocho ametralladoras de 7,7 mm. a cuatro ametralladoras de 7,7 y dos cañones de 20 mm.* Me-109 *y* Spitfire *sostendrían millares de duelos a lo largo de toda la contienda, resultando una lucha muy equilibrada. En general, el aparato británico resultaba más maniobrable y su armamento de ocho ametralladoras era*



Supermarine Spitfire

superior en las distancias cortas y los combates a baja cota. El alemán tenía mayor poder de aceleración, se desenvolvía mejor en los combates a gran altura y sus cañones eran más resolutivos a distancias grandes.

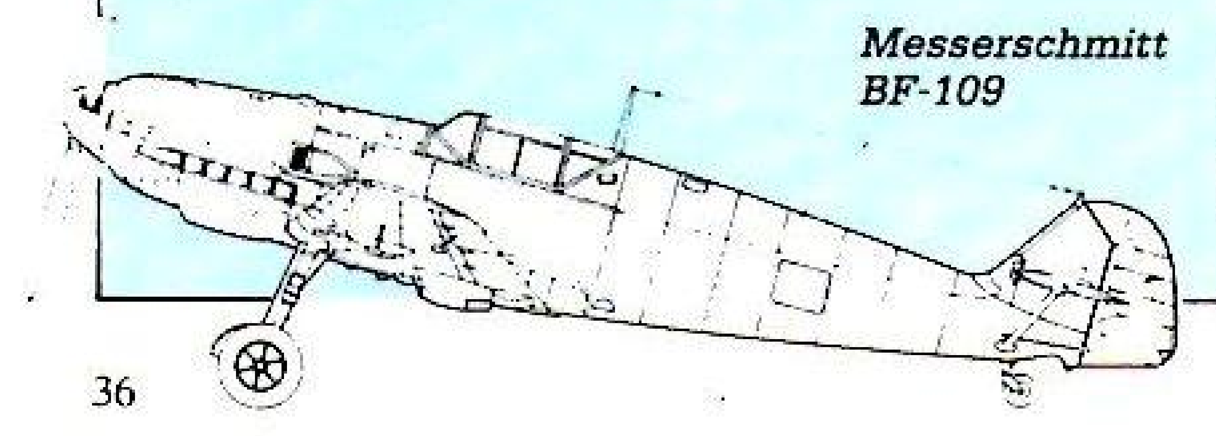
La mayor virulencia en los enfrentamientos de ambos modelos se registró durante el verano-otoño de 1940 durante la batalla de Inglaterra. *En aquellos meses cruciales para la suerte de Gran Bretaña resultó decisiva la actuación de los* Spitfire, *que, según cifras británicas, derribaron más de 2.000 aviones alemanes, perdiendo menos de 800 cazas de este tipo.*

En esa época, el Spitfire *se mostró decididamente más resolutivo que el* Me-109, *puesto que podía combatir durante más de una hora consecutiva, mientras que los cazas alemanes, que tenían que hacer un largo camino de ida y vuelta, apenas si disponían de combustible para luchar quince minutos.*

Esa ventaja de combatir sobre el propio suelo se reflejó también en las pérdidas de pilotos: los británicos recuperaban a sus pilotos derribados, pero vivos o heridos, mientras que los alemanes contaban sus derribos como pérdidas de avión y piloto.

También el Spitfire *alcanzó fabulosas cifras de producción: 20.351 a lo largo de toda la guerra, y se mantuvo hasta 1945 como espina dorsal de la aviación de caza británica.*

Pero la calidad de ambos aparatos les hizo sobrevivir al conflicto mundial. Aún podría encontrarse el Spitfire *en la guerra de Corea, en 1953, mientras el* Me-109 *libró su último conflicto en 1948-49 en las fuerzas aéreas israelíes. Algunos países como España los mantuvieron en sus escuadrones de caza hasta bien entrados los años cincuenta.*



Messerschmitt BF-109

de tensión social, al dividir a la opinión con respecto a la implicación o no del país en la conflagración iniciada. Ahora Roosevelt, fortalecido tras su tercer triunfo electoral del mes de noviembre de 1939, había podido impulsar con éxito su política de compromiso con los países que luchaban contra el *Eje*. Hasta ese momento había hecho todo lo posible en aquella dirección, a través de una serie de acciones que lo habían situado en posi-



Londinenses durmiendo en el metro durante los bombardeos alemanes de 1940



Spitfire Mk. I

Focke Wulf

ción de *no beligerante*, sustituyendo a la anterior de *neutral*. Esto lo aproximaba cada vez más hacia el interior del conflicto generalizado al que el mundo se veía abocado de forma irreversible.

Frente a la actividad desplegada por bien organizados grupos —sobre todo el denominado *América ante todo*—, que propugnaban la inhibición frente a la política agresiva de Alemania y sus aliados, los grupos centrados en la figura del Presidente demócrata trataban de actuar sobre tres frentes complementarios. En primer lugar, prestar ayuda a Inglaterra en su lucha particular; junto a ello, ganar tiempo para llevar a efecto las necesarias operaciones de rearme propio; finalmente, frenar al Japón mediante la utilización conjunta de la diplomacia y la fuerza disuasoria de la armada estacionada en el Pacífico. De hecho, en 1940, los Estados Unidos todavía no se encontraban en situación propicia para soportar con posibilidades de triunfo un enfrentamiento con Tokio, integrado en el *Eje* y por tanto potencial enemigo a combatir.

Ya a partir del momento de la derrota de Francia el gobierno norteamericano había decidido, además del reforzamiento de su ar-

Winston Churchill



senal bélico, una serie de medidas referentes a la movilización masiva de sus contingentes de posibles combatientes. Gran Bretaña ya había recibido buques y material energético, mientras que Norteamérica, mediante el *Acta de La Habana* firmada en julio de 1940, extendía su protección a la totalidad del territorio continental.

A fines de aquel mismo año, Churchill, en vista de la precaria situación expresada en los párrafos citados antes, había enviado una comunicación a Roosevelt exponiéndosela bajo los términos más crudos. Fue precisamente la comprobación de esta sombría realidad el elemento que decidiría al Presidente norteamericano a dar el paso que deseaba desde hacía largo tiempo. En ningún momento había ocultado su inclinación a entrar en la guerra, aunque respetaba las limitaciones legales que se lo impedían. Ello no era obstáculo, sin embargo, para que en plena situación de neutralidad llegase a afirmar: *En el mundo de hoy no existe nada tan absolutamente importante como la derrota de Hitler.*

Así, como escribe el historiador J. F. C. Fuller, mientras Roosevelt afirmaba que el país no entraría en la guerra, removía cielo y tierra para provocar a Hitler a declarar la guerra al mismo pueblo al que tan ardientemente prometía la paz. Entregó de esta manera destructores a Gran Bretaña, descargó tropas en Islandia y emprendió el patrullaje de las rutas navales atlánticas para salvaguardar a los convoyes ingleses. Es decir, llevó a cabo actos de guerra declarados. Ello, por otra parte, no hacía sino enconar todavía en mayor medida las actitudes opuestas de los ya mencionados grupos aislacionistas, acerca de varios de los cuales se descubriría posteriormente que se encontraban por entonces subvencionados económicamente por el Reich.

La *Ley de Préstamo y Arriendo* comprendió en su ámbito de acción de forma inicial a Gran Bretaña y a su aliada y amenazada Grecia; más tarde acogió a China y, a partir del mes de junio de 1941, a la Unión Soviética invadida por Alemania. De esta forma, actuando con rapidez extrema, la administración norteamericana se incautó de todas las embarcaciones de los países del *Eje* atracadas en sus puertos, desplegó sus efectivos militares sobre Groenlandia y clausuró los consulados de aquellos países. A partir de este momento, la manifiesta situación bélica habría de plasmarse además a través de los enfrentamientos que tuvieron lugar en aguas del Atlántico. Antes de que finalizase el año, siete mercantes norteamericanos habían sido hundidos por submarinos alemanes en el océano.

Cuando Roosevelt había apelado al Congreso para conseguir la aprobación de la ley había hablado de la necesidad de defender las que él calificaba de *Cuatro libertades:*

De palabra, de religión, de actuación y de posesión de los derechos inherentes a la persona integrada en un sistema democrático. Así, en función de esta idea básica los Esta-



H. C. T. DOWDING

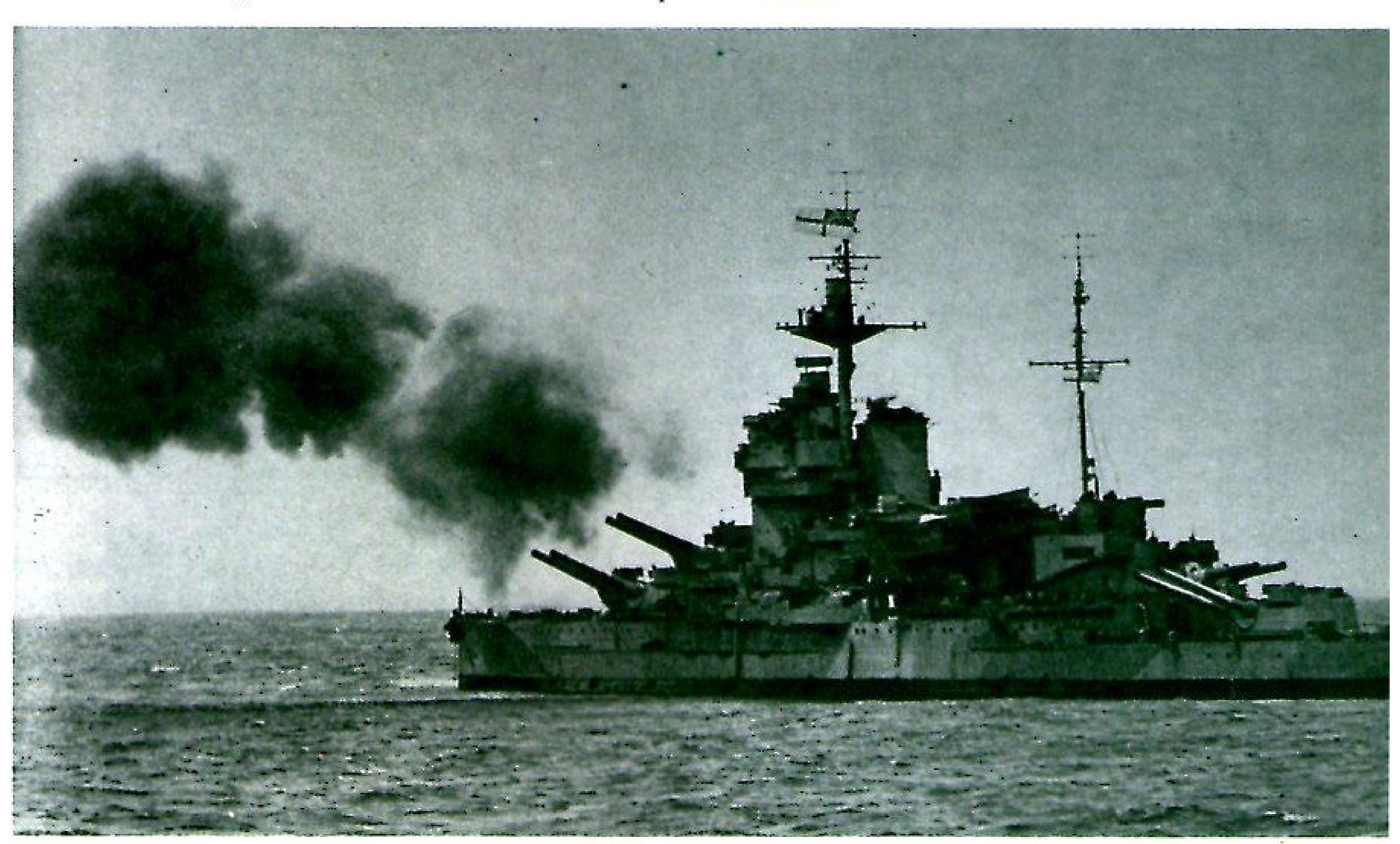
El que fue primer barón de Dowding nació en abril de 1882 en Moffat, Dumfriesshire. Tras haber integrado durante la Primera Guerra Mundial un escuadrón del **Real Cuerpo Aéreo**, *pasó a tener mando en la nueva* **Real Fuerza Aérea**. *En el período de entreguerras dirige un comando aéreo en Inglaterra y participa en varias operaciones sobre escenarios asiáticos. Llegado el año 1936, se convierte en jefe de un comando de pilotos de caza.*
Promovió vigorosamente el uso del radar y los aparatos **Hurricane** *y* **Spitfire**. *Con ocasión de la batalla de Inglaterra en 1940 es mariscal jefe del aire. Su actuación desde este puesto hizo posible en gran medida la victoria final británica sobre los alemanes. Dowding en todo momento mostró una gran capacidad estratégica y táctica en todas las operaciones de defensa y contraataque que planeó. Abandonó su cargo en noviembre de 1942, cuando ya el país se hallaba libre de la amenaza enemiga. Elevado al rango de barón al año siguiente, murió en 1970.*

dos Unidos proporcionaron a los británicos cerca de 8.000 millones de dólares en armamento, materiales alimenticios y servicios de variada índole. Al mismo tiempo, el país incrementaba su producción en general, orientándola hacia la frabricación de los artículos necesarios para afrontar la situación bélica planteada, Norteamérica ya solamente debía esperar al domingo, día siete de diciembre, para que el ataque lanzado sobre su base de Hawai le permitiese entrar con pleno derecho en el conflicto.

Para entonces, Roosevelt se había entrevistado con Churchill en la isla de Terranova el día catorce de agosto, con el fin de concretar el texto de una declaración conjunta acerca de los objetivos de guerra de los aliados. De esta reunión nacería la denominada *Carta del Atlántico*, que integraba una serie de principios comunes *sobre los que basar sus esperanzas en un futuro mejor para el mundo*, según su propia expresión. Aquí, además de las ya citadas *Cuatro libertades* se añadía la específica renuncia a posibles modificaciones territoriales, la promesa general de restauración del autogobierno en los países que habían sido privados de él por la fuerza y, finalmente, el ofrecimiento de igualdad de oportunidades para las actividades comerciales y el intercambio de materias primas. Esta reunión inauguraba así la serie de conferencias que a lo largo de la guerra servirían para configurar la faz del mundo una vez producido el hundimiento de las potencias del *Eje*.

Hacia el Mediterráneo

Simultáneamente, Londres debía vigilar sus intereses en el resto del imperio: en sus colonias africanas y la India, para lo cual debía controlar el Mediterráneo, amenazado por Mussolini.



El acorazado **Warspite**, *una de las unidades más poderosas de la flota británica en el Mediterráneo*

El Mediterráneo era casi un mar inglés. Gibraltar y Alejandría, una base en cada extremo, controlaban cuanto intentaba entrar o salir por Gibraltar o Suez. El Mediterráneo y el norte de Africa ofrecían una posible puerta de invasión a Europa desde el sur, y el mar latino era aún la ruta vital entre Inglaterra y oriente.

Hitler contó con que Franco colaboraría en la tarea de neutralizar a los ingleses en Gibraltar. Pero España, devastada por la guerra civil, no entró en el juego.

Mussolini era una parte distinta de la historia, y aceptó la invitación a ser árbitro del Mediterráneo y conquistador de Egipto.

Pérdidas aéreas en la batalla de Inglaterra		
	Aparatos perdidos por la *RAF*	**Aparatos perdidos por la *Luftwaffe***
Totales semanales		
10-13 de julio	15	45
Semana hasta el 20 de julio	22	31
Semana hasta el 27 de julio	14	51
Semana hasta el 3 de agosto	8	56
Semana hasta el 10 de agosto	25	44
Semana hasta el 17 de agosto	134	261
Semana hasta el 24 de agosto	59	145
Semana hasta el 31 de agosto	141	193
Semana hasta el 7 de septiembre	144	187
Semana hasta el 14 de septiembre	67	102
Semana hasta el 21 de septiembre	52	120
Semana hasta el 28 de septiembre	72	118
Semana hasta el 5 de octubre	44	112
Semana hasta el 12 de octubre	47	73
Semana hasta el 19 de octubre	29	67
Semana hasta el 26 de octubre	21	72
27-31 de octubre	21	56
Totales mensuales		
Julio (desde el 10 de julio)	58	164
Agosto	360	662
Septiembre	361	582
Octubre	136	325
Totales	**915**	**1.733**

Mas, a pesar de sus bravatas, Mussolini no dirigía una potencia industrial.

Italia había hecho un gran esfuerzo para dotarse de material bélico, pero llegó a la guerra muy mal equipada. Mientras en su Marina faltaban elementos básicos y el núcleo principal de su caza eran aviones biplanos, los ingleses contaban con una buena aviación naval y estudiaban concienzudamente el radar y el *asdic* antisubmarino.

La demagogia fascista había renunciado a construir portaaviones, porque *los mejores* eran las bases insulares y la misma Italia. De modo que la aviación de apoyo naval quedó atrasada y con sus bases en tierra.

El ataque británico a Tarento fue una espectacular evidencia. El 10 de noviembre de 1940, la flota del Mediterráneo (almirante Cunningham) con 4 acorazados, 1 portaaviones, 9 cruceros y 14 destructores navegó a pleno día, desde Alejandría a Tarento sin ser vista. Al anochecer, los aviones torpederos atacaron la base, alumbrándose con bengalas, y dejaron fuera de combate a la mitad de los acorazados.

La ruta de los convoyes quedó expedita y el avituallamiento del Ejército italiano en Africa se hizo crítico. Ante tal situación, Mussolini debió aceptar ayuda. En enero de 1941 el *X Cuerpo Aéreo* alemán se estacionó en los aeródromos de Sicilia.

Aquella guerra naval constituía el complemento de una operación en Africa, donde Hitler pretendía que las tropas italianas de Libia tomaran Egipto. Tenía una fuerza de 10 divisiones, pero con los consabidos problemas: sus blindados eran las minúsculas tanquetas *Fiat* de la guerra de España, su artillería de campaña provenía de la guerra europea y carecían de suficiente motorización para combatir en el desierto.

Los ingleses reforzaron sus guarniciones con algunos de los pocos carros que les quedaban y llegaron a Egipto tropas australianas, neozelandesas e hindúes. Con todo, subieron un par de divisiones.

Pero de la guerra en Africa nos ocuparemos en el próximo volumen de esta colección, pasando ahora a un tema más angustioso para Londres: la guerra en el Atlántico y siguiendo a continuación con el resto del Mediteráneo.



Negociaciones Londres-Berlín

En 1937, Hitler soltó ante algunos de sus generales más importantes estas significativas palabras: *Me consideraría muy feliz si pudiese cambiar el mulo italiano por un pura sangre inglés.*

Tras la conferencia de Munich —30 de septiembre de 1938—, que determinó la suerte de Checoslovaquia como nación dependiente del nazismo, los gobiernos de Londres y París se convencieron por fin de que no debería existir una anexión territorial más sin antes mediar una formal declaración de guerra.

Cuando el 25 de agosto de 1939 la URSS y Alemania firmaban en Moscú su colaboración para liquidar Polonia en pocas semanas, una incógnita flotaba en el aire: ¿qué actitud adoptarían Francia y Gran Bretaña? Esta última nación sólo tardó dos días en garantizar por escrito la libertad del pueblo polaco mediante un acuerdo defensivo.

El 20 de mayo de 1940, Hitler confesó al general Jodl, jefe de la Sección de Operaciones del Mando Supremo de las Fuerzas Armadas: *Inglaterra obtendrá la paz cuando quiera.* Ocho días después, cuando una masa

importante de tropas aliadas —210.000 británicos y hasta 120.000 franceses— era embarcada en Dunkerque, gracias a la puesta en marcha de la *Operación Dynamo,* el autócrata nazi demostró palpablemente que seguía manteniendo la idea de una negociación con Londres.

La verdad sobre Dunkerque

Su orden de paralizar la ofensiva era una mano tendida hacia Gran Bretaña para llegar a una paz de compromiso, pensando ya, en el definitivo dominio terrestre de Europa con la URSS al fondo. El análisis de esa decisión tomada por Hitler, podría llevarnos a un libro, pero en los límites marcados por el presente artículo lo veremos de forma muy simple.

Cuando el 24 de mayo los carros de combate de los generales Von Thoma y Heinz Guderian se encuentran a la vista de Dunkerque, llega la orden terminante de detener el avance del mismo cuartel general del Führer; y la razón esgrimida por éste es que no quiere ver atascados sus blindados en las marismas de Flandes...

Guderian, que manda tres divisiones acorazadas, y es un verdadero maestro de la nueva *guerra relámpago,* no puede creer que Hitler sea tan estúpido y considera que *aquellas razones no son aceptables.* La Luftwaffe es encargada de liquidar a las fuerzas aliadas cercadas, ya que Goering ha presionado para lograr un triunfo personal.

El mariscal Kesselring, entonces jefe de la flota aérea número 2, recordará años más tarde: *El comandante en jefe de la Luftwaffe tenía que saber que mis unidades, después de tres semanas de servicio interrumpido, no estaban en condiciones de rendir aquel nuevo esfuerzo, que a duras penas hubieran sido capaces de realizar unas fuerzas totalmente frescas y descansadas.*

Más clarificadora todavía es la opinión de Gerd von Rundstedt, jefe del Grupo de Ejército A en la ofensiva del Oeste, según las confidencias recibidas del propio dictador: *Hitler estaba seguro de que las operaciones en el Oeste tendrían un rápido final. No quería que entre el Reich e Inglaterra surgiese lo irremediable, y esperaba que entre los dos países se pudiese restablecer un acuerdo. Creyendo que de este modo dejaba abierto un camino para las negociaciones de paz, dejó adrede que escapase el grueso del cuerpo expedicionario británico.*

En ese mismo y decisivo día 24 de mayo de 1940, el Führer mantuvo una entrevista de alto nivel militar en el puesto de mando de Von Rundsted (Charleville), y un general del Estado Mayor de éste, Gunther Blumentritt, ha dejado para la posteridad el siguiente testimonio:

Hitler se encontraba de muy buen humor; reconoció que la marcha de las operaciones tenía algo de milagroso, y esperaba que la guerra habría concluido antes de seis semanas. Finalizada la campaña, concedería a Francia unas condiciones de paz muy moderadas y le sería posible entenderse con Gran Bretaña. A todos nos sorprendió el tono de sus palabras. El Führer dedicó los más calurosos elogios al Imperio Británico, que consideraba insustituible para el mantenimiento del orden mundial y para proseguir la obra civilizadora en los ámbitos alejados del orbe...

Lo único que pediría a Gran Bretaña sería que admitiese la posición predominante de Alemania en el continente... Estaba incluso dispuesto a ofrecer a Inglaterra el apoyo de los ejércitos alemanes en caso de dificultad... Subrayó que la paz con los ingleses tenía que ser sobre unas bases que fuesen compatibles con el honor de Inglaterra.

Armisticio franco-alemán

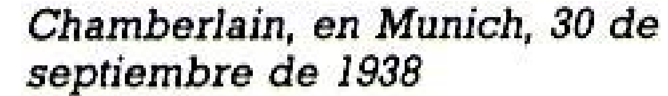
El 20 de junio de 1940 era firmado en el bosque de Compiègne el armisticio franco-alemán. Gran Bretaña quedaba de este modo sola para soportar el peso de su propio destino...

Churchill no era Chamberlain, y eso lo notó el Führer desde el mismo instante en que le fue traducido el mensaje radiofónico del premier, pues éste *había observado que nadie hacía buenos negocios con Hitler.*

Ciertamente, el enérgico piloto británico no podía confiar en un hombre que jamás mantenía su palabra de paz ni respetaba tratados. Estaban tan recientes los casos de Renania, Austria, Checoslovaquia y Polonia..., sin olvidar el terrible ataque a Francia por Holanda, Bélgica y Luxemburgo, que era suicida imaginar siquiera que en la retorcida mente del dirigente del nazismo existiesen verdaderos deseos de negociación. Cualquier acuerdo con el III Reich quedaba reducido a la nada en poco tiempo por el uso exclusivo de las armas.

Hitler mantenía, de hecho, dos actitudes





Chamberlain, en Munich, 30 de septiembre de 1938



Encuentro de Hitler y Mussolini en 1941. El dictador nazi hubiera preferido tener a su lado a Churchill

extremas ante Gran Bretaña; paz y guerra. Unas veces parecía ofrecer un generoso armisticio y otras se inclinaba por la salida más violenta, pensando arrasar todo vestigio del poderío inglés.

El dictador no llegaba a entender cómo Churchill se obstinaba en seguir con una resistencia a la desesperada. La gran victoria obtenida ante Francia planteaba, de hecho, una duda enorme: ¿qué hacer con Gran Bretaña?, ¿era mejor tenerla como aliada compartiendo con ella el futuro de Europa o se podía liquidarla de un golpe? La Marina alemana era insuficiente para proteger el paso de un gigantesco convoy que debía transportar las 40 divisiones necesarias para establecer una firme cabeza de puente en las playas.

¿Hubiera variado la firmeza del premier británico si llega a descubrir el destino programado para su país en caso de una invasión nazi en masa? Hasta después de la guerra no se descubrió el grueso expediente titulado *Ordenes concernientes a la Organización y Función del Gobierno militar de Inglaterra.*

En él, el III Reich reflejaba el *porvenir* de los ciudadanos británicos comprendidos en-

Reunión del Consejo Supremo Aliado en Paris, 5 de febrero de 1940. Lord Halifax (segundo por la izquierda) *y Churchill* (primero por la derecha) *sostuvieron opiniones enfrentadas sobre la guerra con Alemania*



tre los 17 y 45 años: trabajos forzados en Alemania, el equivalente a la esclavitud bajo el rígido control de la temible orden de la calavera de Heinrich Himmler; sus más potentes SS harían de sementales de las mujeres para crear una nueva raza; asesinato de todos los intelectuales y judíos.

Conociendo la volutad de hierro de Winston Churchill, fácil es imaginar que su resistencia habría sido entonces auténticamente numantina. Si ya sin conocer ese despiadado plan ideado en Berlín las milicias británicas estaban incluso dispuestas a usar gases mortíferos para expulsar a los nazis de su suelo, es seguro que el premier no hubiera dudado un instante en practicar la táctica de *tierra quemada*, dejando pequeña la misma usada por Stalin a partir de junio de 1941.

Mientras Churchill recibía al general De Gaulle —recién llegado de Burdeos en un avión especial— en la tarde del 18 de junio de 1940, pensando ofrecer los micrófonos de la BBC a lá nueva Francia Libre como réplica adecuada al mensaje colaboracionista de Philippe Pétain, varios políticos británicos actuaban por su cuenta a espaldas del premier, buscando con urgencia una paz de compromiso con el III Reich.

Esto de descubrió muchos años después gacias a la confesión de Bjoern Prytz, en aquel entonces embajador sueco en Londres, que en el verano de 1965, a través de la emisora de la Sveriges Radio A. B., en Estocolomo, pudo hablar por fin sobre uno de los secretos más celosamente guardados de toda la Segunda Guerra Mundial.

El juego diplomático oculto

Edward F. Lindley Word, tercer vizconde de Halifax, había estado a punto de ser primer ministro de Su Graciosa Majestad Británica en mayo de 1940, pues contaba con el apoyo del rey Jorge VI. No obstante, y dadas las perentorias necesidades de la guerra, el elegido sería un hombre mucho más enérgico e indomable: Winston Churchill, quien ocupó el número 10 de Downing Street.

En compensación, lord Halifax pudo seguir en la dirección del Foreign Office, como representante directo de la política exterior británica. Un adjunto suyo, el joven y ambicioso subsecretario de Estado llamado Richard Austen Butler, iba a ser la persona idónea para iniciar las conversaciones secretas con Berlín tras la firma del armisticio francoalemán en Compiègne.

El mismo día —17 de junio— en que Churchill prometía una resistencia a ultranza por medio de los micrófonos de la BBC, el nuevo subsecretario llamó urgentemente a su despacho al embajador de Suecia en la capital británica, Bjoern Prytz. El brazo derecho de lod Halifax fue directo al grano ante su atónito interlocutor: la guerra tenía que terminar, y para ello Gran Bretaña esperaba de Alemania unas condiciones razonables.

Cuando Prytz mostró su extrañeza ante tan sensacional revelación, que constituía el otro extremo de la posición pública del primer ministro: Richard A. Butler replicó: *Eso no tiene ninguna importancia. Lo que hoy parece oponerse a la idea de una paz de compromiso no sería, llegada la ocasión, un auténtico obstáculo.*

Ante la cara de sorpresa del representante diplomático sueco, el subsecretario de Estado remachó la idea de que esa posible negociación era una de las causas más serias de disensión existentes en su gobierno, y que, por supuesto, lord Halifax la aprobaba sin reservas.

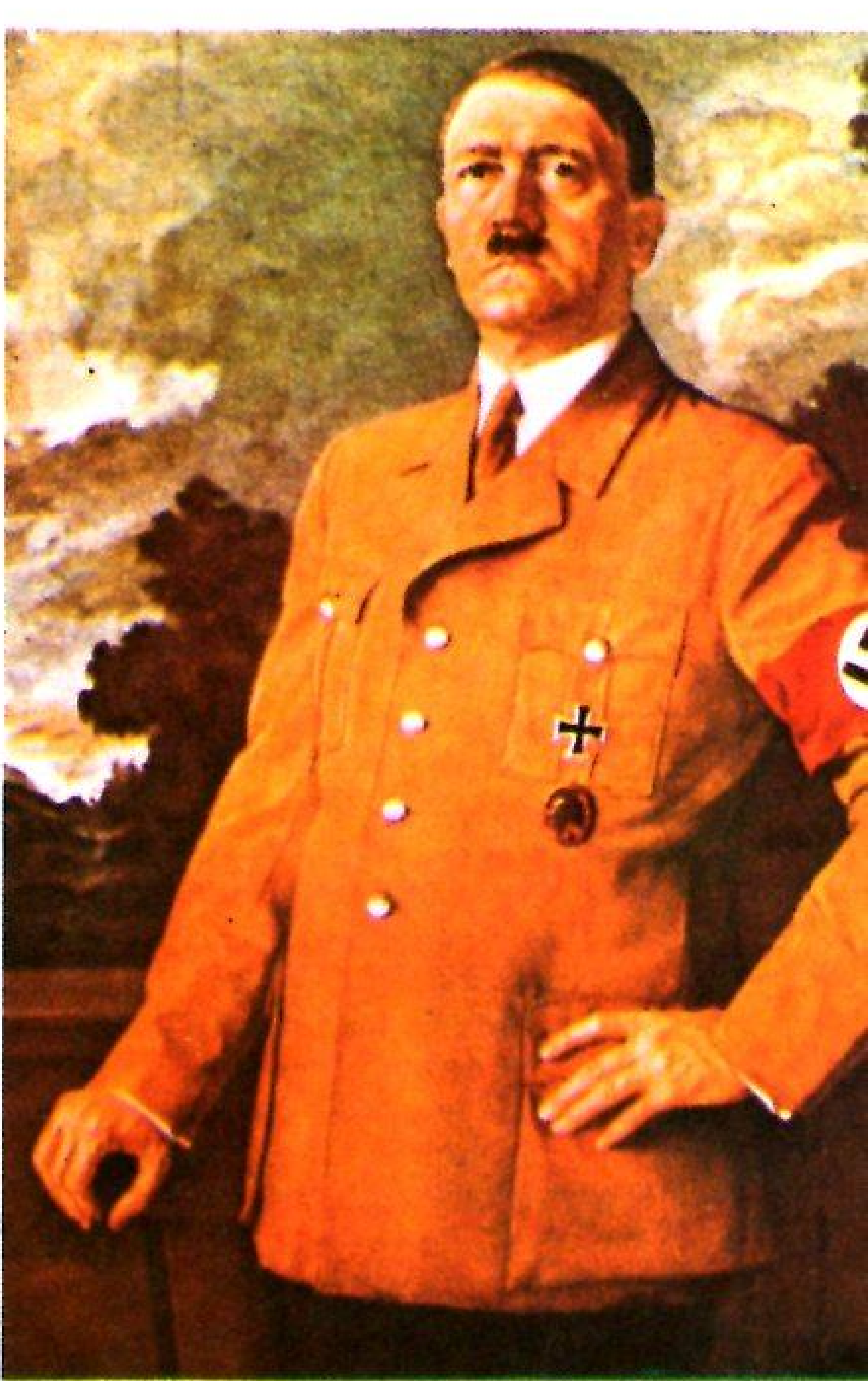
Lo que vino a continuación tiene todo el aspecto de una escena ensayada. Un ujier avisó a Butler de que el ministro del Foreign Office deseaba verlo de inmediato, y el subsecretario no dejó marchar a Bjoern Prytz con estas significativas palabras: *Espéreme; seguramente tendré algo nuevo que decirle cuando vuelva.*

Diecisiete minutos después el embajador sueco oía asombrado, de labios del propio Butler, la gran revelación: Soy portador de un mensaje de lord Halifax, favorable a una paz de compromiso... En este asunto, Gran Bretaña se dejará guiar por el buen sentido y no por una política de bluff y de baladronadas. Esto último era una clarísima alusión al dramático discurso de Churchill en la noche del 17 de junio.

De regreso a su embajada, Bjoern Prytz telegrafió inmediatamente a Estocolmo. El ministro de Asuntos Exteriores, Christian Gunther, fue derecho a casa del primer ministro socialdemócrata, P. A. Hanson. Una vez reunidos, los dos políticos nórdicos avisaron a Berlín de la gran novedad.

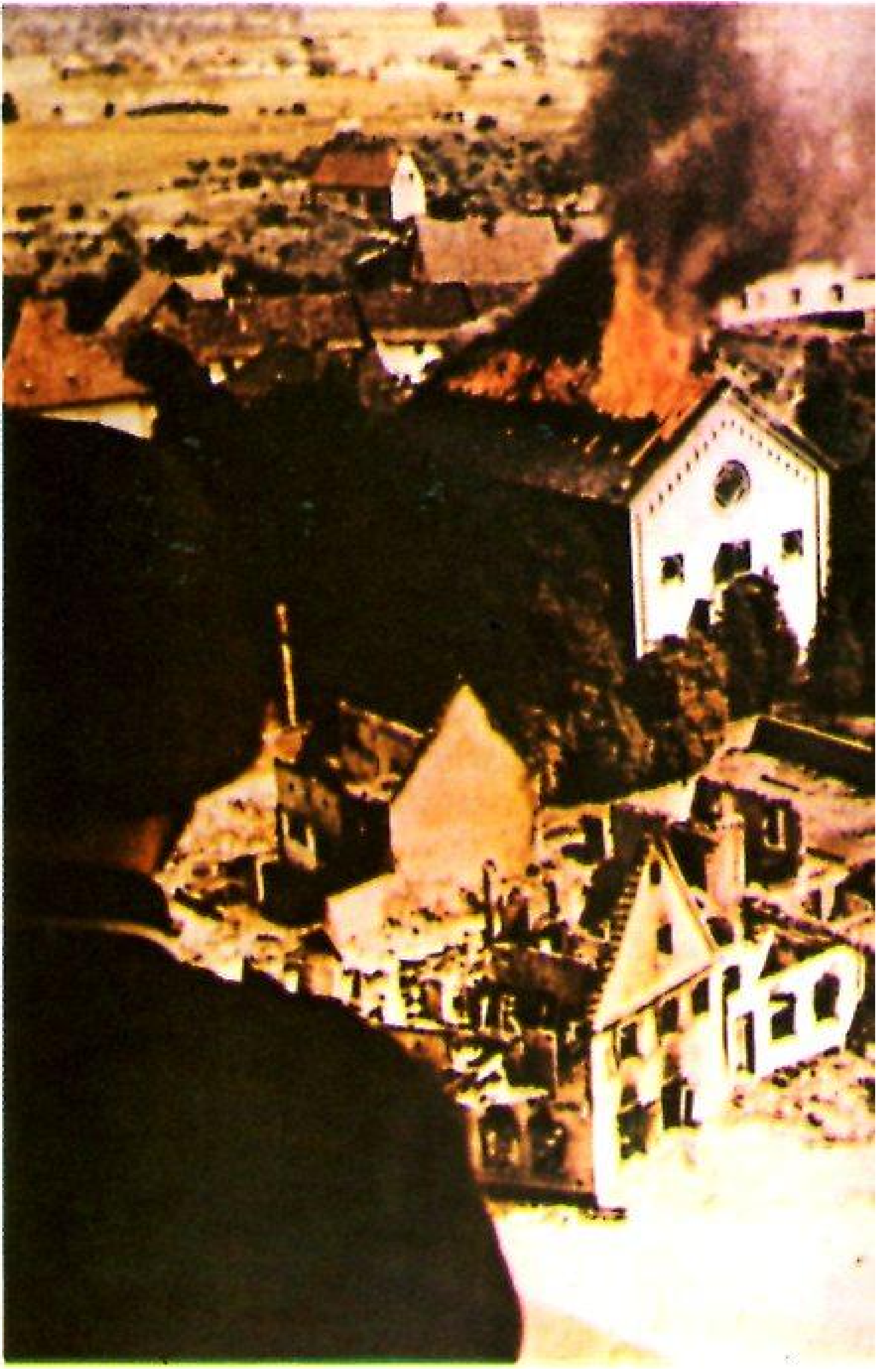
Fue así como el Gobierno de Suecia se dio cuenta de que no era lógico resistir por más tiempo la presión nazi si en Londres había un fuerte interés por la paz. Una vez consultado el rey Gustavo V, los blindados de la Wehr-





Churchill (arriba izquierda) *no confiaba en Hitler* (arriba, derecha). *La única solución para el primer ministro británico era el exterminio del nazismo. Pétain* (abajo, izquierda) *con una Francia destruida y ocupada sólo podía pactar. Un pueblo francés en llamas en junio de 1940* (abajo, derecha)





mach pudieron transitar por las carreteras suecas con dirección a Noruega.

Las condiciones de Hitler

El ministro alemán de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, llegó al imponente edificio de la Cancillería del III Reich al poco tiempo de recibir por medio de su embajador en Estocolmo la gran novedad de una posible negociación con Gran Bretaña. el Fuhrer, que se hallaba acompañado por el general Jodl, se mostró de inmediato dispuesto ante las que debían ser sus condiciones para acabar con la guerra:

Si Inglaterra está decidida a la paz, sólo hay cuatro cuestiones que arreglar, ya que no quisiera, sobre todo después de Dunkerque, que perdiese su prestigio, ni hacer una paz que implicase tal cosa de ninguna forma. Estos cuatro puntos son los siguientes:

1.° Alemania está dispuesta a reconocer, en todos los aspectos, la existencia del imperio británico.

2.° Por tanto, Inglaterra debe a su vez reconocer a Alemania como la potencia continental más importante, ya que hacerlo así sólo será en razón de la importancia de su situación.

3.° Pido que Inglaterra nos entregue las colonias alemanas. Me contentaré con una o dos de ellas para arreglar la cuestión de las materias primas.

4.° Deseo concluir una alianza permanente, perpetua, con Inglaterra.

Por eso, en la tarde del 18 de junio de 1940, durante la entrevista en Munich de los dos dictadores, el yerno de Mussolini recibió de von Ribentrop la sensacional confidencia de que los británicos, por medio de Suecia, deseaban negociar la paz.

Diez días después, Hitler informó al teniente coronel Böhme, en una de sus conversaciones de sobremesa, que esperaba alcanzar pronto un acuerdo con el Gobierno de Londres: *De este modo, la guerra habrá terminado en Europa central y occidental. Alemania necesitaría entonces un largo periodo de reposo para asimilar todo cuanto acaba de conquistar.*

El primer ministro británico estaba perfectamente al tanto de la tendencia pacifista dominante en una parte no despreciable de su equipo ministerial, siendo cabeza visible de la misma lord Halifax, *pero el viejo león* no le cabía en la cabeza la posibilidad del más mínimo entendimiento con los nazis.

Se hallaba muy lejos de cometer el mismo error de Arthur Neville Chamberlain en Munich. La prinicpal razón que impulsaba a Churchill hacia la guerra con todas sus consecuencias era que Hitler seguiría sin respetar acuerdos mientras quedara en Europa un territorio libre de su tiranía. De esta forma, la firmeza del duro premier logró desbaratar los planes derrotistas de Halifax y sus seguidores, demasiado timoratos para ofrecer un peligro serio.

Por otra parte, Richard Austen Butler jugó en algo más de una semana una carta decisiva al pasarse al otro bando, el de los más fuertes. Con sólo treinta y siete años y una gran carrera política por delante, el joven subsecretario británico declaró al embajador rumano en Londres —27 de junio de 1940— que *no habría ninguna negociación mientras la Wehrmach ocupara una pulgada de territorio extranjero.*

Veinticinco años de silencio

El propio Churchill hizo todas las presiones a su alcance para imponer la difusión de la verdad, basada única y exclusivamente en las posibilidades de éxito de la tendencia pacifista de Londres, algo que podía herir el orgullo nacional británico.

Hubo que esperar al verano de 1965 para conocer la historia completa.

La sensacional noticia dejó boquiabiertos a millones de ciudadanos de la Gran Bretaña, que sólo entonces comprendieron en toda su magnitud el desarrollo de ciertas carreras políticas.

Lord Halifax sufrió un dorado exilio diplomático al ocupar el puesto de embajador en Washington de 1941 a 1946.

En cuanto a Richard A. Butler, después de ser canciller del Exchequer (Administración Financiera) en el gabinete de Churchill de 1951, no pudo suceder a éste y continuó de ministro hasta noviembre de 1956 con Anthony Eden, siendo temporalmente premier y jefe del Partido Conservador —del que sería nombrado presidente en 1959.

La misión de Rudolf Hess

En la noche del 10 de mayo se presentó en Gran Bretaña Rudolf Hess, lugarteniente de Hitler, en uno de los más sorprendentes y rocambolescos episodios de la II Guerra Mundial.

Hess inició los preparativos de su viaje con gran secreto. Trataba de evitar que cualquier rumor se filtrase hasta Hitler. Desde el verano de 1940 pidió a su secretaria Hildegard Fath que reuniera datos sobre las condiciones meteorológicas en Gran Bretaña y mar del Norte.

Se hizo también con las cartas de navegación aérea más modernas y las estudió concienzudamente, porque el viaje habría de realizarse en avión. El aparato lo consiguió en la factoria de Messerschmitt.

Elly Messerschmitt consideraba a Hess un excelente piloto. No habría puesto obstáculos a que probase sus modelos de no temer un accidente y las subisiguientes iras de Hitler. en 1947 diría a la prensa:

Hess me rogó repetidamente durante el otoño de 1940, en Augsburg, que le permitiera probar los nuevos aviones de caza. Me negué a ello al principio, pero como Hess insistiera y señalase que su opinión de experto le concedia este derecho, le di autorización para volar en el modelo más avanzado del Me-10, que entonces iba a producirse en siere.

Después de uno de estos vuelos, el vice-Führer me dijo: «Este avión de caza es maravilloso, pero sólo apto para vuelos cortos. Apuesto a que perderia toda su efectividad si lo cargara con tanques suplementarios de combustible en las alas.» Yo equipé el aparato con-esos depósitos y él aprobo el comportamiento del aparato.

Poco después insistia Hess con los mismos argumentos, sobre los instrumentos de vuelo. Para demostrarle que la instalación de un aparato de radio y telegrafia en el aparato no redundaria en perjuicio para el avión, mandé instalar dichos instrumentos. En fin, con estos pretextos Hess logró que le preparase el avión que deseaba para su aventura.

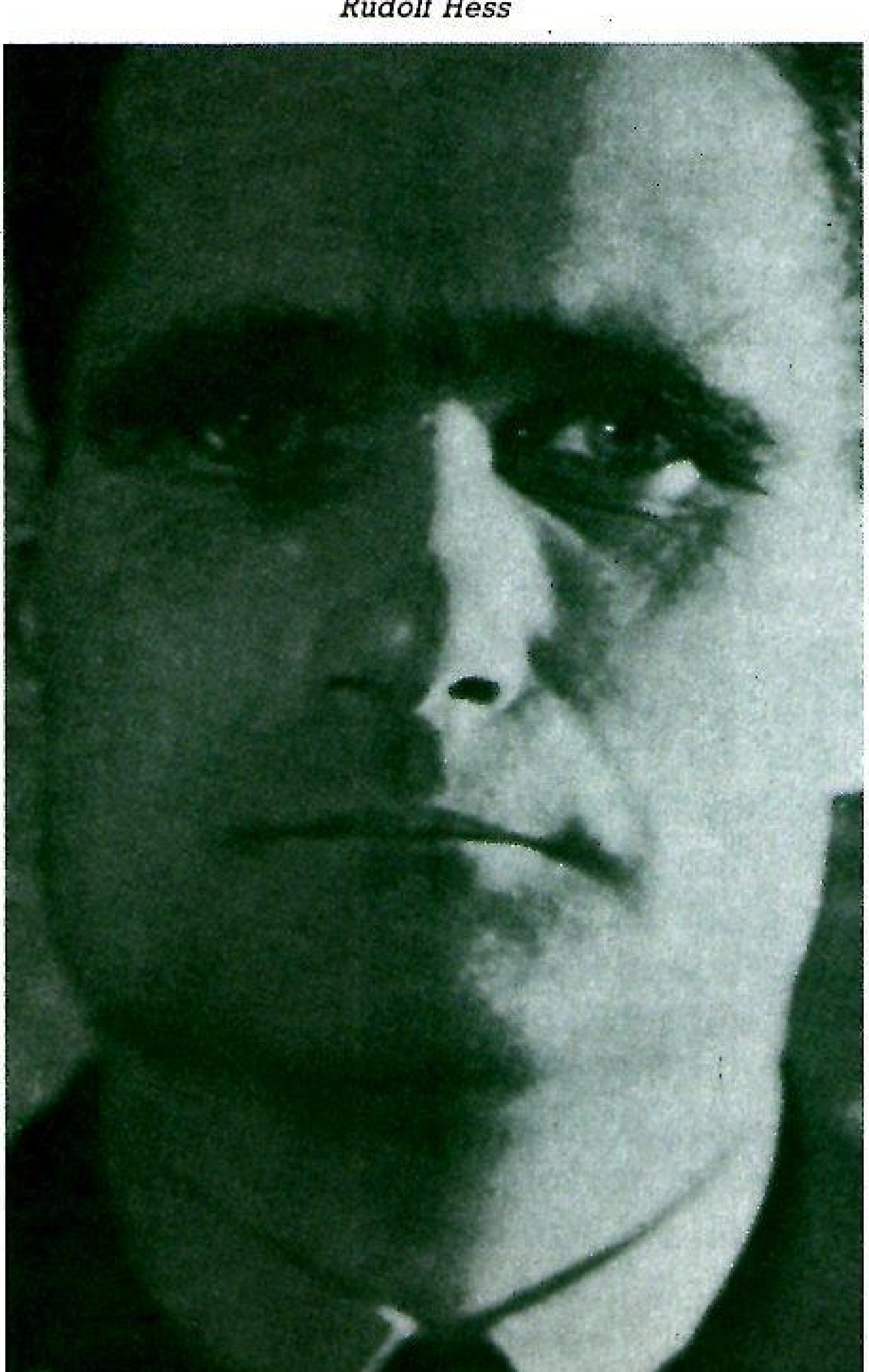
Hess despegó del aeropuerto privado de la firma Messerschmitt, a las 18 horas del sábado, 10 de mayo de 1941. A las 22 horas, 8 minutos fue locallzado sobre la costa de Northumberland.

En la noche del 9 al 10 de mayor había sufrido Londres uno de los más violentos bombardeos de la *batalla de Inglaterra*. El sábado día 10, los londinenses salieron al campo dispuestos a olvidarse por unas horas de la angustia de los refugios, del ulular de las sirenas, del fragor de los edificios desplomándose.

El día fue soleado y al anochecer regresaron los bombarderos alemanes. Para colmo, a las 10, de la noche, los observadores escoceses informaron al mando de la RAF que un extraño avión había penetrado en el cielo británico por la costa de Northumberland.

La reacción fue de incredulidad. El mando aéreo





Rudolf Hess

británico no disponía de información sobre la fabricación en Alemania de aviones tan rápidos y de un radio de acción tan amplio.

Busco al duque de Hamilton

Pese a todo, una escuadrilla de la RAF, mandada por el duque de Hamilton salió en búsqueda del aparato. Pero no lo encontró, porque el *Me-10* que no daría luego grandes resultados en combate, era más rápido que los cazas británicos.

Mientras el duque de Hamilton buscaba el extraño avión, Hess buscaba el palacio del duque. Lanzóse al fin en paracaidas, a las 23 horas, 7 minutos, dejando que el avión se estrellase y un campesino escocés llamado David Mac Lean le localizó.

Hess había saltado cerca de la casa de Mac Lean. Este le ofreció té. Hess, en un inglés perfecto, expuso sus pretensiones al campesino.

—*Busco la casa del duque de Hamilton. Tengo que comunicar una importante noticia a la Royal Air Force (RAF). Estoy solo y voy desarmado.*

Hess dijo llamarse Alfred Horn, y comenzó a frotarse un tobillo que se había lastimado al caer a tierra. Poco después llegó un coche de la Home Guard que había visto caer el avión. Hess fue conducido a Busby y encerrado en el cuartel de la Home Guard, pese a sus protestas.

Hess repitió varias veces, según los testigos. *Soy oficial alemán.* Pero la Home Guard comunicó a la superioridad haber capturado al capitán Horn que estaba en Gran Bretaña cumpliendo una misión especial de la que debía hablar con el duque de Hamilton. Este se personó en Busby a la mañana siguiente.

El 11 de mayo llegué en compañía de un oficial al cuartel de Marthill —cuenta el duque de Hamilton—. *Examinamos, en primer lugar, los objetos que portaba el detenido en el momento de ser capturado: una* Leica, *fotografías familiares, medicamentos, tarjetas de visita del profesor Karl Haushofer y de su hijo Albrecht.*

Entré en el cuarto del prisionero acompañado por el oficial de la guardia y por el que me había acompañado. Pero ambos salieron a instancias del prisionero que quería hablar a solas conmigo.

El alemán empezó diciendo que me había conocido en la olimpiada de Berlín y que había almorzado varias veces en su casa: «No sé si me recordará usted, pero soy Rudolf Hess.»

Venía en misión humanitaria. El Führer no quería la destrucción de Inglaterra y deseaba poner punto final a la lucha. El Führer estaba convencido de que ganaría la guerra muy pronto, quizá en uno o dos años. Mas él, Hess estaba dispuesto a terminar con aquella matanza inútil.

Dice el duque que Hess hacía unos planteamientos tan fantásticos para terminar la guerra que mostraba su desconocimiento de la situación mundial.

Según Hess, si Gran Bretaña seguía luchando sería tragada por Estados Unidos, que se repartiría el mundo con Alemania y Japón. Pero si elegia la paz, Alemania regiría los destinos del continente, inclyendo en éste a la Rusia europea, con la que aún Alemania no estaba en guerra.

La Rusia asiática sería de influencia japonesa y Gran Bretaña conservaría su imperio si devolvía las colonias que le fueron arrebatadas a Alemania tras la derrota de la Primera Guerra Mundial. Claro que Berlín cosideraba al gobierno de Churchill como *no grato* y, por tanto, antes de proceder a fimar la paz con Gran Bretaña debería cambiar de gobierno.

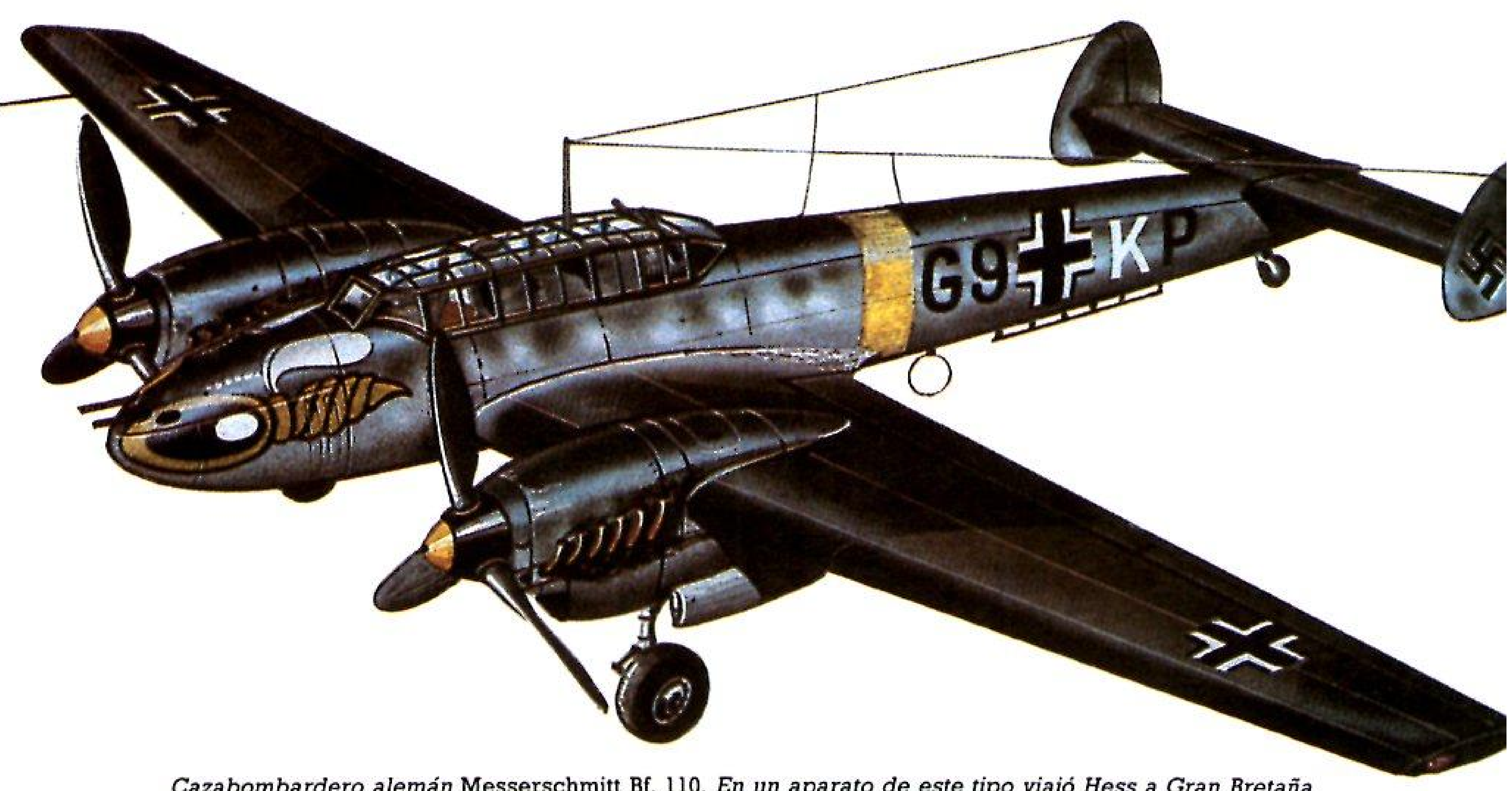
El duque de Hamilton telefoneó al atardecer a Winston Churchill. Le comunicó la noticia de la llegada de Hess y su impresión personal de que estaba *completamente loco.* Al mismo acuerdo llegaron la media docena de personalidades británicas que se entrevistaron con él a lo largo de 1941, por lo que Hess quedó relegado al olvido hasta que acabó la guerra.

Reacciones

Envuelto en una espléndida bata de mandarín recamada con dragones rojo y oro se hallaba Churchill a las últimas horas de ese fin de semana viendo «Los Hermanos Marx en el Oeste», cuando recibió el aviso de que le telefoneaba su amigo el duque de Hamilton.

Así me enteré de la sensacional noticia —cuenta en sus memorias—. *Hubiera experimentado la misma emoción si mi compañero de gabinete, nuestro ministro de Asuntos Exteriores Eden, se lanzase de pronto en paracaídas desde un «Spitfire» en las cercanías de Berschtegaden.*

Al día siguiente, Churchill daba las siguientes órdenes:



Cazabombardero alemán* Messerschmitt Bf. 110. *En un aparato de este tipo viajó Hess a Gran Bretaña

El señor Hess debe continuar a disposición del Ministerio de la Guerra como prisionero de guerra, lo que no excluye que posteriormente pueda ser acusado de delitos políticos. Este hombre es principalmente criminal de guerra como los demás jefes nazis y al igual que éstos, cuando termine la guerra puede llegar a ser condenado.

En este caso concreto, un temprano arrepentimiento puede ser ventaja para él. Mientras debe ser internado en una casa situada en los alrededores de Londres.

Se estudiará su mentalidad y procurará hacérsele hablar. Se ha de cuidar especialmente su estado de salud y su comodidad. Sin embargo, debe ser estrechamente guardado, mantenido en total incomunicación con el exterior y no recibirá periódicos ni escuchará la radio. Debe ser tratado como un jefe militar, hecho prisionero de guerra.

La prensa británica aireó la noticia y aunque el gobierno trató de calificarle de loco, los periódicos insistían en dar un cariz triunfalista al asunto: *Hay gusanos en la manzana nazi... El enemigo se desmorona, Alemania quiere la paz...* Optimismo desmesurado: el día 10 la Luftwaffe había destruido completamente el edificio del Parlamento.

En Berlín aún fue mayor el mazazo. Según Speer, se encontraba éste haciendo antesala para hablar con Hitler cuando llegaron los ayudantes de Hess con una carta para el Führer. *Oí de repente un grito inarticulado, casi propio de una garganta animal. Y Hitler siguió a continuación: «Que venga Borman, al instante. ¿Dónde está Borman?»*

De acuerdo con la narración de Speer, Hitler tuvo una reunión con Borman, Goering, Ribbentrop, Goebels y Himmler, tras la cual se serenó bastante. Pero durante el día 11 sólo repitió: ¿Quién va a creerme que Hess no ha actuado en mi nombre, que todo lo ocurrido no es algo concertado a espaldas de mis aliados?

A Hitler le preocupaba singularmente la opinión de Tokio. Se consoló un tanto cuando el as de la aviación germana. Ernst Udet, le aseguró que en un *Me-10* jamás lograría llegar a Gran Bretaña. Pero nuevamente se descompuso cuando la radio inglesa comunicó la noticia. Se supo entonces que el *Me-10* llevaba depósitos suplementarios de cobustible.

Para cubrirse ante los aliados del III Reich, Goebels lanzó la especie de que Hess era un perturbado que emprendió el vuelo en un ataque de locura. Borman, a su vez, comenzó a desacreditar a Hess con su pretendida impotencia sexual.

Fueron encarcelados los ayudantes de Hess y se temió que le ocurriera lo mismo a Messerschmitt. Pero el III Reich necesitaba su talento de ingeniero y los cazas que fabricaba. Goering, encolerizado, le llamó.

—¿Es que usted entrega a cualquiera uno de sus cazas?

—Creo, señor ministro, que el vice-Führer no es un cualquiera.

—Pero el Vice-Führer está loco.

—¿Y cómo iba a saber yo que ustedes tienen a un loco al frente de asuntos tan importantes...?

Goering se rió.

—Messerschmitt, es usted incorregible. Siga construyendo sus aviones y tenga cuidado con los locos.

La Batalla del Atlántico

La guerra de los suministros, 1940-1941

Cuando en 1933 llegó Hitler al poder, una de sus medidas fue incrementar el poderío de su flota de guerra, saltándose las limitaciones que el Tratado de Versalles imponía a Alemania. Para ello se sacaron de las cajas blindadas los planos de nuevos buques que en secreto se habían seguido proyectando. Así, en ese mismo año, comenzaron a construirse en Finlandia 14 submarinos de 250 toneladas, que en 1935 formaron escuadrilla y se convirtieron en escuela de submarinistas. En ese mismo 1935, Berlín lograba que Londres, por medio de un tratado bilateral, permitiera la expansión de su flota hasta un 35 por ciento del tonelaje de la británica en cuanto a buques de superficie y en un 45 por ciento en lo que respecta a sumergibles.

Comenzó entonces en Alemania una enorme actividad para recuperar los años perdidos. En 1936 recibió la flota su tercer acorazado de bolsillo, se pusieron las quillas de 5 cruceros pesados, 16 destructores, 28 submarinos... Al mismo tiempo la Marina reclutaba alumnos para sus academias y marineros para sus buques, contando en 1936 con 40.000 hombres muy bien adiestrados.

Jefe de la Marina de guerra alemana era desde 1928 el almirante Erich Raeder, discreto simpatizante del nazismo pero alejado de intrigas del partido. Contó con la confianza de Hitler hasta que la guerra comenzó a ser claramente desfavorable para Alemania, pero en estos días de euforia constructora, el Führer y su jefe naval estuvieron bien sincronizados. Raeder nombró jefe del arma submarina a Karl Doenitz, un tran táctico que se convertiría con el tiempo en la pesadilla de Gran Bretaña.

Hasta la primavera de 1938, toda la organización de la Marina de guerra alemana se dirigió contra Francia. Raeder, con la promesa de Hitler de que Alemania nunca atacaría a Gran Bretaña y con la constante insinuación de la enemistad francesa, preparaba una flota capaz de asegurar a su país el suministro de 29 millones de toneladas de materias primas que legaban por mar y sin las cuales la economía e industria alemana hubieran sido extranguladas; a la vez, aprestaban los barcos adecuados para desarticular la navegación comercial francesa y las comunicaciones con sus colonias.

Pero en mayo de 1938, Hitler comunicó a su almirante que debía elaborar un nuevo plan para la Marina en el que entrase, también, la posibilidad de tener a Londres como enemigo.

Evidentemente, Raeder no podía hacerse muchas ilusiones. Si ya tenía graves dificultades para competir con Francia, a la sazón cuarta potencia naval de la tierra ¿qué podría hacer para medirse, simultáneamente, al país más poderoso de los mares? Contaba con seis años de plazo para realizar el milagro, pues Hitler le aseguró que no iría a la guerra antes de 1944 o 45.

Rápidamente elaboraron los alemanes el *plan Z*, dividido en dos etapas: la primera, hasta 1942, les proporcionaría una escuadra que podría incordiar severamente al comercio ultramarino británico, sensible a cualquier perturbación y muy vulnerable porque la metrópoli precisaba un promedio de 100.000 toneladas de alimentos y materias primas y exportaba no menos de 30.000 toneladas, lo que le obligaba a mantener en el mar más de dos mil buques continuamente. La segunda fase, hasta 1945, redondearía la escuadra alemana y la pondría en disposición de medirse a la británica.

El *plan Z* preveía la construcción de 6 formidables acorazados de 54.000 toneladas (8 piezas de 406 mm); 12 acorazados de 20.000 toneladas (8 cañones de 305 mm); 4 portaaviones de 20.000 toneladas y 34 nudos de velocidad, capaces de llevar 55 aviones; 38 cruceros de 5.000 a 8.000 toneladas de 35,5 nudos de velocidad y 16.000 millas de autonomía; 250 submarinos, 68 destructores, 90 torpederos y 300 buques menores. En suma unoa poderosa flota a la que debían sumarse las unidades ya en construcción o totalmente terminadas.

Como se ve, el almirantazgo alemán aún creía en los grandes cañones y daba escasa

Un submarino alemán regresa a su base. La tripulación, barbuda y cansada, forma, sobre la cubierta, tras una prolongada y dura razzia por el Atlántico, (arriba). Cruceros británicos, navegando en línea por el Atlántico (abajo)

relevancia a los portaaviones. El *plan Z* nunca llegó a realizarse, pues la guera comenzó en 1939, pero esa gran flota tampoco hubiera podido medirse de igual a igual con los británicos, que a esas horas tenían en el mar —o esperaban su inmediata entrega— 12 portaaviones.

Con la declaración de guerra, Raeder hubo de suspender todo el proyecto. Sólo se siguió la construcción de los grandes barcos que estaba a punto de concluirse y se desguazó aquello que apenas había comenzado. Todo en favor del arma submarina, la única que podría causar graves perturbaciones en el comercio británico. Se proyectó la construcción de 29 submarinos mensuales, pero la escasez de materias primas redujo la fabricación a un promedio de 4 ejemplares en los diez meses que van desde el ataque alemán a Polonia a la invasión de Francia, los astilleros sólo entregaron 42 unidades.

Torpedero de escolta del modelo Hunt *dispara cargas de profundidad contra un submarino alemán*

En resumen, cuando el 1 de septiembre de 1939 atacó Polonia, provocando la declaración de guerra franco-británica, las flotas de los beligerantes eran éstas:

	G. B.	**Francia**	**Alemania**	**Italia**
Acorazados y Cruceros de batalla	15	7	2	4
Portaaviones	6	1	—	—
Acorazados de bolsillo	—	—	3	—
Cruceros pesados	15	7	2	7
Cruceros ligeros	49	12	6	15
Destructores y torpederos	183	72	34	133
Submarinos	57	78	57	102

Acorazados de bolsillo

En 1929, Alemania puso en marcha un programa de construcción naval para sustituir dos viejos acorazados dentro de las condiciones impuestas por el tratado de Versalles a los vencidos en la Primera Guerra Mundial. Tales buques, que no debían superar las 10.000 toneladas, fueron magníficamente resueltos: tendrían el peso de un crucero de batalla, pero dispondrían de mucho mejor blindaje, gran superioridad artillera y una velocidad ligeramente inferior.

Con ello se conseguían buques que podrían pelear muy ventajosamente con los cruceros enemigos y escapar gracias a su mayor velocidad de los acorazados. Los dos primeros ejemplares producidos fueron el Deutschland *y el* Graf von Spee.

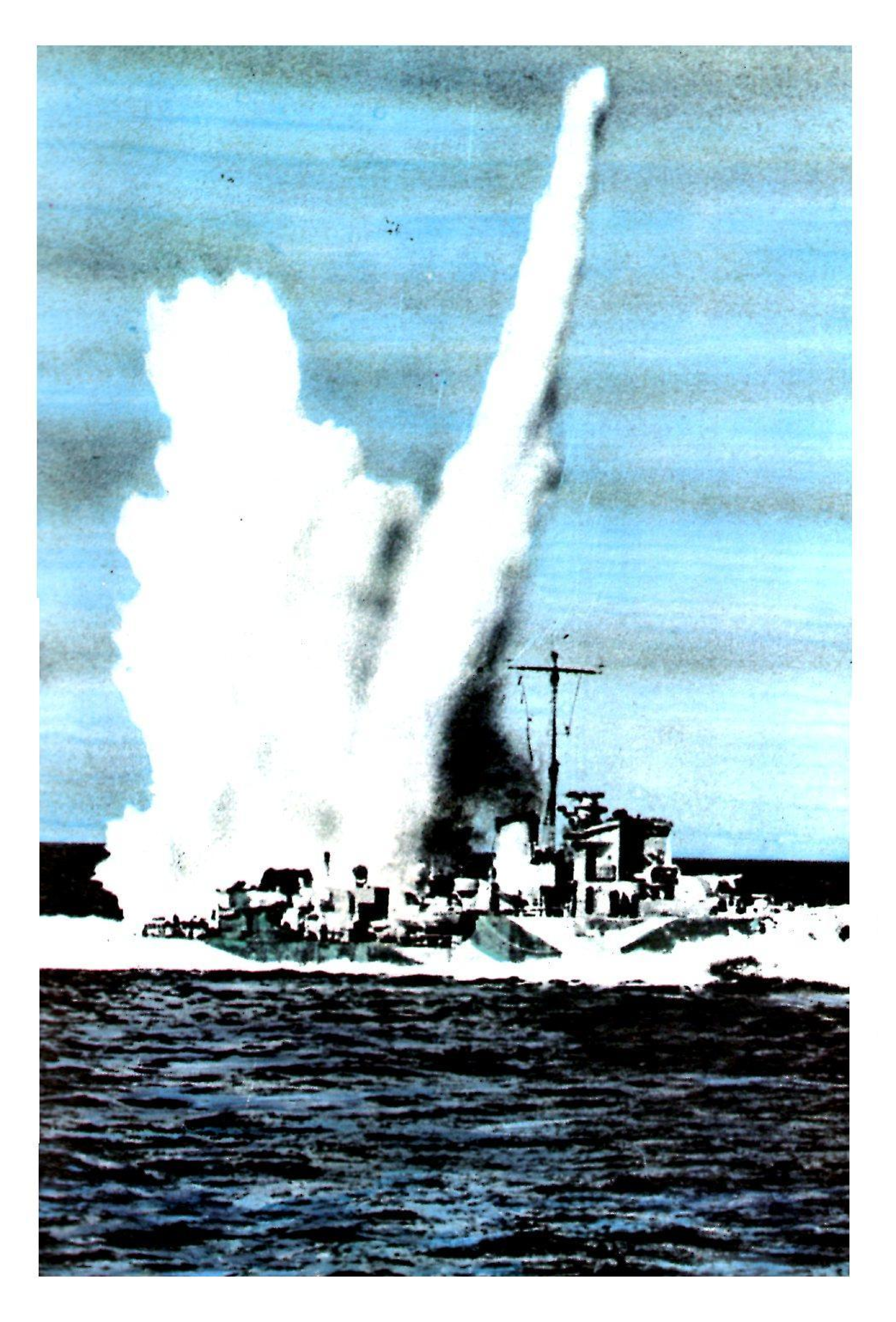
Estos buques, que alcanzaban 27 nudos de velocidad, montaban seis cañones de 280 mm., ocho de 150 mm., de seis de 105 mm., y desplazaban 12.000 toneladas (16.000 a plena carga). Los españoles de la clase Washington, como el Canarias, *eran casi del mismo tonelaje y, aunque superiores en velocidad, tenían un blindaje más ligero y su artillería consistía en ocho piezas de 203 mm. y ocho de 120 mm.*

Deutschland *y* Graf von Spee *pasaron por la guerra civil española. El primero fue bombardeado por los republicanos en Baleares y el segundo, como represalia, cañoneó Almería.*

Y fue precisamente este último quien se mediría con tres cruceros británicos a la vez cerca del estuario del Plata. Puso fuera de combate a uno de ellos y dañó ligeramente a los otros dos, antes de romper el contacto y recluirse en el puerto deMontevideo, donde fue dinamitado por su tripulación. Hoy nadie duda que una mejor dirección del Graf von Spee *hubiera dado una sonora victoria a Berlín.*



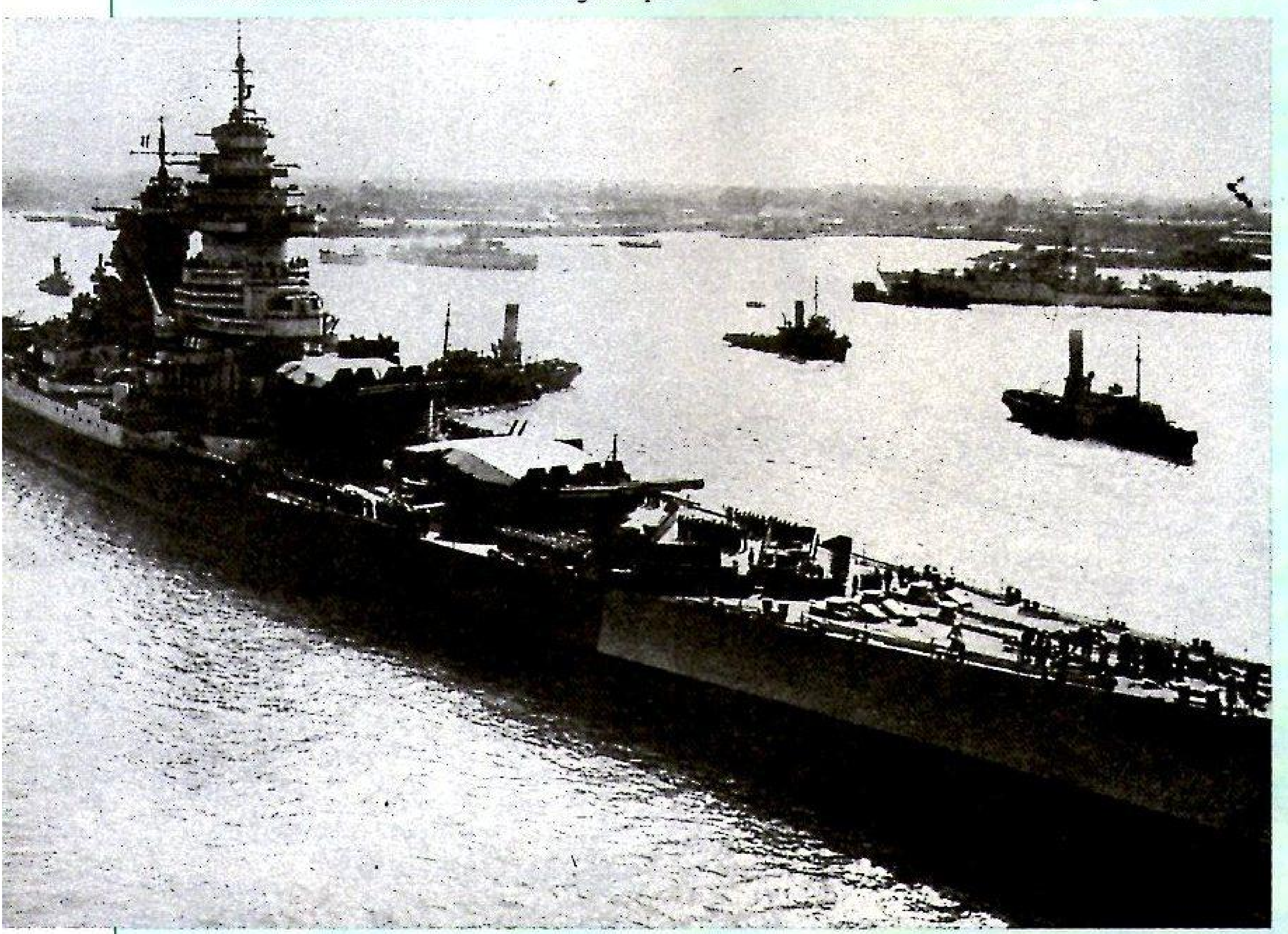
Acorazado de bolsillo Graf von Spee



La batalla de Dakar

En el verano de 1940 convenció el general De Gaulle al *premier* británico Churchill del interés que tenía para la causa aliada el ataque a la colonia francesa de Senegal. Allí esperaba De Gaulle iniciar la gran escalada de la Francia Libre: 6 regimientos de soldados senegaleses varios buques y, sobre todo, un millar de toneladas de oro, trasladadas al corazón de Africa por el Gobierno de Vichy para salvaguardarlas tanto de Berlín como de Londres.

A las órdenes del almirante Cunningham partió una flota hacia Dakar, la capital senegalesa, con fuerzas bastante impresioantes: un portaviones, dos acorazados, 3 cruceros pesados, 10 destructores, 3 cañoneros franceses y seis transportes de tropas, con unos 5.000 hombres.



Acorazado francés* Richelieu*, 35.000 toneladas y 8 cañones de 381 mm, la más poderosa unidad de la marina francesa, anclado, en Dakar con graves daños por el ataque británico, combatió eficazmente ante el intento aliado de apoderarse de la colonia

La bahía de Dakar, que iba a sufrir la embestida de sus ex-aliados estaba defendida por 8 fortines de costa dotados con un total de 9 cañones de 240 mm, 12 de 138 a 155 mm. y 7 de 90 a 95 mm. Podía contar a medias con una torre cuádruple de 381 mm. del acorazado *Richelieu*, que estaba anclado con graves averías en el puerto y en mala posición de tiro. Había también dos cruceros ligeros, 4 desructores, 3 submarinos y 6 cañoneros. En la defensa de la plaza intervinieron también 15 aviones de caza y 30 bombarderos franceses allí destinados y unos 6.000 hombres de tropas coloniales.

La despropoción de fuerzas era abismal (*), pero las autoridades de la plaza con órdenes terminantes de Vichy de no rendirse y con el claro deseo personal de tomarse venganza de la ignominia de Mers el Kebir, rechazaron toda negociación y dispusieron su defensa. Todos los buques encendieron sus calderas y salieron del puerto, navegando por la amplia bahía, y sólo permaneció anclado el inválido *Richelieu*, con sus cañones apuntados como batería flotante.

El día 23 se rompieron las hostilidades. Era intensa la niebla y las fuerzas británicas disparaban a ciegas sobre la bahía, en la que navegaban los buques franceses disparando igualmente sin visibilidad y cambiando continuamente de posición. La jornada se saldó positivamente para los sitiados, que perdieron un destructor y un submarino, pero impidieron un desembarco de infantería y dañaron tan gravemente al crucero pesado que hubo de regresar a su base; los británicos lamentaron, asimismo, fuertes destrozos en dos destructores y otro crucero pesado.

La faena iba a ser dura. Cunningham telegrafía a Londres que la batalla de Dakar era seria. Churchill responde: *Ya que hemos comenzado, sigamos hasta el fin. No se detenga por nada.*

El día 24 amaneció casi sin bruma. Los sitiados podían pasarlo muy mal. Pero ocurrió como en la víspera. Los cañoneros franceses tendieron durante todo el día cortinas de humo, para reemplazar a la inexistente niebla, y tras ellas se movieron sin descanso los buques de Vichy, disparando con gran precisión: los aviones franceses se estaban imponiendo en el aire a los del portaaviones y sus observaciones aéreas servían como dirección de tiro a los cañones de la flota francesa.

Ese día los británicos pulverizaron un submarino francés y causaron destrozos en algunos barrios de la ciudad y en un mercante, pero no en los buques de la bahía. Los franceses derribaron 3 aviones enemigos y lograron algunos blancos sobre sus acorazados, más inquietantes que efectivos.

Cunningham lo ve cada vez más oscuro y De Gaulle prefiere abandonar: la resistencia de Dakar se celebra en Francia como victoria nacional y resta simpatías al líder de la Francia Libre.

El día 25 salió claro y radiante. Los asediados volvieron a su táctica de andar sin descanso dentro de la bahía y protegerse tras las nubes de humo que tendrán sus cañoneros y torpederos. En el aire, la caza francese se apuntaba nuevos éxitos e impedían la observación aérea británica, mientras daban continuos datos de tiro a sus buques.

Hacia las 10 de la mañana se produjo un suceso decisivo para la victoria francesa: el submarino *Bebeziers* vengó a sus dos compañeros hundidos torpedeando el acorazado *Resolution*, que hubo de ser remolcado hasta Nueva York para efectuar reparaciones que duraron 6 meses. Cunningham se había quedado en cuadro: la mitad de sus aviones habían sido destruidos o dañados y estaba en inferioridad aérea; había perdido un acorazado y un crucero y tenía otro crucero y dos destructores bastante tocados, mientras que los sitiados estaban como el primer día. Aconsejó retirada y esta vez aceptó Churchill. Mers el Kebir había sido vengado.

La abismal diferencia entre las flotas llamadas a enfrentarse no requiere mayor comentarios, pero no es ocioso insistir en la calidad del material. Dejando al margen a Francia —por su efímera contribución naval a la contienda— y a Italia —por su localizada actuación— tenemos a Gran Bretaña frente a Alemania, con una flota inmensamente más poderosa. Técnicamente, las diferencias eran menores. La artillería alemana resultó, tan buena o mejor que la británica, sus buques fueron —en general— más rápidos y con mayor autonomía y sus submarinos, indudablemente superiores y servidos por la mejor escuela de submarinistas del mundo. En una cosa estaban muy por delante los británicos: en el radar y en algo mejor los alemanes: los radiotelémetros de tiro.

No existe comparación entre ambos avances: los radiotelémetros servían cuando los buques podían verse entre sí y eran poco útiles en la oscuridad profunda o tras cortinas de nubes o humo... era un gran avance, sí, pero con enormes limitaciones y una no pequeña era su peso —de unas veinte toneladas— y volumen; su alcance, por otro lado, era escaso; no más de 40 kilómetros en el mar.

El radar, infinitamente más ligero, podía localizar blancos mucho más lejanos de forma más definida —de noche o de día— y seguirlos automáticamente. Ya en 1943, los cañones de algunos acorazados británicos y estadounidenses disparaban en la más completa oscuridad guiados por radar y lograron blancos perfectos a más de 10.000 metros.

En resumidas cuentas, los aliados no sólo tenían una gran superioridad en buques de guerra convencionales, sino también en portaaviones y hasta en los avances técnicos para manejarlos. La guerra en el mar estaría decisivamente regida por esta situación de principio.

Golpe de mano en Escandinavia

Decidido Hitler a apoderarse de Dinamarca y Noruega, le correspondió a la marina de guerra alemana realizar el trabajo más duro. Con cuantos buques de guerra y transporte pudo reunir formó 7 grupos navales, 2 destinados a Dinamarca y 5 a Noruega. Los dos primeros tuvieron una misión tranquila, por la proximidad de sus destinos a las tierras alemanas, lo que les dio continua cobertura aé-

rea. No ocurrió lo mismo en el caso noruego, pues ahí los alemanes ganaron por la mano a los anglofranceses y tuvieron que pelear con sus tan superiores adversarios.

Entre el 9 y el 10 de abril, las cinco formaciones navales desembarcaron en Narvik, Trondheim, Bergen, Kristiansand y Oslo las tropas que tomaron Noruega. Su misión, ante fuerzas británicas muy superiores, fue un gran éxito, ejemplo de intrepidez y de aprovechamiento del factor sorpresa.

El retorno a sus bases, para seguir sosteniendo la operación, les resultó más costoso: los alemanes perdieron 10 destructores en Narvik, un crucero en Trondheim, otro en Kristiansand y un tercero en Oslo, aparte de sufrir otros daños... también se sumergieron para siempre 4 submarinos y algunas embarcaciones menores.

Los aliados también hubieron de pagar su precio: 2 cruceros, un portaaviones, ocho destructores y otros buques menores. Un balance parecido, pero que Alemania no podía permitirse pagar, cuando comenzó la batalla de Francia, el almirante Raeder apenas si tenía algo que mandar contra las líneas de comunicaciones franco-británicas.

Mers el Kebir

Pero casi nadie echó en falta a la marina alemana en las brillantes victorias del verano de 1940. Más aún, tras la rendición de Francia, Gran Bretaña se encargó de mejorar la relación de fuerzas a favor de Berlín con el hundimiento de parte de la flota francesa...

Ya el 17 de junio, cuando aún continuaba la lucha en Francia, Churchill comunicaba al almirante Andrew Cunningham que la flota francesa debería ser destruida si París se rendía. Y así fue. De poco sirvió que en los armisticios firmados por Francia en Rethondes con Alemania y en Villa Incisa con Italia no se contemplara la entrega de la flota a los vencedores y de que Londres tuviera constancia de que sus buques serían barrenados antes de caer en manos del Eje.

El Almirantazgo británico, aún exponiéndose al odio de los franceses, resolvió destruir los buques galos en las bases que tuviera al alcance de sus cañones y apoderarse de los barcos que pudieran asaltar sus comandos. Todo menos que aquellas poderosas unidades pasaran a la marina de Raeder.



Barco factoría, capturado por el corsario alemán Pinguin, *con 22.000 toneladas de aceite de ballena, y conducido hasta el puerto de Burdeos*

Página siguiente, el almirante Sir Percy Noble, comandante en jefe de la Western Approaches, *organismo encargado de la seguridad de la navegación británica*

El 3 de junio comenzó la gran cacería. A las 16,56 la *fuerza H* británica, —almirante Somerville— abrió fuego sobre la base de Mers el Kebir —la antigua Mazalquibir— donde se hallaban cuatro acorazados franceses. Uno de ellos logró escapar de aquella ratonera, los otros tres se hundieron o encallaron. 1297 marinos franceses fueron inmolados ese día, sin defensa alguna posible, por sus propios aliados.

Mejor suerte tuvo la *fuerza X* (un acorazado, 4 cruceros y 5 destructores) cedida por Francia a Gran Bretaña para la defensa del Mediterráneo oriental. Un pacto entre caballeros. —sus almirantes Cunningham y Gogfroy— permitió que las naves francesas que-

daran desarmadas y sin combustible en el puerto de Alejandría.

En Dakar fue bombardeado el acorazado *Richelieu*, la más moderna y poderosa unidad francesa, que permaneció allí a causa de sus averías, aunque volverá a combatir contra los británicos. En Martinica no fueron atacados los buques franceses, gracias a la intervención de Washington, pero en los puertos de Plymouth y Portsmouth fueron asaltados por comandos británicos los buques franceses que allí se habían refugiado.

Winston Churchill, excusó todas aquellas acciones, poniendo como ejemplo la facilidad con que sus soldados tomaron los buques franceses: *los alemanes hubieran podido hacer otro tanto.*

Lo cierto es que no fueron los alemanes, sino los ingleses quienes cometieron la iniquidad de Mers El Kebir. Los franceses les pasarían más tarde aquella cuenta y, a finales de 1942 —con la autodestrucción de su flota en Tolón— demostrarían que nunca hubieran entregado los barcos a Hitler.

Aislar a Gran Bretaña

Tras la rendición de Francia propuso Hitler la operación *León Marino*, que nunca pasó de un mero nombre y la acumulación de algunos miserables medios navales para atravesar el Canal de la Mancha. La inmensa superioridad de la *Royal Navy* sobre los restos de la flota de Hitler impidió cualquier plan serio de atravesar el Canal. La única posibilidad alemana radicaba en conseguir la superioridad aérea y dominar el mar con sus aviones.

Como ya se saba, la RAF, nunca perdió el control de su espacio aéreo y las fuertes pérdidas de la Luftwaffe impidieron que Berlín pudiera seguir planeando la invasión de las islas. Y puesto que no podía tomarlas, pensó rendirlas por hombre y agotamiento. Comenzó así, en el segundo semestre de 1940, la guerra por las comunicaciones, la guerra por los suministros.

En el primer semestre del año, la guerra submarina alemana no inquietó gran cosa a los anglo-franceses. En seis meses hundieron los U-boote de Doenitz 343.610 toneladas brutas de buques, al precio de perder 7 submarinos. Un tonelaje inferior a la producción de buques de los países perjudicados. Mayor angustia produjeron las minas magnéticas recién estrenadas por Alemania, pero tras lograr más éxitos que los submarinos, los británicos lograron hallar su secreto y los buques fueron desmagnetizados.

Mayor fortuna tuvieron los buques alemanes en el segundo semestre de 1940, en que lograron sembrar la inquietud en el almirantazgo británico. Pese a que Doenitz no logró tener nunca más de 10-15 submarinos en el mar durante el segundo semestre de 1940, los éxitos de sus *tiburones* fueron elevados: 285 buques hundidos con un registro bruto de 1.470.386 toneladas.

Varios factores contribuyeron a este éxito destructivo: la nueva posición estratégica alemana; dominio de toda la costa atlántica del continente, exceptuando España —donde también hubieran sido acogidos— y Portugal; perfeccionamiento de sus torpedos, muy fallones en los primeros meses de la guerra; mejora de la táctica de ataque a los convoyes: reunión de varios submarinos en torno a un grupo de buques mercantes; persecución en inmersión durante el día y ataque nocturno en superficie...



Todos los tratadistas de *la batalla del Atlántico* se preguntan en este punto ¿qué hubiera ocurrido si Doenitz, en vez de contar con unos 50 submarinos operativos en ese segundo semestre, hubiera tenido los 250-300 que fueron previstos a mediados de 1939? y, también, ¿qué hubiera sucedido si la aviación, acaparada por Goering y manejada a su antojo, hubiese contribuido a la lucha en el mar tal como deseaba Raeder?

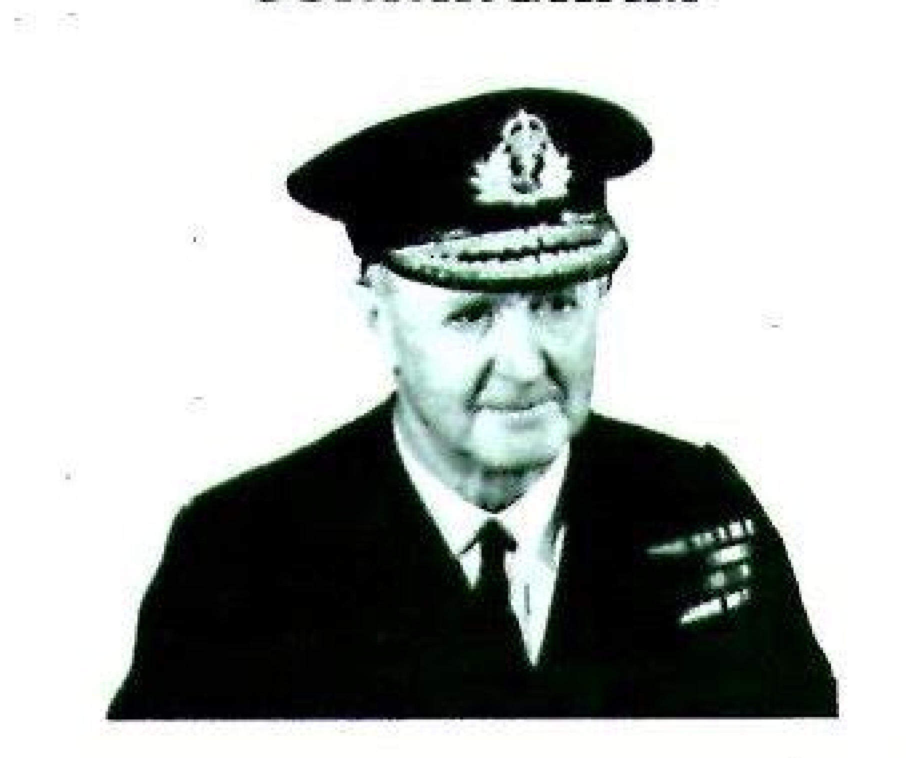
Los alemanes emplearon sus bombarderos *«Stuka»* en la guerra contra el tráfico en el Ca-

nal de la Mancha y prácticamente terminaron con él. Para acciones más lejanas usaron su cuatrimotor *Focke Wulf FW-200, «Kondor»*, bombardero de gran radio de acción que, avisado por submarinos de la presencia de convoyes, acudía para bombardearlos o que en sus largos vuelos de retorno, si veía buques británicos avisaba a los submarinos que lograron muchas presas por este sistema. Tal colaboración, sin embargo, nunca fue intensa: dos vuelos diarios de *«Kondor»* cuando el tiempo lo permitía, en vez de los d0ce que pedía la Marina.

También los buques de superfice participaron en esta tremenda guerra de desgaste. Los barcos de querra que quedaron indemnes tras la batalla de Noruega y los que, averiados o dañados en ella, fueron reparados, comenzaron importantes batidas que, en general, fueron afortunadas entre 1940-41: hicieron muchas presas y bajas a Gran Bretaña y se escabulleron del acoso de la flota británica.

Pero aún son más dignos de mención los buques mercantes armados y enmascarados que se dedicaron a una terrible y eficaz guerra contra el tráfico del Reino Unido. Especial recuerdo dejaron el *Atlántis* (capitán Rooge), *Orion* (Weyher), *Thor* (Kähler)... nueve de estos buques piratas hundieron 134 mercantes británicos entre la primavera de 1940 y la de 1941, con un total de 736.000 toneladas al precio de dos buques perdidos.

ANDREW B. CUNNINGHAM



Andrew Browne Cunningham (Dublín, 1883-Londres, 1963). Almirante británico. Ingresó en la Marina en 1898, cursando estudios en la Escuela Naval de Edimburgo. En 1933 ascendió a contraalmirante y cuatro años después tomó el mando de una flotilla de destructores en el Mediterráneo.
Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial era el jefe de la flota británica en aguas mediterráneas. Dirigió el ataque a la flota italiana en Tarento (1940) y la evacuación de la isla de Creta (1941).
Un año después mandó la flota que participó en el desembarco aliado en Africa del Norte. Designado comandante en jefe de las fuerzas navales aliadas en el Mediterráneo, recibió la rendición de la Marina italiana en 1943. Ascendido a almirante, se convirtió en jefe del Estado Mayor de la Armada (1943-46).
Su actuación durante la guerra fue recompensada con el título de vizconde de Cunningham of Hyndhope.

La ayuda norteamericana

A finales de 1940 la situación comenzó a ser altamente inquietante en Gran Bretaña, que debía recibir diariamente 50.000 toneladas de víveres y vio cómo el suministro se recortaba en un 20 por ciento. Efectivamente, las cifras son elocuentes:

A lo largo de 1940 el Reino Unido y el Canadá habían perdido 1059 barcos, con un registro bruto de 3.978.000 toneladas, por obra de:

Submarinos	2.186.074 toneladas
Luftwafe	580.074 toneladas
Minas	517.000 toneladas
Buques de superficie y otras causas	694.000 toneladas

Pero los daños eran bastante mayores: muchos buques se salvaron del hundimiento, pero hubieron de lanzar su carga al mar para lograr salvar el barco; otros alcanzaron a duras penas un puerto en las islas, con las bodegas inundadas y las mercancías destruídas. En febrero de 1941 había en los astilleros británicos 2.600.000 toneladas de buques en espera de reparación, esto es: la capacidad anual de tales astilleros.

Estas instalaciones fueron bastante visitadas por la aviación alemana en la primavera de 1941. Los días 13 y 14 de marzo fueron tremendamente bombardeadas Glasgow y Greenock; parte de sus astilleros permanecieron cerrados hasta 3 y 6 meses y algunos barcos que estaban en reparación hubieron de ser desguazados tras los bombardeos. Peor fue el caso de Liverpool y otros puertos del Mersey atacados por la Luftwaffe entre el 1 y el 7 de mayo. Más de 3.000 personas murieron bajo las bombas; la mitad de las plazas

de amarre de aquellos puertos quedaron inutilizadas durante meses; las actividades portuarias descendieron a un 26 por ciento hasta el verano y la mitad de los astilleros sufrieron desperfectos notables.

La situación británica comenzó a ser casi desesperada. En esos primeros cinco meses, del año habían perdido más de dos millones y medio de toneladas de buques, superando algunos meses la alarmante cifra de 700.000 toneladas. Efectivamente, la cantidad era aterradora, pero no definitiva. Estimaban los alemanes que Gran Bretaña disponía al comienzo de la guerra de unos 20 millones de toneladas de buques y que de sus astilleros salían 1,6 millones de toneladas de barcos al año. Por tanto, suponían que su acoso surtiría efecto si lograban destruir un promedio mensual de 750.000 toneladas de mercantes durante un año, esto es: Londres debería tirar la toalla si se le destruían 9 millones de toneladas en un año, reduciendo su flota mercante a poco más de la mitad y limitando sus suministros a un 50 por ciento.

Resulta evidente que las cifras eran lejanas a los deseos de Berlín, pero desastrosas para los intereses de Londres, que ya a mediados de 1940 tenía que pedir auxilio urgente al presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt. Aunque está claro que éste no esquivaba la implicación de su país en la guerra, también es sabido que aún no había en Norteamérica el clima apropiado para ir a la guerra. Por tanto Roosevelt terminó entregando 50 destructores, de 1.092 toneladas, todos ellos provenientes de la primera guerra mundial, a cambio de bases en las Antillas, Bahamas, Bermudas, Guyana y —con el visto bueno canadiense—, en Terranova.

Tales buques, modernizados y equipados con asdic y radar entraron mayoritariamente en servicio a comienzos de 1941. En ese primer tercio del tercer año de guerra, Londres comenzó a equipar también a todos sus buques militares, incluso los pequeños, con estos grandes avances en la detección. Los frutos no se harían esperar.
a poco a dar sus frutos, tanto que las cifras de bajas descendieron considerablemente en la marina mercante británica durante el segundo semestre, a pesar de que Doenitz tuvo muchos más buques en el mar: el 31 de diciembre de 1941 era esta la distribución de los submarinos alemanes:

Atlántico	55
Noruega	4
Oeste de Gibraltar	6

Así en el primer tercio del año, aunque los alemanes lograron grandes cacerías, también lamentaron muchas bajas entre sus mejores submarinos. En ese primer trimestre perdió Doenitz el *U-47* (teniente de navío Günther Prien, 28 buques hundidos, con 160.900 toneladas) al *U-100* (teniente de navío Joackim Schepke, 39 victorias con 159.130 toneladas), al *U-99* (Otto Kretschmer, también teniente de navío y récord entre los submarinistas alemanes: 44 hundimientos con 266.600 toneladas).

Las medidas adoptadas por sir Percy Noble, que se hizo cargo en enero de 1941 de la seguridad de los convoyes, comenzaron poco



ALMIRANTE DOENITZ

Karl Doenitz nació cerca de Berlín en 1891, en el seno de una familia burguesa. En 1910 es cadete en la Marina Imperial, embarcando por vez primera tres años más tarde. En 1916, dado su conocimiento de la guerra submarina, es profesor en la escuela de submarinos. Su actuación en la guerra le había distinguido de forma muy destacada. En 1928, es capitán de corbeta y actúa como primer oficial de estado mayor de las fuerzas del mar del Norte. En 1934, manda la flotilla de submarinos puesta de servicio recientemente. Reorganiza la totalidad de la flota submarina del Reich con tanta eficacia que Hitler le da el mando de la misma y el grado de contraalmirante.
En septiembre de 1940, debido a las victorias que obtiene sobre los aliados, accede al rango de vicealmirante. En enero de 1943 sustituye al almirante Raeder. A pesar de no tener relaciones especiales con los nazis cuenta con la confianza del Führer, *que en su testamento le nombra su heredero incondicional el día 8 de mayo de 1945. El tribunal de Nuremberg le condena a diez años de prisión tras acusarlo de crímenes contra la paz. Cautivo en la cárcel de Spandau, recuperará la libertad en el año 1956.*

Total 91 sumergibles, de los que sólo 55 combatían a las órdenes de Doenitz contra el tráfico marítimo de Gran Bretaña.

La más que discutible distribución de los *tiburones* alemanes fue una de las causas de las menores pérdidas británicas, pero no la única: convoyes mejor protegidos, vigilancia aérea de las rutas marítimas, buques de escolta mejor adiestrados para la caza submarina y, sobre todo, con medios de detección cada día más poderosos. Los submarinos alemanes, que perdieron 35 unidades, a lo largo de 1941 debían operar cada vez con mayores cautelas de modo que en el segundo semestre de 1941 sólo lograron 720.000 toneladas de hundimientos.

Resumiendo el balance de 1941, los alemanes destruyeron o capturaron 1299 buques con un registro bruto de 4.328.558 toneladas, con el siguiente reparto:

Submarinos ..	432 barcos	2.171.754 toneladas
Luftwafe	371 barcos	1.017.422 toneladas
Buques de superficie ...	84 barcos	428.350 toneladas
Minas y varios	412 barcos	711.032 toneladas

En definitiva, Hitler había logrado destruir cerca del 15 por ciento de la flota mercante británica, menos de la mitad de lo que se juzgaba imprescindible para sentar al Reino Unido en la mesa de negociaciones. Pero vistas las cifras y las circunstancias hay que preguntarse de nuevo qué hubiese ocurrido si los programas de construcción de submarinos se hubieran respetado y, sobre todo, que hubiera pasado si Alemania hubiese vuelto toda su potencia industrial aplicada a la aviación contra el tráfico británico: las cifras de hundimientos son impresionantes y fueron logradas con muy escasos medios... Preguntas sin respuesta, porque el 22 de junio de 1941 Hitler atacó a la URSS.

Y, sobre todo, vana especulación porque las cosas fueron como fueron y porque el 7 de diciembre de ese año Japón atacó a los Estados Unidos en Pearl Harbor y el coloso americano entró en guerra junto a Gran Bretaña. Si antes aún había alguna esperanza para Raeder y Doenitz de estrangular los suministros del Reino Unido, a partir de ese día se consumió la última posibilidad: Washington puso en la balanza la inmensa capacidad productiva de sus astilleros: 6 millones de toneladas al año, cifra susceptible de ser incrementada. La guerra en el mar estaba decidida, pero la lucha sería larga y terrible.

El azote del Atlántico

El Focke Wulf Fw. 200 *nació como un avión comercial en 1938, pero ese mismo año, en un vuelo publicitario a Tokio, los japoneses dieron a los mandos de la Luftwaffe la idea de que podía ser empleado como bombardero-explorador de gran radio de acción. Los alemanes aceptaron la sugerencia y, efectivamente, el Focke Wulf Fw 200 fue uno de los mejores aviones de su tipo y se convirtió en el terror de los buques mercantes aliados, que lo calificaron de* Azote del Atlántico.

Era un tetramotor de 30,86 metros de envergadura y 23,46 metros de longitud, con 6,30 metros de altura. Pesaba con carga máxima 22.700 kilos. Su velocidad punta era de 360 Km/h a unos 4.700 metros de altura, y lograba un techo de servicio de 5.800 metros.

El Fw-200, Kondor, *tenía como grandes virtudes su autonomía: 3.550 kilómetros y su magnífica aerodinámica, que le hacía fácilmente gobernable aun en las peores condiciones climatológicas. Como mayor defecto hay que señalar su vulnerabilidad, que le convertía en fácil presa para la caza aliada, pese a que se le dotó de un potente armamento, compuesto por 4 ametralladoras y un cañón de 20 mm.*

Este aparato transportaba 1.250 toneladas de bombas, que hicieron estragos entre los mercantes británicos, pero también destruyó muchos buques con el fuego de su cañón y ametralladoras. Su época de mayores éxitos fueron el segundo semestre de 1940 y el primer trimestre de 1941, en que se le atribuye hundimientos por un registro bruto de 363.000 toneladas.

A lo largo de la guerra se construyeron 263 ejemplares, en su mayoría del modelo C-1; versión mejorada por potencia y blindaje fue la C-3 y aún mejor la C-4, que gozaba de las virtudes de la anterior y de un eficaz radar de búsqueda.

Focker Wulf Fw 200-C1, «Kondor»





El Bismarck, a comienzos de 1939, durante el período de pruebas

La epopeya del «Bismarck»

La suerte del acorazado alemán *Bismarck* en la Segunda Guerra Mundial ha sido estudiada con detalle por las Marinas de Guerra de todo el mundo. Fue una prueba de fuego decisiva para conocer lo que daba de sí un moderno acorazado frente a numerosos barcos y aviones.

El acorazado *Bismarck* es botado el 14 de febrero de 1939 en los astilleros Blohm und Voss de Hamburgo en medio de un griterio ensordecedor y flamear de banderas.

Se trata de una extraordinaria obra de la ingeniería naval alemana, una verdadera fortaleza flotante que los técnicos nazis más fanáticos consideran casi indestructible.

El desplazamiento final del poderoso acorazado es un misterio guardado celosamente por el Alto Mando alemán. Los corresponsales de prensa presentes en la botadura dudan que el III Reich respete con su mayor navío de guerra el límite fijado por el tratado de Versalles: 35.000 toneladas.

Lo cierto es que, una vez montada la poderosa unidad, su peso a plena carga supera la respetable cota de las 50.000 toneladas.

Su obra viva es una muralla infranqueable para la artillería de mayor calibre de la Royal Navy, pues se halla protegida por cinco planchas de acero, separada por compartimientos estancos.

Una misión suicida

Tras el éxito obtenido por sus cruceros *Scharnhorst* y *Gneisenau* en el Atlántico, que en febrero y marzo de 1941 han hundido o capturado 22 mercantes británicos con 115.000 toneladas, Hitler pretende repetir la hazaña.

Impetuosamente, el Führer envía a combatir a la unidad más poderosa de su moderna Marina de Guerra, el *Bismarck*, antes de que finalice la construcción del otro acorazado gemelo, el *Tirpitz*, que debía formar con aquel una formidable pareja de gigantes del mar.

En la noche del 19 de mayo de 1941, el *Bismarck*, acompañado del crucero pesado *Prinz Eugen*, zarpa del puerto de Gotenhafen rumbo al fiordo noruego de Kors.

La idea es sorprender a los numerosos convoyes que abastecen Gran Bretaña. Para ello, aprovechando el factor sorpresa y la niebla, hay que atravesar la ruta del norte de Islandia, el estrecho de Dinamarca.

Componen la mayor parte de la tripulación del *Bismarck* jóvenes de poco más de veinte años. También van a bordo quinientos cadetes de menor edad, la flor y nata de la Juventud Hitleriana con vocación marinera, educados en la fe ciega del destino de una raza superior.

Manda el grupo naval alemán el almirante Lütjens controvertido jefe tras aquella famosa y última misión, al que se ha calumniado de nazi furibundo y marino incompetente. La mayor parte de los modernos autores justifican sus deicisiones navales y los investigadores han comprobado claramente que no era nazi —como sostendría la película *¡Hundid el Bismarck!* — ni siquiera consentía en buena parte de la situación creada, como se demuestra por sus enérgicas protestas contra la campaña judía en Alemania. El comandante directo del *Bismarck* era otro competente marino, capitán Lindemann, que, al parecer fue partidario de una acción más conservadora que la adoptada por su jefe.

Un gran enfrentamiento

A primeras horas del 21 de mayo de 1941, el almirantazgo británico recibe la comunicación urgente de que dos navíos de guerra enemigos han cruzado los estrechos de Belt, Kattegat y Skagerrak.

Inmediatamente, el crucero de batalla *Hood* y el acorazado *Prince of Wales* zarpan rumbo al estrecho de Dinamarca, marcado todavía por el límite de los hielos al norte de Islandia.

Prácticamente, toda la *Home Fleet*, Flota Metropolitana de Gran Bretaña, se moviliza tras los barcos alemanes.

Los británicos comprenden enseguida que la pareja de barcos contrarios pretende realizar idéntica misión contra el tráfico mercante que el *Scharnhorst y Gneisenau*.

A las 19 horas y 22 minutos del 23 de mayo, el crucero *Suffolk*, dotado de radar, descubre por fin al gran acorazado alemán y su escolta y mantiene con ellos un prudente contacto visual en el estrecho de Dinamarca.

Comienza así la caza del *Bismarck*.

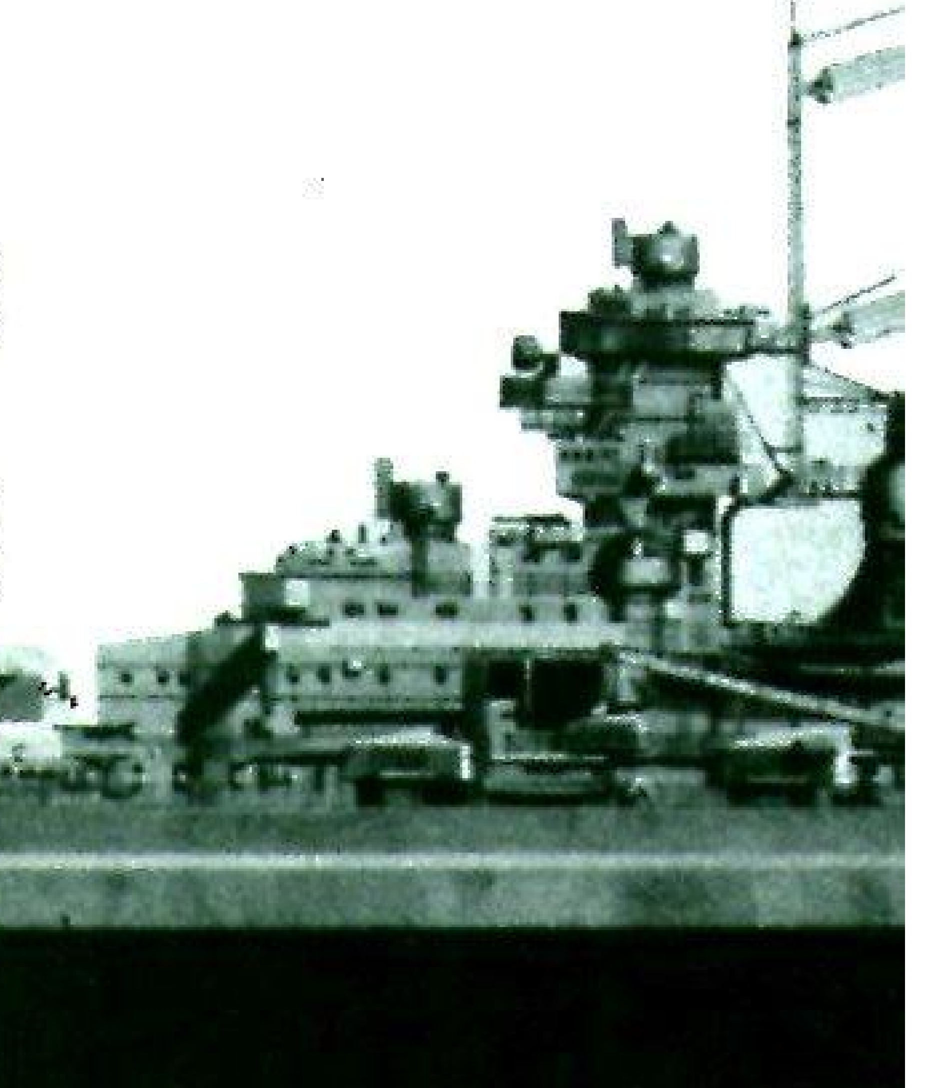
A las cinco y media de la madrugada del 24 de mayo el *Hood* y *Prince of Wales* (35.000 toneladas) detectan a unos 25 kilómetros a los navíos enemigos. Durante dos minutos los adversarios se observan, temiendo cada cual el poderio ajeno.

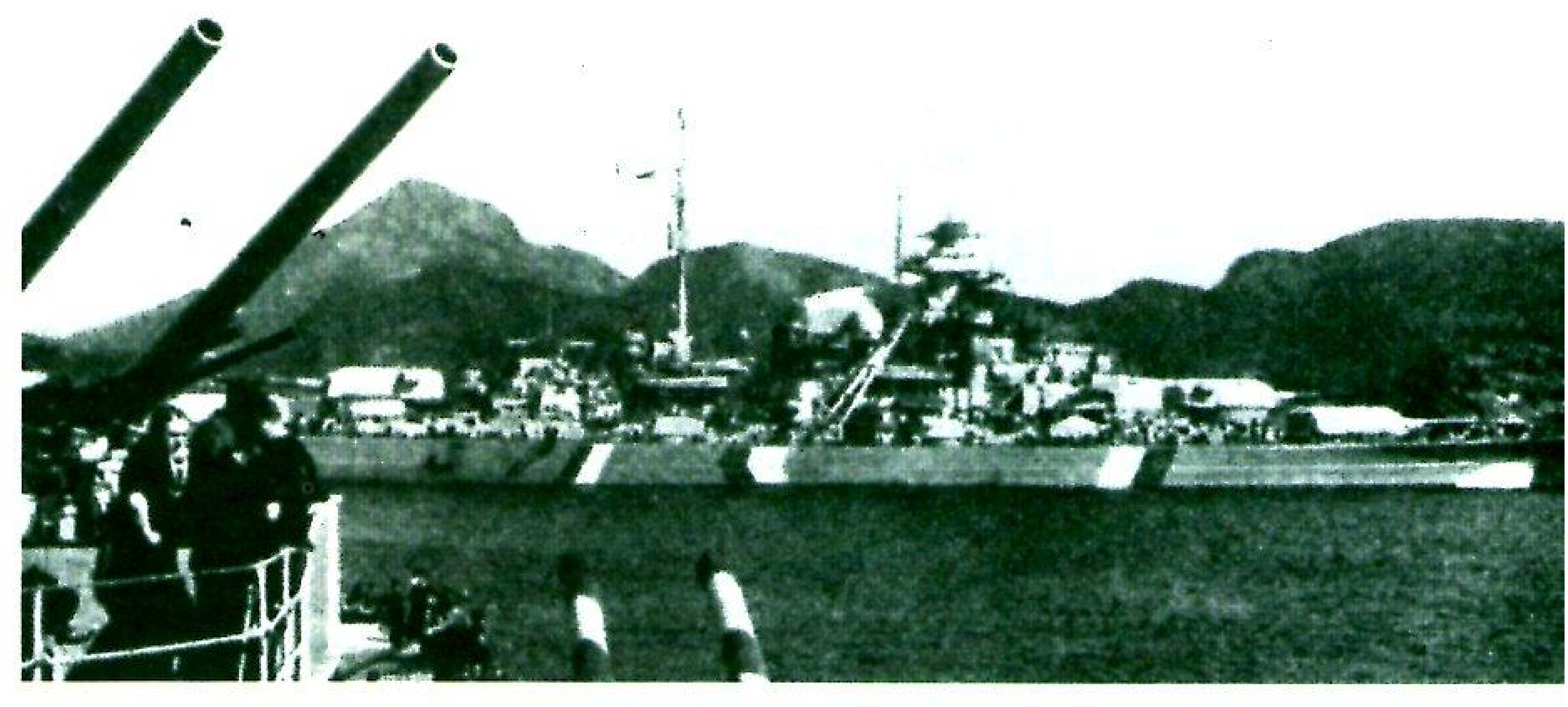
Al menos en teoría, los britanicos tienen ventaja, ya que el acorazado *Prince of Wales* puede batir sin dificultad al crucero pesado *Prinz Eugen* pues son diez cañones de 356 mm contra ocho de 203 milímetros.

Por su parte, el *Hood* debe hacer frente al *Bismarck* con idéntico armamento pesado: ocho piezas de 381 mm en cuatro montajes

CARACTERISTICAS DEL «BISMARCK»

Eslora: 251 metros.
Manga: 36 metros.
Calado: 10,2 metros.
Desplazamiento a plena carga: 50.000 toneladas.
Propulsión: turbinas Brown-Bovery en tres ejes con igual número de hélices, con doce calderas Wagner y una potencia total de 130.000 HP.
Velocidad máxima: 29 nudos.
Autonomía a velocidad de crucero (19 nudos): 15.000 kilómetros.
Blindaje principal: 305 mm en la línea de flotación, 330 mm en la torre de mando, 350 mm en el frontal de las torres de artillería pesada.





El «Bismarck» en el fiordo de Kors, seis días antes de su hundimiento

dobles. Botado en 1918, el gran crucero de batalla de la Royal Navy desplaza 46.000 toneladas a plena carga (4.000 menos que su formidable oponente), pero por su estructura está peor protegido que el coloso alemán.

El fin del «Hood»

El almirante Lütjens duda qué camino seguir. Las órdenes recibidas excluyen el combate directo con las grandes unidades navales británicas, para dedicar su atención a destruir convoyes poco protegidos.

Sin embargo, cuando la distancia queda reducida a 23 kilómetros, la suerte está echada; es imposible retroceder sin presentar batalla.

En el otro lado, el vicealmitante Holland contempla preocupado desde el puente del *Hood* la mole del *Bismarck* y la más pequeña del crucero pesado.

Son puntos oscuros que destacan en la línea gris del horizonte, mientras cada hombre piensa en la terrible incertidumbre del colosal duelo.

Los timbres de los cuatro buques enfrentados han colocado a sus tripulantes en zafarrancho de combate. Los ascensores llevan los proyectiles desde las entrañas de los poderosos ingenios navales hasta la boca de la recámara de cada cañón.

Un atracador hidráulico introduce primero el reluciente proyectil y los saquetes de pólvora. Atornillados los cierres, se colocan los estorpines.

Los grandes calibres de 15, 14 y 8 pulgadas elevan sus bocas al cielo, mientras la dirección de tiro prepara sus cálculos a gran velocidad.

Mediante telémetros y radares (éstos aún primitivos) son medidas distancias, y la central calculadora convierte los datos en alzas y



Armamento pesado: ocho cañones de 381 mm en cuatro torres dobles de diseño angular denominado de *hongo*.
Armamento auxiliar medio: doce cañones de 150 mm en seis torres dobles.
Armamento antiaéreo: 16 cañones de 105 mm en ocho torres dobles, 16 ametralladoras de 37 mm en ocho montajes dobles, 36 ametralladoras de 20 mm en cuatro montajes cuádruples, seis más dobles y ocho simples.
Dotación aérea: seis hidroaviones *Arado Ar. 196 A* (cada uno con una ametralladora, una pareja de bombas de 50 kg y dos tripulantes) con una catapulta de lanzamiento.
Tripulación: 1.969 hombres (2.403 en su última misión).

derivas, que ya definitivamente pasan a las torres acorazadas artilleras.

Casi a un tiempo los navíos abren fuego, aunque el vicealmirante Holland se adelanta en dar la orden más dramática. Son los primeros instantes de increíble tensión.

Tras tres salvas sin resultado, el acorazado alemán logra enmarcar al *Hood* en su *rosa de tiro*. A los seis minutos exactos de iniciarse el gran combate, una inmensa llamarada de color amarillo, y rojo brota del crucero de batalla más grande del mundo.

Una columna de humo muy densa se eleva al cielo, mientras cae al mar envuelta en una bola de fuego incandescente una de las torres dobles pesadas con piezas de 381 mm.

La quinta andanada del *Bismarck* resulta de terrorífica eficacia, cuando un colosal incendio se propaga en pocos segundos por la parte central del navio enemigo.

Es el tiro de gracia para el *Hood*, alcanzado de lleno en el pañol de municiones de popa. Partido en dos, el veterano crucero de batalla se lleva al fondo del Atlántico a 1.497 tripulantes; quedan vivos de la tragedia sólo tres testigos.

Tras su sensacional triunfo, Lütjens ordena dirigir el fuego sobre el acorazado *Prince of Wales*, cuyos hombres han asistido aterrados e impotentes al trágico final del buque insignia de la Royal Navy.

Este, centrado por el fuego del *Bismarck* y del *Prinz Eugen*, resulta seriamente alcanzado: dos piezas inutilizadas y grandes destrozos en el puente, con importantes pérdidas de personal. Su única posibilidad de seguir a flote es huir, cosa que hace ante la pasividad de los dos buques alemanes. Poco después se uniría a los cruceros *Norfolk* y *Suffolk*, conduciendo la caza del *Bismarck*.

Aún se preguntan los historiadores navales por qué dejó Lütjens que escapara el acorazado británico. La única respuesta válida es que su misión era destruir los convoyes británicos, estrangular el tráfico con las islas, y que el marino alemán se atuvo a sus directrices; hundir aquel acorazado no influiría en el curso de la guerra, dada la inferioridad de la Marina alemana; mandar al fondo del mar dos docenas de mercantes era más rentable para Berlín.

La caza

Mientras Lütjens se debatiría en estos u otros pensamientos para olvidarse del *Prince of Wales*, le llegaron los partes de pérdidas: no había ni un solo muerto, pero el buque había recibido un impacto que le hacía perder combustible y dejar un amplio rastro. Otro proyectil había originado también desperfectos que reducían su velocidad en dos nudos. Poca cosa, aunque luego sería causa del desastre.

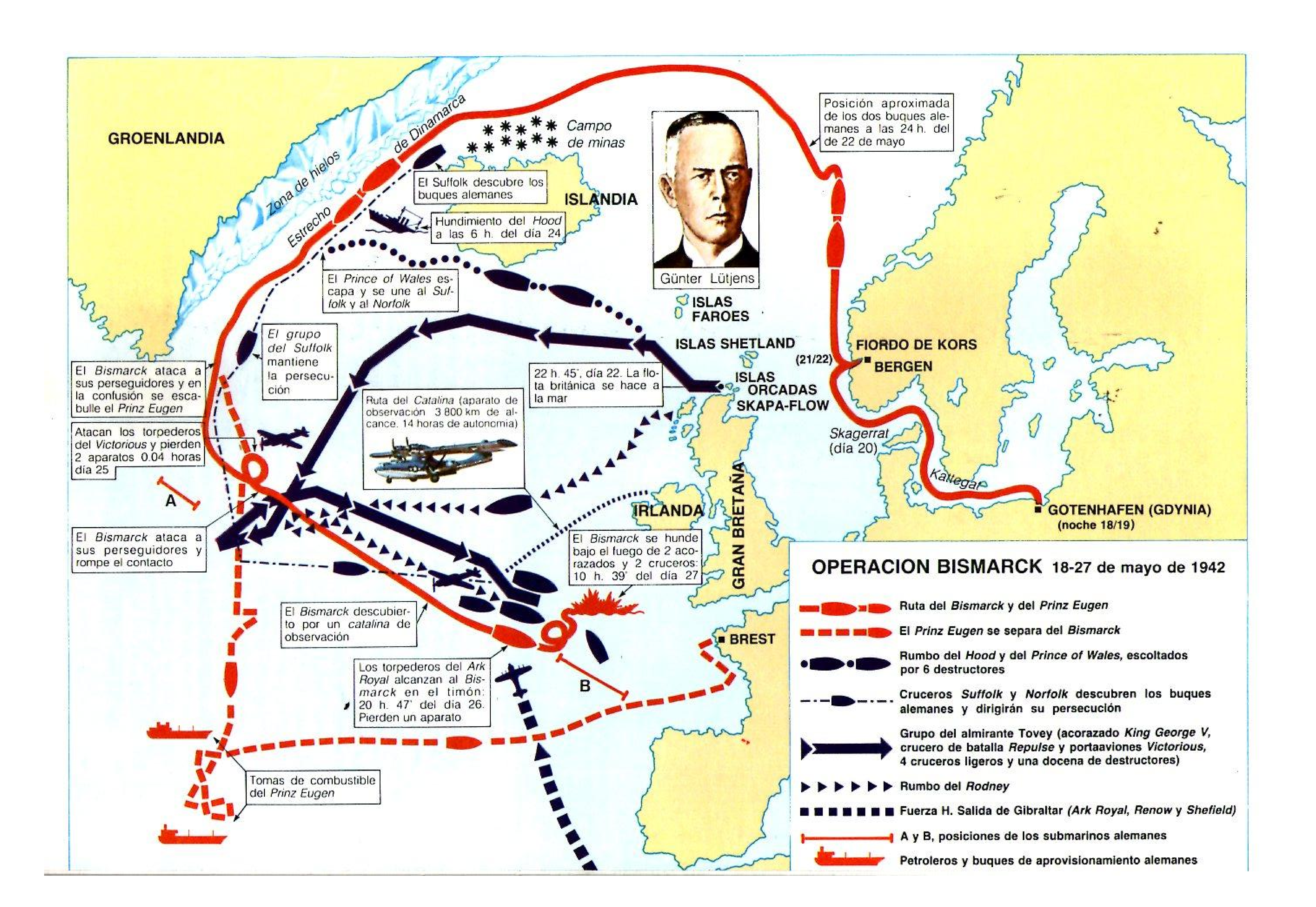
En Londres se clama venganza y el almirantazgo lanza todas sus fuerzas en busca del acorazado enemigo. Sus rutas de aprovisionamiento están en grave peligro y, además, hay que vengar al *Hood*. Hacia la zona, guiados por el grupo perseguidor, se dirige el almirante Tovey, con el acorazado *King George V*, el crucero de batalla *Repulse* el portaaviones *Victorious* y una docena de destructores.

Desde Gibraltar sale la *fuerza H*, con el crucero de batalla *Renown*, el portaaviones *Ark Royal* y el crucero pesado *Shefield*, más su escolta de destructores. Los acorazados *Rodney* y *Ramillies*, que escoltaban dos convoyes, fueron separados de ellos y lanzados tras la pista del *Bismarck*.

Todo ese inmenso dispositivo hubiera servido de poco si Lütjens hubiese seguido hacia el sudoeste, donde les esperaba apoyo submarino y donde hubiera sido difícilmente alcanzable, porque sus más peligrosos enemigos, los acorazados y portaaviones británicos eran más lentos —salvo el herido *Prince of Wales* y el *King George V*— y los buques capaces de alcanzarle, los cruceros de batalla, eran más débiles que el *Hood* y, por consiguiente, víctimas seguras del coloso alemán.

Durante todo el día 24 los dos buques de Berlín navegaron velozmente hacia el sur, seguidos por *Norfolk*, *Suffolk* y *Prince of Wales* a poca distancia. Al anochecer, el *Bismarck* viró en redondo y atacó a sus perseguidores, que rápidamente abrieron distancias para escapar de los certeros cañones alemanes. En la hora siguiente, y aprovechando la confusión, el *Prinz Eugen* cambia de rumbo y, a toda máquina, rompe el contacto. Cuando el grupo perseguidor vuelva a agruparse y reemprender la caza, sus pantallas de radar ya sólo registrarán la presencia del *Bismarck*.

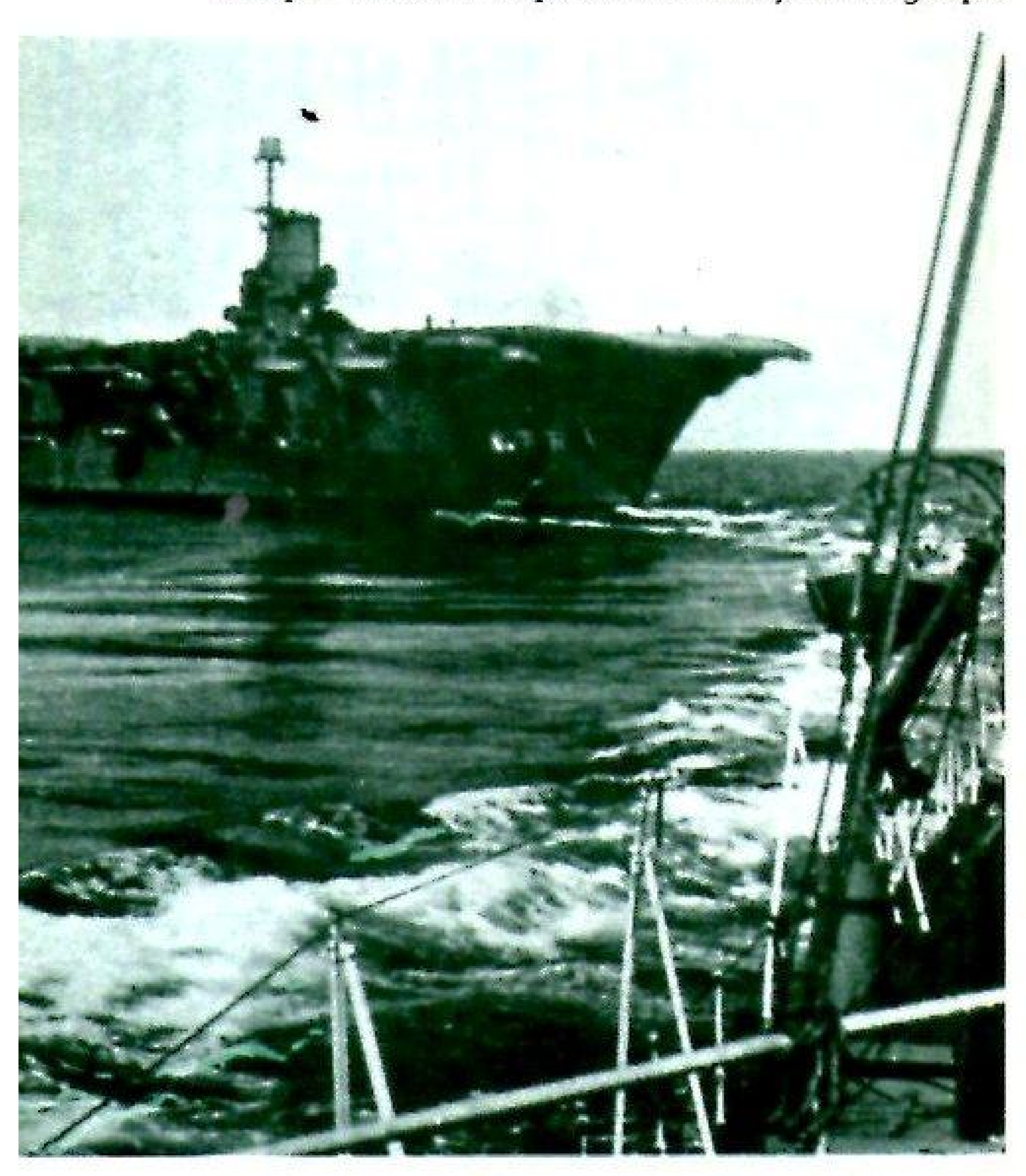
Es, pues, seguro que a esas horas Lütjens había renunciado a su misión corsaria por el Atlántico. Los motivos manejados por los expertos son escasez de combustible, a causa del perdido o contaminado con agua salada por el impacto recibido. Eso le aconseja volver a casa, ¿por dónde? Regresar, de nuevo,



OPERACION BISMARCK 18-27 de mayo de 1942
GROENLANDIA
Zona de hielos
Estrecho de Dinamarca
Campo de minas
ISLANDIA
El Suffolk descubre los buques alemanes
Hundimiento del Hood a las 6 h. del día 24
El Prince of Wales escapa y se une al Suffolk y al Norfolk
Günter Lütjens
ISLAS FAROES
ISLAS SHETLAND
ISLAS ORCADAS
SKAPA-FLOW
FIORDO DE KORS
(21/22)
BERGEN
Posición aproximada de los dos buques alemanes a las 24 h. del de 22 de mayo
Skagerrat (día 20)
Kattegat
GOTENHAFEN (GDYNIA) (noche 18/19)
El grupo del Suffolk mantiene la persecución
El Bismarck ataca a sus perseguidores y en la confusión se escabulle el Prinz Eugen
22 h. 45', día 22. La flota británica se hace a la mar
Ruta del Catalina (aparato de observación 3 800 km de alcance. 14 horas de autonomía)
Atacan los torpederos del Victorious y pierden 2 aparatos 0.04 horas día 25
A
IRLANDA
GRAN BRETAÑA
El Bismarck ataca a sus perseguidores y rompe el contacto
El Bismarck se hunde bajo el fuego de 2 acorazados y 2 cruceros: 10 h. 39' del día 27
El Bismarck descubierto por un catalina de observación
Los torpederos del Ark Royal alcanzan al Bismarck en el timón: 20 h. 47' del día 26. Pierden un aparato
B
BREST
Tomas de combustible del Prinz Eugen
Ruta del Bismarck y del Prinz Eugen
El Prinz Eugen se separa del Bismarck
Rumbo del Hood y del Prince of Wales, escoltados por 6 destructores
Cruceros Suffolk y Norfolk descubren los buques alemanes y dirigirán su persecución
Grupo del almirante Tovey (acorazado King George V, crucero de batalla Repulse y portaaviones Victorious, 4 cruceros ligeros y una docena de destructores)
Rumbo del Rodney
Fuerza H. Salida de Gibraltar (Ark Royal, Renow y Shefield)
A y B, posiciones de los submarinos alemanes
Petroleros y buques de aprovisionamiento alemanes

por el estrecho de Dinamarca, parece imposible tendría que desafiar a toda la flota británica. Así, elige algo teóricamente más arriesgado, entrar en el puerto de Brest, ante las propias narices de Londres, pero algo que, con fortuna, podría lograr en poco más de cuarenta y ocho horas y sin tropiezos desagradables.

A esas horas del ocaso del día 24 otro marino que teme el tropiezo es Tovey. si su grupo



choca con el *Bismarck* sabe que, tras la experiencia del *Hood*, bien pudiera ocurrirle lo mismo. Su única ventaja son los aviones del *Victorious*, pero el tiempo es malo. Con todo debe jugarse esa carta. Así, a las 0,04 horas del domingo 25, los torpederos del portaaviones lograban localizar y atacar al acorazado alemán. Bajo un feroz fuego antiáreo, que abate dos aviones y toca a casi todos los demás, lanzan sus torpedos. Sólo uno hace blanco, choca contra la coraza lateral, hace temblar al buque, mata a un marinero y levanta sólo la capa de pintura.

El «Bismarck» desaparece

Es de noche y llueve, Lütjens está contento. Esa situación favorece sus propósitos. Ordena zafarrancho de combate y un cambio de rumbo que le hace caer disparando con todas sus piezas sobre el grupo perseguidor. Luego vuelve a cambiar de rumbo y sigue disparando unos minutos. Cuando los británicos vuelven a agruparse, el *Bismarck* ha desparecido de sus radares. Son las 3,06 horas del 25 de mayo.

El acorazado alemán navegará a toda máquina hacia Brest durante las próximas treinta y una horas. Los buques de la Royal Navy le buscarán, primero en dirección suroeste, luego hacia el noreste. Lütjens ha ganado más de medio día, pero cometió el error de lanzar un mensaje diciendo que regresaba a puerto. Lütjens creía estar localizado, pues sus instrumentos detectaban las señales de radar británicas; no sabía que eran tan débiles que su rebote no alcanzaba a los buques emisores.

Su mensaje no orientó mucho a la flota británica, pero sí a la observación aérea. A las 10,30 del 26, el *Bismarck* fue avistado por un *Catalina*, aparato de reconocimiento de gran radio de acción. El júbilo fue enorme en la sala de operaciones del almirantazgo, en Londres; pero el almirante Tovey no se alegró tanto. Dos de sus grandes unidades, el *Prince of Wales* y el *Repulse*, navegaban hacia puerto faltos de combustible; lo mismo les ocurre a la mayor parte de sus destructores.

El mismo se hallaba a más de 130 millas por la popa del buque alemán y aún más lejos navegaba el Rodney, que apenas si sacaba más de 21 nudos de sus máquinas. En defintiva, sólo la fuerza H, que se hallaba a unas 110 millas del *Bismarck* navegando con rumbos encontrados, podría intervenir.

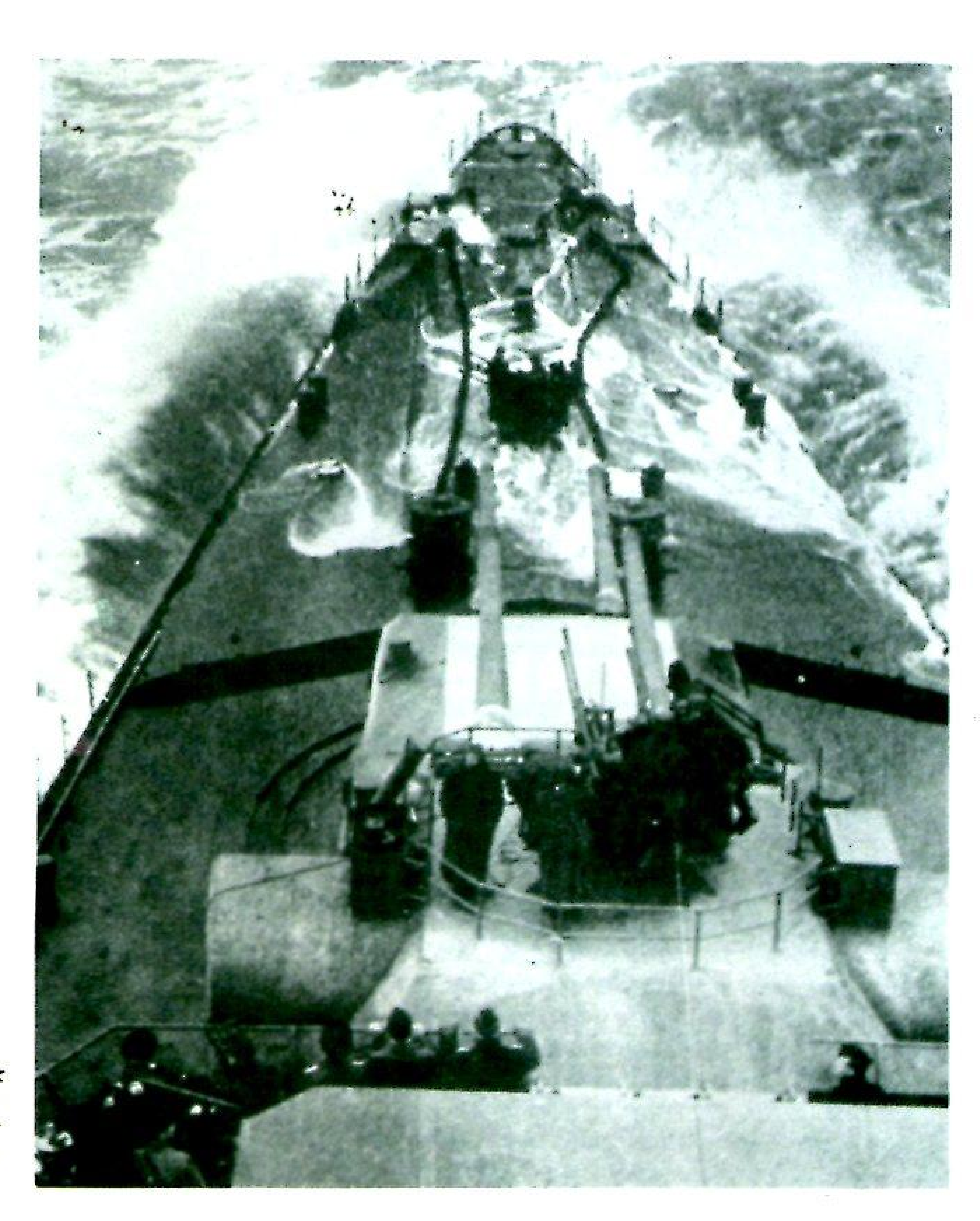
El grave problema de Tovey era cómo lanzar al crucero de batalla *Renown*, apoyado por el crucero pesado *Sheffeld* y cuatro destructores contra el *Bismarck* era condenarles a una segura destrucción. Sólo una posibilidad le quedaba que los aviones del *Ark Royal* lograsen alcanzar y detener al acorazado de Berlín.

En éste se vive una rutina de guerra, sin excesiva tensión, al anochecer del lunes, 26 de mayo. La acogedora base de Brest, en la Francia ocupada apenas si dista 500 millas y al amanecer del día siguiente estarían dentro del radio de acción de la Lutwaffe y contarían con una tranquilizante pantalla aérea.

Atacan los «Swordfish»

En el *Ark Royal* el contraalmirante Somerville, que ha recibido la tajante prohibición de

El crucero Priz Eugen navegando a toda máquina



El portaaviones Ark Royal desde el que despegaron los torpederos que inutilizaron al Bismarck

atacar al *Bismarck* con sus buques, dispone sus anticuados *Swordfish* como último argumento. Quince aparatos, cargados cada uno de ellos con un torpedo de 455 mm se aprestan al despegue.

Los pilotos no están en las mejores condiciones, pues han volado toda la tarde en busca del buque alemán y hastan han atacado por confusión al crucero *Sheffield,* que se ha acercado a 25 millas del *Bismarck* para tenerlo controlado. Sus torpedos, sin embargo han sido afinados al máximo, pues los lanzados contra el Sheffield mostraron deficiencias en el mecanismo de explosión.

Despegan casi de noche, a las 20 horas, con una mar picada que cubre de espuma la pista de despegue del *Ark Royal.* A las 20,47, guiados por el *Sheffield,* atacan los aviones del capitán Coode. Su lentitud, pese al camuflaje del crepúsculo y las nubes, permite el zafarrancho de combate en el *Bismarck.* Entran en acción hasta las grandes piezas de 380 mm con disparos de metralla. Un centenar de cañones y ametralladoras antiaéreas hacen trepidar la mole de acero.

Los atacantes se ocultan entre las nubes, tras los chubascos, entre las olas. El *Bismarck,* a 28 nudos de velocidad, navega cubierto de espuma tratando de escapar de los letales peces explosivos. El capitán Coode no pierde la cabeza, la lluvia, el terrible fuego antiaéreo... dificultan mucho la misión, por eso no ataca en masa, busca su oportunidad y lanza a sus aparatos cuando existe un requicio para el éxito. Un aparato estalla en el aire, cinco más son alcanzados en el momento de lanzar y se retiran renqueando.

Tras cuarenta minutos de ataque, sólo un

impacto, contra el blindaje lateral, que apenas si tiene más efecto que un fogonazo. Queda un último avión por lanzar. El *Bismarck* lo ve venir. Dispara contra él con todo, a la vez que el timonel mete la caña 12° a babor para escapar al torpedo. Este surca el agua oscura y estalla a popa del *Bismarck*. Aparentemente su efecto ha sido nulo. Los alemanes respiran aliviados cuando se ven navegar a toda máquina sobre el agua. Los británicos comprueban desesperanzados que su torpedo nada hizo. El *Bismarck* no ha movido ni un metro su curva trayectoria... sin embargo, Coode aprecia rápidamente que algo ocurre: su presa no varía el rumbo, sino que traza dos círculos consecutivos a gran velocidad.

La agonía

Ya para entonces el capitán Lindemann ha advertido a Lütjens que tienen una grave avería: el torpedo ha bloqueado los dos timones, inmovilizándolos 12° a babor. Primero tratan de gobernar con las hélices, pero no resulta posible. Luego, luchan por volar el timón para continuar el rumbo a base de motor. Todo imposible. La noche del 26 al 27 de mayo es tremenda. Durante toda la noche el coloso avanza penosamente dando tumbos y esquivando los ataques con torpedos de cuatro destructores y el crucero *Sheffield*. Todos ellos recibirán alguna herida aquella noche.

Entretanto, Tovey navega a toda máquina con el *King George V*, seguido del *Rodney* y del *Norfolk*. Lütjens espera su llegada, con los cañones a punto. Antes de amanecer envía su último telegrama a Berlín. *El buque ha quedado ingobernable. Lucharemos hasta la última granada. ¡Viva Alemania!*



Avión torpedero británico Swordfish, un temible biplano, pese a su lentitud

A las 8,47 de la mañana del 27 de mayo, a 24.500 metros de distancia, abre fuego el *Rodney* con seis piezas de 406 mm. Dos minutos después responde el *Bismarck*, con cuatro piezas de 381 mm. En ese momento disparan también el *King George V* y el *Norfolk*, y minutos después se les une el crucero pesado *Dorsethire*. *El Bismarck*, que sólo avanza a ocho nudos y que no puede cambiar de rumbo, se convierte en un blanco perfecto, sobre el que cae una cascada de proyectiles.

Su puente se convierte en un infierno, sus piezas son desmontadas una tras otra, la cubierta es un mar de fuego batida por una catarata de metralla. Con todo, su artillería, cada vez menos abundante, cada vez menos precisa, sigue funcionando, disciplinadamente hasta las 9,31, en que dispara la última granada.

Los británicos, pretextando que no había arriado su bandera (cuestión más que imposible bajo la tempestad de metralla), siguieron disparando sobre él hasta las 10,16 horas. El consumo británico de munición fue en aquéllos ochenta y nueve minutos de 2.876 proyectiles de los calibres 406, 356, 203 y 152 mm.

Pero el *Bismarck* no se hundía, pese a que Lindemann (Lütjens debió morir al principio de la acción) ordenó la apertura de los grifos de las sentinas y bodegas para que el buque no quedara en manos británicas. Finalmente, el *Dorsethire* le alcanzó con tres torpedos que constituyeron el golpe de gracia. Según los británicos durante aquella batalla se lanzaron contra el *Bismarck*, 71 torpedos y al menos ocho hicieron blanco...

A las 10.39 de la mañana se hundía el *Bismarck*, los supervivientes alemanes, poco más de un centenar, y los marinos británicos pudieron ver cómo en la proa del buque, sobre una de las torres, se mantenía erguido y en posición de saludo el capitán del navío Lindemann. Cuando desapareció se encontraba a 400 millas de Brest (*).

Al día siguiente, Churchill enviaba un telegrama al presidente Roosevelt comunicándole el fin del *Bismarck* que era *una obra maestra de la ingeniería naval*

(*) *Cerca de allí se encontraba un submarino alemán, que fue testigo mudo e impotente de la tragedia: no disponía ni de un solo torpedo. Este submarino, más el crucero* Dorsethire *y el destructor* Maori, *recogieron a los 110 hombres que se salvaron, de una tripulación de 2.403.*



El ministro de Asuntos Exteriores alemán, Von Ribbentrop, recibe en el aeropuerto de Berlín al representante del Japón, Oshima, que firmará el Pacto Tripartito

El Pacto de Acero

El día 27 de septiembre de 1940 tenía lugar en la Cancillería de Berlín, y presidida por Adolf Hitler, la firma denominada *Pacto Tripartito* que unía los intereses políticos, militares y económicos de Alemania, Italia y el Imperio japonés. En el plano técnico se trataba de hecho de un desarrollo del tratado *Antikomintern* —dirigido contra un posible expansionismo soviético— que el Reich había promovido en noviembre de 1935. Cinco años más tarde, la situación había dado un giro en beneficio de las ptencias totalitarias y todo hacía pensar en la viabilidad y efectividad de este nuevo acuerdo, que servía para sellar de forma visible unas connivencias ya manifestadas bajo todas las formas posibles con anterioridad.

Los ministros de Asuntos Exteriores alemán e italiano —Ribbentrop y Ciano— y el embajador japonés firmaron este acuerdo, pensado como instrumento sobre el que funamentar las bases de un nuevo ordenamiento del mundo. En él, las potencias agresoras habrían de decidir el sistema organizador, una vez situados todos sus oponentes en posiciones de dependencia mediante el uso directo de las urnas. Alemania e Italia se reservaban por el mismo la libertad de actuación sobre el escenario europeo, mientras que Japón lo hacía con respecto a Asia y el Pacífico. Los tres países interesados conseguían de esta forma un refuerzo diplomático para lanzarse a una abierta política de expansionismo que de hecho no era más que la lógica continuación de la que ya habían emprendido durante la segunda mitad de la anterior década.

El texto del acuerdo observaba el mantenimiento de permanentes y regulares contactos entre los países firmantes con referencia a los aspectos más destacados de la actividad exterior de cada uno de ellos. Asimismo, preveía la prestación de ayuda inmediata a cualquiera de los miembros signatarios en caso de ataque por parte de otro país. Muy pronto, sin embargo, podría comprobarse en la práctica que estos deseos proclamados de permanente cooperación no tendrían plasmación entre Alemania e Italia por una parte y el Japón por otra. El llamado *Pacto de Acero* no superaría de esta forma los niveles de una importancia simbólica dirigida a ofrecer una imagen del mundo definida por unas concretas concepciones del poder.

Desde un punto de vista formal, la finalidad del tratado era la de hacerlo extensivo y vinculante para una serie de países europeos, tanto los ya conquistados por Alemania como aquellos otros con los que el Reich mantenía relaciones de amistad y cooperación o intereses en común. Para entonces, Polonía había sido ya desmembrada entre alemanes y soviéticos mientras que Noruega, Dinamarca, Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Francia se encontraban ocupadas. Gran Bretaña, por su parte, comenzaba a sufrir los efectos de los bombardeos lanzados sobre sus ciudades, al

tiempo que Finlandia combatía contra el ataque dirigido sobre su territorio por la Unión Soviética. En España, hacía más de un año que había concluido la guerra civil con la victoria final de las fuerzas rebeldes, que habían obtenido su éxito bélico debido en gran medida al apoyo material prestado por las potencias totalitarias.

Un pacto triple

La situación no podía de esta forma manifestarse más amenazadora para los defensores de la libertad, a los que todavía los Estados Unidos no habían comenzado a prestar su ayuda directa. En este sentido, los analistas más lúcidos del momento consideran que el tratado comprometía al Japón a lanzar un definitivo ataque contra Norteamérica, que en efecto sería decidido y efectuado en diciembre del siguiente año mediante el bombardeo de la base de Pearl Harbour. En general, el *Pacto de Acero* se presentaba como un anuncio o amenaza dirigida en contra de la misma supervivencia de los regímenes democráticos enfrentados al expansionismo nazi y fascista.

A partir del momento de la firma, Hitler y Mussolini tratarán de incluir en el pacto a sus homólogos del continente, Pétain y Franco en primer lugar. Sin embargo, el resultado de las conversaciones mantenidas en este sentido no resultaría positivo. El general español presentaría en la conferencia de Hendaya una serie de condiciones inaceptables al tiempo que mostraba la imagen de un país exhausto y desangrado después de tres años de enfrentamiento civil. Por su parte, el mariscal francés solicitaba de su sometido pueblo la colaboración con el ocupante, pero no se decidiría a firmar el tratado.

La Unión Soviética, asimismo presionada para que entrase a formar parte del acuerdo, mantendría una actitud negativa no explícita, pero reveladora de sus temores con respecto a los futuros efectos del mismo. De forma paralela, algunos países menores como Hungría, Rumanía y Eslovaquia se verán forzados a transigir con la voluntad alemana y firmarán el acuerdo durante los últimos días del mes de noviembre. Más adelante, en marzo de 1941, otros dos Estados incluidos dentro de la órbita germana —Bulgaria y Yugoslavia— serán inducidos a realizar la misma operación.

Las fantasías expansionistas de Mussolini tendrán de esta forma posibilidades de plasmación práctica. Sin embargo, el fracaso de su intento sobre Grecia no hará más que situar a Italia en posiciones de mayor dependencia con respecto a su amenazante aliado del norte. El *Pacto de Acero* mostraría de esta forma su verdadera naturaleza como instrumento a utilizar en exclusivo beneficio del Reich. De hecho, el poderío alemán no precisaba de tales medios para respaldar sus actuaciones, pero todavía seguía actuando según las formas pactistas del período de entreguerras, de las cuales el tratado tripartito constituyó su última y envilecida manifestación.

Texto del pacto

Artículo 1
Japón reconoce y respeta la dirección de Alemania e Italia en la creación de un *Nuevo Orden* en Europa.

Artículo 2
Alemania e Italia reconocen y respetan la dirección del Japón en la creación de un *Nuevo Orden* en el espacio vital de la Gran Asia Oriental.

Artículo 3
Alemania, Italia y Japón acuerdan colaborar en todas sus iniciativas, en el marco de los fundamentos expuestos. Las tres Naciones se comprometen además a prestarse apoyo recíproco con todos los medios políticos, económicos y militares, si una de las tres potencias signatarias fuera agredida por otra potencia que actualmente no esté implicada en la guerra de Europa o el conflicto chino-japonés.

Artículo 4
A fin de dar aplicación a este pacto, entrarán inmediatamente en función comisiones mixtas y de carácter técnico, cuyos miembros serán nombrados por los gobiernos de Alemania, Italia y Japón.

Artículo 5
Alemania, Italia y Japón declaran que los acuerdos dichos no alteran de ninguna forma las relaciones políticas que actualmente cualquiera de las tres partes signtarias tenga con la Unión Soviética.

Artículo 6
El presente pacto entrará en vigor inmediatamente después de la firma, y tendrá una duración de diez años a partir del día de su entrada en vigor. Antes de terminar este plazo, las altas partes contratantes proveerán, a su debido tiempo y si una de ellas lo pide, a iniciar conversaciones para renovación del pacto. Para legalizar el pacto, el presente documento viene firmado y sellado por los infrascritos, dotados de plenos poderes por sus respectivos gobiernos. Hecho en tres copias, en Berlín, el 27 de septiembre de 1940, año XVIII de la *Era Fascista*, correspondiente al 27 día del noveno mes del XV año de la *Era Syowa*.
Firmado: Joachim von Ribbentrop, Ciano, Kurusu.

LA GUERRA DE LOS BALCANES

Cuando en el otoño de 1940 Italia atacó Grecia en busca de una expansión territorial que le aportase el prestigio que Mussolini buscaba para su país, la península balcánica se vio envuelta en el conflicto bélico iniciado un año antes. Los italianos no conseguirían ver realizados sus planes ante la resistencia griega, por lo que sus aliados alemanes deberían intervenir en su ayuda. Antes, Yugoslavia había conocido la invasión y la desmembración a manos de los ocupantes tras uno de los episodios más cruentos de los habidos en la guerra. Grecia, por su parte, arrollada por la potencia de la *Wehrmacht,* conocería a partir de entonces una de las ocupaciones más rigurosas de las impuestas sobre Europa. El bajo vientre de Europa se veía de esta forma intervenido por el Reich, y los aliados expulsados del mismo hasta el final de la conflagración. Pero debido a la campaña de los Balcanes los planes de invasión de la Unión Soviética se verían retrasados, lo que en gran medida provocaría su fracaso.

Soldados italianos descansan durante unas maniobras



Italia invade Grecia

En el mes de octubre de 1940, Mussolini lanzó un ataque contra Grecia en busca de unas finalidades más políticas que económicas o estratégicas. Italia se había mantenido durante los primeros meses del conflicto generalizado en un oscuro segundo plano que su dirigente consideraba humillante. Así, a los frustrantes resultados obtenidos por el breve y oportunista enfrentamiento tenido con Francia, se habían venido a unir unas no mejores campañas realizadas en las colonias libia y abisinia. De esta forma, el sentimiento de amargura y fracaso se manifestaba entre los altos niveles del fascismo, actuando como elemento impulsor de la decisión del *Duce*.

Pero en el conjunto de la Europa dominada ya por el poderío alemán, a Italia le quedaban escasos espacios de actuación, a menos que fuese a la sombra de su poderoso aliado. No pudiendo volverse hacia el norte o el oeste, Mussolini se vio obligado a mirar hacia el este, donde ya contaba con la posesión de Albania. La ocupación de este país había constituido para la propaganda del régimen una *importante victoria*. Pero ahora el *Duce* pretendía ir más lejos, y consideraba la posibilidad de atacar y conquistar de forma igualmente rápida a Yugoslavia o Grecia, en la creencia de que se trataba de países débiles y por tanto fáciles de dominar.

El país elegido de entre los dos será Grecia, que conservaba estrechos lazos con las potencias occidentales; Yugoslavia, por el contrario, se contaba entre los países destinados a convertirse en verdaderos títeres de Berlín mediante su inclusión en el Pacto Tripartito. Grecia se regía por entonces según las formas de un sistema dictatorial personificado en la figura del general Metaxas e imitador de los modelos alemán e italiano, aun-

Ataque griego a las posiciones italianas (pintura de A. Alexandrakis)



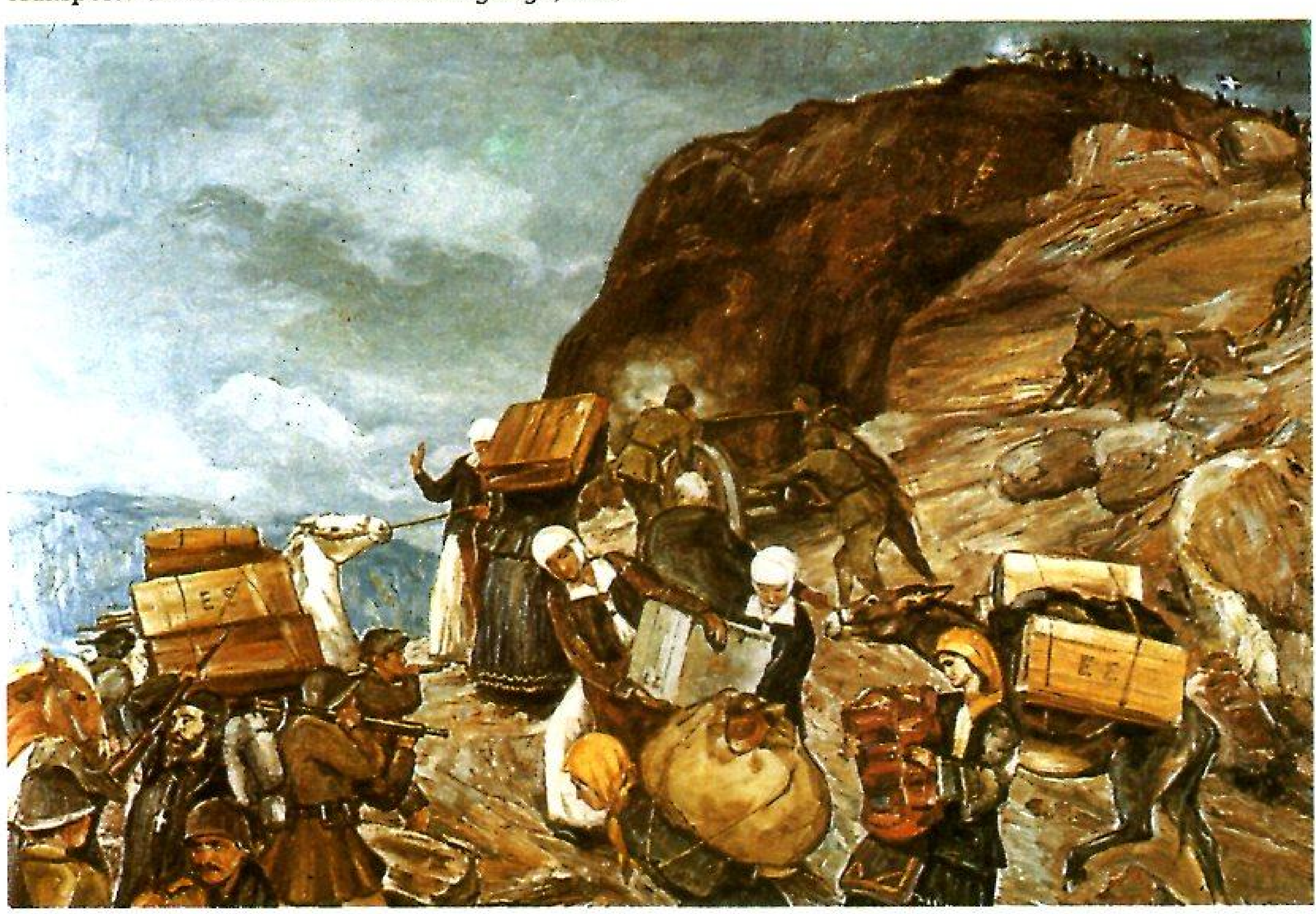


Foto propagandística del poderío italiano realizada durante unas maniobras que presenció Mussolini

que sin alcanzar los rigores de éstos. Con todo, las relaciones que mantenía con Francia y Gran Bretaña habían impedido hasta entonces que se manifestase una mayor aproximación a las potencias del *Eje* por parte del dictador heleno.

En abril de 1939, tras el ataque a Albania, las potencias occidentales habían garantizado de forma expresa la integridad del territorio griego. Ante esto, Roma había adoptado una conducta amistosa, ya que no se consideraba en condiciones de enfrentarse a ellos de forma abierta. Más tarde, con el inicio de las hostilidades, Atenas había declarado su neutralidad, al tiempo que se preparaba para una posible entrada involuntaria en el conflic-

Transporte de suministros en el frente griego, 1940



to, sobre todo a partir de la caída de Francia y el inicio de la batalla de Inglaterra.

Sin embargo, los actos de provocación realizados por los italianos en la zona del Adriático no habrían de cesar ya, decidido el *Duce* a emprender lo antes posible una campaña que imaginaba rápida y fácil. En septiembre de 1940, Grecia decretó la movilización general de sus efectivos, al tiempo que Metaxas trataba de conseguir que Hitler actuase como moderador de las ansias agresivas de su aliado. Berlín, de hecho, apoyaba esta idea del primer ministro griego, ya que no veía la necesidad de abrir un frente en una zona que se hallaba perfectamente controlada. Los regímenes de la región danubiano-balcánica admitían la calificación de filofascistas, y se hallaban totalmente sujetos por la voluntad del Reich, por lo que era innecesario que éste actuase en contra de los mismos.

Al no contar con la aquiescencia del *Führer*, Mussolini todavía no se atrevía a actuar, pero la entrada de tropas alemanas en Rumanía con el fin de proteger los pozos petrolíferos la impulsaría finalmente a ello. De esta forma, podría llevar a cabo en solitario una experiencia expansionista que le rehabilitase tanto ante su pueblo como de cara a su aliado. Muchos de los dirigentes fascistas se encontraban convencidos de que Grecia podría ser liquidada en el plazo de pocas semanas. Apoyaban además esta acción en busca tanto de su propio medro personal como del brillo exterior que el país necesitaba.



IOANNIS METAXAS

Ioannis Metaxas (Ithaca, 1871-Atenas, 1941). Militar y político griego. Inició su carrera militar combatiendo en la guerra greco-turca de 1897. Tras un período de estudios en Alemania, regresó a su país y participó en las guerras balcánicas de 1912-13. Ascendido a general en 1916, su oposición a la entrada de Grecia en la Gran Guerra y la caída del rey Constantino le hicieron abandonar el país, al que volvió en 1920. Se opuso a la aventura militar en Asia Menor y cuando se proclamó la República se convirtió en uno de los líderes del movimiento monárquico. Tras la restauración de la Monarquía, se convirtió en primer ministro y en agosto de 1936 estableció un régimen autoritario. Se inspiró en el patrón fascista, cuyo aparato externo copió, aunque fue incapaz de levantar un Estado totalitario.

Partidario de la neutralidad balcánica, el expansionismo italiano le llevó a buscar la protección británica. Logró contener el ataque fascista a Grecia y murió en el momento en que las tropas helenas pasaban al contraataque en Albania.

Diferencia de fuerzas

Italia cuenta en esos momentos sobre la ocupada Albania con siete divisiones y varias unidades más, dispuestas a entrar en acción una vez se hubiese alcanzado el nivel adecuado de crispación como consecuencia de la sucesión de incidentes fronterizos provocados. Sin embargo, estas formacioes adolecían tanto de falta de elementos integrantes como de preparación suficiente y de material a emplear en la lucha. Pero tampoco sus futuros adversarios presentaban un mejor panorama, ya que a las deficiencias materiales se unía el bajo nivel de preparación de oficialidad.

Grecia no contaba con una suficiente infraestructura para facilitar el mantenimiento de un conflicto prolongado, frente además a un enemigo potencialmente más fuerte. Sin embargo existía un poderoso factor en poder de Grecia que habría de actuar de forma decisiva en la lucha: el ferviente deseo de toda la población de defender el suelo de la patria, idea que actuaba como punto de coincidencia de todas las opiniones. Incluso los sectores democráticos, opuestos al régimen dictatorial dominante, respaldaban la actitud de Metaxas al alzarse como representante del derecho de Grecia a mantener la libertad de su territorio. Este será un factor de primer orden que explicará la tenaz resistencia opuesta a los italianos, y que acabaría convirtiendo en conflicto prolongado y costoso lo



Manifestación en Atenas contra la invasión italiana, 28 de octubre de 1940

La conquista de Albania

Una vez ocupada y desmembrada Checoslovaquia, Mussolini se había visto impulsado a emular la política expansiva de su aliado alemán y decidió la ocupación de un territorio exterior cuya conquista no supusiese problema señalado alguno. El Reich, por su parte, no mostraba entonces interés alguno en el ámbito mediterráneo, por lo que Italia contaba con una absoluta libertad de acción sobre el mismo.

Además, la elección de Albania suponía de hecho la vertiente política de una situación material ya existente, dado que el pequeño país se contraba situado en un plano de absoluta dependencia con respecto a Italia.

Solamente faltaba, pues, la materialización de una conquista, que fue decidida para los primeros días de abril del año 1939. Así, siguiendo la costumbre que ya Europa comenzaba a conocer como inicio de operaciones de similar carácter, el Gobierno itialiano envió el día seis de ese mes un inaceptable ultimatúm al rey Zogú, en el que exigía la plena disponibilidad del territorio albanés por parte italiana. Al día siguiente, Viernes Santo, un cuerpo expedicionario desembarcaba en varios puntos de la costa de aquel país y lo ocupaba en escaso tiempo sin encontrar apenas resistencia. El día 16, Mussolini proclamaba a Víctor Manuel III rey de Albania. Con ello, la Corona italiana añadía un nuevo título a los que ya poseía y que debía, como en el caso de Abisinia, a la política agresiva lanzada por el fascismo sobre países prácticamente indefensos.

que había sido imaginado como un simple paseo militar.

Conocedor de la oposición de Hitler a su proyecto, Mussolini recurrió a la artimaña de enviarle el anuncio de su inicio cuando sabía que el *Führer* se encontraba viajando para entrevistarse con Franco y Pétain. Recibida la noticia el día 25 de octubre de 1940, Hitler propuso al italiano la celebración de una reunión para tratar acerca de la cuestión. Mussolini, crecido en su postura, le cita en Florencia para tres días después, donde espera sorprenderle cuando le anuncia: *Führer, estamos avanzado. ¡Al alba de esta mañana las victoriosas tropas italianas han atravesado la frontera grecoalbanesa!* Mediante este golpe de teatro, Mussolini había pretendido impresionar a su huésped, de quien sin embargo sólo percibe un airado silencio que no oculta una absoluta desconfianza en las posibilidades que tiene la empresa.

En efecto, aquella misma madrugada el embajador italiano en Atenas había entregado un ultimátum a Metaxas, en el cual se imponía la cesión a Italia del derecho a ocupar los centros clave del territorio griego «mientras durase el actual conflicto con Inglaterra». La petición iba naturalmente acompañada con la amenaza implícita de actuar militarmente en caso de una negativa a permitir este estacionamiento. De forma obvia, la finalidad del documento era precisamente la de generar una inmediata negativa, que en teoría había de hacer posible la agresión dentro de una supuesta legalidad. Metaxas, por supuesto, reaccionó como se esperaba y, pocas horas después, las fuerzas armadas griegas se encontraban en estado de alerta mientras el primer ministro solicitaba la ayuda de la flota británica para proteger las islas del Egeo.

A las seis horas de aquel día 28, los italianos inician su marcha bajo la lluvia y en medio de profundos barrizales. Debido a ello, los carros de combate no pueden avanzar, al tiempo que la aviación se ve impedida de actuar en aquellas condiciones climáticas. El abrupto carácter del terreno y el intenso frío dificultan además los combates entablados. Muy pronto, el ejército griego, del que el general Papagos es comandante supremo, no solamente detendrá a los atacantes sino que les hará retroceder, actuando sobre sus espacios más débiles. El desastre más absoluto se abate sobre las fuerzas italianas, que además de las negativas condiciones climatológicas deben soportar carencias de los materiales más imprescindibles para protegerse del frío y aún para alimentarse. En pocas semanas, una quinta parte de los integrantes de las unidades alpinas serán muertos o tomados prisioneros.



Entrada del Ejército griego en Karitsa, 22 de noviembre de 1940

Batalla de Kalamá, durante la guerra italo-griega, septiembre de 1940

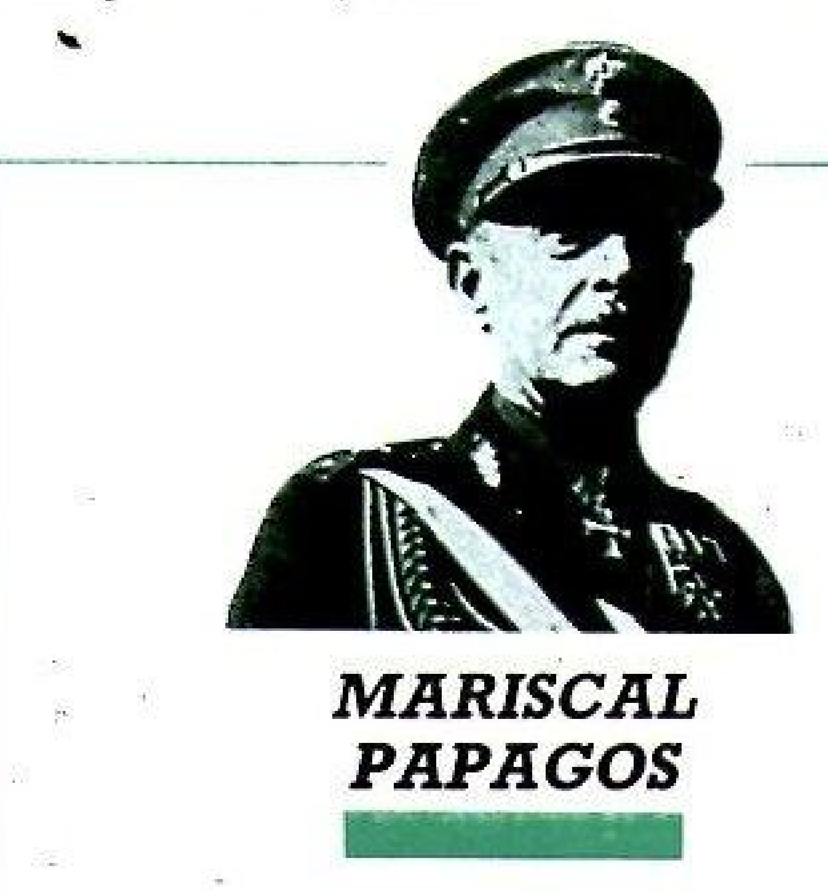
Transportes italianos hundidos por submarinos griegos en diciembre de 1940 (postal de la época)





Fracaso italiano

El Gobierno italiano trata entonces de reorganizar el mando y preparar nuevas ofensivas. Sin embargo, el deterioro de la situación es ya irreversible. De forma gradualmente más marcada, los defectos de los aprovisionamientos de todo género se unirán al caos reinante entre los cuadros de mando. A mediados de diciembre, Mussolini debe reconocer que el conjunto de condiciones determinantes le impiden por el momento llevar a cabo una *guerra relámpago* a la manera italiana, tal como hubiera deseado. Incluso, la situación general que provocan los ataques griegos llegará a provocar disensiones en el mismo seno de los dirigentes fascistas. El *Duce*, mientras tanto, trata de hacer olvidar la promesa hecha al principio del ataque, cuando afirmó que abandonaría su cargo en caso de no haber tomado la ciudad de Atenas en el plazo de un mes a partir del mismo.



MARISCAL PAPAGOS

Alexandros Papagos nació en Atenas en el año 1883 y realizó estudios castrenses en la academia militar de Bélgica. Interviene de forma muy intensa en los conflictos balcánicos de 1912 y en la Primera Guerra Mundial. En 1918 tiene el grado de teniente coronel. En 1932 es subjefe de estado mayor y dos años más tarde inspector de caballería. Ministro de la Guerra en 1935, llega a ser jefe de estado mayor del gobierno dictatorial de Metexas entre los años 1936 y 1940.
Cuando Italia lanza su ataque contra Grecia, en el mes de Octubre de aquel año, Papagos dirigió las operaciones de defensa del teritorio griego y consiguió hacer retroceder al agresor más allá de las fronteras de Albania. La invasión alemana arrolló al ejército heleno y Papagos es tomado prisionero. Internado en el territorio del Reich, solamente podrá volver a su país con la victoria aliada en 1945. Nombrado mariscal, dirige las operaciones encaminadas a sofocar la insurrección comunista que estalla en 1946 e inicia una guerra civil de tres años de duración. En el plano político, Papagos fue el inspirador del conservador Bloque Helénico *y el principal artífice de la restauración de la monarquía. Nombrado jefe del Gobierno en 1952, muere tres años más tarde.*

Sin embargo, en Grecia el entusiasmo producido por los triunfos en los combates, que llevan a su ejército a ocupar la franja sur de Albania, no consigue ocultar un generalizado temor ante la posibilidad de una intervención alemana. En caso de actuar Hitler en favor de su aliado, resultaba indudable que su ataque no podría ser detenido en forma alguna. Por ello, Metaxas no se presentaba como partidario de recibir directa ayuda británica, ya que esto hubiera podido parecer una provocación ante el dictador alemán. Sin embargo, las necesidades bélicas le obligan a aceptarla y, a partir del día tres de noviembre, comienza a recibir cazabombarderos británicos *Blenheim*, *Gladiator* y *Wellington*. Además, poco después desembarcarían en El Pireo más de cuatro millares de soldados y unos setecientos vehículos.

Hitler, a pesar del manifiesto disgusto que le produce la actuación de Mussolini, le envía una cincuentena de aviones *Junker*. Todavía Metaxas trata de convencer al alemán del hecho de que el petróleo rumano no se encuentra en modo alguno amenazado. Un ataque alemán sería —como podría comprobarse meses después— absolutamente desastroso para Grecia. Italia, por su parte, a lo largo de los primeros veinte días de guerra había perdido, según sus propias fuentes, un total de 372 soldados muertos, 1.801 heridos y 650 desaparecidos. De hecho, la campaña de Grecia le costará al bando atacante un total de 16.000 muertos y 24.000 prisioneros.

Estabilizado el frente, el día 29 de enero muere el general Metaxas. Su sucesor el banquero Korytzis, no será capaz de impulsar la lucha de la forma adecuada. Así, el avance griego lanzado sobre el importante puerto albanés de Valona no podrá obtener sus fines. A pesar de ello, una nueva ofensiva italiana lanzada el día nueve de marzo será de nuevo detenida por los griegos, que consiguen aniquilar a tres de las divisiones empleadas en la misma. Esta será la última de las victorias helenas antes de una nueva detención del

combate que ya no se reanudaría hasta la invasión alemana de abril. Un pequeño país de siete millones de habitantes había sido capaz de tener en jaque a otro de cuarenta y cinco, considerado como una de las grandes potencias de la Europa del momento.

El dictador griego había tratado de evitar, como se apuntaba antes, que la presencia británica sirviese como pretexto para una intervención alemana. En este sentido, había afirmado que solamente la admitiría en caso de que los alemanes alcanzasen el Danubio o penetrasen en Bulgaria. Ahora, su sucesor, en vista de las circunstancias debía admitir este elemento defensivo, que acababa de mostrar su efectividad en el norte de Africa. Así, a partir del mes de marzo de 1941, hombres y materiales comenzaron a llegar al país con ánimo de ayudar a contener un posible ataque alemán. Pero ya la suerte está echada, y Grecia solamente deberá esperar a que su vecina Yugoslavia sea invadida y desmembrada para sufrir a su vez la ocupación por parte del enemigo.

La guerra de Yugoslavia

Llegada la primavera del año 1941, el Reich planeaba en gran secreto la más ambiciosa de sus operaciones, el ataque a la Unión Soviética. Sin embargo, la realización de la misma se vería retrasada por el ataque lanzado contra Yugoslavia y Grecia, que no estaba previsto pero al que le lanzaban una serie de motivaciones de entre las que destacaban dos. En primer lugar, el mantenimiento fuera de todo riesgo de los fundamentales yacimientos petrolíferos rumanos; por otra, el reforzamiento del orden alemán sobre la zona danubiano-balcánica. Los pequeños y débiles países integrantes de este conflictivo espacio eran tradicionales suministradores de materias primas —agrícolas y minerales, sobre todo— a Alemania. Ahora, Hitler había decidido estrechar todavía más los lazos de dependencia existentes forzándoles a adherirse al *Pacto Tripartito*.

Hungría y Rumania primero, y más tarde Bulgaria, no habían tenido más remedio que rendirse a la realidad y ceder, alineándose al mismo vecino de todos ellos, Yugoslavia había tratado de mantener una posición neutral, que por otra parte no hacía sino manifestar su



Columna blindada alemana atraviesa un pueblo de Yugoslavia en abril de 1941



misma imposibilidad. Pero el inicio de la guerra entre Italia y Grecia había posibilitado la presencia en la zona de tropas británicas. A partir de entonces, Hitler no podía ya admitir la posibilidad de que su adversario pudiese acceder a los cercanos campos petrolíferos de los que básicamente se nutría.

Aparte de esta perspectiva exterior, el caso yugoslavo presentaba toda una serie de variantes propias, de extrema complejidad y definidas por el carácter múltiple y aún contrapuesto de sus elementos integrantes. En general, los responsables del gobierno del país eran reacios a la adhesión al tratado, ya que observaban los lazos de dependencia que en todos los órdenes ello estaba ya suponiendo para los países vecinos. Durante los primeros días del mes de marzo, todavía Hitler trataba la cuestión utilizando métodos no violentos. Así, había ofrecido al regente Pablo el dominio del puerto de Salónica a cambio de su participación en la guerra del sur al lado de italia.

Pero el regente prefería, por el momento, conservar su precario neutralismo, e icluso llegó a solicitar de Inglaterra el envío de fuerzas al país, tal como se había hecho con respecto a Grecia. Sin embargo, Londres no podía materialmente responder a esta solicitud dadas las dificultades que atravesaba por entonces en todos los planos. Así, Yugoslavia se encontró sola frente al acoso alemán y su gobierno optó por firmar el tratado. El día 25 de marzo se produjo el acto de adhesión, cuyo conocimiento produjo una fuerte reacción negativa en todo el país. La contrapartida que Yugoslavia obtenía a cambio de su alianza con las potencias del *Eje* era la teórica garantía de que el Reich respetaría en todo momento su soberanía e integridad territorial. Al mismo tiempo, el texto del acuerdo respondía positivamente a las solicitudes que Belgrado había presentado, con respecto a su voluntad de no entrar en guerra ni de permitir el paso de tropas alemanas por su territorio.

El hecho de la adhesión serviría, sin embargo, para dedicir la acción de grupos de conjurados —jefes militares y políticos de diversa índole— opuestos a todo acuerdo con una Alemania que había mostrado su absoluto desprecio por los tratados que ella misma impulsaba. Asi, las operaciones conspiratorias se pusieron en marcha de forma inmediata y, a lo largo de la madrugada del día 27, fueron ocupados los puntos neurálgicos de la capital. Los golpistas pretendían adelantar el momento de acceso al trono del joven Rey Pedro II, todavía legalmente menor de edad. El regente Pablo, al conocer los hechos, trató de huir, pero fue de nuevo conducido a la capital, de donde saldría más tarde para el exilio.

Prólogo a la invasión

Triunfante el movimiento insurreccional, el nuevo gobierno surgido del mismo denunció el tratado con las potencias fascistas en medio de una explosión de alegría generalizada, que mostraba los profundos sentimientos antialemanes existentes entre la población. Hitler, por su parte, consideró este episodio como una verdadera afrenta personal, por lo que decidió castigar de inmediato al pequeño país que se negaba a someterse a sus deseos. Por otra prte, seguía inquietándole la posibilidad de que Belgrado recibiese ayuda británica, lo que abriría en la zona un nuevo frente de incalculables consecuencias. De esta forma, la radio alemana comenzó a lanzar contra Yugoslavia fuertes ataques que la acusaban de gran número de atrocidades, en la misma forma en que se había hecho con ocasión de la agresión a Checoslovaquia dos años antes.

Las nuevas autoridades de Belgrado, que ante esta escalada de violencia verbal preveían el lanzamiento de un ataque bélico en cualquier momento, se apresuraron a declarar *ciudades abiertas* a Belgrado, Zagreb y Liubljana, las tres mayores poblaciones del país. De hecho, en aquellos momentos la situación general de los Balcanes no podía presentar rasgos más favorables para un ataque victorioso contra Yugoslavia. El país se encontraba totalmente rodeado por países potencialmente enemigos o susceptibles de servir de plataforma a la acción de los mismos: el Reich e Italia por una parte, y Hungría, Rumanía y Bulgaria por otra. Durante las jornadas que mediaron hasta el inicio de la ofensiva, Alemania reiteraría el supuesto hecho de que Yugoslavia se encontraba sumida en el caos debido a la acción de agentes británicos.

La invasión

Esta acusación no engañaría a nadie, y ni siquiera volvería a ser esgrimida a partir del momento en que la *guerra relámpago* fue lan-



La invasión de Yugoslavia y Grecia por las fuerzas del Eje se consumó en pocos días y obligo a los ingleses a abandonar una importante posición en el Mediterráneo oriental

zada con toda su potencia sobre el débil país. Así, en la madrugada del día seis de abril, las fuerzas de la *Werhrmacht* penetraron en territorio yugoslavo por varios puntos de forma simultánea. Los italianos lo hicieron desde Albania y desde la frontera común, mientras que Hungría tendría una reducida participación armada que le permitiría aprovechar la ocasión para hacerse con una fracción de espacio yugoslavo que reivindicaba desde hacía dos decenios.

La naturaleza accidentada del suelo obligaba a las fuerzas invasoras a utilizar muy escasas vías de comunicación, lo que reducía su capacidad de acción, al tiempo que facilitaba —como se vería más adelante— la actividad

de la guerilla. De todas las fuerzas dispuestas para penetrar en territorio yugoslavo, las que contaban con mayor grado de eficacia, eran las comandadas por el general von Kleist, situadas en Bulgaria y dirigidas hacia el mismo corazón del país atacado. De forma paralela, y dentro de la idea de represalia que le animaba, el *Führer* ordenó la sistemática destrucción de la capital por parte de su aviación.

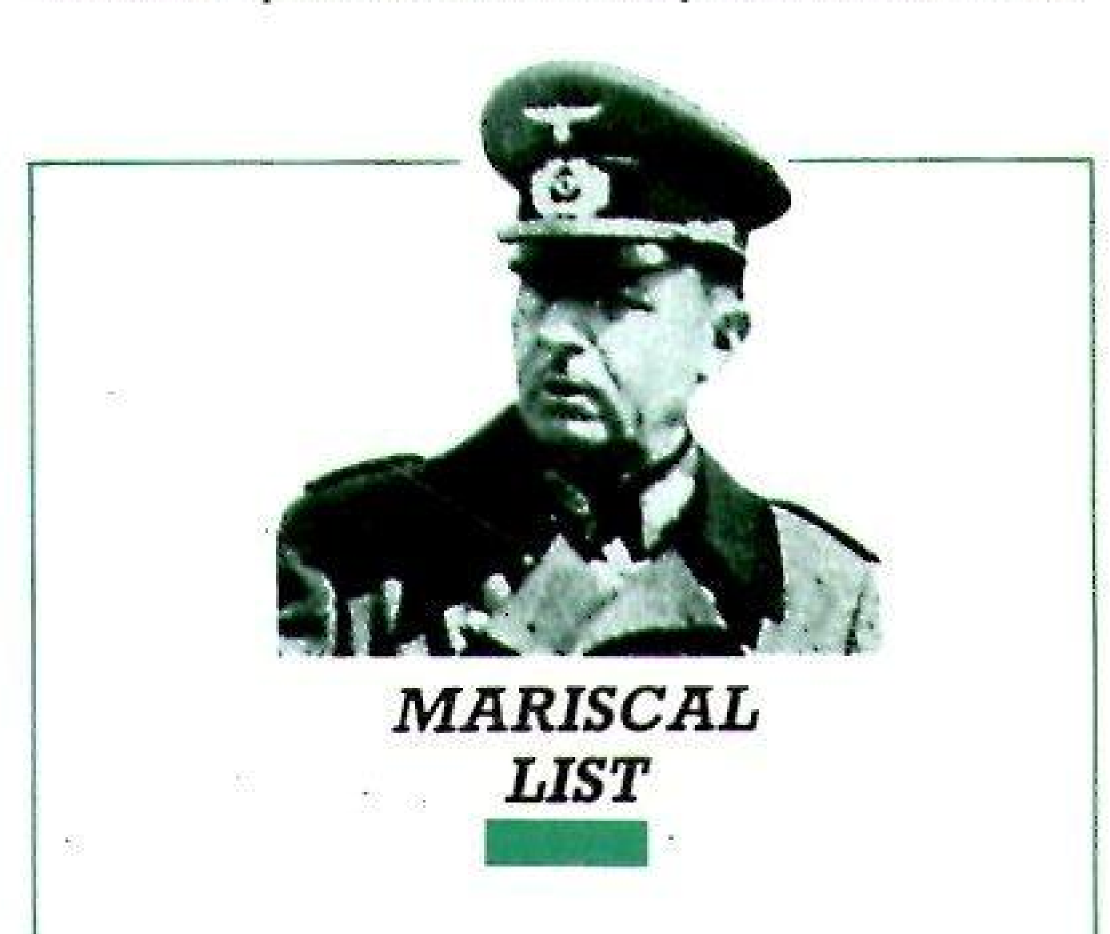
El dictador alemán había dado órdenes explícitas para que Belgrado fuese totalmente arrasado por medio de ataques aéreos ininterrumpidos día y noche. Así, a partir de la misma fecha del seis de abril, y durante tres días consecutivos, la ciudad fue bombardeada con gran intensidad. Carecía por completo de sistema de defensa antiaérea, y los atacantes prescindían del hecho de que previamente había sido declarada *ciudad abierta*. Esta acción, denominada por sus autores *Operación Castigo*, destruyó una elevada proporción de las edificaciones de la ciudad, causando un número de muertos situados alrededor de los veinte mil. Göring quería con ello rehabilitar el nombre de su aviación, cuya eficacia estaba siendo cuestionada debido a su fracaso en la batalla de Inglaterra, que en esos momentos comenzaba a perder intensidad.

A partir del día nueve, comenzó el ataque del Ejército y la aviación en todos los frentes y de forma sistemática. Desde el norte, los alemanes ocupan la asolada capital; desde el mar, el general Kleist asciende hacia la misma, a la que llega el 15 tras mantener tres días de combate en sus proximidades. Desde el oeste, las fuerzas alemanas parten de Hungría y ocupan Croacia, uniéndose a los italianos que cruzan la frontera común.

Los factores que se unieron en esos momentos para facilitar el rápido hundimiento de Yugoslavia, a pesar de la dura resistencia ofrecia por su ejército, fueron ante los escasos y deficientes medios de defensa existentes, la carencia de aprovisionamientos de toda clase y, finalmente, el perfecto plan de ataque que integraba la *guerra relámpago*, modalidad en la que los alemanes estaban consiguiendo magníficos progresos en la práctica. En otro orden de cosas, el profundo sentimiento antiservio existente entre las unidades croatas había impedido que éstas actuasen con la debida eficacia, facilitando de esta forma la penetración del enemigo.

Ya el mismo día 10, el cuartel general del frente había enviado a Berlín un informe en el que se detallaba de forma perfecta la inmediata situación de triunfo que existía para las fuerzas invasoras. Por su parte Mussolini había pretendido adelantarse a la segura ayuda que su aliado iba a prestarle en Grecia, ante todo para arrojar de allí a los ingleses, y por ello lanzó sus fuerzas contra Yugoslavia. Su actuación, dirigida a conseguir una participación en la victoria, no pudo ser sin embargo menos brillante. Y como siempre, serían los alemanes quienes le sacasen del atolladero que para él se había convertido la inacabable campaña de Grecia.

El 17 de abril, once días después de inicia-



MARISCAL LIST

Wilhlem List nació en el año 1880 y realizó estudios en la escuela de Guerra. Entre los años 1914 y 1918 sirvió en el frente en el cuerpo de ingenieros primero y más tarde en el Estado Mayor. Alcanzó el generalato en 1930. Llegado el inicio de la guerra, en septiembre de 1939, mandó el 14° ejército en la campaña de Polonia y, posteriormente el 12° en la conquista de Francia. En las Ardenas facilita el paso de las divisiones blindadas del general Kleist y más adelante cerca a las fuerzas francesas que se hallaban en posición de retirada.
Es nombrado mariscal en aquel mismo años de 1940. Al siguiente año, manda las fuerzas que se lanzan a la ocupación de Yugoslavia y Grecia. Ambas campañas son breves en el tiempo y culminan sus objetivos de forma rápida. A continuación, List participa en la realización de la Operación Barbarroja *de ocupación de la Unión Soviética, como jefe de un cuerpo de ejércitos. Sin embargo, su brillante historial militar no le impedirá caer en desgracia ante Hitler, y debe abandonar el mando de sus fuerzas y retirarse a Baviera. Internado por los aliados, es juzgado en Nuremberg por crímenes de guerra y condenado por ello a cadena perpetua. En 1952 es liberado por motivos de edad.*



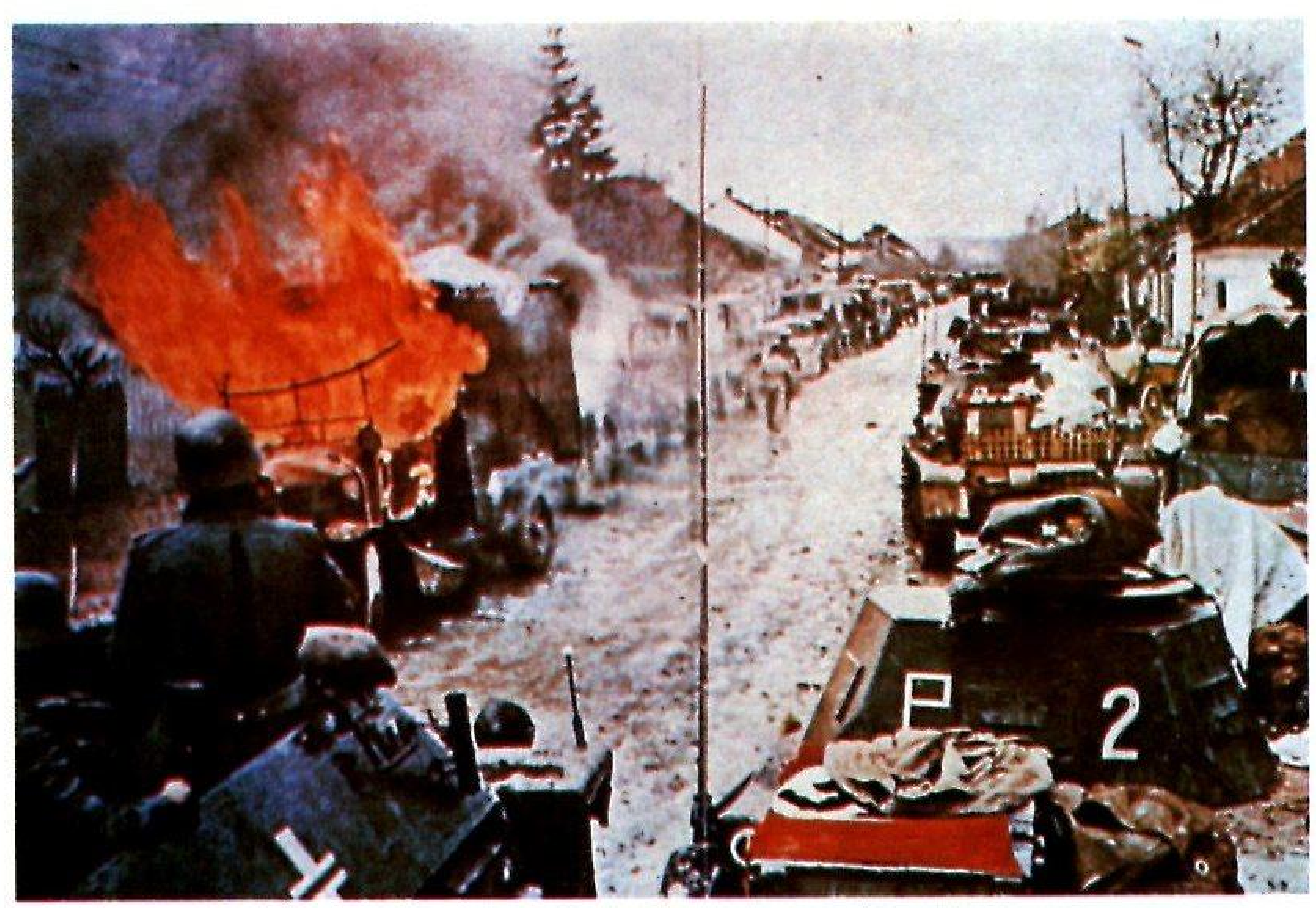
Soldados alemanes informados por un civil yugoslavo durante la campaña de los Balcanes

da la ofensiva, tuvo lugar la firma del acta de rendición del Ejército yugoslavo, que todavía conservaba intacto un total de dieciocho divisiones. El rey y su gobierno, tras recorrer el país al amparo de las cada vez más reducidas zonas no ocupadas, se verán obligados a huir al extranjero. Muchos combatientes, negándose a coexistir con el enemigo, se lanzarán a la guerrilla, que determinará la futura evolución del país a todos los niveles.

La derrota de Grecia

La prolongada guerra de posiciones había agotado a Italia, pero también a Grecia, por lo que ésta se hallaba totalmente debilitada en el momento de ser atacada una vez concluída la ocupación de Yugoslavia. El tipo de guerra de movimientos que utilizaba la *Wehrmacht* sería capaz de destruir con gran rapidez el sistema defensivo heleno. De ésta la denominada *Línea Metaxas* constituía el elemento más destacado. Construida en la línea fronteriza con Bulgaria entre los años 1938 y 1940 a imitación de la *Maginot*, era considerada por el Alto Mando como inexpugnable. Con ello se olvidaba que el año anterior la que la había servido de modelo había sido traspasada apenas sin dificultad.

El primer objetivo de los alemanes al lanzar su ataque fue la capital del norte, Salónica. Para acceder a ella era preciso superar la *Línea Metaxas*, por lo que los atacantes optaron por repetir la operación que les había ofrecido tan buenos resultados en Francia. Rodearon así el obstáculo, tomaron a éste por la espalda y continuaron su camino. El gene-



Columna blindada alemana atraviesa un pueblo de Yugoslavia en abril de 1941

ral von Boehme dirigía aquí una división acorazada y tres divisiones de infantería. En esta línea, el enfrentamiento decisivo tuvo lugar en el paso de Strumitza, donde la dura resistencia opuesta por los griegos fue arrollada finalmente gracias al ametrallamiento de los *Stuka* y la acción de los lanzallamas.

En Salónica, ya directamente amenazada, las fuerzas británicas organizan la evacuación, mientras que el general Tsolakoglu decidía solicitar la rendición y entregar las armas de los combatientes. Refugiados en el monte Olimpo, los ingleses resistirán el tiempo suficiente para erigir una línea defensiva más al sur, sobre el paso de las Termópilas. El día 18, el primer ministro Koryzis puso fin a su vida tras haber sido acusado por el rey Jorge II de ineptitud en las circunstancias presentes; le sucedió en el cargo Manuel Tsouderos. Mientras, se firmaba en Yanina el armisticio con el atacante, por el cual dieciseis divisiones griegas abandonaban la lucha. éste debió repetirse el 24 en Salónica, ahora con la presencia de las fuerzas armadas italianas. De esta forma, cesaba la lucha para más de ciento cuarenta mil combatientes griegos.

La víspera, 23 de abril, la familia real y el Gobierno habían marchado a Creta con el fin de organizar desde allí la resistencia. El 25, los paracidistas alemanes atravesaban el canal de Corinto y penetraban en el Peloponeso. Sin embargo, no lograrían impedir el embarque de un total de 50.732 soldados británicos, neozelandeses y australianos. Ocupado ya todo el país, los alemanes nombran el día 30 al general Tsolakolu para el cargo de primer ministro.

El Reich había empleado en la campaña un total de veinticuatro divisiones, de las que perdió un tercio de sus integrantes, es decir, 1.684 muertos y 3.752 heridos. Por su parte, los griegos aportaban las siguientes bajas: 15.700 muertos y desaparecidos tras seis meses de guerra, y 218.000 prisioneros en poder del enemigo. Finalmente, Inglaterra también había pagado un alto precio por su participación activa en la lucha: 12.712 muertos, heridos o desaparecidos, de los cuales 9.000 eran prisioneros.

Tras su ocupación, el territorio griego será a su vez desmembrado entre Alemania que ocupaba la zona centro-norte, la mayor parte de Creta y la frontera con Turquía; Italia, que pasó a dominar la mayor parte del país; y Bulgaria, que accedía al mar Egeo a costa del derrotado vecino. El teórico triunfador, Mussolini, había perdido en los meses de campaña un total de 13.755 muertos, 50.874 heridos y 25.067 desaparecidos, de ellos la mayor parte también eliminada.

La batalla de Creta

Una vez ocupado en su totalidad el territorio continental griego, las fuerzas aliadas habían hallado en la isla de Creta un último refugio frente al arrollador avance alemán efectuado a través de los Balcanes. Para Gran Bretaña resultaba una cuestión de especial importancia el mantenimiento de bases instaladas en el mar Egeo. En caso de caer éstas en poder de los alemanes, además de poner en peligro a su flota mediterránea, amenazarían de forma cierta su sistema defensivo del Cercano Oriente.

Desde la óptica de los adversarios, la presencia británica en un punto que distaba unos cien kilómetros de sus posiciones suponía a su vez una permanente situación de riesgo. Si el Reich se había lanzado sobre Yugoslavia y Grecia para evitar ante todo que sus campos de aprovisionamiento petrolífero quedasen expuestos a un ataque del adversario, ahora debía lógicamente completar la operación anulando por completo su presencia en una zona de tan alto valor estratégico.

Tanto para unos como para otros, el dominio del Mediterráneo oriental se manifestba como una necesidad de orden vital. Hitler, sin embargo, no comprendía en su justa medida la importancia de este problema. Así, una vez concluídas las operaciones en la península balcánica trataría de iniciar de forma inmediata su gran proyecto de ataque contra la Unión Soviética, que ya había sido pospuesto por un mes con el fin de domeñar a los dos últimos países ocupados.

Sin embargo, varios de sus generales terminarían por inclinarle a decidir la operación de conquista de la isla de Creta, centro neurálgico de aquel espacio marítimo. El plan alemán se concretaría de esta forma a partir de una básica utilización de la aviación, que serviría para transportar a más de 22.000 soldados, mientras que el material pesado y los suministros serían enviados por medio de buques.

De hecho, el episodio de Creta, denominado por los alemanes como *Operación Merkur*, había de constituir una de las más originales operaciones llevadas a cabo durante la guerra. Esto se debía al hecho de que su realización pondría en práctica unas formas de actuación totalmente nuevas, que demostrarían allí su verdadera eficacia. Ante todo, debe destacarse la masiva presencia de los elementos paracaidistas, así como la efectividad de los cuerpos encargados de organizar el traslado hacia la isla de tan elevado número de fuerzas. Los paracaidistas eran combatientes dotados de un elevado nivel de entrenamiento, y escogidos entre los cuerpos de élite de la *Wehrmacht*. Por ello los planes de ocupación de la isla no preveían una duración temporal de las operaciones que se prolongase por más de ocho días, a partir del 20 de mayo de 1941.

En la ocupada Grecia, los alemanes habían dispuesto rápidamente una serie de campos de aterrizaje con vistas a la defensa del espacio balcánico, que ahora serían utilizados para lanzar el ataque contra la isla mediterránea. En ellos se encontraban dispuestos centenares de aparatos —bombarderos, cazas, *Stuka* y cazabombarderos—, además de diez grupos de *JU-52* y quinientos aparatos dotados de planeadores. Era toda una gran fuerza aérea de primera magnitud, que aseguraba a Alemania el dominio del aire. Por su parte, Gran Bretaña conservaba el control del mar, a base de su flota de guerra —la *Mediterranean Fleet*— integrada por un portaaviones, cuatro acorazados, once cruceros y cuarenta destructores.

Objetivo: Creta

En la isla, defendida por una reducida flotilla aérea, se encontraban además de los refugiados civiles unos 75.000 soldados griegos y otros 30.000 procedentes del Imperio Británico. El parque acorazado era asimismo muy precario en cuanto a tamaño y calidad, contando solamente con 27 carros ligeros, a los que más adelante se añadirían otros 22, además de un reducido número de cañones antiaéreos y de campaña. A esto debía añadirse la situación creada por el bloqueo impuesto por los alemanes, que impedía el abastecimiento básico, y que echaría al fondo del mar más de tres millones de toneladas entre buques y mercancías. La víspera del ataque, los seis aviones —tres *Hurricane* y tres *Gladiator* que se mantenían en Creta serían trasladados a Egipto con el fin de ponerlos a salvo de la destructora acción llevada a cabo por el adversario

A partir de las cinco horas del día 20, la isla

comienza a ser bombardeada por varias oleadas de aparatos compuestas por centenares de *Junker 52 y Messerchmitt*. Millares de paracaidistas se lanzan desde ellos sobre el escarpado terreno en busca de sus objetivos principales, aeródromos y demás centros vitales. Pero al mismo tiempo, cuando eran depositados sobre lugares inadecuados, se convertían en fácil blanco para los disparos de griegos y británicos. Llegada la noche de ese día, más de cinco mil soldados alemanes se encontraban ya sobre territorio insular. Las pérdidas humanas habían sido muy elevadas por parte de ambos contendientes, pero el final de la batalla no estaba en absoluto decidido.

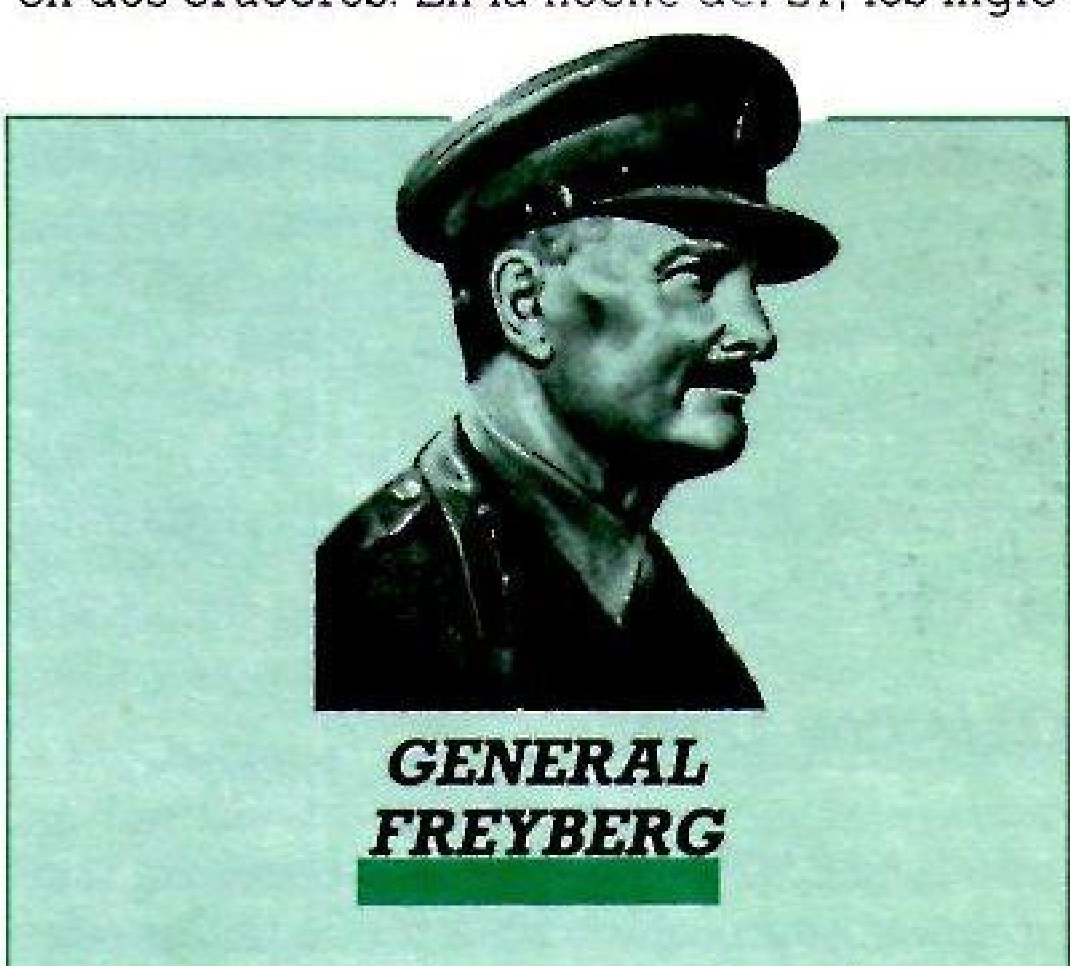
De forma paralela, desde la mañana del mismo día, los aviones germanos habían atacado de forma sistemática a los buques británicos que acudían a la isla, produciendo el hundimiento de un destructor y fuertes daños en dos cruceros. En la noche del 21, los ingleses atacaron un convoy alemán y hunden tres navíos, produciendo más de mil quinientas muertes. A lo largo de las siguientes jornadas de lucha, el mar será escenario de similares operaciones. Por una parte, detención y ataque de convoyes alemanes por parte de los británicos; por otra, ametrallamiento de la flota inglesa por la aviación germana.

Las acciones realizadas sobre tierra firme tampoco se vieron definidas por el momento, lo que impulsará a los alemanes, llegado el día 22, a lanzar mayores contingentes de paracaidistas. Los *JU 52* transportarán a cuarenta de ellos en cada vuelo, registrándose un ritmo de recuperación de veinte aeroplanos por hora. Estos, tras haber lanzado su carga, regresan al continente a recoger a otros destacamentos. Durante esa misma jornada, el intento británico por recuperar el aeropuerto de Meleme, ocupado por los alemanes, se vería frustrado, lo que daría ya un giro definitivo a la batalla.

A partir de entonces, las posiciones aliadas deberán ir replegándose, a pesar del lanzamiento de una serie de ataques que en general se verán rechazados con éxito. Al día siguiente, cae en poder de los alemanes la ciudad de La Canea, capital de la isla. Las siguientes cuarenta y ocho horas estarían de esta forma dedicadas a proceder a la evacuación de las fuerzas combatientes al mando del general Freyberg hasta los navíos de la *Royal Navy* que las conducirán a Egipto. Unos 17.000 hombres, algo más de la mitad del total de los combatientes, logrará llegar a su destino. Los demás quedarán en poder de los alemanes.

Acerca de la violencia de los combates habidos, da idea el saldo definitivo que arrojaría la lucha; el ejército británico presentaba un total de 1.742 muertos, 1.737 heridos y 11.835 prisioneros. En este bando, veintitrés cazas y otros tantos bombarderos se venían a unir a la pérdida de más de doscientas treinta mil toneladas de barcos, hundidos o abandonados de forma obligada. Por su parte, los vencedores alemanes contaban con 321 muetos o desparecidos y 217 heridos en sus fuerzas aerotransportadas; el ejército de tierra había sufrido un total de 3.674 muertos o desaparecidos y 2.004 heridos.

Al concluir los combates, la *Luftwaffe* se veía privada de más de doscientos aparatos; a la inversa, la flota británica quedaba reducida en sus efectivos a dos acorazados, tres cruceros y diecisiete destructores, no todos ellos en perfecto estado.



GENERAL FREYBERG

Bernard Cyril Freyberg nació en Londres en el año 1889. Participó en la Primera Guerra Mundial y sirvió en las fuerzas armadas de su país hasta 1937, alcanzando el grado de general. En la campaña de los Dardanelos había mostrado ya para entonces una gran valentía y dotes de mando.

En 1939, con el inicio de la nueva guerra mundial, se reincorpora al servicio y manda a las fuerzas neozelandesas estacionadas en la isla de Creta ante el agravamiento de la situación en la península balcánica. Más adelante pasa a dirigir la totalidad de las fuerzas aliadas situadas en los escenarios del Próximo Oriente. Desde este puesto planea todas las operaciones que en ellos tienen lugar. Llegada la paz, fue nombrado gobernador general de Nueva Zelanda, cargo que desempeñó hasta el año 1952.

BAJO LA BOTA NAZI

La instauración del *Nuevo Orden* supuso por una parte la implantación de unas formas de explotación material de los países ocupados que actuó en perjuicio de las poblaciones de los mismos hasta niveles especialmente dramáticos. El *espacio vital* que Alemania precisaba para su expansión afectaba a grandes territorios, cuyos habitantes no podían seguir manteniendo sus formas de vida tradicionales, para pasar a convertirse en verdaderos esclavos de los nuevos amos de Europa.

De esta situación, la figura de Heydrich resulta el ejemplo más ilustrador. Igualmente, se incluye un estudio acerca de los sufrimientos padecidos por la retaguardia, que por vez primera en la historia de las guerras resultó tan duramente afectada, o incluso más, que los mismos combatientes. En último lugar, se trata acerca del fundamental fenómeno de la propaganda nazi, que actuó de forma decisiva sobre las poblaciones sometidas a su control desde los primeros momentos de la imposición del régimen hitleriano.

Tropas de infantería alemana en los carreteras de la Francia ocupada



El Nuevo Orden alemán sobre Europa

El concepto de *Nuevo Orden* fue utiliado con frecuencia por los propagandistas alemanes durante la guerra como base del proyecto de organización del espacio europeo tras su dominación por el Tercer Reich. Pero, en realidad ninguna autoridad concreta estatal —incluido el propio Hitler— se preocuparía menos de delimitar de forma concreta el sentido y la extensión del término sobre el terreno práctico. Así la apariencia estructurada que ofrecería la Europa conquistada no sería más que un elemento de ocultación de una realidad caótica, desorganizada y susceptible de desmoronamiento en caso de recibir un empuje suficientemente fuerte.

Los círculos dirigentes en Alemania consideraban todo reajuste del mapa del continente a partir de la idea de una conquista inicial, seguida a continuación por la anexión directa de los territorios intervenidos militarmente. En algunos momentos, incluso, Hitler trataría de ofrecer la impresión de hallarse actuando en interés de la totalidad de los pueblos europeos, como sucedió con ocasión del ataque contra la Unión Soviética en 1941. Así, llegaría a pometer la cesión de extensos territorios en el Este para su colonización por contingentes de población de diversas procedencias, incluida su advesaria Gran Bretaña.

Sin embargo, la realidad de los hechos se encargaría de probar con el paso del tiempo que Alemania actuaba en este plano en base a dos finalidades complementarias de exclusivo interés particular. Por un parte, obtenía óptimos resultados propagandísticos mediante la anexión de países o regiones pobladas por elementos de raza y cultura germanas. Por otra, lanzaba sus fuerzas sobre espacios que en el plano económico resultaban importantes, y aún imprescindibles, para el mantenimiento del orden económico propio. Así, la más drástica e inhumana explotación de recursos humanos y materiales se convertiría en el fin principal de esta expansión, que alcanzaría su cénit durante el verano del año 1942. Solamente tres años más tarde, el continente se vería libre de esta presencia, que por un tiempo lo había convertido en un heterogéneo conjunto de Estados sojuzgados de manera fulminante.

Una ordenación múltiple

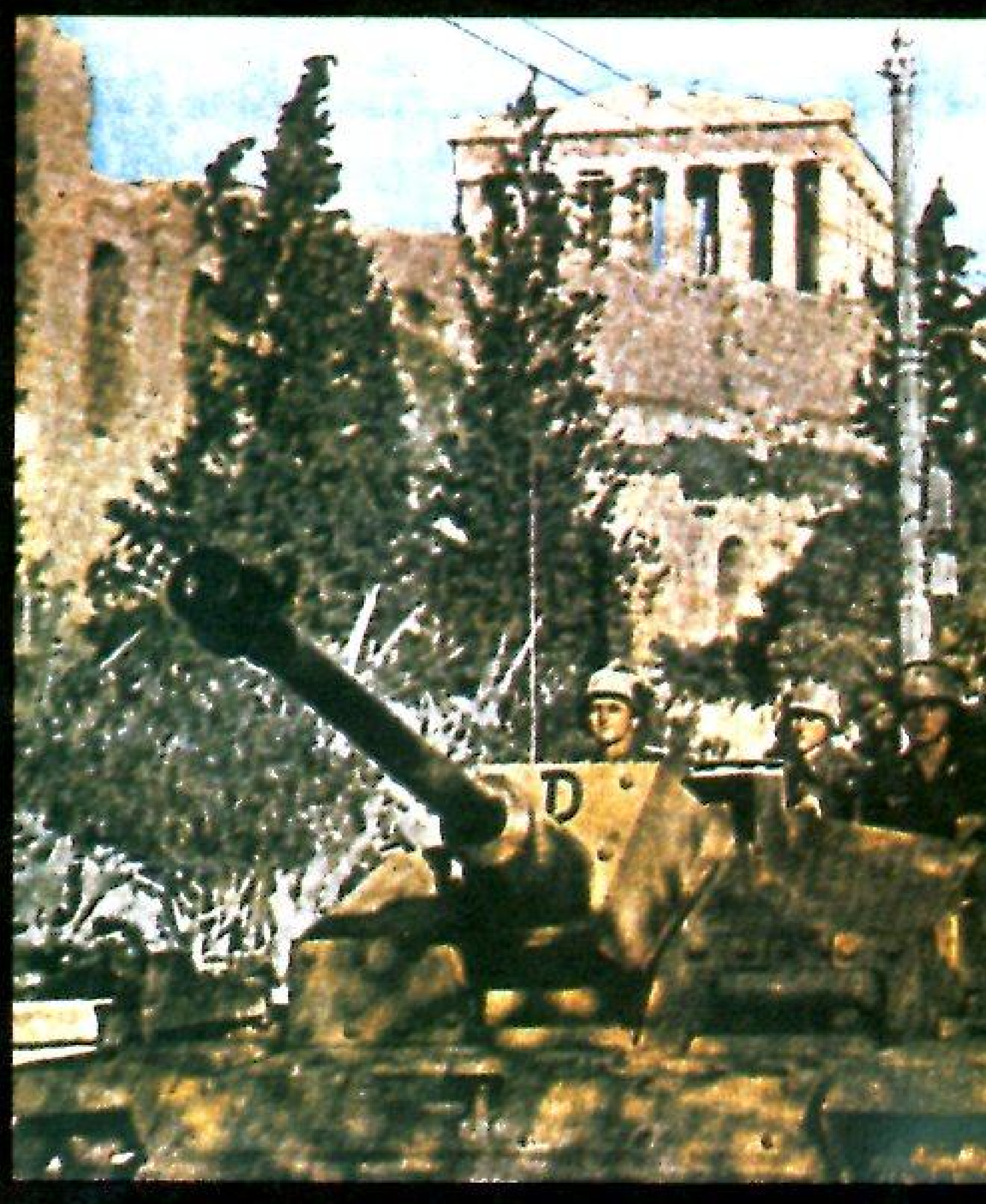
Para entonces Europa se organizaba según las directrices provenientes de Berlín, desde el cabo Norte a la isla de Creta, y desde el Atlántico francés hasta el mismo corazón de la Unión Soviética. Esto haría posible la aparición de una variada serie de formas de administración, generadas tanto en función de las necesidades del ocupante como derivadas de las circunstancias propias de cada caso en particular.

Ya desde antes del comienzo del conflicto, algunos territorios ocupados formaban parte del estricto territorio del Reich. La debilidad de las democracias había entregado a Hitler pequeños e indefensos países con ánimo de conseguir su apaciguamiento sin obtener a cambio las finalidades buscadas. Así, la Austria anexionada en 1938 no constituía ya más que una secundaria región del Reich, al que también habían sido incorporadas las regiones de los Sudetes —producto de la desmembración de Checoslovaquia— y el industrializado Sarre.

En el momento de máxima expansión alemana, el continente presentaba este panorama, ordenado en función del grado de dependencia que unía a los países ocupados con el poderío nazi.

A. Los territorios *incorporados* eran los que se encontraban más directamente sujetos a la voluntad del invasor. Estaban organi-





Carteles de petición de voluntarios para el Ejército aleman en los países ocupados y una muestra de la presencia nazi en Grecia

AVEC TES CAMARADES EUROPÉENS
SOUS LE SIGNE ϟϟ
TU VAINCRAS !

zados bien como nuevas circunscripciones territoriales del Reich bien como adiciones a las ya existentes. Así, aparecen en el Este los territorios de Danzig y Prusia Occidental, además de varias regiones polacas de interés económico o estratégico. En el Oeste, por su parte, tres cantones belgas fueron adscritos a las regiones alemanas limítrofes.

B. Los territorios *situados bajo el mando de un jefe de administración civil* eran aquellos que por razones de índole varia estaban destinados a formar parte integrante del territorio del Reich. Así, se impuso sobre ellos un proceso de sistemática germanización con ánimo de transformarlos en breve tiempo en zonas perfectamente asimilables. Se trataba de algunos fragmentos de la desmembrada Yugoslavia, las francesas Alsacia y Lorena, el Gran Ducado de Luxemburgo y una extensa región de Polonia. Aquí, aspectos económicos como los referidos a las comunicaciones de toda clase, aduanas, etc. pasaron a ser directamente administrados por los alemanes, que potenciaban al máximo todo posible componente germánico de sus poblaciones.



HANS FRANK

El que sería conocido posteriormente como el* verdugo de Varsovia *nació en la ciudad alemana de Karlsruhe en el año 1900. Muy pronto se hizo miembro del partido nacionalsocialista, en cuyo interior se dedicó ante todo a la tarea de defender judicialmente a los nazis detenidos por sus acciones violentas. En las elecciones de 1930 fue elegido diputado para el Reichstag. Con el ascenso de Hitler a la cancillería, Frank fue nombrado ministro de Justicia de Baviera, cargo que ocupó durante dos años. Luego ocupó el cargo de ministro sin cartera del Gobierno central. En 1939, tras la invasión de Polonia, el* Fürer *le nombró gobernador general de este país en las zonas dominadas por los alemanes. La población judía y la clase intelectual polaca fueron las víctimas de su cruenta política de exterminio. En 1946, el tribunal de Nuremberg le condenó a muerte por delitos contra la humanidad y fue ejecutado.

C. Los territorios *agregados* contaban asimismo con una administración alemana en su práctica totalidad. Dentro de este concepto se hallaban el denominado *Gobierno General* resultante de la desmembración de Polonia, la *Comisaría del Reich* en Ucrania, la Rusia Blanca y el especial caso del *Protectorado de Bohemia-Moravia*. Todos estos territorios se encontraban incluidos dentro de los límites aduaneros alemanes y, a pesar de que oficialmente contaban con administraciones autónomas, se veían sujetos a la legislación emanada del Reich. Junto a esto, debe mencionarse el esquema presentado por el vasto *Ostland* —territorios del Este—, sobre el que se planeaba una colonización realizada por elementos germánicos puros. En su interior, las situaciones existentes variaban desde el moderado sistema de autogobierno concedido a los Estados Bálticos hasta el absoluto control ejercido sobre una Ucrania destinada a la directa y sistemática explotación económica.

D. Los territorios *ocupados* eran aquellos que de forma especial poseían un interés económico o estratégico, cuya incorporación al Reich no estaba prevista. Eran éstos Bélgica, la zona ocupada de Francia, Grecia y la Servia yugoslava, además de Noruega y los Países Bajos. Contaban con una administración militar y se situaban bajo directo control del ejército de ocupación. Un caso muy especial a añadir es el presentado por el que fue considerado verdadero modelo, implantado sobre Dinamarca. Aquí, el control se ejerció por vías diplomáticas, y fue permitido el funcionamiento de las instituciones parlamentarias propias y aún el mantenimiento del ejército nacional, si bien en situación de confinamiento.

E. Las llamadas *Zonas de operaciones* nacieron a raíz del abandono italiano de la guerra, en el otoño del año 1943. Se organizaron sobre territorios de este país considerados por Alemania espacios de interés primordial:

el litoral adriático y la zona prealpina. El primero reunía regiones italianas y yugoslavas, mientras que la segunda afectaba al norte lindante con el territorio de la desaparecida Austria.

Por otra parte, deben citarse también los específicos como presentados por los Estados nacidos al amparo del ocupante, como productos del desgajamiento de varios países, que actuaban en estrecha dependencia de las directrices emanadas de Berlín. Eran éstos el denominado *Estado libre francés* y los instalados en Eslovaquia y Croacia. Los tres contaban con el apoyo expreso de amplios sectores de la opinión de sus respectivos países, y eran verdaderas plasmaciones de las ideologías más conservadoras —y católicas confesionales— que sobrevivían entre aquellos.

Finalmente, se sitúan los países aliados, teóricamente independientes al hallarse libres de la presencia militar alemana pero de hecho verdaderos satélites del Reich. Actuaban como aprovisionadores de las materias primas —petróleo y productos agrícolas, sobre todo— que éste precisaba tanta para su propio mantenimiento normal como para llevar adelante el esfuerzo bélico iniciado. Dentro de este ámbito se situaban las dictaduras conservadoras de Hungría, Rumanía y Bulgaria, así como también el caso especial de Turquía. Todos estos países se encontraban incluidos de forma tradicional dentro de la órbita económica alemana y, una vez comenzada la guerra, los tres primeros se verían obligados a adherirse al *Pacto Tripartito* por imposición del poder germano.

Caso especial es también el de Italia, nominalmente mantenedora de su independecia pero unida de forma creciente —económica, política y militarmente— a Berlín. Tras la caída de Mussolini, la partición del país y su ocupación por las tropas alemanas servirían como marco para la instalación de la denominada *República Social* con sede en Saló. Esta reproducirá sobre suelo italiano aquellas formas de dependencia de un ente estatal creado sobre fracciones de un país invadido y desmembrado.

Por último, como consideración de validez general, debe ser destacado el hecho de que la actitud alemana con respecto a los países vencidos o aliados en posición inferior mantuvo en todo momento los designios por sus propios intereses. Nunca Berlín intentó convencer a los gobernantes o a las poblaciones de los mismos del hecho de la existencia de una comunidad de intereses. Por el contario, desplegó toda su fuerza represiva con el fin de demostrar quién era el elemento decisor del momento, con lo que se enajenó muchos posibles apoyos que de otra forma hubiera podido obtener.

El Nuevo Orden económico

Las líneas generales de la política económica en los países ocupados era ordenada por



SEYSS-INQUART

Arthur Seyss-Inquart nació en la ciudad de Stannern, en Austria, en el año 1892. En 1928 se afilió al partido nacionalsocialista. Fue nombrado por Hitler Gauleiter, *máximo responsable del partido, en la ciudad de Viena. En marzo de 1938, debido a la presión ejercida por Berlín, el canciller Shcussnnigg le nombra ministro del Interior. Austria ya estaba a punto de ser anexionada por el Reich, y Seyss-Inquart se encargó de solicitar la penetración de las tropas de la* Werhmacht *en su territorio. Fue él también quien proclamó el* Anschluss *o unión de ambos países, que convirtió a este Estado en una provincia más del Reich.*
Seyss-Inquart fue nombrado Statthalter *de su país hasta el mes de mayo de 1939. En ese año fue adjunto de Frank en Polonia y entre 1940 y 1943, comisario del Reich en la ocupada Holanda. Allí ordenó la sistemática deportación y exterminio de la mayor parte de la población hebrea. En 1944 culminó su carrera política como administrador civil de Dinamarca. En 1946 fue condenado a muerte por el tribunal de Nuremberg y ejecutado en la horca.*

los órganos que tenían esta misma misión dentro del territorio del Reich. Por su parte, la práctica cotidiana de estas directrices estaba encomendada a las autoridades civiles o militares estacionadas en aquellos países. Junto a ello, aparecían organizaciones cooperativas de negocios que gestionaban el funcionamiento de las empresas. Las líneas básicas de actuación en todos los casos eran fundamentalmente dos: por una parte, la identificación y mantenimiento de los suministros de mercancías y maquinaria de importancia; por otra, el inicio o la recuperación del anterior ritmo de producción en las fábricas que producían bienes básicos para la economía de guerra del Reich.

El control de las actividades económicas de estos países no se encontraba ordenado en forma unificada, ya que dependía de los estatutos de ocupación en particular. Aquí aparecen tres modelos principales, que a continuación se sintetizan:

1. Las denominadas *zonas incorporadas*, que tenían una vida económica dirigida por el ocupante y contaban con diferentes grados de autonomía según los casos, desde una mayor libertad de acción legal en el caso de Bohemia-Moravia hasta la nula participación que se permitía a los naturales en los territorios ocupados de la Unión Soviética. Dentro de este grupo destacan como rasgos más importantes los siguientes:

- Existencia de una doble administración económica en Bohemia-Moravia
- Determinante presencia alemana en la Administración del Gobierno General de Polonia.
- Sustitución absoluta de los funcionarios locales en los territorios del Este.
- Actuación de empresas particulares alemanas y presencia de los monopolios industriales del Reich en la explotación del territorio soviético ocupado.
- Aprovechamiento al máximo de los recursos minerales y agrícolas de los Balcanes, fundamentales para el sostenimiento de Alemania.

2. Los países situados bajo *control indirecto* eran los más avanzados de la Europa nórdica y occidental. En ellos, el ocupante procuró dejar la administración económica en manos de los gestores locales, que actuaban según directrices emanadas de Berlín y dirigidas a potenciar los sectores que tuviesen mayor importancia para los intereses de Alemania. Esta situación, que favorecía la presencia de una doble administración presentaban una serie de ventajas. Desde las que suponía el hecho del conocimiento del medio por parte de los gestores hasta los hasta los múltiples casos de cooperación interesada con el ocupante que se producirán, pasando por la reducción de las fracciones que hubieran podido producirse con la población.

Este modelo alcanzaría sus mejores resultados en los Países Bajos y en la Francia de Vichy, que vieron controlados sus sectores económicos más estratégicos, como la producción industrial, lla extracción y tratamiento de materias primas, los respectivos Bancos nacionales, etc., entre otros. Junto a la administración doble, finalmente, existía una serie de organismos alemanes que actuaban como controladores económicos en sectores específicos de la producción.

3. En tercer lugar, debe ser destacada la influencia germana sobre otra serie de países —entre ellos España— que, sin encontrarse ocupados de hecho se hallaban sometidos a permanente presión alemana bajo todos los aspectos. El Reich mantenía este clima de amenaza sobre dos frentes: por una parte en base a su poderío militar, y por otra a partir de su situación como controlador de las principales fuentes de materias primas del continente.

Ya se ha mencionado el tradiconal dominio económico que Alemania ejercía sobre el Sudeste europeo, que se traduciría en sujeción política llegado el momento de la guerra sobre los países allí situados. Pero otros, teóricamente libres de esta presión —como Suecia, Suiza e Italia— se veían asimismo a depender de las importaciones procedentes de Alemania, sobre todo de elementos de vital importancia como el carbón. Como contrapartida, debían entregarle aquellos productos que necesitaba para el mantenimiento de su maquinaria bélica en movimiento.

De hecho se comprueba en general que la ordenación económica de estos países estaba de acuerdo en líneas generales con el tratamiento que sus habitantes recibían por parte del invasor. Trato éste que oscilaba entre la más sistemática crueldad —y directa expoliación económica— aplicadas sobre los territorios del Este, hasta unas formas más moderadas en ambos sentidos que rigieron la vida y la actividad de los habitantes de los más evolucionados países de tradición demoliberal.

El espacio vital

El *espacio vital (Lebensraum)* es una construcción teórico-política, una derivación hitleriana y una estrategia imperialista. Como construcción teórico-política, la idea del *espacio vital* estuvo firmemente anclada en ciertos autores, alemanes y no alemanes, y en la praxis de los movimientos pangermanistas. Hitler combinó, explosivamente, parte de tales nociones con sus peculiares concepciones racistas, que contaban a su vez con un trasfondo social y cultural propio. Por último, desde el ejercicio del poder la conquista del *espacio vital* orientó los esfuerzos del Führer y terminó dando un sentido particular a la guerra que desató en septiembre de 1939.

Naturalmente, la nítida distinción entre tales acepciones no siempre es posible. Las interrelaciones entre las mismas plantean uno de los problemas más fascinantes en el análisis de la cultura política e ideológica de que surgió el nacionalsocialismo. Si en este ensayo mantenemos una diferenciación será, esencialmente, por motivos didácticos.

Construcción teórico-política

El creador de la teoría del *Lebensraum* fue el gran geógrafo alemán Friedrich Ratzel (1844-1904), profundamente influido por el biologismo y el naturalismo del siglo XIX. Ratzel pretendió trasladar a la historia universal las leyes de la zoología y de la botánica, lo que le condujo a sobrevalorar en aquélla el papel de los factores naturales, en detrimento de los económicos, sociales y culturales.

Ratzel postuló una relación básica entre espacio y población e indicó que la existencia de un Estado quedaba garantizada cuando dispusiera del suficiente espacio para atender a las necesidades de la misma. Elevó la conquista del espacio a la categoría de principio informador de la evolución histórica, y en ello Ratzel no desdeñó el papel de la guerra como medio de favorecer el crecimiento de los Estados.

Estas ideas eran bastante generales, pero empezaron a adquirir coloración política concreta gracias a los trabajos del politólogo sueco Rudolf Kjellen (1864-1922), quien acuñó el término de *geopolítica* para caracterizar el análisis de la influencia de los factores geográficos sobre las relaciones de poder en la política internacional. Kjellen defendió al tiempo una visión organicista del Estado y desarrolló algunas de las concepciones del geógrafo británico Sir Halford John Mackinder (1861-1947).

Este, en una notable conferencia de 1904 (*El pivote geográfico de la historia)*, expuso la tesis de que el Asia central y la Europa del Este se habían convertido en el centro estratégico del planeta (la *isla mundial* o *corazón del mundo)*, como consecuencia del decaimiento relativo del poder marítimo radicado en los otros continentes y en los países situados en torno a aquélla. Quien dominara dicho *corazón (heartland)*, dominaría el mundo.

Tal conceptualización se había extraído de la rivalidad anglo-germana, pero podía ser reconducida a la pugna entre el Imperio alemán y la Rusia zarista. En parte, esta fue una de las tareas abordadas por el Movimiento Pangermánico *(Alldeutscher Verband)* antes de la Primera Guerra Mundial y después, y recibió visos de respetabilidad científica de la mano del geopolítico alemán Karl Haushofer (1869-1946).

Haushofer, ex general, nacionalista ardiente, conservador enraizado en las tradiciones de la Alemania guillermina, aplicó las nociones generalizadoras de Ratzel a la

situación concreta en que se encontraba su país tras la derrota y los recortes territoriales sufridos en el Tratado de Versalles.

Haushofer adujo que la base de toda política exterior era el espacio vital de que dispusiese el cuerpo nacional. La acción del Estado consistía en defender tal espacio y en ampliarlo cuando resultara demasiado angosto.

Posiblemente, en ello le guiaba la idea de hacer coincidir las fronteras estatales con las del pueblo *(Volk)*, asegurando así la preeminencia alemana en la Europa continental, que la Primera Guerra Mundial parecía haber barrido.

En la lucha por el espacio coincidían, para Haushofer, la búsqueda de la mayor seguridad militar posible, la aspiración de los pueblos más fuertes e idóneos al mejor aprovechamiento económico del territorio y, en el caso concreto de Alemania, el reenganche con la añeja tradición histórica de la toma de tierras a los pueblos eslavos del Este.

La derivación hitleriana del «espacio vital»

Las influencias de Ratzel, Kjellen, Mackinder y, en particular, de Haushofer sobre la política nazi suelen exagerarse, incluso en la actualidad. Pero contribuyeron a crear un caldo de cultivo de otro tipo de argumentos más radicales, que son indisociables de las peculiares concepciones racistas del nacionalsocialismo.

La carrera política de Hitler se inició relativamente tarde, cuando tenía ya casi treinta años, y, en todo caso, después de la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial. Esta experiencia explica que la política exterior constituyera uno de los pilares de su pensamiento, dominado en un principio por la aspiración a modificar los resultados del derrumbamiento de los sueños imperiales.

Este incipiente revisionismo no excluyó nunca, desde sus orígenes, el recurso a la guerra, si bien en el contexto de una política de alianzas dominada por los imperativos de la geografía: alianza con Italia (incluso antes de la llegada de Mussolini al poder) y con Inglaterra contra el enemigo secular en el Oeste: Francia.

Ya en 1922, sin embargo, Hitler pensaba en la posibilidad de triturar la Unión Soviética, con ayuda inglesa, a fin de conseguir territorio que poblar con colonos alemanes. De hecho, en algunas de sus manifestaciones más tempranas aflora ya la idea de que en el Este había abundante espacio que ocupar para obtener la producción agrícola que hacía imperativa la expansión demográfica.

En la prisión de Landsberg empezó a escribir *Mein Kampf*. En su primer tomo, aparecido en 1925, Hitler dio con la solución: los alemanes tenían el derecho moral de adquirir territorios ajenos gracias a los cuales cabría atender al crecimiento de la población.

Se preconizaba la ocupación territorial frente a otras alternativas de resolver el dilema (control de natalidad, intensificación de la colonización interior, integración en las corrientes comerciales internacionales vía forzamiento de la exportación) y se divisaba en la marcha hacia el Este la continuación de las conquistas de los caballeros teutones de antaño.

En el segundo tomo, aparecido algunos meses más tarde, en 1926, Hitler se pronunció claramente por la absoluta necesidad de eliminar la desproporción entre la población alemana y la superficie territorial que ocupaba, contemplada esta última como fuente de alimentación y como plataforma de potencia militar.

Tropas alemanas desfilando por Praga, 1939



Judío alemán con el distintivo de la estrella amarilla, impuesta por Hitler

Tal eliminación no estribaba en restaurar las fronteras de 1914, que le parecían ilógicas, sino en conquistar nuevas tierras al Este, donde el gigante soviético estaba condenado al colapso debido a sus disensiones internas.

Estas nociones determinaban la naturaleza de la política exterior tal y como la entendía Hitler: la lucha por la conquista del nuevo espacio vital, y no la rectificación de las fronteras políticas, estaba en la base de la acción exterior del Estado. Pero, ¿para qué? No sólo para asegurar el sustento a la población —creciente, según él—, sino, y sobre todo, para garantizar su supervivencia, a expensas de las razas inferiores.

La política exterior de Hitler no puede comprenderse, en efecto, sin esta vinculación esencial. Lo que la lucha de clases era al marxismo, era para el nacionalsocialismo la lucha entre las razas. En un *tour de force* conceptual que miraba al pasado, la biología se convertía en el valor supremo y determinante de los valores fundamentales de la comunidad nacional.

Ya en su primer escrito político, una carta del 16 de septiembre de 1919, Hitler abogaba por la eliminación de los privilegios de que gozaban, según él, los judíos y por la adopción de medidas legales para reducir su influencia. Un crudísimo darwinismo social malamente digerido y la soberbia creencia en la innata superioridad de la raza aria fueron los pilares de la filosofía política, extremadamente burda, de Adolf Hitler.

El que luego fue Führer divisaba en la existencia humana una lucha amarga por la supervivencia. Para él los hombres no se diferenciaban de los animales, en la medida en que su conducta estaba condicionada claramente por dos factores básicos, el hambre y el amor. Para mantenerse a sí mismos, los hombres debían satisfacer el primero, y al atender al segundo contribuían a la perpetuación de la especie.

Sin embargo, como el espacio a disposición del hombre estaba limitado por la geografía y los confines del planeta, la lucha entre las razas era la consecuencia inevitable de la aspiración del ser humano a colmar sus anhelos.

El principal deber de la raza era sobrevivir y propagarse. Esto sólo podía conseguirse gracias a la expansión territorial y a expensas de otros pueblos.

La raza de mejor calidad tenía un derecho sagrado a asegurar su supervivencia, y así la historia se convertía en la suma de los esfuerzos en pos de dicha supervivencia a través de la conquista de nuevo espacio vital. La política era, simplemente, el arte de dirigir tal esfuerzo, y el fin de la política exterior consistía en establecer *una relación sana y viable entre la población de una*



nación y su crecimiento, por un lado, y la cantidad y calidad de suelo de que dispone, por otro.

En su *Segundo libro*, continuación lógica de *Mein Kampf* y que no llegó a publicarse (data de 1928), Hitler conjuntó los elementos esenciales de su pensamiento: su misión histórica estribaba en aniquilar a una raza de escaso valor, los judíos, que obstaculizaban la conquista del espacio a las superiores y que carecían de uno propio que proteger o ampliar.

El pueblo judío no puede proceder, por falta de capacidad productiva, a construir un Estado de anclaje territorial. Necesita, como fundamento para existir, del trabajo y de la capacidad creadora de otras naciones. La existencia del judío se convierte, así, en parasitaria dentro de la vida de otros pueblos.

Si el suelo (espacio) constituía la base general de la economía que satisface las necesidades de un pueblo merced a los esfuerzos que éste desarrolla, dado que los judíos no tenían suelo propio, se entendía que vivían a costa del de sus anfitriones y gracias a las energías productivas de estos últimos. Eran parásitos y, en consecuencia, dañinos.

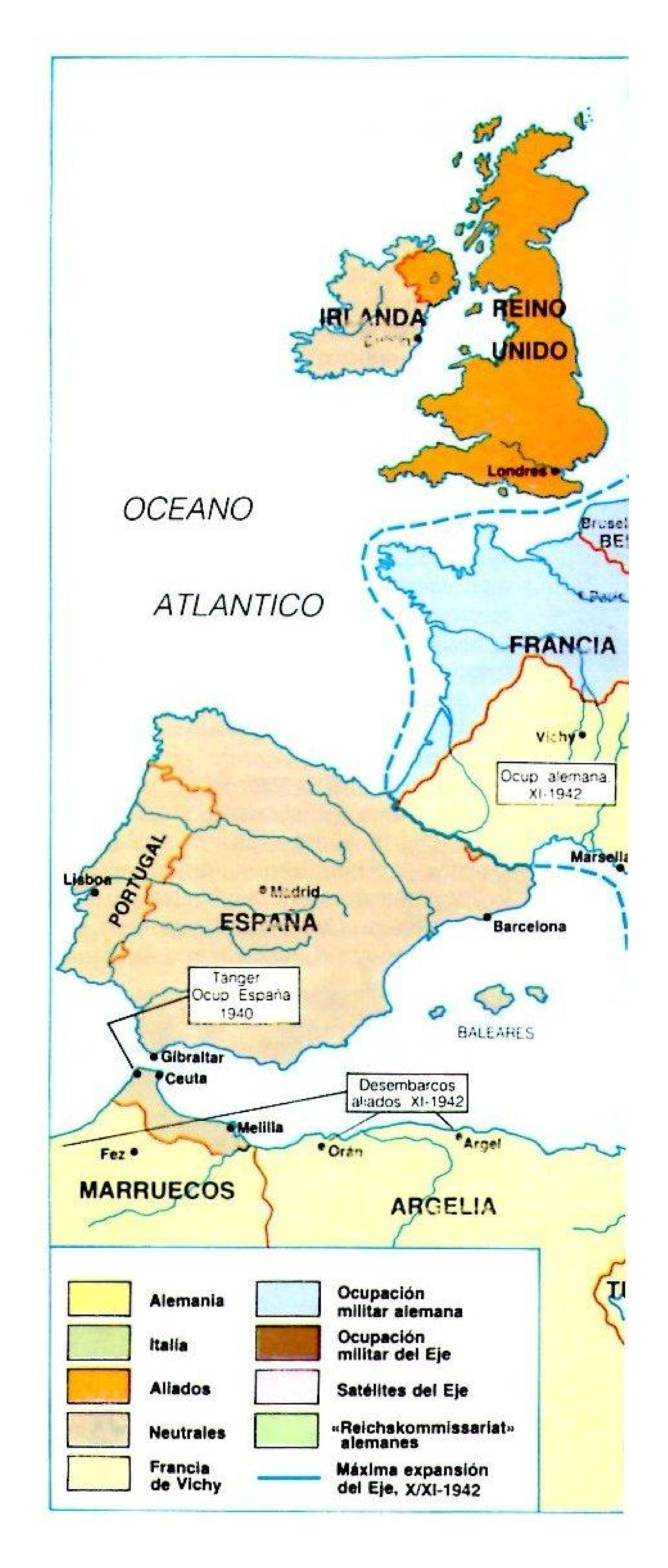
Hitler reconocía el derecho de otros pueblos a buscar su propio espacio vital, siempre y cuando tuvieran un alto valor racial y no se vieran corrompidos por el parasitismo judío. Dichos pueblos eran rivales naturales del alemán, pero éste podía aliarse con ellos si aspiraban a conquistar espacios en los que Alemania no quería penetrar.

Tal era el caso de Italia, con su política expansiva en el Mediterráneo y hacia Africa; o de Inglaterra, con su proyección ultramarina. Pero el papel histórico de Alemania, del pueblo alemán, era vencer a Francia y luego extenderse en el Este a costa de Rusia, infestada completamente por el judaísmo.

Estrategia imperialista

Esta *cosmovisión*, de simplicidad y brutalidad extremas, no carecía de cierta lógica interna, y tuvo consecuencias catastróficas cuando pasó a inspirar la política exterior de una gran potencia.

Hoy los historiadores coinciden en que la política exterior hitleriana, a pesar de todo





Mapa de Europa en 1942. Las conquistas nazis habían cambiado el mapa europeo. Las potencias del Eje aumentaron sus territorios a costa de sus vecinos, mientras los países de Europa central y oriental se convertían en Estados satélites o eran ocupados militarmente.

su oportunismo y de su maniobrabilidad táctica, estuvo determinada por una serie de ideas más o menos fijas a las que Hitler se atuvo con singular tenacidad.

Estas ideas cristalizaron en un *programa*, en una secuela deseada de acontecimientos, que el Führer entendía realizar en su vida sólo en parte. Posteriormente, el *programa* sufrió una aceleración y Hitler se lanzó, decidido, a la consecución lo más amplia posible del mismo.

Dicho *programa* estaba alentado por un número reducido de nociones básicas: conquista de espacio vital, predominio racial y aspiración al establecimiento de una posición dominante para el Tercer Reich, merced a su superioridad biológica.

Como punto de partida, el *programa* subrayaba, en primer lugar, la necesidad de consolidación interna de la nueva Alemania: rearme material y sicológico, unificación de todos los territorios poblados por alemanes. En paralelo se desarrollaría una política de alianzas con Italia e Inglaterra, que permitiría destruir a Francia como potencia militar y dar al traste con la pequeña Entente, abriendo Checoslovaquia, Rumania, Polonia y los Estados bálticos a la dominación alemana. De tal suerte quedaría expedito el camino para proceder a la conquista de Rusia.

El dominio sobre el continente europeo, aliado a Inglaterra o seguro de su neutralidad, era, en la opinión de Hitler, la tarea de su vida. Se trataba de una misión gigantesca, al término de la cual refulgía la trituración del refugio del bolchevismo y del judaísmo, en el que el pueblo alemán encontraría un espacio considerado esencial.

Hildebrand ha sistematizado en tres etapas el *programa* de Hitler:

— Creación de un núcleo de poder de proyección mundial centrado en Europa.

— Expansión ultramarina, bien al lado de Inglaterra o en lucha contra ella, llegando a una confrontación, inevitable, con los Estados Unidos, entendida como un combate por la supremacía mundial entre Europa y América.

— Dominación alemana sobre el planeta: *El predominio racial del pueblo alemán garantizaría tal situación y la perpetuaría: similar a un dios, el hombre nuevo preservaría este predominio mundial de la sangre germánica, oponiéndose a todo cambio. La historia mundial alcanzaría así su final y la dinámica del proceso histórico se congelaría en la estática, biológicamente fijada, de la utopía.*

Pero Inglaterra no se comportó con arreglo al *programa*, por lo que Hitler se vio obligado a modificar éste, en el sentido de comprimir el plan de varias etapas, que se extendía a lo largo de amplios períodos de tiempo en los que él ya no viviría. Merced a los retoques ulteriores, cabe reconocer, al lado de la primera fase (continental), los esbozos de la segunda —ultramarina y atlántica— e incluso los atisbos del camino en pos de la tercera —de hegemonía—, en la aceleración propinada a los planes de expansión imperialista a partir de 1941, tras el ataque alemán a la Unión Soviética.

Para abordar este último con éxito —y con independencia del globalismo de las metas finales, que ha dado origen a una intensa discusión entre los historiadores—, Hitler entendía que era necesario evitar una guerra de coalición contra Alemania.

La marcha hacia la realización de la primera fase de sus ambiciosos planes se basaría, pues, en la consecución de una serie de victorias en guerras parciales y localizadas que pudieran alcanzarse en campañas cortas y rápidas. Esta noción se materializó en la noción de la *Blitzkrieg* o *guerra relámpago*.

Hitler y Mussolini durante una visita al frente ruso, 1941



Como ha puesto de relieve Leach, la *Blitzkrieg* no era para Hitler una mera conceptualización militar, una aplicación táctica de los resultados de la mecanización de las fuerzas armadas para evitar la guerra de trincheras, que había resultado tan costosa en hombres y material en el primer conflicto mundial. Era una idea diseñada precisamente para evitar los lastres económicos, políticos y sicológicos de esta última.

A diferencia de Ludendorff, cuya noción de la guerra total era la coordinación de todos los aspectos de la vida nacional en un esfuerzo militar supremo, titánico, Hitler entendía que Alemania no estaría en condiciones de enfrentarse, en un primer momento, a todas las fuerzas que contra ella se movilizaran en Europa si utilizaba exclusivamente medios militares.

De aquí la importancia que correspondía a la propaganda, a la subversión, a la presión diplomática, al chantaje: todos ellos eran mecanismos destinados a reducir la voluntad de resistencia del adversario, tras lo cual el golpe final lo asestaría una *Wehrmacht* renovada, a la cabeza de la cual se situarían unidades móviles especialmente cualificadas. La guerra relámpago sería rápida y sangrienta y su resultado dependería críticamente del momento en que se adoptase la decisión de iniciarla. Hitler consideraba que ello dependía de su genio político y estratégico. La *Blitzkrieg* era el medio para un fin.

La preparación de la conquista

La táctica que debía desembocar en la guerra de conquista al Este pareció fracasar cuando, en septiembre de 1939, Inglaterra y Francia se declararon beligerantes contra Alemania tras la invasión de Polonia. Hitler, ciertamente, no esperaba esta reacción, pero tampoco la había excluido.

Hay indicios para suponer que no renunció por ello, antes al contrario, a sus propósitos iniciales. Ya el 10 de octubre señaló a los generales Von Brauchitsch y Halder que el objetivo de las hostilidades en el Oeste consistía en privar a las potencias occidentales de la posibilidad de obstaculizar la *consolidación del Estado y el sucesivo desarrollo del pueblo alemán en Europa*.

Lo que esto significaba lo ilustró mediante una serie de órdenes destinadas a mantener en condiciones las líneas de comunicación de Polonia, porque *el territorio es importante para nosotros desde el punto de vista militar, ya que puede ser utilizado co-*

Hitler y su Estado Mayor estudian los planes de la Operación Barbarroja





mo trampolín avanzado y para la concentración estratégica de tropas. El 23 de noviembre, ante una reunión de generales, el Führer explicó que su meta estribaba en *establecer una relación racional entre la población y el espacio en que ésta habitaba*.

El derrumbamiento de Francia pareció preludiar un período de paz y de recuperación, que se vino abajo por la tenacidad británica en continuar la guerra. Pero ya a finales de julio de 1941 Hitler expuso a sus generales que preveía la posibilidad de atacar a la Unión Soviética en la primavera del año siguiente, para no darle oportunidad de robustecerse. En el ínterin, quizá fuera factible doblegar a los británicos.

Como es notorio esto resultó imposible y, a pesar de las dudas que provocaba el mantenimiento de las hostilidades al oeste, Hitler, en una serie de decisiones en noviembre de aquel año, ordenó intensificar los preparativos para un ataque contra la Unión Soviética.

Una infructuosa visita de Molotov a Berlín sólo sirvió para reafirmarle en su diagnóstico y en sus prejuicios, a pesar de las reticencias de algunos de sus generales. En diciembre de 1940, un conjunto de directivas del Führer dieron nacimiento a la preparación específica de la *Operación Barbarroja*, destinada a aniquilar a la Unión Soviética como potencia militar.

Tal decisión modificaba, ciertamente, el *programa* original, pero no sólo era el intento, desesperado, de privar a Inglaterra de una posible fuente de ayuda, sino la concreción del carácter final que había de tomar la guerra que perseguía Hitler desde los años veinte.

Para muchos autores las directivas de diciembre de 1940 marcan el paso de una política de fuerza, más o menos racional, a otra dominada por concepciones dogmáticas y racistas. Según la sistematización de Streit, tras ello se combinaban cuatro motivaciones:

— Eliminación de la capa dirigente judeo-bolchevique de la Unión Soviética, incluidos los judíos europeos orientales, considerados como raíz biológica del bolchevismo.

— Subordinación de las masas eslavas, que era conveniente diezmar.

— Conquista de un Imperio colonial a germanizar por medio de colonos alemanes en las zonas más atractivas económicamente de la Unión Soviética.

— Creación de un gran espacio continental europeo bajo dominio alemán desde el cual proceder a la pugna final contra las potencias marítimas anglosajonas.

Esta última motivación tenía fuertes raíces económicas e históricas. La experiencia del bloqueo al que se habían visto sometidos los Imperios centrales en la Primera Guerra Mundial no había sido olvidada. También permanecían vivos los recuerdos de la guerra de dos frentes que entonces había sido preciso sostener. Ahora, con una victoria rápida en el Este, cabría mejorar la situación alimenticia y de materias primas del Reich y proseguir en mejores condiciones que nunca la guerra en el Oeste.

Estas esperanzas se vieron, como es sabido, truncadas. No en último término, la causa de tal fracaso radicó en la creencia nacionalsocialista de que el Estado soviético estaba agostado en virtud de su presunta descomposición racial interna y que sucumbiría fácilmente ante una aplicación masiva de la fuerza.

Este error tenía un fundamento estrictamente ideológico: la conquista de espacio vital debía servir para asentar colonos que, como señores feudales redivivos, extrajeran la última gota de sudor a los supervivientes sojuzgados de una población en gran medida exterminada.

La guerra en el Este tendría caracteres muy diferentes de la que se seguía al Oeste. Sería una guerra de aniquilamiento, en la que se trataba de privar de sustancia biológica a la capacidad de supervivencia del pueblo eslavo, racialmente inferior y bastardeado por la contaminación con los parásitos judíos.

Caracteres del exterminio

Ya en la campaña de Polonia, unidades especiales —los denominados *Einsatzgruppen*— habían aniquilado sistemáticamente a la *intelligentsia* polaca, a adversarios escogidos del régimen nacionalsocialista y a los llamados *indeseables raciales*.

Las fuerzas armadas alemanas *(Wehrmacht)* no habían participado, en su mayoría, en tales matanzas. La situación cambió con el carácter de la nueva guerra en el Este.

En primer lugar, desde el primer momento de la planificación, la *Wehrmacht* fue integrada en los preparativos del extermi-





Erik Koch, comisario del Reich en Ucrania, un burócrata despiadado

Cartel de propaganda nazi que denuncia la alianza anglo-soviética como un cumplót judío

Campesinos rusos ejecutados por los alemanes (foto Novosti)

nio, aunque después de 1945 numerosos oficiales y jefes se negaron a reconocerlo y postularon fuertes discrepancias con la dirección nacionalsocialista.

En segundo lugar, los temidos *Einsatzgruppen* desplegaron entonces su ya bien probada brutalidad, con el fin de aniquilar lo más rápida y eficazmente posible a la mayor masa de *parásitos* judíos.

No en último término, el trato dado a los prisioneros soviéticos, tanto en las zonas conquistadas como en Alemania, adonde fueron trasladados como mano de obra barata, se diseñó desde un primer momento para extraerles el máximo rendimiento económico en el menor lapso de tiempo posible, aunque ello les diezmara con rapidez inusitada.

Esta política brutal resultó estremecedora. Tanto Alemania como la Unión Soviética fueron, sin duda, los países más afectados por la Segunda Guerra Mundial. La primera perdió poco más de tres millones de soldados (de los cuales una cifra ligeramente superior a un millón como prisioneros de la segunda) y unos tres millones y medio de civiles. La URSS, por el contrario, hubo de lamentar 20 millones de muertos (incluidos judíos), es decir, casi el 40 por 100 de los 55 millones de víctimas en que se ha estimado el resultado del conflicto.

De estos 20 millones, siete se dieron entre la población civil, fallecidos por inanición, epidemias, acciones antiguerrilleras, exterminio, trabajos forzados y operaciones militares. Diez millones de soldados perecieron en combate o víctimas de sus heridas y el resto, unos tres millones más, murieron en campos de prisioneros establecidos por los alemanes. Streit ha calculado que de los 5,7 millones de prisioneros soviéticos un 58 por 100 de los mismos no vivió para contarlo.

En comparación, en la Primera Guerra Mundial la tasa de mortalidad había sido del orden del 5,4 por 100 para los prisioneros rusos (superior incluso a los de otras nacionalidades, cifrada en un 3,5 por 100).

La decuplicación del porcentaje de prisioneros muertos y el hecho de que casi una tercera parte de las víctimas soviéticas fueran civiles se explica por la aplicación de una política sistemática de exterminio de la población eslava y judía, en consonancia con las ideas raciales propugnadas por el nacionalsocialismo.

En relación con la segunda, el cuadro adjunto ofrece estimaciones no muy diferentes de los 5,7 millones de víctimas calculados durante los procesos de Nuremberg. Se observará que en aquellas zonas del Este en que la dominación alemana fue más duradera, el volumen de exterminio alcanzó proporciones muy considerables.

En relación estricta con la justificación ideológica y económica de la conquista de *espacio vital* en las inmensas llanuras soviéticas, los alemanes previeron desde el primer momento una explotación desaforada.

El 2 de mayo de 1941, tras una primera fase de los trabajos de planificación, las ideas manejadas habían dado como resultado lo siguiente:

— La continuación de la guerra sólo sería posible si a partir del año 1941-1942 la *Wehrmacht* se alimentaba exclusivamente con lo que se extrajera de la Unión Soviética.

— *Morirá de hambre, indudablemente, un número indeterminado de millones de seres humanos, si extraemos del país lo que necesitamos.*

— Lo más importante sería capturar todo lo que fuera posible en oleaginosas y cereales. Las tropas utilizarían la grasa y la carne.

Estos resultados no tardaron en ser considerados como mínimos tres semanas más

Una escena del campo de concentración de Auschwitz



ESTIMACIONES DEL HOLOCAUSTO JUDIO			
País	**Población judía previa**	**Población judía exterminada**	**%**
Polonia	3.300.000	3.000.000	90
Países bálticos	253.000	228.000	90
Alemania-Austria	240.000	210.000	90
Protectorado en Bohemia y Moravia	90.000	80.000	89
Eslovaquia	90.000	75.000	83
Grecia	70.000	54.000	77
Países Bajos	140.000	105.000	75
Hungría	650.000	450.000	70
RSS de Rusia Blanca	375.000	245.000	65
RSS de Ucrania (*)	1.500.000	900.000	60
Bélgica	65.000	40.000	60
Yugoslavia	43.000	26.000	60
Rumania	600.000	300.000	50
Noruega	1.800	900	50
Francia	350.000	90.000	26
Bulgaria	64.000	14.000	22
Italia	40.000	8.000	20
Luxemburgo	5.000	1.000	20
Rusia (RSFS) (*)	975.000	107.000	11
Dinamarca	8.000	—	—
Finlandia	2.000	—	—
TOTAL	8.861.800	5.933.900	67

(*) Ocupada en su totalidad por los alemanes.
Fuente: Lucy S. Dawidowicz, *The War Against the Jews, 1933-1945,* Bantam Books, Nueva York, 1976, pág. 544.

Ejecución de los judíos en un campo de concentración nazi





tarde. Una comisión interministerial de expertos y funcionarios determinó —entonces— que sería preciso extraer un mayor volumen de excedentes. Para ello, se reducirían drásticamente las raciones alimenticias.

Las consecuencias serían dramáticas: carencia de suministros a las zonas de bosque, incluyendo las que rodeaban los centros industriales de Moscú y Leningrado.

Los nacionalsocialistas planeaban, nada menos, que arrumbar la industrialización y la urbanización soviéticas: *Se trata de restablecer la estructura de 1900-1913 e incluso la de 1900-1902.*

Y en lenguaje burocrático se afirmaba: *No existe interés por parte alemana en el mantenimiento de la capacidad de reproducción de la zona, salvo en el suministro de las tropas que en ella estén estacionadas. La población de la misma, en particular la de las ciudades, tendrá que enfrentarse a sufrimientos y penalidades muy agudos motivados por el hambre. Se tratará de desviarla hacia Siberia. Como no se utilizará transporte por ferrocarril, el problema será grave.*

En ningún momento cabría establecer planes para prevenir los fallecimientos masivos mediante suministros de alimentos, ya que ello se haría a costa de la posibilidad de abastecimiento del Tercer Reich y en detrimento de su capacidad de enfrentarse a un bloqueo.

Con ello, la estrategia de conquista de *Lebensraum* llegaba, en la aberrante dictadura nacionalsocialista, a sus últimas conclusiones.

Sería erróneo atribuir los resultados sólo a la capacidad de convicción del Führer. La ideología nazi y sus brutalidades raciales inspiraban toda la maquinaria del Estado, incluidas las fuerzas armadas.

La necesidad de la lucha contra un enemigo caracterizado como racialmente inferior, como parásito, como subhombre *(Untermensch)*, y la aspiración a conquistar el espacio vital del Este eran objetivos muy difundidos entre la capa directiva del Tercer Reich, que no tuvo dificultades en encontrar funcionarios, militares y policías, es decir, a toda una masa decidida a poner en ejecución tales planes.

El sufrimiento humano que de ello se derivó sería indescriptible. Ciertamente, no sólo para los destinados al exterminio o a ver diezmadas, metódicamente, sus posibilidades de supervivencia.

Consecuente con su visión apocalíptica de una existencia basada en la lucha sin cuartel, cuando la ofensiva contra la Unión Soviética empezó a estancarse Hitler dio rienda suelta a sus peculiares concepciones darwinistas. El 27 de noviembre de 1941 señalaba: *Si el pueblo alemán no es fuerte y no está dispuesto a realizar sacrificios ni a ofrecer su propia sangre para defender su existencia, que perezca y sea aniquilado por otro más fuerte. No merecería, en efecto, ocupar el puesto que hoy se ha labrado con su esfuerzo.*

Con ello, ha indicado Hildebrand, quedaba identificada la contraseña a que se atendría Hitler en la política y conducción de la guerra que terminó inspirando.

En su testamento político del 29 de abril de 1945, firmado la víspera de su suicidio, y que es una obra increíblemente torpe, pero muy significativa, Hitler rechazaría indignado toda responsabilidad por la tragedia. El judaísmo era el motor único de la devastación que había asolado a tantos pueblos, aunque él no había dejado nunca de manifestar que en tal ocasión no se escaparían los culpables de la muerte por hambre de millones de niños europeos de los pueblos arios, de la muerte de millones de adultos y del fallecimiento de centenares de miles de mujeres y niños en los bombardeos e incendios de las ciudades. Tales culpables pagarían por ello *aunque fuese por medios más humanos* (sic).

Bibliografía

Klaus Hildebrand. ***Das dritte Reich,*** Oldenburg-Verlag, Munich, 1980. ***Deutsche Aussenpolitk, 1933-1945. Kalkül oder Dogma,*** 4.ª edición ampliada, Kohlhammer, Stuttgart, 1980. Eberhard Jäckel, ***Hitlers Weltanschauung,*** 2.ª edición ampliada, DVA, Stuttgart, 1981. Hans-Adolf Jacobsen, ***Karl Haushofer. Leben und Werk,*** Boldt-Verlag, Boppard, 1979. Helmut Krausnick y Hnas-Heinrick Wilhelm, ***Die Truppe des Weltanschauungkrieges. Die Einsatzgruppen der Siocherheitspolizei und des SD, 1939-1941,*** Claredon Press, Oxford, 1973. Christian Streit, ***Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen, 1941-1945,*** DVA, Stuttgart, 1978. Gert Sudholt, ed., ***Adolf Hitlers drei Testamente,*** Druffel-Verlag, Leoni am Starnberger See., sin fecha.



Reinhard Heydrich

El asesinato de Heydrich

La muerte violenta del Vice Reichsprotektor de Bohemia-Moravia, Reinhardt Heydrich, constituye uno de los episodios más significados de la evolución de la guerra en los países ocupados. Heydrich había nacido en 1904 en el seno de una familia de músicos, y desde muy joven se había sentido atraído por la vida militar. Ingresó primero en los *Freikorps* creados después de 1918 y, más adelante, en la Marina de guerra. Siendo ya oficial fue expulsado del cuerpo por razones todavía no suficientemente aclaradas.

Afiliado al partido nazi, alcanzó el grado de teniente en 1931 y comenzó a dedicarse a las tareas de espionaje e información. Pronto entró a formar parte de las *SS* organizadas por Himmler y, tras el ascenso de Hitler al poder, fue nombrado jefe de la *Gestapo*, la policía de seguridad del Estado. Desde este puesto intervino de forma muy activa en la preparación de la purga interna del partido denominada *Noche de los cuchillos largos*. En 1937 dirigió la operación de espionaje que provocó la represión de Stalin sobre muchos de sus generales, en base a informaciones falsas elaboradas en Berlín que produjeron el debilitamiento del Ejército Rojo.

La célebre *Kristalnacht*, dirigida contra las vidas y propiedades de los judíos en el año 1938 sería otra de sus acciones, que le afirmaban en los elevados puestos que iba escalando dentro del aparato represivo del partido

Atentado contra la bestia

...Así llegamos al 27 de mayo, fecha en que el Protector prepara su viaje a Berlín. Se ha formado la Compañía de honores y aquel hombre alto, buen violinista, monta en su coche para trasladarse a Praga.

Según algunos informes, aquella mañana en vez de ir al volante Klein era otro el conductor, menos avezado en estos menesteres. Heydrich, como de costumbre tomó asiento junto al chófer y a gran velocidad emprendió la marcha.

La carretera a Praga, cuando ya enfila la calle Rude Armady, se tuerce en una curva totalmente cerrada donde empieza una cuesta de cierta importancia que desciende al puente Troja sobre el río Ultava. En el mismo recodo existe una parada de tranvías, con la particularidad que el coche motor arrastra dos remolques, en esa curva se apostan Jan y Josef, el uno armado con la metralleta y el otro con una bomba de mano.

En el momento en que se acerca el coche de Heydrich, un tranvía sube la cuesta, lo que obliga al chófer de las SS a reducir la marcha. La metralleta que empuñaba Josef se encasquilla cuando estaba a la distancia mínima del blanco, unos dos o tres metros. Jan lanzó la granada contra el coche, que cayó sobre la parte trasera.

Los cristales del tranvía saltaron por los aires, así como dos guerreras de uniforme que, por unos momentos, quedaron colgadas de los cables de alta tensión. El coche de Heydrich dio tres botes y los dos pasajeros saltaron a tierra empuñando las pistolas. En otros informes se dice que los checos arrojaron humo para protegerse. Va a producirse un tiroteo entre el jefe nazi y sus asesinos, sin mayores consecuencias que sembrar el pánico. De repente, Heydrich sufre como un estremecimiento y ha de apoyarse en la verja de un jardín inmediato.

Jan ha podido huir montado en una bicicleta de señora y Josef ha mantenido a raya al chófer, hasta que le hiere en una pierna. Nadie se atreve a acercarse a Heydrich, a quien han reconocido, hasta que una mujer alemana ordena al conductor de una camioneta que lo recoja y le lleve a la Clínica Bulov.

Todos los conjurados toman las elementales precauciones, pues la Gestapo registra manzanas enteras de casas, pide la documentación constantemente y procede a detenciones preventivas. El acoso se hace cada vez mayor y los jefes de la Resistencia consideran que lo prudente es ocultar a Jan y Josef en un lugar seguro. Se les ocurre que el apropiado es la iglesia ortodoxa de San Cirilo, situada en la calle Resslova, pues cuentan con la garantía del pope Vladimir Petrek y la aprobación del obispo.

Mientras, Heydrich lucha con la muerte; trozos de metralla le han perforado las regiones abdominal y pulmonar y el bazo, que ha de ser extraído. Hasta el día 4 de junio dura la agonía.

Se han prácticado ya más de 3.000 detenciones y desde el 27 de mayo se encuentra en Praga la plana mayor de la Gestapo y del SD; allí están Müller, Nebey Shellenberg, junto con los mejores agentes de que disponen.

El cadaver de Heydrich estará expuesto durante dos días en el patio de armas del castillo y con toda solemnidad será trasladado a Berlín, donde se le rinde funerales oficiales.

Entre el grupo de los paracaidistas y de la Resistencia se producen por lo menos dos casos de cobardía. El sargento Karel Curda se presenta a la Gestapo para informar de todos los extremos que conoce, lo que acarrea nuevos registros y que la señora Moravec y el señor Hajsky ingieran cápsulas de veneno para librarse de los interrogatorios. El que dará la pista verdadera será el hijo de la señora Moravec.

Comienza entonces el asedio a la iglesia. Jan y Jaroslav Svaro van a morir, consumiendo ellos mismos la última bala de la dotación. No pudieron refugiarse en los sótanos del templo, como sus otros cuatro compañeros.

El edificio está rodeado por varias compañías de las SS, agentes de la Gestapo y Cuerpo de Bomberos. Se intenta anegar de agua los sótanos, lanzar gases lacrimógenos y granadas de humo; consiguen saltar con dinamita la piedra que cerraba el acceso a la cripta del templo y comienzan a deslizarse hombres de la SS, que van a encotrar la muerte, segados por las metralletas de los paracaidistas. La operación dura mucho tiempo, hasta que los sitiados agotan la munición. Sus hombres serán Hruby, Bublik, Valcik y Josef Gabcik, quienes también pondrán fin a sus vidas antes de entregarse.

(De José Fernando Aguirre, La Segunda Guerra Mundial, tomo II, Argos, S. A.)

Puesta de manifiesto su parcial ascendencia semita, Heydrich trataría por todos los medios de *limipiar* esta mancha mediante una sistemática y brutal persecución lanzada contra la comunidad hebrea. En 1939, a los treinta y cinco años de edad, fue nombrado jefe del Negociado Central de Seguridad del Reich. Pero su superior, Himmler, se sentía ya para entonces celoso y atemorizado a la vez de su subordinado, por lo que influyó en Hitler para que le apartase de Berlín, nombrándole segunda autoridad en la ocupada Praga.

Heydrich se convirtió de esta forma en un auténtico virrey, instalado en el castillo de la capital checa a partir del mes de septiembre de 1941. La población comenzaría entonces a sufrir los rigores de una metódica represión dirigida a eliminar a los presuntos enemigos de los intereses del Reich. Ello hizo que a las pocas semanas de su llegada pudiese ser calificado como *el carnicero de Praga*, debido a la extrema dureza de los métodos empleados. De forma paralela, Heydrich dio muestras de sagacidad y trató de atraerse las voluntades de las clases trabajadoras, fundamentales

Iglesia de San Cirilo en Praga, donde se escondió y resistió el comando que hirió mortalmente a Heydrich



La curva donde se realizó el atentado. En primer término el tranvía retenido en esa posición por la policía y (a la izquierda) el «Mercedes» descapotable del jefe de la Gestapo

para el mantenimiento de la producción armamentística, vital para la prosecución de la guerra.

Los obreros checos, a los que se pretendía apartar de los postulados resistentes de la burguesía, se vieron así beneficiados de forma manifiesta, tanto en sus condiciones de trabajo como en la general elevación de su nivel de vida. El protectorado se convirtió en un verdadero *paraíso laboral*, lo que contribuyó a su pacificación pero inquietó seriamente a las autoridades checas exiliadas en Londres. Estas temían que la población terminase por aceptar la presencia alemana, lo que les privaría de la teórica legitimidad que afirmaban poseer. Ello ponía en peligro la ayuda que Gran Bretaña prestaba al Gobierno de Benes, por lo que éste decidió la necesidad de provocar una represión especialmente dura por parte alemana que hiciese resurgir el espíritu de resistencia de los checos que ahora parecía adormecido.

Así, el 28 de diciembre de 1941 dio comienzo la *Operación Antropoide*, destinada a suprimir a Heydrich, lo que se esperaba sería capaz de desencadenar una brutal acción por parte del ocupante. Los suboficiales checos Kubis y Gabcik fueron de esta forma lanzados en paracaídas a pocos kilómetros de Praga y se pusieron en contacto con la resistencia interior. La fecha del atentado fue fijada para el día 27 de mayo siguiente, y el lugar elegido fue una calle de la capital que era al miso tiempo la carretera general que la unía con la ciudad alemana de Dresde.

Aquella mañana, Heydrich abandonó su casa de campo para dirigirse al aeródromo donde le esperaba un avión que había de conducirle a Berlín. Mostrando de forma ostensible su valor personal, iba en coche abierto y acompañado solamente por su chófer. Al llegar a la cerrada curva elegida por los atacantes, el vehículo debió aminorar la marcha, momento en que uno de ellos trató de utilizar su propia arma para defenderse, pero otro de los conjurados lanzó entonces una granada sobre el automóvil hiriendo mortalmente a sus ocupantes.

Anunciado oficialmente el atentado, las autoridades alemanas ofrecieron elevadas sumas a quienes pudiese informar acerca del paradero de los agresores. Mientras, Heydrich sufría una espantosa agonía después de haber sido sometido a tres operaciones sucesivas. Parecía que solamente la aplicación de penicilina podría salvarle la vida, pero las unidades que se precisaban se hallaban solamente en poder de los británicos, por lo que todas las gestiones realizadas en esta dirección fueron infructuosas. El poderoso personaje murió así el día cuatro de julio en medio de unos sufrimientos que solamente podían ser mitigados mediante el masivo uso de morfina.

Para entonces la represión se extendía sobre el país como medida de represalia por los hechos. Más de tres millares de judíos fueron conducidos a las cámaras de gas al mismo tiempo que unos diez mil ciudadanos checos eran detenidos y torturados. De ellos serían ejecutados alrededor de mil trescientos. Los autores del atentado, localizados en el interior de una iglesia ortodoxa, fueron cercados por los alemanes y prefirieron quitarse la vida por sí mismos antes que caer en manos de sus enemigos.

El hecho más dramático que se produjo como consecuencia del atentado fue la masacre de la pequeña población de Lídice, situada en las cercanías de Praga. Hitler decidió realizar en ella un castigo ejemplar, una vez que sus habitantes fueron acusados de haber dado cobijo a los resistentes. Así, en la noche del día nueve de junio las tropas alemanas cercaron el pueblo y apresaron a sus habitantes. Los hombres comenzaron a ser ejecutados a la mañana siguiente hasta un total de 171; ni uno de ellos sobrevivió a la matanza. Al mismo tiempo, los edificios del pueblo eran incendiados y arrasados. Lídice debía ser borrada del mapa, y un contingente de prisioneros judíos fue el encargado de realizar la tarea, abriendo fosas para enterrar los cadáveres y removiendo el terreno que había ocupado el pueblo.

Las 196 mujeres y los 90 niños encerrados en el gimnasio de una población vecina fueron entonces separados entre sí. Las primeras fueron conducidas al campo de concentración de Ravensbrük, donde cincuenta y tres de ellas acabarían encontrando la muerte. Un número indeterminado de niños fue entregado a familias alemanas carentes de hijos y su rastro se perdió definitivamente. El resto acabó en las cámaras de gas del campo de Chelmno. Lídice había desaparecido físicamente por medio de una de las más vesánicas acciones llevadas a cabo por la barbarie nazi en la Europa ocupada. La resistencia checa se vería muy fortalecida tras los hechos; era el terrible precio que la población había pagado por decisión de quienes se consideraban depositarios de la soberanía nacional.

La retaguardia

Entre desafiante y esperanzado, Alfred Nobel había lanzado un reto a las viejas formas de la política del XIX y a sus brotes de pacifismo diplomático. *Mis fábricas* —dijo en 1892— *pondrán término a la guerra quizá antes que vuestros congresos. El día en que dos Cuerpos de Ejército puedan aniquilarse recíprocamente en una hora, las naciones civilizadas retrocederán espantadas y licenciarán a sus tropas.*

Se equivocaba de lleno. Cuando la guerra vino, la industria dio vida a la guerra en lugar de impedirla. Y ello prolongadamente y con largueza, incluso en la que los contemporáneos denominaron *Gran Guerra*.

Veinte años después de concluir ésta, la producción industrial se hallaba dispuesta a reactivar aquel cruel mecanismo por el que unos hombres obtenían de la máquina, febrilmente, los instrumentos mortíferos con los que otros desaparecían en los frentes.

Las naciones pusieron en marcha los resortes del control económico de la situación, dejando en suspenso las normas acostumbradas bajo la paz. La guerra volvía a entenderse, con razón, como esencialmente económica. Y los hombres hubieron de entregar su fuerza de trabajo, antes incluso que su capacidad militar, a los gobiernos que lo exigían.

Las especiales circunstancias en que el gobierno alemán se procuró aquella fuerza de trabajo, calculando criminal y rigurosamente la capacidad de una importante masa de grupos sociales (procedentes de los países de ocupación, judíos o miembros de la oposición) para producir a bajísimo coste, incidió en algo que, ya a primera vista, sorprende y horroriza al espectador.

La guerra, en efecto, cambió mucho en menos de treinta años. Del total de víctimas entre 1914-18 (unos 10 millones), sólo un 20 por 100, aproximadamente, correspondía a la población civil. Ahora, en la nueva y terrible confrontación desencadenada por Hitler, los muertos sumaron más de cincuenta millones, y casi la mitad no murió empuñando las armas.

En la primera guerra se enrolaron unos 60 millones de hombres, de los que murieron nueve millones. La segunda puso en movimiento 110 millones, de los que perecieron más de 26.

La población civil sucumbió en medio millón durante la Gran Guerra, en tanto que a partir de 1939 cayeron casi 25 millones, seis de ellos no europeos. Otros cinco millones figuraron como desaparecidos, entre soldados y civiles. Muchos podían darse también por muertos.

En una sola generación, la guerra había segado dos veces las vidas de los europeos. Sólo la URSS perdió unos siete millones de su población civil. Polonia se vio privada de un 93 por 100 de su población judía, exterminada en los campos de concentración. Hombres y mujeres de Yugoslavia, Grecia, Alemania (un 80 por 100 en el campo de batallla, en este caso), Italia, Francia y los Países Bajos sufrieron duro castigo. En las ciudades británicas, en cambio, no fueron elevadas las pérdidas civiles a pesar de los bombardeos.

La recuperación resultó difícil, si bien los hombres de 1940 no parecieron experimentar aquel profundo bache existencial que hizo a sus predecesores protagonistas directos de un descenso sensible en la natalidad. La Segunda Guerra Mundial, por el contrario, no siempre interrumpió (a veces ni siquiera hizo oscilar) las curvas de crecimiento de la población.

No obstante, y aunque luego volveremos sobre ello, muchos recién nacidos, o incluso sus hermanos mayores, no vieron el fin de la guerra. Las dificultades de alimentación

y de higiene, la enfermedad y las crueldades de la guerra incidieron sobre la mortalidad infantil, agravándola.

Hambre y mercado negro

Nada, quizá, tan terrible como el hambre para los habitantes de los países en guerra. Disminuida la producción y el intercambio de alimentos, aceptada la prioridad de abastecimiento de las tropas en el frente o los destacamentos de ocupación, como en el caso francés, y primadas las industrias bélicas sobre las de consumo —incluido el alimentario—, el aporte de alimentos se enrareció, y se agravó con la duración del conflicto.

En el caso británico, dependiente en buena medida de la importación, el bloqueo condujo a la ampliación de hectáreas dedicadas al cultivo e, ineluctablemente, hacia el racionamiento, al que se dedicó desde el principio enorme atención, en comparación con otros países.

De manera general, las dificultades de comunicación volvieron a privilegiar relativamente a los habitantes del campo frente a los de las ciudades, que soportaron con frecuencia los efectos destructores de los bombardeos.

Para el campesino alemán, la política agraria del nacionalsocialismo, pese a conseguir un incremento real de la producción, no había mejorado las cosas. Sin alcanzar provecho del mismo, la renta de los campesinos se halló muy por debajo de la del proletariado y, debido a la carencia de mano de obra y al éxodo rural, sus condiciones de trabajo empeoraron.

Durante la guerra, la organización del abastecimiento no permitió a los campesinos sacar partido del mercado negro, e incluso las mujeres, los niños y los ancianos se vieron obligados a proporcionar un esfuerzo suplementario para reemplazar a la mano de obra movilizada.

El mercado negro volvió como consecuencia de la racionalización del consumo que encarnó el racionamiento, con todas sus limitaciones. Rígidamente llevado en Gran Bretaña, los ingleses adoptaron un mínimo alimenticio para cubrir las necesidades de una población aislada. En otros lugares, como en Francia, desempeñó un papel importante el consumo suplementario a través de los altos precios del mercado negro, convertido en un principio en negocio, incluso para las tropas ocupantes.

A partir de 1942, sin embargo, el mando alemán se propuso acabar con la situación. Entonces, el mantenimiento —con altos riesgos— del mercado negro fue otro aspecto de la resistencia francesa a la voluntad del ocupante. Gran número de matanzas clandestinas burlaban las cifras oficiales del abastecimiento organizado, y en este caso el campesino pudo entrar con facilidad en el circuito y mejorar su posición relativa.

Los precios hablan por sí solos: mientras en 1942 la mantequilla costaba en el mercado negro tres veces más que en el mercado oficial, dos años después quintuplicaba o sextuplicaba su costo. Las patatas se compraban entonces al doble, o los huevos cuatro veces más caros. Pero se compraban, si es que se podía.

Los británicos fueron inflexibles. La dieta general se fijó diariamente, salvo para el pan y las patatas, y trataron de mantener estables los precios de los alimentos, excepto el alcohol y el tabaco, que, fuertemente recargados con impuestos, canalizaron en su favor los incrementos salariales, desviándolos hacia el tesoro público. Al parecer, la dieta fue tan equilibrada que la mortalidad infantil llegó, incluso, a disminuir, y otro tanto ocurrió con determinadas enfermedades carenciales.

No fue usual tal reparto democrático de la escasez. Egipto, en el polo opuesto, adoptó un racionamiento decreciente en aportación calórica y bienes de imprescindible consumo, según categorías sociales: así se procedió, por ejemplo, con el azúcar y el queroseno.

En Europa, por lo general, las raciones calóricas fueron escasas en vitaminas A y D y en proteínas. En 1943, la ración oficial consistió en 1.705 calorías y en Francia en 1.300. En Alemania, por el contrario, se alcanzaron las 2.000 con algunos suplementos. Suecia, en 1944, y con posibilidades de complementar por otras vías, llegó a 2.490, en tanto que Japón rozó las 1.160.

Los soldados gozaron de dietas normales, incluso hipercalóricas, en atención al esfuerzo bélico que se les encomendaba. Los propios japoneses, con dificultades graves, llegaron al doble de los civiles, mientras que el Ejército australiano dispuso de casi 4.000 calorías por persona, y los norteamericanos que operaron en el Pacífico y Australia, de 4.758 calorías. En este último caso,

sus compatriotas civiles no se vieron sometidos al racionamiento.

La vida de los franceses, desgarrada entre la aceptación del ocupante y la voluntad de la resistencia en el territorio colonial, estuvo marcada profundamente por los efectos de la opresión alemana. Entre la Francia libre y el territorio de Vichy se rompieron las comunicaciones desde los primeros momentos, e incluso el correo funcionó de modo insatisfactorio. La gasolina fue seriamente restringida a la población civil y buena parte de la SNCF quedó a merced de los alemanes.

Hubo, pues, que recurrir a la *sustitución* para todo aquello que seguía siendo imprescindible. El carbón de madera sustituyó a la gasolina en los motores a gasógeno, el cuero desapareció y los zapatos se repararon con suelas de madera. Otras fibras sustituyeron a la lana y el algodón, la sacarina llegó en lugar del azúcar, se fabricaron quesos sin materias grasas, y en vez de café, una *mezcla nacional* se elaboró con cebada.

Ya en el verano de 1940, el racionamiento en las ciudades francesas hubo de compensarse, cuando se podía, por el recurso al mercado negro. En París, en el invierno de 1943 a 1944, el consumo de carne individual fue de 300 gramos por mes, y el de materias grasas, de 200. No llegaba la leche fresca, la concentrada sólo se expendía mediante receta facultativa y las farmacias no contaban con medicamentos. La tuberculosis, entre otras enfermedades, aumentó en un 30 por 100...

Toda una campaña oficial, sin embargo, incitó a los franceses a cultivar la tierra, subvencionando en ocasiones la vuelta a la roturación y disponiendo, en otras, de los espacios verdes de las ciudades y sus cinturones. El índice de producción agrícola, no obstante, había bajado en más de un tercio al finalizar la guerra.

Una vez más, volvemos, pues, al problema de fondo: la organización de la penuria. En el caso francés, el racionamiento, la congelación de precios y salarios y otras medidas financieras ortodoxas intentaron contener la inflación, pero quedó desvirtuado por el tributo recibido por el invasor alemán.

En tales circunstancias, parte del poder adquisitivo se acumuló en forma de ahorro, produciendo una inflación retardada. Ello fue patente incluso en Alemania, que aplazaría su problema financiero y monetario hasta la hipotética victoria militar. Los supervivientes de la guerra sabrían bien de la prolongación de unos sufrimientos que no cesaron con las hostilidades.

Un día tras otro, en Europa occidental hombres y mujeres vivieron preocupados de manera obsesiva por conseguir alimento, por sobrevivir a toda costa. La humillante

Niños jugando entre las ruinas de una ciudad italiana



pugna de cada día, la red de pequeños o no tan pequeños intereses que aprovechaba el hambre de los demás para prosperar, se convirtió con frecuencia en medio en el que proliferaron delitos y sumisiones.

Los que dominaron este peligroso arte del abastecimiento en el mercado negro fueron clara excepción a la miseria general. El abismo económico y social entre la ciudad y el campo, sus lazos y referencias, se alargaron y distendieron. El agro se replegó sobre sí mismo, porque tampoco de la ciudad le llegó producción industrial que, en muchos casos, podría comprar. Sólo a través de las relaciones familiares, y salvando grandes dificultades, los habitantes de las ciudades participaron a veces de esa relativa prosperidad, con justicia codiciada desde la urbe.

Notas como éstas sólo fueron válidas para aquellas zonas de Europa que conservaron un mercado, una economía —aunque forzada en sus mecanismos tradicionales— y una relativa autonomía política. En los territorios del Este, pasto de la conquista nazi, tales matizaciones dejaron de ser válidas y fue otra la escala de la miseria. Allí, el racionamiento vino a ser el margen de supervivencia que las autoridades alemanas concedían a la población dominada. Y a ello hubo que unir la sistemática aplicación de una política racial que decidía consumir una fuerza de trabajo en las fábricas del Reich, al tiempo que procedía a una homicida revisión étnica, por eliminación de los no arios, una vez aprovechado al máximo su esfuerzo.

El caso holandés

No es posible, sin embargo, terminar estas rápidas observaciones sin volver sobre un caso excepcional bien estudiado sobre la marcha por sus propias víctimas, que revela hasta el extremo los horrores de la inanición.

Se trata del hambre padecida por los holandeses, entre noviembre de 1944 y mayo de 1945, cuando las autoridades alemanas de ocupación cortaron todos los suministros a la zona occidental, en respuesta a la huelga de ferrocarriles desencadenada en septiembre contra el invasor.

Después de la ocupación alemana en mayo de 1940, un 60 por 100 de la producción agraria holandesa se requisó y se suprimió toda importación de alimentos. A fuerza de aprovechar pastos para cultivar patatas y sacrificar pollos y cerdos, el Gobierno holandés consiguió mantener la distribución al nivel de unas 1.600-1.800 calorías diarias entre 1941 y 1944. No era el hambre todavía.

El racionamiento procuraba atender las necesidades de cada uno, privilegiando a los que se empleaban en tareas de gran esfuerzo, a las mujeres y a los niños. En el invierno 1944-45, al producirse el corte de suministros, la ración se redujo drásticamente hasta poco más de 600 calorías, que en enero de 1945 fue, también, la ración distribuida a los trabajadores.

No obstante, se procuró al máximo seguir atendiendo especialmente a los niños y a las mujeres embarazadas y lactantes. La ciudad, como siempre, tropezó con penalidades mucho mayores para complementar por otros medios esta mínima ración.

El frío contribuyó a las dificultades de distribución. Se racionó la remolacha azucarera, y hasta los bulbos de los tulipanes quedaron incluidos, en ocasiones, entre los artículos alimenticios.

Desde la ciudad al campo, se caminaba ansiosamente a la busca de un puñado de patatas. Los más débiles murieron en las cunetas, a veces cuando volvían con su pobre hallazgo.

La atención médica se volcó sobre el horror sufrido por los holandeses. La dieta, se dijo, no era insuficiente en vitaminas, sino en calorías. A pesar del racionamiento anterior hasta entonces, los médicos sólo habían observado pérdidas de peso y aumento —ligero— de la tuberculosis. Ahora, incluso, los trastornos mentales se multiplicaron, manifestándose en forma de apatía, indiferencia u obsesiones en torno a los alimentos.

En enero del 45, al cuarto mes de escasez, entraron en los hospitales los primeros casos de edema de hambre, a veces hasta con hemorragias cutáneas, que pronto se multiplicaron. Pero tampoco los hospitales podían garantizarles una alimentación adecuada.

Los médicos y las enfermeras contaban con una rebanada de pan para desayunar, dos patatas y un puñado de hortalizas para comer, y una o dos rebanadas de pan, un plato de sopa de remolacha y una taza de sucedáneo de café para cenar.

Un mes más tarde, en febrero, los hospi-

tales no podían hacerse cargo de los enfermos, y se limitaban a entregar una ración suplementaria de 400 gramos de pan y 500 de judías, junto con un poco de leche, a los más afectados, aquellos que habían perdido un 25 por 100 de su peso normal. Pronto se elevó al 33 por 100 el tope para la prestación de asistencia, pero entonces muchos enfermos morían en la calle sin llegar al hospital. Otros muchos esperaron su fin, debilitados, directamente en su cama.

Destinada toda la grasa a la alimentación, dejó también de fabricarse el jabón. Tras muchos años, volvieron chinches y piojos, y reapareciron también en el campo la disentería y las tifoideas.

Trastornos en el comportamiento y en la convivencia social acompañaron, lógicamente, a los horrores del hambre: hubo niños que murieron porque sus padres vendieron los cupones destinados al racionamiento infantil; y hubo adultos que murieron aplastados bajo los muros de las casas —abandonadas, para aprovechar mejor el calor de unas pocas viviendas— que se hallaban saqueando.

Durante los seis primeros meses de 1945 en Amsterdam, Rotterdam, La Haya y Utrecht murieron cerca de 18.000 personas, de una población de dos millones en total. Al llegar la liberación, en mayo de 1945, los holandeses salieron con júbilo a las calles para recibir alimentos. Tal fuerza les guiaba que un observador, entonces poco afortunado, como el *Times,* todavía esperaba *encontrar situaciones más horribles.*

Las perspectivas inmediatas que aguardaban a los europeos no eran halagüeñas. Las cosechas habían disminuido drásticamente, como prueba el cuadro que sigue:

	1934-38 (*)	1945
Trigo	42,4	23,4
Centeno	19,1	10,6
Cereales panificables	61,5	34,0
Cebada	14,5	9,9
Avena	23,0	15,9
Maíz	17,4	8,5
Forrajes y piensos	54,9	34,3

(*) Medidas europeas en millones de toneladas.
FUENTE: *Alemania, hoy.* Wiesbaden, 1954, p. 128.

La fuerza de trabajo

En las naciones activamente beligerantes, la guerra trajo consigo un considerable aumento del empleo. En Estados Unidos fue del 14 por 100 entre 1940 y 1943; en Gran

Grupo de parisinos contemplan la entrada de las tropas alemanas en la ciudad



Bretaña, entre 1939 y 1943, de un 14,5 por 100; en Canadá, también de un 14 por 100. Quedaron absorbidos los parados, las mujeres, los ancianos, los niños en ocasiones y, con frecuencia, los extranjeros.

El caso británico es, de nuevo, digno de atención. En junio de 1940 había aún, aproximadamente, un millón de personas en paro; a fin de año se elaboró, por primera vez, un plan general de utilización de la mano de obra. En julio de 1941, la mitad de la población activa estaba empleada en las industrias de guerra, o se hallaba movilizada. El llamamiento a los irlandeses y, sobre todo, a las mujeres —especialmente las casadas— vino enseguida.

En efecto, el 80 por 100 del aumento de empleo quedó cubierto por mujeres que nunca habían trabajado fuera de casa, que se dedicaban a su hogar, o al servicio doméstico. Dos millones y medio de ellas pasaron a las fábricas, hacia las que el Estado encaminó, con medidas de carácter obligatorio, a las jóvenes solteras, política seguida por Japón en 1942. Importante fue también la participación de la mujer norteamericana en la producción de guerra, pero no la de la mujer alemana, por ejemplo, destinada por el *Führer* a la preservación de la raza aria y a la aglutinación de la familia.

Para Alemania, por el contrario, cobró verdadera trascendencia la explotación del trabajo extranjero. Pese a todos los matices posibles, los medios de dominación y control impuestos por los nazis respondían a un mecanismo sencillo: ocupación militar y control policiaco, propaganda, e incitación a la *colaboración*.

La incorporación del trabajo extranjero a su propia economía de guerra comenzó ya con la toma de Polonia y la invasión de Francia. En uno y otro caso, los trabajadores polacos y franceses fueron destinados, especialmente, a la agricultura, y los rusos a las minas.

Lógicamente, sin embargo, la mayor absorción de civiles extranjeros se produjo en la industria. En 1944, un 30 por 100 de éstos se dedicaba a la producción de armamento, en tanto que un 25 por 100 de la fuerza de trabajo empleada por Alemania en la química y la fabricación de maquinaria procedía del extranjero.

Fritz Sauckel, con poderes de plenipotenciario para el Trabajo del III Reich, acudió personalmente a reclutarlos, utilizando para ello el dinero, la emigración forzosa, las deportaciones y, por supuesto, los campos de concentración.

En Francia se entendió la ocupación como una ayuda inestimable para los alemanes. De allí había que obtener un importante aporte económico al esfuerzo de guerra. Toda la economía francesa, además de un fuerte tributo de guerra, se puso al servicio del ocupante; incluso detrajo mano de obra para exportarla a las fábricas alemanas en territorio del Reich.

Primero fueron los prisioneros de guerra, pero pronto se pidieron voluntarios, expulsados de Francia por la persistencia del desempleo y el cierre de las fábricas francesas. A veces los salarios eran, incluso, elevados. No siendo suficiente sin embargo, pronto se ofreció el canje de un prisionero por tres voluntarios. Y, por último, Laval cedió a la presión de Sauckel, y se creó el *Service du Travail Obligatoire* (STO), que posibilitaba el envío a Alemania, como trabajadores, de todos los jóvenes nacidos en Francia entre 1920 y 1922.

Las relativas compensaciones que los habitantes del Oeste obtuvieron de ello no las consiguieron los europeos del Este. En los países eslavos el trabajo forzado se impuso a rajatabla, sin invitación, y con el mayor desgarro. En cuanto a la reserva proporcionada por los prisioneros de guerra, si los occidentales fueron tratados con relativa flexibilidad, los prisioneros del Este, polacos y rusos, quedaron abandonados a su suerte, expuestos a las bajas temperaturas y a la muerte por inanición o por agotamiento en los campos de trabajo.

Todo era, sin embargo, poco para la voraz maquinaria del Reich. Si Vichy proporcionó a Alemania 800.000 trabajadores a través del STO, lo cierto es que la demanda alemana se elevaba a 1.500.000. Italia, ya bajo la bota del ocupante, sufrió también su presión, abandonada la propaganda. Redadas y operaciones policiacas, siempre turbias, completaron los envíos.

La rudeza de los métodos fue mayor, como siempre, en el Este: 3.000.000 de soviéticos y 800.000 polacos la experimentaron en su propia carne. A finales de 1944, 7.500.000 trabajadores, reclutados de manera violenta en su mayoría, producían para el esfuerzo bélico de Hitler.

Al contrario de lo ocurrido, por ejemplo, en Gran Bretaña, en Alemania los salarios, fijados como estaban junto a los precios, apenas aumentaron con la guerra, aunque

parece detectarse una ligera elevación de los salarios reales. En los países democráticos, los Gobiernos aceptaron la mayor representatividad y juego de los sindicatos a cambio de una colaboración en el esfuerzo de guerra, se prolongaron las jornadas laborales y disminuyeron las huelgas.

Ciertas mejoras laborales llegaron con la guerra, y los trabajadores se afiliaron de nuevo a los sindicatos para obtenerlas. Las huelgas también hicieron su aparición ahora, por más que en Gran Bretaña se hallasen fuera de la ley.

La respuesta de los Gobiernos, con la intervención del Ejército y la militarización, fue frecuente, incluso en Estados Unidos, donde las 3.000 huelgas de 1942 se triplicaron un año después, con la pérdida consiguiente de 13,5 millones de días de trabajo.

La huelga, pues, tampoco estuvo ausente de la vida de los trabajadores que producían para el esfuerzo bélico. Aunque ello no supuso, evidentemente, respuesta espontánea a la llamada, arrumbada ahora, del internacionalismo proletario.

Ya en 1941, en plena guerra de expansión nazi, las Trade Unions alentaron a la resistencia a quienes se hallaban en territorio ocupado, a través de un acercamiento (Congreso de Edimburgo) con los representantes del proletariado soviético.

Se acerca la definitiva y total derrota de los ejércitos hitlerianos —se dijo allí—. *Nuestro comité sindical anglosoviético os llama a reforzar la lucha para precipitar el derrumbamiento del hitlerismo. Trabajad, pues, de manera que cada día se produzca menos armamento para la Alemania hitleriana. Haced todo lo posible para retardar el trabajo de las máquinas. Haced todo lo que podáis para estropear el armamento que os veis obligados a producir. Procurad que los tanques, aviones y autos blindados producidos por vosotros se inutilicen rápidamente. Haced que las minas y proyectiles no estallen; desorganizad el transporte que traslada a los bandidos hitlerianos las municiones y el armamento que emplean contra vosotros y nosotros. Destruid todo lo que podáis, todo lo que ayuda a Hitler. Recordad que la guerra contra Hitler es una guerra justa.*

Londres era, de este modo, escenario de buena parte del esfuerzo por recuperar la iniciativa proletaria. Todavía en las sesiones de trabajo de febrero del 45 el ruido de los V_2 perturbaba el ánimo de los asistentes.

Los bombardeos

Esta guerra total, que a todos alcanzaba, había tenido un teórico, el general italiano Douhet, que concibió la idea de reducir una

La población civil soviética sufrió más que nadie los efectos de la guerra



nación por el bombardeo sistemático de sus ciudades. Quedaba por comprobar, sin embargo, qué grado de destrucción se podría conseguir desde el aire, y los efectos de los bombardeos sobre la resistencia popular.

Al principio, la guerra aérea no fue más que un apoyo de las acciones llevadas por tierra y por mar. Después tomó, prolongadamente, su propia entidad.

A excepción de ciertos episodios del principio, la primera fase duró de octubre de 1940 a febrero de 1942. La aviación alemana sometió Londres y otros centros industriales británicos a sus bombardeos nocturnos cuando hubo perdido toda esperanza de invadir Gran Bretaña. A su vez, llevaron incursiones de terror en Holanda (destrucción completa de un barrio de Rotterdam) y en Francia, que sin duda minaron la moral de estos pueblos.

Como resultado de esta estrategia alemana de 1940, ingleses, y después americanos, emplearon el bombardeo estratégico de manera hasta entonces desconocida. Aislados en la isla, los ingleses prefirieron los ataques aéreos a la inacción, por su parte, y en consecuencia, ingleses y alemanes quedaron empeñados en una rivalidad de bombardeos nocturnos, más o menos promiscuos, en los que la destrucción ciega pasó a formar parte de los hábitos de combate.

Ninguno de los combatientes había pensado en la utilización independiente del espacio aéreo. A lo largo de la *guerra relámpago*, entre agosto de 1940 y mayo de 1941, la aviación alemana arrojó unas 50.000 toneladas de bombas sobre Inglaterra, matando a unos 40.000 civiles. El bombardeo no consiguió debilitar los ánimos de la población, ni tampoco la actividad económica.

Entablada la batalla de Inglaterra en los aires desde mediados de julio de 1940, a los *raids* diurnos se sumaron en septiembre los nocturnos, que preferían los núcleos habitados a los objetivos de carácter militar. La voz *coventrizar*, inventada por la radio enemiga, simbolizaba el destino de las ciudades inglesas, que el alemán se proponía destruir, al igual que había hecho con Coventry.

Londres soportó el mayor peso. Durante 57 noches consecutivas, del 7 de septiembre al 2 de noviembre, Londres fue bombardeada sin cesar del anochecer al amanecer; pero a la mañana siguiente, los londinenses estaban en sus puestos de trabajo, mostrando disciplina y resolución.

Durante los bombardeos, patrullas especiales de voluntarios recorrían las calles, colocando letreros a heridos y muertos para que las fuerzas militares y las ambulancias los identificasen con mayor brevedad, y les condujeran a sus destinos respectivos. Los más de 14.000 muertos y 20.000 heridos en Londres por los bombardeos no bastaron para producir la desmoralización buscada.

Entre enero y mayo de 1941, en combinación con la guerra submarina, fueron bombardeados los principales puertos. El 1 de mayo, en Liverpool, hubo 3.000 muertos y 76.000 personas perdieron su vivienda y quedaron en la calle. El 10 de mayo siguiente se originaron 2.000 incendios sobre la capital, Londres. Hasta que la apertura de las hostilidades en Rusia no volviera hacia el Este a la aviación alemana, los ingleses no podrían respirar tranquilos.

Por su parte, la Royal Air Force, durante los dieciocho primeros meses de la guerra, también procedió de manera localizada, bombardeando de noche, y preferentemente centros industriales. Tampoco sufrieron gravemente ni la moral ni la propia industria alemanas.

Desde la primavera del 42, con mayor capacidad de destrucción, los *raids* sobre Alemania se hicieron más eficaces y renovaron su impulso. Mil bombarderos sobrevolaron Colonia, y Hamburgo sufrió los tristemente célebres *raids* incendiarios.

Más del 80 por 100 de las aproximadamente 60 ciudades alemanas que contaban con más de 100.000 habitantes fueron destruidas o fuertemente alcanzadas. Con gran precisión, la aviación norteamericana tuvo entonces un importante papel.

La Conferencia de Casablanca (enero de 1943) institucionalizó esta estrategia de destrucción aérea. Estados Unidos y Gran Bretaña se disponían a *destruir y desmembrar la organización militar, industrial y económica del país, así como minar la moral del pueblo alemán hasta el punto de infligir un golpe mortal a la resistencia armada.*

En dicho año se lanzaron sobre Alemania 120.000 toneladas de bombas, que causaron 103.000 víctimas. Al finalizar la guerra habían sido destruidos 3.600.000 edificios en las mayores 60 ciudades, pereciendc 500.000 civiles y dejando a la intemperie a 7.500.000 personas.

Tampoco entonces la población alemana —y al contrario de lo que temía Goebbels, alarmado por la posibilidad de que cundiera

un pánico total— desfalleció en el esfuerzo de guerra: el índice de producción total de Alemania en 1943 sobrepasó en más del 50 por 100 el del año anterior, y en 1944 se elevó todavía en un 25 por 100.

La moral siguió, pues, alta en ambos bandos. Y ello dando por descontado un estado general de angustia entre la población, al que no escapaban tampoco los soldados, sabedores de los terribles problemas a que se hallaban expuestas sus familias. A pesar de ello, no provocó entre las poblaciones, de manera sensible ni directa, el deseo de exigir la paz.

En Extremo Oriente, el bombardeo intensivo de Japón por los norteamericanos comenzó en noviembre de 1944; entonces los *raids* fueron de poca importancia, pero a partir de marzo de 1945 se arrojaron sobre Japón 43.000 toneladas de bombas al mes. Quedaron destruidas millones de viviendas, y se produjo una emigración masiva de las poblaciones urbanas hacia el campo; la industria se paralizó.

El 6 de agosto se lanzó sobre Hiroshima la primera bomba atómica, y el 9 la segunda sobre Nagasaki. Las dos mataron a 111.000 personas, y produjeron otros muchos heridos. El horror, ahora, era infinito.

Tampoco hay que minimizar, como se ha hecho tantas veces, la capacidad destructora de los bombardeos, por mucho que la población se enfrentara a ella con firmeza. Ni mucho menos ocultar la progresión desesperada con que se acudía al recurso desde el aire: si las víctimas en Francia, por este motivo, fueron relativamente reducidas, el ataque a la ciudad de Dresde, llena de fugitivos, el 13 de febrero de 1945, produjo aproximadamente un cuarto de millón de muertos.

¿El hombre, un lobo para el hombre?

Toda la sociedad se hallaba implicada en la guerra. Pero de su conjunto entresacaron los Gobiernos los elementos más adecuados para cada tarea. Desde 1930 los nazis intentaron establecer un sistema riguroso de selección de su personal militar. Desde 1941, norteamericanos y rusos perfeccionaron sistemas especiales para aprovechar al máximo las capacidades profesionales de cada uno.

Los hombres llamados a filas quedaban sometidos a un proceso de selección que incluía un test de inteligencia general y otro de inteligencia mecánica. En 1942, los británicos abrieron la era de la orientación dirigida, que tan pingües resultados proporcionaría a la industria cuando terminaron las hostilidades.

Mujeres normandas saludan a las tropas norteamericanas en su avance hacia París



No obstante este esfuerzo de clasificación psicológica, lo cierto es que el ciudadano medio llamado a filas no pareció responder del todo a las amplias expectativas del mando y los psicólogos militares: sólo un 15 por 100 de los combatientes —se observó a lo largo de la guerra— disparaban sobre el enemigo o sobre sus posiciones; sólo un 25 por 100 mostró cierta combatividad o iniciativa.

Ante el asombro y el disgusto de los hombres que conducían la guerra, esta carencia de ofensividad permaneció constante, aunque cambiasen las circunstancias técnicas del enfrentamiento. Hablaron entonces, desesperados, de complejo de culpa, de la ansiedad mantenida por los soldados. Había que quitar ese miedo. Y sobre todo, evitar el contagio, aislando a los predispuestos a la psicosis o a la neurosis.

Se devolvieron a casa, por las fuerzas armadas británicas, a 118.000 combatientes, y se pasó a *informar* a los restantes sobre el propio miedo, tratando de avisar y describir sorpresas y horrores de la guerra. El resultado no fue mejor.

Era un esfuerzo por levantar la moral del combatiente, que, a distinto nivel, hallaba correspondencia en la propaganda dirigida a la población civil. Puesto que la nación que está en guerra es como un todo orgánico, los sondeos e incitaciones a la población iban ante todo dirigidos a evitar incertidumbres y vacilaciones que, proviniendo de la población civil, corriesen el riesgo de debilitar la moral del combatiente. El problema no fue, quizá, en ninguna parte tan claro como en Italia.

Los italianos, que venían sufriendo serias dificultades en la alimentación (ya en el *Diario* de Ciano puede leerse, el 22 de septiembre de 1940, que *las dificultades que preocupan a nuestro pueblo son la falta de pan, de mantequilla y de huevos)*, se sintieron desmoralizados con las primeras derrotas sufridas en Grecia y Libia y comenzaron a manifestar su descontento frente al Gobierno fascista, acusando a los dirigentes de acaparar los artículos a la venta en el mercado negro, y en ocasiones yendo a la huelga.

A pesar de todo, a pesar del malestar que hacía a los italianos escuchar con preferencia las emisiones de la radio enemiga para saber algo de la propia situación, lo cierto es que hasta 1943, y salvo esporádicos bombardeos, Italia no se vio directamente afectada por la guerra. La población civil, no obstante, se sumió entonces en la penuria.

Limitado el consumo de energía hasta el punto de que, desde 1942, Roma no iluminaba sus calles las noches de luna llena; los transportes públicos se redujeron al mínimo. En los bares, la leche se restringió a los *cappucini*, y se frenó todo esfuerzo cultural o educativo.

Cuando los aliados ocuparon Argelia, sus bombardeos sobre las ciudades italianas consiguieron, en este caso, quebrar la moral y la disciplina. En Turín, incluso, muchos empleados del Estado abandonaron sus puestos y, en marzo de 1943, los trabajadores de la Fiat llevaron a cabo la mayor huelga que había visto Italia desde veinte años atrás.

El verano vio ya los primeros desembarcos aliados en Sicilia. Muchos entendieron, confundidamente, que era el final de la guerra y que Mussolini había caído, y salieron a las calles a recibir al libertador. Sin embargo, en la zona de ocupación nazi la población italiana aún sería sometida a un trato semejante a la de la Francia de Pétain y Laval.

La República de Saló contaría, de este modo, con una amplia resistencia civil expresada a través de las huelgas o de las manifestaciones de protesta de las amas de casa ante la escasez de alimentos. Ni siquiera las detenciones masivas ni las deportaciones de huelguistas a Alemania (sólo de Génova fueron enviados 2.000 el 1 de julio de 1944) pudieron detener este grave malestar.

Para las poblaciones liberadas, la alegría del saludo al vencedor se convirtió en la sumisión, al menos temporal, a un nuevo amo. Curzio Malaparte supo simbolizar en *La peste* esa lacra moral, *repugnante morbo que elegía a sus víctimas solamente entre la población civil, de la ciudad y del campo, extendiéndose como una mancha de aceite por el territorio liberado a medida que los ejércitos aliados iban rechazando a los alemanes hacia el Norte*. Lacra que no era otra, a sus ojos, que la sumisión al vencedor, el precio de la libertad reconquistada.

Ahora los pueblos de Europa no iban a luchar como hasta entonces, con dignidad, con orgullo, *para no morir*. Ahora era preciso luchar *para vivir*, y para ninguno de los supervivientes a la tragedia la paz estuvo lejos de la miseria o la desesperación.

La propaganda nazi

La crisis del liberalismo y el comienzo de la Primera Guerra Mundial, permitieron a Elie Halévy hablar del advenimiento de una *era de los tiranos*.

Tres años después, en 1917, el triunfo de la revolución bolchevique en Rusia sentaba las bases de un Estado totalitario socialista. Para ello había sido preciso, no sólo el legado de Marx y la capacidad organizadora de Lenin, sino, además, la aplicación sistemática y coordinada de técnicas psicológicas a los medios de expresión, con el objeto de *guiar* la actitud y el comportamiento de las masas: había nacido la propaganda moderna.

Mientras, en la guerra europea, se aplicaba con éxito la *nueva* arma. El dominio anglosajón en el terreno de la información fue decisivo a la hora de medir los resultados. Lo que quedó como *la organización del entusiasmo*, produjo la destrucción psicológica del adversario y mantuvo a salvo la propia fe en el triunfo. Se imponía, así, la *razón* británica sobre la *moral destructora* de las potencias centrales.

Ambos ejemplos —leninista y británico— pasaron a la historia como modelos de propaganda *totalitaria* y *de guerra* respectivamente; no es, pues, extraño que quien aspiraba a tener el poder *total* y estaba dispuesto a saldar pasados agravios con una nueva guerra, debía conocer profundamente las técnicas propagandísticas más eficaces.

Adolf Hitler había mostrado un gran interés por la propaganda y admiraba los modelos citados. En su obra *Mein Kampf* declara su entusiasmo por la propaganda de guerra aliada frente a la alemana, *deficiente en la forma, psicológicamente errada en su carácter*. Igual que las organizaciones de izquierda, en cuyas manos la propaganda era un instrumento que *dominaban y empleaban con maestría*.

Toda la vida de Hitler fue un esfuerzo constante por superar esos modelos; por imponerse, por convencer a los demás. Sabía que los ejércitos solos no eran suficientes y pretendió movilizar al *gran ejército de la Opinión Pública*.

Los primeros años, los de la lucha por el poder y la conquista del Estado, fueron los más difíciles. Entre 1920 y 1933 el partido nacionalsocialista, de ser un grupo de fanáticos descontentos, se convirtió en la primera fuerza política de Alemania, con 17 millones de votos.

Durante esos trece años, *la propaganda* —dijo Goebbels— *fue nuestra arma más afilada*: la svástica; el *Volkischer Beobachter*; las S. A.; el asalto de Munich; *Mein Kampf*; el doctor Goebbels; tumultos, desfiles, arengas inflamadas, banderas, eslóganes, carteles: violencia. La propaganda nazi —se dijo— era *una obsesión, una tiranía*.

Tras las elecciones de 1928, en las que el NSDAP obtiene ochocientos mil votos y doce diputados, Goebbels pasa a dirigir toda la propaganda del partido. El *milagro* no se hace esperar; en 1930 se consiguen seis millones y medio de votos, que suponen 107 representantes en el Reichstag.

Este partido —escribiría Carlos Radek—, *que carece de historia, ha surgido como un islote que emergiera de golpe en plena mar por el efecto de las fuerzas volcánicas*.

Hitler será presidente, rezaba un famoso eslogan antes de que el mariscal Von Hindemburg fuese reelegido jefe de Estado en abril de 1932 y frenara, momentáneamente, las aspiraciones del Führer.

Hitler será presidente igual, declaraba otro lema no menos popular surgido tras las elecciones.

La agitación y el exceso habían llegado a su punto más alto. Todos los días se celebraban centenares de mítines: en Berlín,

veinte o treinta a la vez. Hitler y Goebbels intervenían en varios de ellos cada noche. El Führer recorría Alemania en avión como muestra de su omnipotencia. Goebbels constantemente hablaba por la radio o los altavoces.

Las paredes se llenaban de carteles y el suelo de hojas volantes. Las concentraciones de miles de seguidores eran normales. Además, entre 1930 y 1932, el número de publicaciones sostenidas por el movimiento nacionalsocialista pasó de seis a 121, con una tirada global de más de un millón de ejemplares.

El 31 de julio de 1932, el partido duplica los votos y consigue 230 diputados. Lo que se definió como *la conquista del Estado por la conquista de los espíritus y de las almas,* era una realidad.

El 30 de enero de 1933, Adolfo Hitler, apoyado ya en 17 millones de votos, era nombrado Canciller del Reich. Una nueva y trascendental etapa comenzaba para la historia del nazismo: la de su consolidación y conservación.

El ideal de Estado totalitario requería la centralización del aparato propagandístico y la eliminación del adversario. Se comenzó por lo segundo.

Por un decreto de 4 de febrero, la policía podía secuestrar o destruir todo impreso considerado peligroso para el orden público. Así, hasta el 28 de febrero, en que con el pretexto del incendio del Reichstag desapareció la libertad de prensa, fueron suprimidos 71 periódicos socialistas y 60 comunistas, y se encarceló a sus responsables.

En los tres años siguientes, desaparecerán más de siete mil publicaciones de todo tipo. Tan sólo el *Frankfurter Zeitung* gozó de una relativa libertad y siguió publicándose hasta 1941, aun cuando desde abril de 1939 era propiedad privada de Hitler por regalo de cumpleaños de su editor, Max Amann.

Cuestión de competencias

Inmediatamente se procedió a centralizar la maquinaria ideológica. *Para ello* —en palabras de Driencourt—, *prensa, radio, cine, todos los instrumentos de comunicación del pensamiento son acaparados por el Estado, monopolizados, deformados, puestos bajo el yugo de un poder arbitrario.*

El 13 de marzo se creó el Ministerio de Propaganda; y *el escritor doctor Paul Joseph Goebbels* fue nombrado *ministro Imperial para la Ilustración Popular y la Propaganda.*

El nuevo ministerio —según la orden de 30 de junio— debería *influir espiritualmente en la Nación, hacer publicidad para el Estado, la Cultura y la Ciencia, informar a la opinión pública dentro y fuera del país, y administrar y controlar todas las instituciones que ayudaran a esos fines.*

Para ello, funciones que anteriormente eran desempeñadas por otros ministerios, pasaron a ser competencia exclusiva de Goebbels; si bien, la poca precisión de la ley para fijar las atribuciones respectivas motivó roces entre algunos ministerios, especialmente entre Propaganda y Asuntos Exteriores, en relación con el control sobre los medios de comunicación en el extranjero.

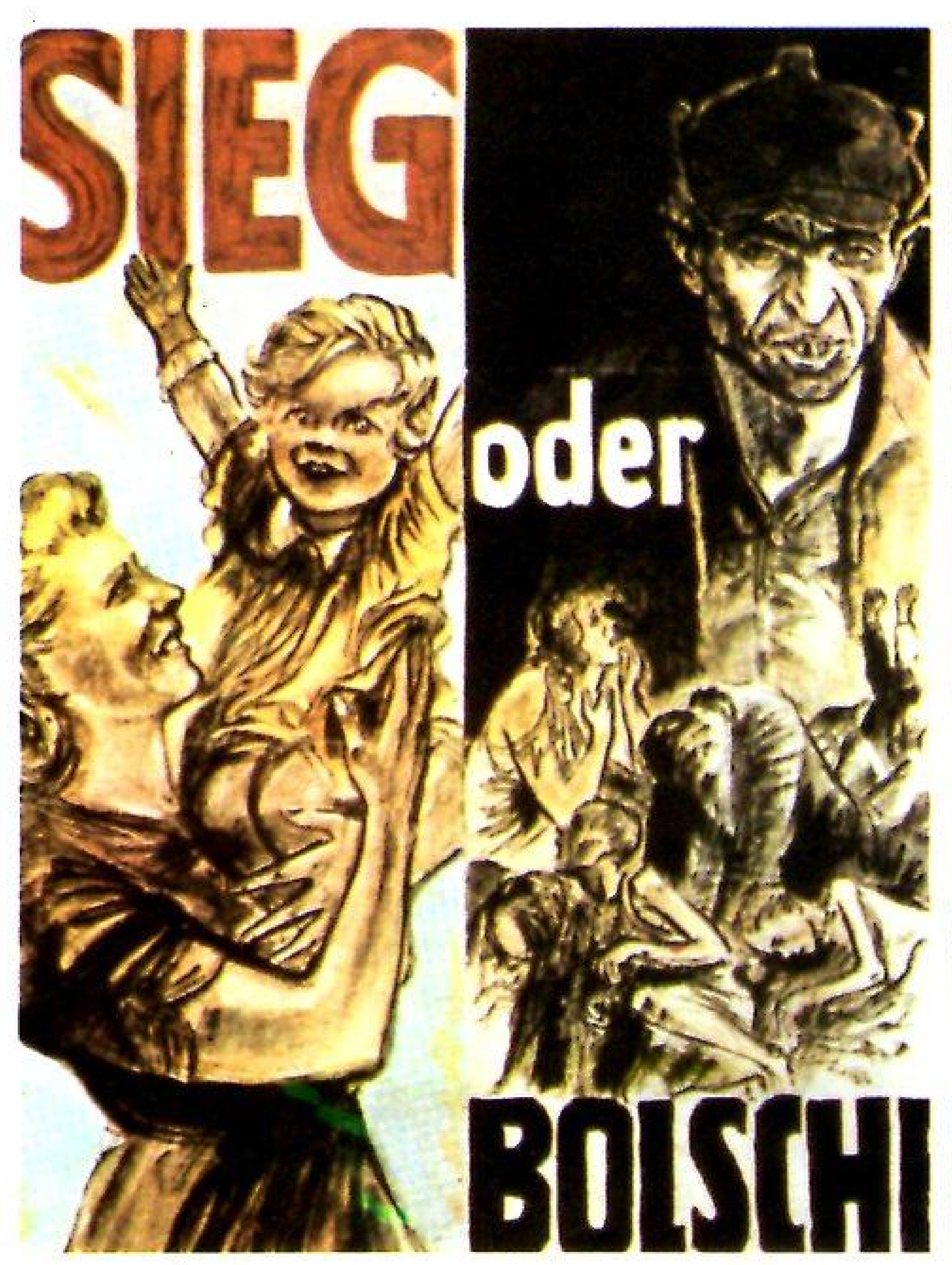
El comienzo de la guerra obligó a Hitler a tomar una decisión drástica sobre este asunto. Mediante la orden de 8 de septiembre de 1939 se disponía que toda la propaganda que directa o indirectamente se dirigiera fuera de Alemania quedaba a merced de las consignas e instrucciones del ministro de Asuntos Exteriores. Este tendría a su disposición todos los medios materiales del Ministerio de Propaganda, donde no deberían ponerse obstáculos. Para lo cual envió Asuntos Exteriores unos enlaces que mirarían por el cumplimiento de sus directrices y la eficacia de los resultados.

En realidad, la medida constituía una humillación para Goebbels, que desde el primer momento se negó a compartir su imperio con el *odiado* Ribbentrop.

Entre ambos ministros estalló una pequeña guerra que imposibilitó toda colaboración y redujo los contactos al mínimo. Por el contrario, el Ministerio de Asuntos Exteriores fue acrecentando sus propias instituciones en materia de propaganda, y el Ministerio de Propaganda hizo lo mismo con sus contactos en el extranjero. La norma era adelantarse, superar al contrario, y ponerle los mayores contratiempos posibles.

A consecuencia de ello, al estallar la campaña de Rusia y no encomendarse directamente a ninguno de los dos ministerios el desarrollo de la propaganda en el Este, prácticamente ambos se abstuvieron de hacerlo. Se aprovechó de estas circunstancias un tercero —Rosenberg—, recién nombrado ministro para los territorios ocupados del Este

Uno de los aspectos más cuidados de la propaganda alemana fueron los carteles. He aquí una muestra de cuatro de ellos: antijudío y antibolchevique (izquierda, arriba y abajo), *y carteles solicitando la colaboración de la población civil en el esfuerzo bélico* (derecha, arriba y abajo)





Lo sarcástico del suceso propició una reconciliación entre Goebbels y Ribbentrop. El 22 de octubre de 1941 firmaron un *acuerdo de trabajo*, mediante el cual se abría una estrecha colaboración técnica entre ambos ministerios en todo lo relacionado con el teatro, cine, exposiciones, literatura, radiodifusión y conferencias, y se llegaba a un entendimiento en todas las ramas de la propaganda exterior.

Este tipo de incidentes, derivados del excesivo culto a la personalidad que los regímenes totalitarios conllevan, no debe hacer creer que el sistema nazi pudiera basarse en la improvisación o el desorden; y mucho menos su aparato propagandístico, que si algún contratiempo tuvo, fue más por exceso de celo y confianza que por falta de organización.



JOSEPH GOEBBELS

Joseph Goebbels (Rheydt, 1897-Berlín, 1945). Político alemán. Doctor en filología por la Universidad de Heidelberg en 1921, se afilió al año siguiente al partido nacional-socialista. Muy dotado para la oratoria y el periodismo, fue editor de la revista nazi Der Angriff *y jefe del partido en Brandemburgo. Diputado al Reichstag en 1928, con la subida de Hitler al poder se convirtió en ministro de Instrucción Pública y de Propaganda. Dueño del control de los medios de comunicación y de un complejo entramado burocrático, Goebbels se convirtió en uno de los personajes más poderosos del Tercer Reich. Sus campañas contra los judíos y contra la Iglesia católica demostraron la capacidad propagandística del dirigente nazi y el alto grado de persuasión logrado por su organización.*
Con la Segunda Guerra Mundial, la influencia de Goebbels llegó a la cumbre. Partidario de la guerra total, *mantuvo al pueblo alemán en el convencimiento de la victoria final incluso cuando ya se vislumbraba la derrota. Fiel a la figura del* Führer *hasta la muerte, se suicidió con su familia en el* bunker *de la Cancillería poco antes de la caída de Berlín.*

El Ministerio de Propaganda

El Ministerio de Propaganda era una perfecta y maravillosa máquina de creación y control de ideas. Todas las ramas de la comunicación tenían un departamento o sección para su tratamiento adecuado, y cada departamento, a su vez, diferentes negociados en los que se realizaba una función técnica concreta.

El 8 de marzo de 1933, cuando aún no era ministro, informaba Goebbels que su ministerio se dividiría en cinco grandes departamentos dedicados a la radiodifusión, la prensa, la cinematografía, el teatro y la propaganda.

Años más tarde había surgido un colosal aparato ministerial —con 17 departamentos e infinidad de negociados—, donde el alto nivel técnico y especializado, tropezaba con la falta de coordinación propia del exceso burocrático.

Los dos departamentos de mayor actividad y responsabilidad fueron propaganda y extranjero. En el primero se decidían, dirigían y vigilaban las campañas de propaganda y se analizaban los resultados de las mismas.

El departamento de extranjero, que fue el de mayor crecimiento desde el comienzo de la guerra, tenía a su cargo la coordinación y determinación de toda la actividad propagandística en el exterior y llegó a contar con más de cuarenta negociados. Participaba en las emisiones de radio y en las publicaciones destinadas al extranjero, ocupándose de la tirada y distribución de libros, folletos, correspondencia, discos, etcétera.

Asimismo, en colaboración con el Ministerio de Asuntos Exteriores, cuidaba de la organización en otros países de conciertos, representaciones teatrales, conferencias y demás actos culturales. Además, se ocupaba de aconsejar y guiar a los extranjeros que se hallasen en Alemania.

La prensa —*el hijastro de nuestro movimiento*, como la llamó Robert Ley—, sufrió

un proceso de uniformidad para acoplarse a las líneas generales del partido, mediante un control absoluto de las fuentes informativas y de las redacciones. Desde 1938, la agencia alemana de noticias (DNB) era propiedad del Estado y estaba bajo el control del Ministerio de Propaganda, donde se determinaba la forma y el momento de publicar las noticias oficiales.

El departamento de prensa alemana (DP), a través de la conferencia de prensa diaria, se encargaba de dar instrucciones concretas —consignas—, de obligado cumplimiento, sobre los contenidos de las informaciones. Además, mantenía un servicio de vigilancia sobre posibles irregularidades de los periodistas, quienes podían verse, así, apartados de la profesión e incluso internados en un campo de concentración.

El cierre, la compra y la subvención de periódicos, fueron las armas del Gobierno en su afán de crear un monopolio de prensa. En 1939, el 43,5 por 100 de la tirada de los periódicos alemanes estaba bajo la dirección de la central editora del partido *(Eher);* en 1944, se elevó al 82,5 por 100; y, con la compra a Hugenberg de la editorial Scherl en los últimos meses de la guerra, el monopolio llegó a ser una realidad casi total.

El departamento de prensa extranjera (AP) debería ocuparse de crear una opinión pública favorable a la causa nacional-socialista en otros países. Para ello, se prestaba un cuidado especial al análisis de las informaciones emitidas por las agencias de noticias extranjeras, y se vigilaba y *asesoraba* a los corresponsales destacados en Alemania.

La radiodifusión, que por su importancia propagandística dependía exclusivamente del Estado, pasó en 1933 a ser competencia del Ministerio de Propaganda, donde se creó un departamento que actuaba como central de órdenes de la radio alemana.

Desde sus diferentes negociados, se fijaban las emisiones políticas; se dirigían las realizadas en idiomas extranjeros; se determinaban las horas de actividad; se vigilaban las emisoras extranjeras; se decidía la política de reforma y construcción de nuevas emisoras y la fabricación de receptores; se controlaba el impuesto de radioescucha y el servicio de radioaficionados, etc. Las posibilidades técnicas y psicológicas de la radiodifusión la convirtieron —en palabras de Goebbels— en *el arma más afilada de nuestra propaganda.*

La cinematografía era, tras la radiodifusión, el medio preferido por Goebbels —de quien se sabe su afición a las películas norteamericanas—, y tomó parte de modo directo en su desarrollo y nueva forma.

Lo mismo que la prensa y la radio, el cine poseía en el Tercer Reich el carácter de un *medio educativo nacional-socialista,* y debía estar, por tanto, sometido a la dirección estatal, para que cada película estuvie-



JOACHIM VON RIBBENTROP

Joachim von Ribbentrop (Wesel, 1893-Nuremberg, 1946). Político alemán. Hijo de un oficial del Ejército, fue adoptado por un pariente noble. Estudió en Alemania, Suiza, Francia e Inglaterra y en 1910 se estableció en Canadá. Vuelto a Alemania al comenzar la Primera Guerra Mundial, combatió en el frente ruso y fue miembro de la Misión militar en Turquía. Desmovilizado al terminar la contienda, se convirtió en vendedor de vinos. Casado en 1920 con la hija de un rico industrial, pudo dedicarse a la política sin preocupaciones económicas.

Afiliado al partido nazi en 1932, sus influencias facilitaron los contactos de Hitler con medios financieros. Esta circunstancia y su condición de políglota le ganaron el aprecio del Führer, para el que creó un servicio de información paralelo al Ministerio de Asuntos Exteriores. Embajador en Londres entre 1936 y 1938, fue designado ministro de Asuntos Exteriores en ese último año. Apoyó decididamente la política belicista de Hitler y fue artífice del pacto germano-soviético de 1939 y del Pacto Tripartito con Italia y Japón. En los últimos años de la guerra, sin embargo, los reveses de su política le hicieron perder la confianza de Hitler. Juzgado en Nuremberg, murió en la horca.



ra influida por las ideas políticas y su proyección supusiera un medio de influir a las masas.

El departamento de cinematografía, pues, debería dirigir toda la producción cinematográfica alemana y hacer que asimilara las intenciones políticas del mando superior. El control sobre la producción era exhaustivo: permiso previo a la realización del guión; visto bueno del guión antes de rodar la película; control sobre el reparto y los intérpretes y, antes de ser exhibida debía pasar por la censura de la Sección de Examen de los Filmes, que era quien aprobaba la película o la rechazaba.

La nacionalización de la industria cinematográfica alemana comenzó en 1937, cuando el Gobierno compró la Sociedad Anómina Universum Film, la más famosa de Alemania y conocida popularmente por sus iniciales: UFA.

Goebbels también trató de comprar el mayor número posible de salas de proyección en Alemania y en el extranjero, o someterlas a su control. En 1942 había en el territorio del Reich unas 7.400 salas de cinematografía. En 1934 se contaban en Alemania 245 millones de asistentes al cine; en 1940 fueron 834 millones, y en 1942 se superaron los mil millones.

Durante la guerra se pusieron en servicio 800 estaciones móviles de proyección cinematográfica, que recorrían todas las localidades donde no había cines. En 1942 se dieron 243.000 representaciones con unos 50 millones de asistentes.

Los denominados *noticiarios* son una muestra valiosísima para conocer el esfuerzo propagandístico bélico alemán. Su exhibición semanal como complemento de los programas se hizo obligatoria, y su control y vigilancia constituyeron una tarea principalísima del departamento de cinematografía. La redacción de los mismos era cuidada al máximo en función de elevar la moral y el espíritu de los combatientes.

El departamento de teatro, destinado a ser la máxima autoridad en cuanto a personal, subvenciones y programación en los escenarios alemanes, no consiguió plenamente sus objetivos dadas las características especiales del arte escénico.

De los 500 teatros que había en Alemania al empezar la guerra, sólo 16 estaban financiados y administrados por el Ministerio de Propaganda; y únicamente las actuaciones de compañías y grupos teatrales para distracción de las tropas en el transcurso de la guerra, adquirió la proporción estimada y la necesaria eficacia propagandística.

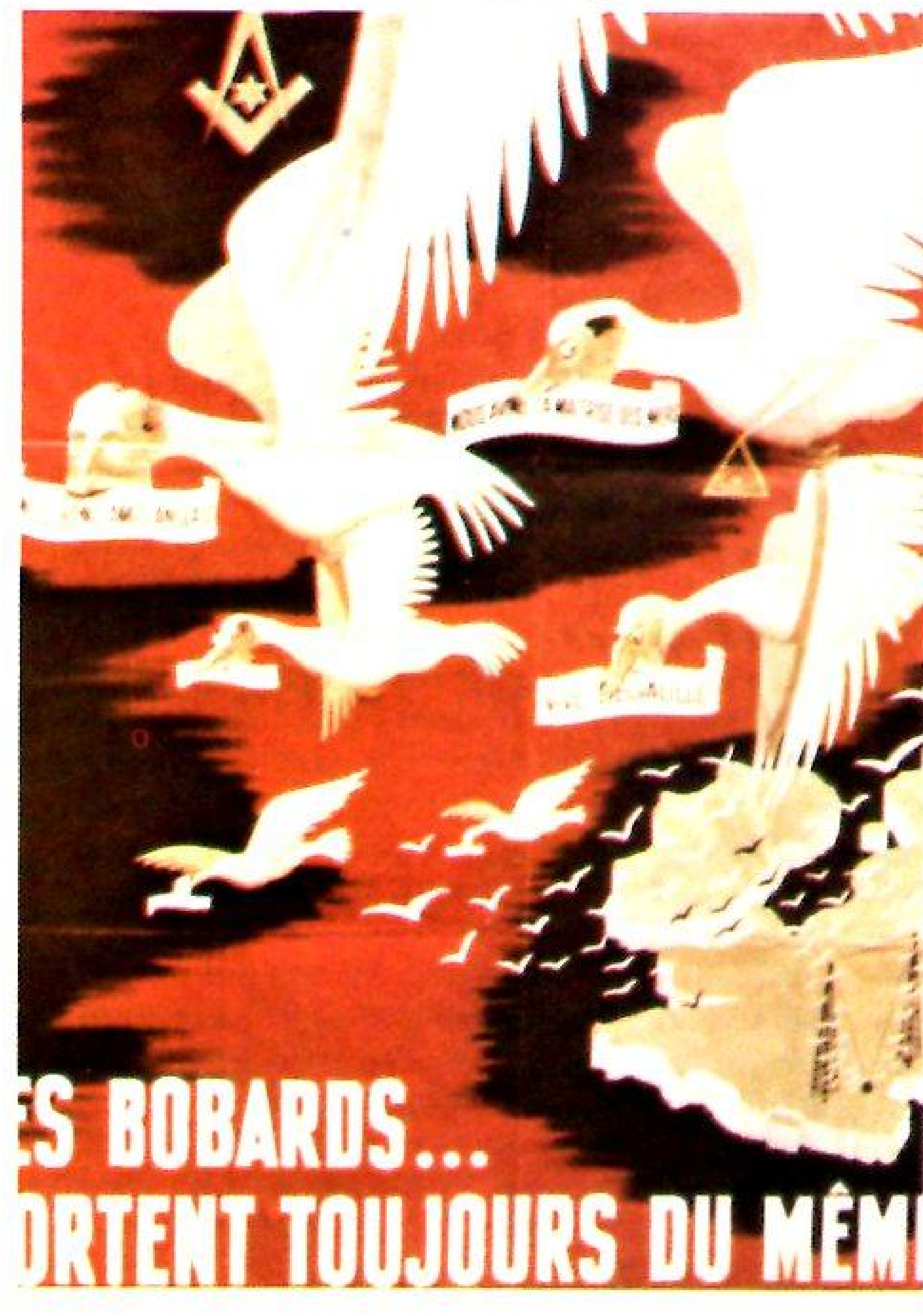
En el terreno musical, Goebbels no tuvo nunca un criterio personal, aunque era consciente de los efectos psicológicos de la música en el espíritu de los hombres. Quizá por ello, su política fue contradictoria y, en ocasiones, opuesta a la opinión del partido.

El departamento de música de su ministerio, que contaba con diez negociados, tuvo mayor libertad que la mayoría. En él se examinaban los programas musicales; se aprobaban o prohibían determinadas obras; se nombraba a los jefes de música e investigaba la personalidad de los *artistas músicos;* se administraban las orquestas del Reich; se organizaban festivales de música en Alemania y el extranjero; y, cuando estalló la guerra, se prepararon conciertos en el

Cinco carteles editados por el Ministerio de Propaganda nazi durante la Segunda Guerra Mundial


Komm zu uns!
DIVISION
HERMANN GÖRING
stellt Freiwillige ein!


KIJK IN DE TOEKOMST
OM MEE NAAR DE GERMAANSCHE WEERSPORTKAMP


ES BOBARDS...
ORTENT TOUJOURS DU MÊM


Nederland
zal herrijzen
UW LEUZE
HUN DAAD

frente e incluso se hizo propaganda internacional basada en una *Campaña musical antibélica* por radio, en la que se incluía una gran proporción de música ligera.

La pintura y la escultura también disponían de sus correspondientes departamentos en el Ministerio de Propaganda. Aunque en las Bellas Artes se siguiesen los criterios personales de Hitler, quien se consideraba especialmente dotado y con profundos conocimientos en la materia, Goebbels demostró conocer las *limitaciones* del arte oficial y se cuidó mucho de hacer propaganda con él en el extranjero; tanto como de requisar los tesoros artísticos de los territorios ocupados. Sin embargo, también puso especial cuidado en no herir la vanidad del Führer.

Desde la campaña de Polonia, se creó un grupo de *pintores de guerra* que debían representar las escenas bélicas de modo *artístico* para deleite de las generaciones venideras.

Para controlar y decidir en las cuestiones relacionadas con las letras se creó el departamento de literatura, que comenzó a actuar poco después del comienzo de la guerra. Goebbels decía que el libro debería mostrar al pueblo alemán *el poderoso fondo de los hechos históricos de nuestro tiempo,* y que la voz de Zaratustra tenía un sitio en el macuto de cada *mosquetero alemán.*

El control de la literatura empezaba por el control del autor desde el punto de vista *personal, político y cultural.* Desde 1940 existía un fichero general de autores, y no podían editarse libros de personas no consideradas *libres de reparos.*

El departamento elaboraba mensualmente una lista de literatura perjudicial e indeseable o lista *negra,* junto a otra de publicaciones aconsejables desde el punto de vista de la política estatal y la propaganda, o lista *blanca,* cuyos títulos se esforzaba por divulgar; así, las oficinas matrimoniales regalaban a los recién casados ejemplares de *Mi Lucha,* o de *El mito del siglo XX,* de Rosenberg.

La subvención estatal para la extensión del conocimiento de la literatura alemana en el extranjero, fue notable. Se organizaron exposiciones de libros, se dieron conferencias, se invitó a reconocidos escritores de otros países a visitar Alemania, etcétera.

A las naciones neutrales —como Suiza y España—, se les facilitó la compra de literatura alemana mediante créditos considerables en interés del mantenimiento de la *influencia propagandística.*

Las compañías de propaganda (PK)

Estas *compañías* fueron creadas a raíz de una idea del Ministerio de Propaganda, que en 1936, y ante las posibilidades de una guerra futura, creó una unidad de propaganda con todos los informadores civiles especializados en temas militares; aunque por influencia del Ministerio de la Guerra se perdería el carácter civil de la agrupación.

La incorporación de las *compañías* a los tres ejércitos se haría de modo escalonado entre 1938 y 1939 y, en caso de guerra, actuarían como tropas regulares bajo el mando superior del Ejército y deberían cumplir, principalmente, tres objetivos propagandistas: propaganda en el frente, propaganda en la Patria y propaganda dirigida al enemigo.

Sobre la población civil del interior del país se actuaría mediante información escrita, oral y gráfica de las acciones bélicas; en el frente se ayudaría a los mandos distrayendo y *educando espiritualmente* a la tropa y a las poblaciones en la zona de campaña. Respecto al enemigo, se emplearían altavoces en las trincheras, octavillas lanzadas desde aviones y, más tarde, por emisoras de radio organizadas por la Wehrmacht.

Una *compañía de propaganda* se componía de dos pelotones ligeros de informadores de guerra, cada uno de los cuales estaba integrado por seis redactores de prensa y cuatro fotógrafos; en los pelotones pesados se incluían grupos de locutores de radio y cámaras para los *noticiarios.*

Además de estos pelotones, había otros formados por un cuerpo de redacción para el periódico de campaña del Ejército, personal para la instalación de altavoces y proyectores cinematográficos para dar funciones en primera línea, y otro para elegir y valorar el material disponible para su uso.

En torno al control de las *compañías* surgieron problemas entre el Ministerio de Propaganda y el de la Guerra, resueltos, en parte, por la orden de 10 de febrero de 1941, que hacía depender su organización y actividad del Mando Superior, quedando las instrucciones y decisiones sobre propaganda en manos de unos *peritos examinadores* dependientes de Goebbels.

Paul Joseph Goebbels



Propaganda antijudía en una calle de una ciudad alemana





Hasta el 31 de marzo de 1942, o sea en el curso de treinta y un meses de guerra, se puso a disposición de la prensa alemana por los reporteros de guerra, un total de 38.000 informes sobre combates. Se tomaron en el frente más de un millón de fotografías —entre ellas 40.000 en colores—; se realizaron 4.000 dibujos bélicos, y se *tiraron* más de dos millones de metros de película.

La propaganda de guerra

En el Congreso de Nuremberg de 1936, Hitler proclamaba: *La propaganda nos ha conducido hacia el poder; la propaganda nos ha permitido después conservar el poder; la propaganda nos dará la posibilidad de conquistar el mundo.*

Sin embargo, el propio Goebbels sabía que el sorprendente y colosal aparato propagandístico que había creado el nacionalsocialismo, y que tan eficazmente había servido para fanatizar al pueblo alemán, e incluso para apoyar aparatosos montajes sobre la opinión pública, como los del plebiscito del Sarre, el *Anschluss* austriaco o los Sudetes checos, era insuficiente para lanzarse a una guerra de propaganda.

La radiodifusión carecía de emisoras lo suficientemente potentes como para llevar la *guerra de las ondas* al extranjero; y el personal especializado para producir programas eficaces, era escaso.

La prensa alemana, o controlada por alemanes, tenía una importancia relativa en el mercado internacional. La vanguardia informativa estaba en manos de agencias de

noticias como Reuter, Havas o Associated Press.

La producción cinematográfica alemana, que apenas si cubría las necesidades internas, no podía pretender *invadir* los mercados extranjeros. Incluso las *compañías de propaganda*, el elemento más novedoso que introducía Alemania, tuvieron deficiencias técnicas a la hora de aplicar la propaganda oral, y carecían de suficientes aparatos lanza-octavillas; sólo cuando los aliados *llenaron* el suelo alemán de panfletos, se intentó solucionar el problema.

Los altavoces y las emisoras de radio desde el frente en apoyo de las operaciones militares, sólo se utilizaron teóricamente. El servicio de espionaje y la *quinta columna*, elementos tan sobrevalorados de la organización nazi en el exterior, respondían a esquemas superados de lucha psicológica y resultaron insuficientes.

Ciertamente la mejor propaganda alemana fue su propio Ejército: innovador, con grandes recursos técnicos, buena organización y excelente preparación psicológica; mientras las campañas militares fueron favorables, la propaganda respondió plenamente a los objetivos deseados.

Tras la *blitzkrieg* polaca, la llamada *guerra de nervios* divulgó el mito de la omnipotencia nazi y debilitó considerablemente la cohesión y decisión aliadas.

Sobre Francia, dos de las denominadas *emisoras secretas* alemanas (G-Sender) —ya experimentadas en la guerra civil española—, inculcaban la pasividad. Una, apelando al *patriotismo y la paz;* otra, la emisora de radio *Humanité*, presionando a los comunistas franceses —con ayuda de la *madre Rusia*— para que no se incorporaran a filas.

Contra Inglaterra se recurrió a sembrar el descontento y el deseo de paz a través del célebre programa radiofónico de un nazi irlandés conocido como Lord Haw-Haw.

En la primavera de 1940, los fracasos diplomáticos llevaron al Ejército alemán a nuevas acciones *relámpago* en Dinamarca, Noruega y los Países Bajos, orquestadas por lo que se conoció como la *estrategia del terror:* se divulgaban secretos probando la seguridad del espionaje nazi; se organizaron campañas de rumores derrotistas reforzadas por la radio y los folletos; la *quinta columna* imposibilitaba toda resistencia; y mientras se propagaba a los cuatro vientos que los alemanes habían resuelto invadir las Islas Británicas, las divisiones *Panzer* marchaban sobre París.

Tras la caída de Francia, el tono fue más amenazante. Cinco emisoras actuaron desde junio de 1940 contra Inglaterra incitando al pueblo inglés a la rebelión; a pesar de todo, Inglaterra no se rindió.

Una guerra de propaganda moderna requería bastante más. Era preciso conocer día a día la situación del enemigo, sus pensamientos y sentimientos, así como tener noticia del efecto producido por la propaganda desplegada hasta el momento.

Alemania había diseñado una propaganda de guerra ofensiva, para situaciones de acoso y desconcierto, pero no previó una guerra de desgaste; ni valoró la contrapropaganda enemiga; ni consideró que la propia se aplicaría mayoritariamente en países democráticos, sobre hombres libres.

Cuando se demostró que sólo a base de propaganda y mentiras no se podía conseguir una victoria permanente, Alemania estaba perdida.

Bibliografía

K. D. Bracher. ***La dictadura alemana. Génesis, estructura y consecuencias del nacionalismo,*** Madrid, 1973, 2 vols. E. K. Bramstedt, ***Goebbels and National Socialist Propaganda, 1925-1945,*** East Lansing, 1965. J. A. C. Brown, ***Técnicas de persuación. De la propaganda al lavado de cerebro,*** Madrid, 1981, 2.ª ed. L. W. Doob: ***Goebbels y sus principios propagandísticos,*** en ***Sociología de la Comunicación de Masas,*** M. de Moragas (ed.), Barcelona, 1982, 2.ª 2.ª ed., págs. 472-495. J. Driencourt: ***La Propaganda, nueva fuerza política,*** Buenos Aires, 1964. J. P. Faye: ***Los lenguajes totalitarios,*** Madrid, 1974. J. Hale: ***La radio como arma política,*** Barcelona, 1979. O. J. Hale: ***The captive press in the Third Reich,*** Princeton, 1973. R. E. Herzstein: ***The war that Hitler won,*** London, 1979. N. Pronay y D. W. Spring (Ed.): ***Propaganda, politics and film, 1918-1945,*** London, 1982. Z. A. B. Zeman: ***Nazi Propaganda,*** London, 1964.

